MAREAS CAMBIANTES

DARK SHIFTER ACADEMY



USA TODAY BESTSELLING AUTHOR

TRICIA BARR

SHIFTING TIDES

DARK SHIFTER ACADEMY

USA TODAY BESTSELLING AUTHOR

TRICIA BARR

Mareas Cambiantes

Academia Oscura de Cambiantes 1

Capítulo 1

Arya

Regla n.º 1: No salir nunca después del anochecer.

Regla n.º 2: No entrar nunca en grandes masas de agua.

Regla n.º 3: Prohibidas las redes sociales.

—Entonces, ¿cómo de estricta es esa regla? —preguntó Shea, echándose una patata frita a la boca.

Mi postura, hasta entonces relajada, se tensó ante la pregunta, y dejé la hamburguesa que estaba a punto de morder. —¿Cuál?

Se chupó el aceite y la sal de los dedos. —¿La de no salir después de que anochezca?

Suspiré y desvié la mirada hacia las otras mesas de pícnic que había fuera de la cafetería del instituto. —Bastante inquebrantable.

Eran las reglas por las que me había regido toda mi vida, reglas impuestas por mi excéntrica madre. Si una amiga celebraba una fiesta de cumpleaños después de las cinco de la tarde, no podía ir. Cuando todos mis amigos disfrutaban de chapuzones en el lago para divertirse en verano, no podía unirme a ellos. Y mientras todos los demás chicos de mi edad tenían un teléfono inteligente, yo estaba atrapada con poco más que un busca glorificado.

—¿Por qué? —pregunté, fingiendo que el tema no me molestaba tanto como en realidad lo hacía.

Shea se echó su ondulada melena castaña por encima del hombro. —Hay una fiesta esta noche. Creo que deberíamos ir. —Sus dedos tamborileaban con un ritmo entusiasta, delatando su tono despreocupado.

—¿Alguien va a dar una fiesta en este pueblo? —pregunté, con mi creciente interés salpicado por el veneno de la envidia.

Short Grove era un pueblo diminuto de Illinois. Y cuando digo diminuto, me refiero a microscópico. Tenía un solo instituto y ningún centro comercial de ningún tipo. Probablemente era el pueblo más pequeño en la gira de décadas de mi madre por Estados Unidos. Llevábamos aquí tres meses y sabía que era solo cuestión de tiempo que le entrara el gusanillo de mudarnos de nuevo.

Shea se inclinó hacia delante, con la travesura ardiendo en sus ojos verdes. —Y es en casa de Michael Guido.

Enarcó las cejas de forma sugerente, pero como solo la miré con cara de no entender nada, puso los ojos en blanco y añadió: —Es jugador de fútbol americano. Su familia tiene mucha pasta, al menos para este agujero de mierda. Así que *sabes* que va a ser épica.

Shea era la primera buena amiga que había hecho en mucho tiempo. Quizá en toda mi vida. Se me había acercado mi primer día en el instituto de Short Grove y desde entonces éramos inseparables. Conocía las tres reglas absurdas y, en lugar de fisgonear, solía contentarse con pasar el rato en mi casa al anochecer.

O, al menos, lo había hecho hasta hoy.

Dejé caer los hombros y negué con la cabeza; el desdén me dejó un sabor amargo en la boca. —Shea, por mucho que me encantaría ir, ya sabes que no puedo.

Arrugó la nariz y hundió una patata en el montículo de salsa ranchera de su plato. —Me temía que dirías eso. Nunca pasa nada divertido en *Tumba Somera* —se quejó, usando el apodo que le había puesto a nuestro pueblo sin vida.

Me clavó la mirada, con un desafío implícito en ella. —Eres una adolescente, Arya. ¿Cuándo fue la última vez que hiciste algo que no se suponía que debías hacer?

Resoplé. —Pues… nunca.

Bueno, eso no era cierto. Por lo menos, había intentado escaparme un par de veces en el pasado, pero mi madre me había pillado justo al salir por la puerta o ventana que hubiera usado para escapar, todas y cada una de las malditas veces. Como si tuviera un sentido arácnido o algo así.

—Exacto. —Shea me señaló directamente con su patata machacada y chorreante, claramente ajena a lo ridículo que parecía el gesto mientras la salsa goteaba sobre la mesa—. Un poco de rebeldía es sano…, no, *necesario*. Me niego a dejar que te saltes este importante rito de iniciación adolescente.

La angustia y el resentimiento crecieron en mi pecho al imaginarme diciéndole a mamá que quería ir a una fiesta y, a cambio, la mirada de severidad mortal y la reprimenda que recibiría. Había oído esa reprimenda tantas veces que ya me la sabía de memoria.

Abrí la boca para protestar, pero Shea me interrumpió. —Robby Fletcher va a estar allí.

Enarcó una ceja y sonrió con suficiencia. Estaba usando a mi pseudoplatónico como soborno, y en cierto modo estaba funcionando.

—Robby no sabe ni que existo —repliqué, encogiéndome de hombros y poniendo los ojos en blanco.

—Pues te toca hacer de Cenicienta. Mete ese cuerpazo que tienes en un vestidito negro. Antes de que te des cuenta, lo tendrás rendido a tus pies.

—¿No se supone que son los chicos los que deben caer rendidos? —bromeé.

Shea bufó. —Estamos en el siglo XXI. ¿Dónde está tu empoderamiento femenino?

—Atascado en el siglo XX, con mi móvil de tapa —repliqué con sorna, cogiendo mi teléfono y agitándolo en el aire.

—Tu madre es rara —comentó Shea. —Sin ofender —añadió rápidamente.

—No me ofende —dije con un encogimiento de hombros de resignación—. No sabes ni la mitad.

—Supongo que puedo entender lo de las redes sociales —dijo, mojando otra patata en su charco de salsa con una mano mientras tecleaba en la pantalla de su móvil con la otra—. Los chicos de nuestra edad no deberían pasar tanto tiempo con el móvil.

—Estás usando el tuyo ahora mismo.

—¡A eso me refiero! —Se guardó el móvil en el bolsillo—. Es adictivo y horrible para tus habilidades sociales. ¿Por qué crees que *yo* soy tan impopular? —Se reclinó en la silla, arrojando la patata a medio comer en su plato.

—No eres impopular —argumenté—. Eres simplemente… muy directa, y no todo el mundo aprecia tu peculiar tipo de honestidad.

En apariencia, no había ninguna razón por la que Shea no debiera ser popular. Era un pibón, no en plan muñeca Barbie, sino de una manera real y auténtica que no se podía fingir ni comprar.

Su pelo castaño chocolate tenía una onda roquera natural que requería poco mantenimiento. Y su rostro anguloso era lo suficientemente bonito por sí solo como para no necesitar nunca maquillaje, lo que era más de lo que podían decir la mitad de las chicas del equipo de animadoras. Si la popularidad fuera solo un concurso de belleza, Shea estaría sin duda en la cima de la cadena alimentaria.

Pero esto era un pueblo pequeño, y todos en el instituto habían crecido juntos. Shea decía lo que pensaba y no se dejaba avasallar por nadie. No era un borrego al que los demás pudieran manipular ni una abeja que buscara seguir a una reina. Eso significaba que nuestros compañeros no se metían con ella, pero también que no la incluían.

Desestimó el asunto con un gesto displicente de la mano. —Da igual. Pero ahora estamos hablando de ti y de tus reglas.

Me mordí el labio, deseando de verdad que lo dejara. Me gustaba tan poco hablar de las reglas como tener que seguirlas.

—Puede que hasta entienda la regla de no salir de noche. A lo mejor a tu madre le da miedo que te secuestren o algo. Oooo… —añadió, alargando la palabra—, tu madre es una espía. ¡No, una superheroína! Eso es. Todos sus enemigos la persiguen y teme que te secuestren para pedir un rescate o algo. Dijiste que os mudáis cada pocos meses, ¿verdad?

Negué con la cabeza mientras quitaba las semillas de sésamo del panecillo de mi hamburguesa abandonada. —He considerado todos los escenarios que se te ocurran. Mi madre es demasiado torpe para ser espía y ni de lejos lo bastante fuerte para ser una superheroína. Me he preguntado si podría estar en el Programa de Protección de Testigos, pero si lo estuviera, lo sabría, ¿no? Tampoco es que cambiemos de nombre continuamente.

—¿Así que no tienes ni idea de por qué os mudáis tanto? —inquirió Shea, con la apariencia de un zorro que intenta atraer a su presa.

—Nop —suspire—. Dejé de preguntar hace años porque nunca me da una respuesta clara. Por lo que sé, es algo estúpido, como que le debe dinero a alguien. Tiene un montón, aunque nunca la he visto tener un trabajo.

—¿En serio? —Los ojos avellana de Shea brillaron de intriga.

Nunca le había contado tanto sobre mi vida personal a una amiga, y una extraña especie de culpa se retorció en mi vientre por traicionar así la confianza de mi madre. Pero había algo en Shea que me hacía querer confiar en ella. Había guardado todo esto durante tanto tiempo que me sentí liberada al compartirlo por fin con alguien.

Como si sintiera mi incomodidad por el desvío que habíamos tomado, Shea volvió a plantear teorías. —Podría ser otra cosa. Como una mujer lobo. O una vampiresa.

Me atraganté con mi sorbo de refresco, claramente inoportuno, y me reí. —¿En serio?

—Ah, claro. No sales de noche. Mujer lobo, entonces.

—Sí, debe de ser eso —me reí entre dientes. La idea de que mi hermosa y delicada madre echara pelo y aullara a la luna era tan ridícula que tuve que apartar la lata de refresco para evitar el riesgo de que me saliera por la nariz.

—Así que, esta noche. Vas a ir —insistió Shea.

Fruncí el ceño; el peso de las expectativas de mi madre me arrastraba las comisuras de la boca.

Por supuesto que quería ir. No había estado en una fiesta desde primaria, cuando todo el mundo celebraba sus cumpleaños a la hora de comer. Una fiesta de verdad en el instituto sonaba como el acontecimiento de mi vida, lo que en sí mismo era súper patético. El pecho me ardía con el deseo de ir. Pero mamá nunca, jamás, ni en un millón de años, me dejaría salir de casa después del anochecer.

—De verdad que quiero —empecé.

—Sé que viene un «pero», así que ahórratelo —intervino Shea—. Si tu madre no te deja ir, entonces yo digo que te escapes.

—Ya lo he intentado. Siempre me pilla con las manos en la masa, como si fuera vidente.

Shea se apretó la lengua contra la mejilla. —Entonces es que lo estás haciendo mal. Pero nunca antes has tenido una cómplice. Podría distraerla mientras te cuelas por la ventana de tu cuarto.

Cuanto más lo pensaba, más ganas tenía de ir a esa fiesta. Pero ¿cómo? Quizá podría razonar con mamá. Ya no era una niña. Tenía diecisiete años, y en solo unos meses sería mayor de edad y no necesitaría su permiso de todos modos.

Sin mencionar que llevaba ya un tiempo sintiendo que merecía una explicación para esas reglas tan locas. Hacía mucho que me debía un poco de verdad.

—Vale —decidí, sintiéndome valiente de repente—. Encontraré la forma de ir. Nos vemos en mi casa a las siete.

—Que sean las ocho —dijo Shea—. Solo los pringados van a una fiesta puntuales. O eso he oído.

—A las ocho será. —Una burbuja de emoción rebotó en mi pecho, ensombrecida por una punzada de duda que amenazaba con hacerla estallar.

* * *

—La cena está lista —llamó mamá desde la cocina.

Llevaba casi una hora paseándome por mi habitación, intentando encontrar las palabras exactas para defender mi postura. Hacía años que no presionaba para conseguir ningún tipo de flexibilidad con las reglas, aceptándolas como un modo de vida.

En su mayor parte, no me había importado mucho. Estaba bastante contenta de quedarme en casa con mamá todas las noches para ver películas o jugar a algo. No me importaba no estar pegada al móvil como la mayoría de los adolescentes, aunque, seamos sinceros, puede que fuera un poco adicta a los servicios de *streaming*. Incluso me parecía bien el hecho de no haber nadado nunca. Tampoco es que supiera lo que me estaba perdiendo.

Pero esta fiesta era una oportunidad de divertirme de verdad, de ser normal por una noche preciosa. Hasta que Shea lo mencionó, no me había admitido a mí misma lo desesperadamente que quería ser como los demás. Mudarme continuamente era agotador, y no tener amigos duraderos era… solitario.

Mamá me debía esta pequeña excepción a las reglas.

Respiré hondo una vez frente al espejo, arreglándome el pelo como si me estuviera preparando para un discurso ante un gran público. Intenté robar algo de confianza de los atrevidos mechones azules que enmarcaban mi cara, gracias a un bote de tinte y a la insistencia de Shea.

Tú puedes, me dije a mí misma, y luego me aparté de mi reflejo y me dirigí a la cocina.

Mamá levantó la vista mientras ponía la mesa y me sonrió cuando entré.

Su largo cabello rubio claro siempre parecía flotar a su alrededor, como si no estuviera sujeto a las leyes de la gravedad, flotando eternamente en un mar de su propia imaginación. No tenía ni idea de dónde había sacado mi pelo negro como la medianoche, pero sin duda había heredado mis ojos de mamá, cuyos iris cerúleos brillaban de felicidad esa tarde.

Sentí una punzada extra de culpa, sabiendo que estaba a punto de apagar su luz con las palabras que había preparado.

—He hecho tu plato favorito —dijo mamá, colocando un plato lleno sobre la mesa—. Salmón a la plancha al pesto y *fettuccine* Alfredo.

—Gracias, mamá —dije con un nudo en la garganta. Me senté a la mesa y miré mi plato; el delicioso olor me tentaba.

—¿Qué tal el instituto hoy? —preguntó mientras se sentaba al otro lado de la mesa y pinchaba la comida con un tenedor.

—Ha ido bien —miré por la ventana. El último resquicio de luz del día se aferraba perezosamente al horizonte, arrastrando lentamente su resplandor por el cielo de finales de otoño.

—¿Solo bien? —preguntó mamá antes de llevarse a la boca un bocado de pescado cubierto de hierbas.

El reloj estaría a punto de dar las siete. *Este es un momento tan bueno como cualquier otro.*

—La verdad es que hoy ha pasado algo genial —dije con evasivas, picoteando mi comida—. Uno de los jugadores de fútbol americano da una fiesta esta noche y me han invitado.

Su mandíbula se congeló a mitad de la masticación y la luz se desvaneció de inmediato de sus ojos.

—Shea también irá —añadí rápidamente—. No nos quedaremos mucho; una hora será suficiente. Y prometo no beber nada de…

—Esta noche no —me interrumpió mamá.

Me esperaba esta respuesta. —Mamá, nunca puedo ir a eventos sociales. No estoy pidiendo nada escandaloso. Solo *una* fiesta, en la que prometo portarme lo mejor posible.

—Habrá otras fiestas —dijo, su tono despreocupado ocultando cualquier secreto oscuro y pesado que estuviera guardando.

—Fiestas a las que tampoco me dejarás ir —dije, incapaz de evitar un poco de insolencia en mi voz—. No lo entiendo. Todas las chicas de mi edad salen después de clase. Todas pueden quedar con sus amigos y hacer cosas por la noche.

—Pero esas chicas no son mis hijas. —Su tono me advirtió que no continuara, pero esta vez no iba a hacerle caso.

—Nunca pido nada —continué, mi gran discurso salió de golpe, saltándose palabras que había preparado—. Nunca me quejo cuando tenemos que hacer las maletas y marcharnos de repente. Saco todo sobresalientes en el instituto y nunca me he metido en líos. Por si no te has dado cuenta, soy una chica bastante buena. Lo único que pido, solo por esta vez, es una pequeña hora de libertad.

Mamá se quedó mirando su comida, estoica. —Lo siento, cariño. La respuesta es no.

La ira burbujeó bajo la superficie, una ira que estaba tan acostumbrada a reprimir. Mamá era básicamente mi mejor amiga, pero también una persona muy reservada. Me habían condicionado a no fisgonear, a no quejarme, pero me merecía una explicación, y estaba cansada de seguir el *statu quo* que ella había establecido.

—¿Por qué la respuesta es no? —intenté sonar como una adulta que merecía el respeto que pedía y no como la adolescente indignada que sentía erizarse en mi interior—. ¿Por qué no me dejas ni siquiera salir al jardín después del anochecer? ¿Qué tiene de tan aterradora la oscuridad?

—No vamos a tener esta conversación ahora mismo —dijo mamá secamente, continuando con su comida como si nuestra charla hubiera terminado.

—Entonces, ¿cuándo? —exigí, dando un golpe en la mesa—. Tengo diecisiete años. Ya no soy una niña a la que puedes llevar de un lado a otro del país. Soy casi una adulta y necesito saber por qué. ¿Por qué vas saltando de un sitio a otro? ¿Por qué no podemos hacer nada en internet? ¿Y qué pasa con el agua? ¿De qué tienes tanto miedo?

—¡Basta ya, Arya! —espetó.

El silencio que siguió me hizo darme cuenta de lo alto que había hablado, haciéndome sentir muy joven e ingenua ahora. Odiaba sentirme tan pequeña, tan impotente para controlar cualquier cosa en mi vida. Ya no estaba dispuesta a seguir la corriente.

—A menos que puedas darme una explicación para tus reglas, no las acataré más —declaré con voz baja pero firme.

Una chispa de pánico se encendió en los ojos azules de mamá, y había un miedo detrás de ellos que una parte de mí creía que siempre había estado allí, escondido.

—¿No se te ha ocurrido nunca que esas reglas existen para protegerte? —una nota de desesperación elevó el tono de su voz.

—¿Protegerme de qué?

Siempre había sospechado que huía de algo, que algo malo le había pasado que, de algún modo, estaba relacionado con la noche y el agua.

Se quedó en silencio, mirándome con ojos suplicantes.

—Si tienes algo que decirme, ahora sería el momento —dije con firmeza—. Sea lo que sea, estoy lista para escuchar.

Sus ojos cayeron al suelo, moviéndose de un lado a otro en deliberación. La expectación chisporroteó en mi pecho como peta

zetas en un refresco. ¿Iba a poder oír por fin el misterioso pasado de mamá?

No sabía nada de su historia, de mis abuelos o de mi familia lejana. Ni siquiera sabía quién era mi padre. Cada vez que preguntaba, mamá siempre cambiaba de tema. ¿Iba a conseguir por fin alguna pista, alguna pieza que faltara de este rompecabezas casi vacío?

El ir y venir de sus ojos se detuvo y volvieron a encontrarse con mi mirada, y lo supe. Había decidido continuar con el secretismo.

Me aparté de la mesa y me levanté. —Entonces me voy.

—No, no puedes. —Mamá saltó de su silla.

—Volveré antes de medianoche —afirmé, metiendo la silla debajo de la mesa y dirigiéndome a la puerta.

—¡Arya Lynn Walker, no vas a salir de esta casa! —gritó con su bien ensayado tono maternal.

Una parte joven y asustadiza de mí quería hacer lo que decía, complacerla y evitar las repercusiones. Pero mi determinación de mantenerme firme estaba al volante, y no tenía intención de dar marcha atrás. Quizá este único acto de rebelión finalmente la haría confesar algo, cualquier cosa.

Caminé con paso firme hacia la puerta, pero mamá corrió delante de mí y agarró el pomo.

—Déjame salir —insistí, entornando los ojos hacia ella.

—No puedo hacer eso.

—¡Déjame salir! —grité. Mi voz sonó extrañamente musical, no era la mía.

Mamá jadeó y soltó la mano.

Me sobresaltó la potencia de mi propio grito y me avergoncé de haberle respondido con tanta desfachatez, lo suficiente como para hacerla saltar. Pero había ido demasiado lejos para rendirme ahora. Mamá había soltado el pomo de la puerta. Tenía que aprovechar mi oportunidad antes de que se cerrara.

Salí corriendo, cerrando la puerta de un portazo detrás de mí y bajando la calle a toda prisa. El pulso se me aceleró, las manos me temblaban mientras sacaba mi móvil para marcar el número de Shea y me lo ponía en la oreja.

—Oye, las cosas no han ido muy bien. ¿Puedo pasar por tu casa antes de la fiesta? —pregunté.

—Claro, vente —respondió la voz preocupada de Shea—. ¿Está todo bien?

—No lo sé —dije con sinceridad—. Te veo en unos minutos. —Colgué y metí las manos en los bolsillos mientras caminaba hacia la casa de Shea, al final de la calle.

Odiaba lo que había pasado allí, pero tenía que pasar, de una forma u otra, y hacía tiempo que tenía que haber pasado. Ya estaba harta de secretos y cambios de tema, harta de cumplir ciegamente peticiones ridículas.

Las cosas nunca volverían a ser las mismas después de esta noche, y eso era a la vez emocionante y aterrador.

Capítulo 2

Arya

—Seguro que todo saldrá bien —me tranquilizó Shea mientras volvíamos de la fiesta—. Ni te imaginas la de veces que he discutido con la yaya, y al final siempre se arregla todo.

Yo había intentado disfrutar de la fiesta, pero me había pasado todo el rato lidiando con un nudo de angustia enorme en la boca del estómago. Mamá no me había llamado ni enviado ningún mensaje, algo increíblemente impropio de ella. Incluso cuando estaba en el instituto, solía enviarme al menos un mensaje para ver cómo estaba.

¿Le había roto el corazón? ¿Le había provocado una crisis nerviosa? Me aterrorizaba volver a casa y agradecí que Shea se ofreciera a acompañarme. De verdad que necesitaba ese apoyo en este momento.

—Eso espero —dije, dándole una patada a una piedrecita que había en el camino—. Mi madre y yo nunca hemos discutido así. Ni siquiera le he levantado la voz nunca. Sé que es una tontería para una adolescente, pero es como mi mejor amiga… además de ti, claro.

—A mí no me parece ninguna tontería —dijo Shea—. De hecho, me parece muy tierno. Ojalá pudiera decir yo lo mismo de la yaya. A ver, la quiero, pero no diría que somos «amigas».

Continuamos andando en silencio un momento y, entonces, Shea añadió:

—Me quedaré todo el tiempo que quieras. O puedo irme ahora mismo para daros tiempo a hablar. Lo que necesites.

—Gracias —dije, esbozando una media sonrisa.

Mi casa apareció a la vista y el nudo de angustia se me apretó aún más. No tenía ni idea de qué me iba a encontrar, y una parte de mí esperaba que pudiéramos volver a como estábamos antes. Prefería tener una buena relación con mamá, aunque estuviera envuelta en secretismo.

Al acercarnos, me di cuenta de que algo no iba bien. La puerta de entrada estaba abierta de par en par. Mamá nunca dejaba la puerta abierta después del anochecer. En cuanto se ponía el sol, echaba el cerrojo. El nudo de angustia estalló en una oleada de pánico y aceleré el paso; mi enérgica caminata se convirtió rápidamente en una carrera.

—¿Qué pasa? —preguntó Shea, corriendo detrás de mí.

—Espero que nada —contesté mientras llegábamos a la puerta.

Recorrí cada centímetro del salón con la mirada. Nada en la casa estaba fuera de sitio. Todo estaba tal y como lo había dejado al irme.

—¿Mamá? —la llamé.

No hubo respuesta.

Crucé como una exhalación el pequeño salón hacia el último lugar donde había visto a mamá: la cocina.

—¿Mamá? —la llamé de nuevo, recibiendo el mismo silencio sepulcral por respuesta.

—Arya, esto no me da buena espina —dijo Shea, detenida en el umbral mientras miraba a su alrededor—. Deberíamos irnos.

No tuve tiempo de extrañarme ante la insólita cautela de mi amiga, que solía ser una temeraria.

—Tengo que encontrar a mi madre —insistí; la idea de marcharme de casa me pareció ridícula.

Entré con determinación en la cocina y me quedé helada.

Allí, en el suelo, estaba mi madre, con los pálidos ojos azules muy abiertos y su hermoso rostro contraído por la angustia.

Me dejé caer a su lado, mis manos se movían torpemente hasta que al final encontraron el rostro inmóvil de mi madre.

—¡Mamá! ¡Mamá! —grité, agarrándola por los hombros e intentando zarandearla para despertarla.

El cuerpo de mamá estaba frío e inerte.

Recordando lo que había visto en las películas, le apreté los dedos índice y corazón en el cuello, bajo la mandíbula, buscándole el pulso. Pero no había ningún latido bajo su piel.

—¡Oh, no! —jadeó Shea al entrar en la habitación detrás de mí.

—¡Llama al 1-1-2! —chillé. Luego le giré la cabeza a mamá hacia el otro lado para buscarle el pulso en la otra parte del cuello.

Pero, al hacerlo, mis dedos se toparon con una serie de punzadas de un rojo intenso que parecían una mordedura. Una mordedura *seca*. Sin sangre. Con una mordedura tan profunda, debería haber sangre por todas partes, ¿no?

El pánico se disparó en mi pecho mientras intentaba comprender lo que estaba viendo. ¡Algo la había mordido! ¿Pero qué? ¿Cómo podía una mordedura hacerle tanto daño? Tanto como para… No, no podía estar muerta. ¡Simplemente no podía!

Mi cabeza era un estruendo de ruido blanco mientras luchaba contra el profundo sollozo que amenazaba con oprimirme el pecho. Pero no podía llorar. Llorar significaría admitir la derrota, enfrentar la realidad de que mi madre estaba…

Era vagamente consciente del sonido de Shea marcando en su teléfono mientras caminaba nerviosamente por la cocina y del arrastrar de pies pesados que entraban por la puerta principal detrás de mí.

Una mano grande se posó en mi hombro y contuve el aliento antes de girar la cabeza.

—Tiene que venir conmigo —dijo un hombre al que no había visto en mi vida.

Su complexión era bastante amenazadora. Fácilmente podría haber sido él quien atacó a mi madre.

Aparté el hombro de su mano con una sacudida.

—¿Quién es usted? ¿Le ha hecho daño a mi madre? —le acusé con voz trémula, con la mente sumida en una tormenta de pena, ira y paranoia.

—No, pero si no nos vamos ahora, los que lo hicieron la atraparán a usted también —dijo.

—No pienso ir a ningún sitio con usted —protesté, con los labios temblando entre una mueca de desdén y un mohín—. *¡No llores, no llores!*

—Si no lo hace, morirá.

La seriedad de su tono me sacudió, haciéndome dudar de mí misma aún más.

—Por favor, no tenemos mucho tiempo. —Extendió una mano grande—. Si quisiera matarla, ¿no cree que ya lo habría hecho? No soy su enemigo.

Alcé la vista hacia Shea, que miraba fijamente al desconocido, sosteniendo el teléfono contra un oído sordo.

—Por favor —insistió el hombre una vez más, y creí la sinceridad y desesperación de su voz.

Mamá estaba muerta. Alguien o algo la había matado. Y creí a este hombre cuando dijo que corría el peligro de ser la siguiente.

No tenía muchas opciones. Quedarme aquí y esperar a que llegara la policía —y arriesgarme a la suerte que me esperara si el asesino volvía antes— o dar un salto de fe y confiar en este hombre, que parecía querer ayudarme de verdad.

Sin decir palabra, acepté a regañadientes su mano extendida. Me puso de pie y, juntas, Shea y yo lo seguimos a toda prisa fuera de la casa, con las piernas adelantándose a mi cuerpo como si lo que hubiera atacado a mi madre fuera a saltar en cualquier segundo.

Se dirigió rápidamente hacia una elegante berlina negra aparcada junto al bordillo y abrió la puerta trasera. El temor me clavó los pies a la acera ante la idea de subir al coche de este desconocido, pero no encontré la voz para oponerme.

—Nunca ha dicho nada de subir a un coche —dijo Shea, expresando mis pensamientos.

—Tenemos que salir de la calle —dijo él, sujetando la puerta abierta con impaciencia—. Aquí estamos demasiado expuestos.

—Entonces podemos ir a mi casa. Está aquí al lado. —Shea señaló en esa dirección.

—Está demasiado cerca. —El hombre negó con la cabeza—. Seguirán el rastro de Arya hasta allí.

—¿Seguir su rastro? —preguntó Shea burlonamente—. No es ninguna alimaña en una cacería de zorros.

Él le dedicó una mirada entrecerrada a Shea.

—Se lo explicaré todo, pero primero tenemos que llegar a un lugar seguro. —Sus anchos hombros denotaban urgencia—. Por favor, puede que ya nos sigan la pista.

Le lancé una mirada vacilante a Shea.

—No me separaré de ti —prometió Shea, cogiéndome la mano y apretándomela con firmeza.

Asentimos la una a la otra y subimos al coche. El hombre cerró la puerta y se apresuró a sentarse en el asiento del conductor, sin perder tiempo en arrancar el motor y acelerar por la carretera.

Ahora que tenía la oportunidad, observé bien al hombre sentado frente a mí. Parecía tener treinta y tantos años, con el pelo castaño corto y una atractiva barba incipiente que enmarcaba su rostro rudo. Tenía aspecto de gladiador, áspero y fuerte, con cicatrices que marcaban los músculos de sus brazos.

—¿Quién es usted y qué quiere de mí? —dije con un pequeño sollozo, deseando ahora haberme quedado con mi madre a esperar

a la policía.

Me miró por el espejo retrovisor.

—Me llamo Caesar. He venido a invitarla a una escuela para… gente especial como usted. No tenía ni idea de que corriera ningún tipo de peligro. No nos dimos cuenta de que era un objetivo.

—¿Un objetivo para quién? —pregunté, intentando mantener la calma—. ¿Quién le hizo eso a mi madre?

Se me llenaron los ojos de lágrimas, pero sabía que si las dejaba salir, me volvería inútil.

—Vampiros —respondió Caesar, completamente en serio.

—¿Vampiros? —espeté, sin molestarme en ocultar mi escepticismo —. ¿Me toma por idiota?

—Esto no es ninguna broma, Arya —replicó él, irradiando autoridad —. No vive en el mundo que cree. ¿Siquiera sabe lo que es usted?

Entrecerré los ojos. ¿De qué demonios estaba hablando?

Shea se agarró al respaldo de su asiento y se inclinó hacia delante.

—¿Qué *es*?

Me giré hacia ella, dispuesta a regañarla por bromear en un momento como este. Pero parecía que se creía completamente cada palabra que decía este tipo.

—Arya, ¿alguna vez ha experimentado algo extraño? ¿Algo que no pudiera explicar? —Caesar mantuvo su mirada en mí a través del espejo, ignorando la pregunta de Shea.

Mi mente repasó imágenes de mi vida. No había nada normal en la forma en que me había criado, pero nada que indicara que yo fuera algo de otro mundo, como este hombre sugería claramente.

—No —respondí con sinceridad.

—¿Y su madre? —preguntó.

Negué con la cabeza, aún no estaba lista para decir nada relacionado con mi madre.

—¿Nunca ha estado en la playa? ¿O le ha pasado algo raro mientras nadaba?

Sostuve su mirada de acero en el espejo. ¿Por qué preguntaba sobre nadar? ¿Acaso había algo de cierto en la estúpida regla del agua?

—Nunca me han dejado nadar —respondí a regañadientes, inclinándome en el borde de mi asiento, expectante por recibir alguna explicación por fin.

Las cejas de Caesar se alzaron con una comprensión que para mí era un completo misterio. ¿Qué sabía él que yo no?

—Así que su madre lo sabía e intentó alejarla de ello —reflexionó con un asentimiento.

—¿De qué? —preguntamos Shea y yo al mismo tiempo.

Caesar suspiró, lanzando una mirada irritada a Shea a través del retrovisor antes de volver a posar sus ojos en mí.

—Arya, usted es una sirena.

El globo de emoción que había estado creciendo en mi interior explotó, con un sonido parecido al de un cojín de pedorretas en mi cabeza. No sabía qué esperaba que me dijera, pero desde luego no era esto.

—¿Una sirena? —solté con expresión impasible, y la furia en mi interior se impuso a mi miedo—. Vale, ya está. Déjeme salir del coche.

—Es verdad —juró él.

—Primero dice que unos vampiros atacaron mi casa, ¿y ahora espera que me crea que soy una sirena? —resumí en tono burlón—. No sé si está loco o solo se está burlando de mí, ¡pero mi madre acaba de morir! ¡Esto es enfermizo!

—Piénselo, Arya —dijo él—. Sé que vio esa marca de mordedura en el cuello de su madre. ¿De qué cree que podría haber sido?

—No de vampiros —prácticamente grité, levantando las manos con exasperación—. No existen.

—En realidad, eso no es verdad —dijo Shea en voz baja. Ni siquiera pudo mirarme a los ojos cuando me giré hacia ella.

Puse los ojos en blanco. Sabía que a Shea le gustaban las cosas raras, pero no era el momento de que defendiera a este psicópata. No iba a tragarme esta sarta de gilipolleces, ni de coña. El cadáver de mi madre en casa era *real*, y tenía que hacer algo al respecto.

—Déjeme salir del coche —exigí, pasando la mano por el panel de la puerta en busca del seguro.

—Puedo demostrárselo —gruñó Caesar, empezando a frustrarse a todas luces.

—¿Y cómo va a demostrarme exactamente que soy una sirena? —pregunté, con toda la desfachatez del mundo.

—Las sirenas no son los únicos cambiaformas del mundo —dijo él, girando bruscamente el volante—. Hay más especies de las que pueda imaginar. Durante siglos, los vampiros nos han dado caza, pero por fin tenemos un lugar donde podemos estar a salvo de ellos.

Alargó el brazo por encima de su asiento para entregarme una tarjeta de visita. La miré con el ceño fruncido por un momento y luego la cogí solo porque temía dejarlo conduciendo con una sola mano durante mucho tiempo.

La tarjeta decía «EL DOMO», y debajo, «Academia para los Dotados». Mientras lo leía, de forma imposible, la «D» se convirtió en una «C» para leer «Academia para los Cambiantes».

Parpadeé con fuerza varias veces, pero las letras seguían alternándose. Si esto era una broma, estaba muy bien pensada. Debajo de las palabras había una insignia ornamentada, un escudo dividido en cuatro secciones, cada una con un símbolo diferente en su interior: unas garras, un ala, una espiral y unas marcas de arañazos.

—Como he dicho antes, he venido esta noche para invitarla a la escuela —continuó él mientras yo inspeccionaba la tarjeta—. No solemos encontrar sirenas extraviadas, así que sabía que lo mejor

era entregarle la invitación personalmente. Para explicarle quiénes somos y por qué debería venir a la escuela.

Miró por encima del hombro.

—Normalmente, los iniciados o bien han crecido en familias que ya están afiliadas a la escuela, o han comenzado a exhibir habilidades que les harían conscientes de su condición, de modo que están ansiosos cuando llegamos a explicarles.

—Sigue diciendo «nosotros» —dijo Shea—. ¿Eso significa que usted también es un cambiaformas?

Le lancé una mirada que decía *No digas tonterías*, pero la atención de Shea estaba centrada únicamente en Caesar.

—Lo soy —dijo con orgullo.

—Shea, no puedes creerte todo esto de verdad —dije.

—Pues sí que me lo creo —respondió, sin mirarme a los ojos.

—Pues yo no. —Negué con la cabeza, intentando controlar mi frustración y desesperación—. Y no quiero tener nada que ver con este juego enfermizo al que nos está sometiendo. Por favor, lléveme a casa para que pueda llamar a la policía y averiguar qué le pasó realmente a mi madre.

—He dicho que puedo demostrárselo. —De repente, detuvo el coche en el arcén. Luego se bajó y abrió mi puerta de un tirón, haciéndome un gesto con la mano para que saliera.

No lo dudé. No sabía lo que planeaba hacer, pero era mi oportunidad de echar a correr.

Salí a toda prisa del coche y me di cuenta de que estábamos en un largo tramo de autopista que llevaba a Chicago. No había más que campos verdes a nuestro alrededor en kilómetros a la redonda. Sería una larga carrera de vuelta, si es que llegaba tan lejos.

Shea saltó detrás de mí, y estaba claro que no tenía intención de correr. Sus ojos estaban fijos en Caesar sin parpadear. Me quedé

cerca de Shea para poder agarrarla del brazo y arrastrarla si era necesario.

Caesar se adentró unos metros en la hierba y empezó a desabrocharse la camisa negra.

—¡¿Pero qué…?! ¿Por qué se está desnudando? —chillé.

—Espere y verá —dijo Caesar con un deje de irritación en la voz.

Se quitó la camisa y se bajó los pantalones, y entonces me sentí verdaderamente aterrorizada de lo que pudiera estar planeando hacer.

Agarré el brazo de Shea y apreté, intentando decirle telepáticamente que escapara conmigo ahora que tenía los pantalones por los tobillos. Shea no captó el mensaje, y el impulso de mi repentino tirón del brazo inmóvil de Shea hizo que me cayera al suelo.

Me levanté apoyándome en las palmas de las manos a tiempo de ver algo que simplemente no era posible.

Caesar se había transformado de un hombre grande y musculoso a una bestia mítica aún más grande. Por todas partes, su piel brotaba de pequeñas plumas marrones. Su rudo rostro se transformó, su nariz y su boca crecieron y se retorcieron hasta convertirse en un enorme pico negro con una punta afilada como una daga. Sus manos y pies se agrandaron hasta convertirse en lisas garras negras que se clavaron en la hierba al posarse a cuatro patas. Y de su ancha espalda emergió el más magnífico par de alas marrones, que se desplegaron y expandieron, haciendo que el aire crepitara con su poder.

Ante mí había un grifo, una bestia de leyenda. Esta criatura no existía y, sin embargo, aquí estaba, a menos de un metro de mí, mirándome con los ojos castaño dorado de Caesar.

Capítulo 3

Shea

Estaba casi segura de que tenía la boca abierta de par en par mientras contemplaba al espectacular grifo que había sido un hombre desnudo y sexi apenas unos segundos antes. El pánico de Arya apenas penetraba en mi consciencia y no me atrevía a moverme para ayudarla.

Tenía todos los nervios del cuerpo a flor de piel, chispeantes de una electricidad volátil.

Sabía de la existencia del mundo de los cambiantes, de forma un tanto vaga. La abuela solía contarme cuentos sobre ellos para dormir, y de vez en cuando había conversaciones susurradas o reuniones clandestinas a las que nunca se me permitía asistir. No es que no hubiera intentado fisgonear, pero las barreras mágicas que usaba la abuela podían mantener a raya hasta al más curioso de los gatos.

Los cambiantes nunca me habían parecido del todo reales; no en el sentido de que fueran un mito, sino más bien como un concepto lejano y ajeno a mí.

Ahora estaba en pleno mundo de los cambiantes, mirando a un grifo que acababa de transformarse delante de mí y de mi mejor amiga que, resulta, era una jodida sirena.

¡Este era probablemente el mejor momento de mi vida! Por fin, la validación de mi lugar en el mundo de la magia y lo sobrenatural, un lugar que mi abuela, esa carcelera, nunca me había permitido ocupar.

El hombre-grifo sexi se llevaba a Arya a una escuela para cambiantes, y yo iba a entrar en esa escuela aunque me costara la vida.

Todo lo que siempre había soñado era aprender más sobre la magia que poseía mi familia, la magia que «me mantenían oculta por mi propia seguridad». Por supuesto, sin un grimorio que nos guiara, la magia de mi familia estaba limitada de todos modos. ¿Y si en esta escuela sabían cómo acceder a ella?

Pero Arya.

Por fin bajé la vista hacia mi amiga de pelo negro, que a duras penas conseguía levantarse del suelo.

Una sirena. Eso era lo que había dicho Caesar.

No me sorprendía del todo. Supe que Arya tenía algo especial la primera vez que nos vimos. Algo en aquellos ojos azules como el mar había exigido la amistad inmediata que surgió entre nosotras. Además, Arya era demasiado guapa para ser humana. En serio. La mayoría de la gente necesitaba Photoshop para tener tan buen aspecto.

Carraspeé, y una burbuja de nerviosismo se agitó en mi estómago. —Yo también quiero ir a la escuela.

El grifo me miró con su emplumada ceja arqueada. Se giró y volvió a su forma humana, cogiendo la ropa del suelo y volviendo a meterse en los vaqueros de espaldas a nosotras.

He de admitir que me decepcionó un poco que el breve espectáculo hubiera durado tan poco. Estaba para comérselo, y no era frecuente que una chica tuviera la oportunidad de presenciar la perfección de un cuerpo masculino desnudo sin pagar por ello. Su culo firme parecía lo bastante bueno como para morderlo, y me di cuenta de que me estaba mordiendo el labio inferior mientras lo veía subirse los pantalones por encima.

—¿Es usted una cambiante? —preguntó Caesar antes de pasarse la camiseta por la cabeza y cubrir los abdominales más esculpidos que había visto nunca.

Maldita sea.

—Supongo que no, ya que lo más probable es que la hubiéramos encontrado antes. —Sus ojos se desviaron hacia donde estaba Arya, con un brazo rodeándose la cintura.

Se me encogió un poco el corazón ante el rechazo. Sabía que era egoísta, intentar entrar en una escuela de cambiantes cuando mi mejor amiga acababa de perder a su madre y se había llevado el mayor susto de su vida. Esto no iba sobre mí. Necesitaba ser la amiga que apoya y que, de hecho, no estaba tratando de robarle la oportunidad que Arya claramente necesitaba.

Puse una mano en el hombro de Arya y le dediqué una sonrisa de ánimo.

—Tenemos que seguir moviéndonos. —Caesar nos hizo un gesto hacia el coche, mirando a su alrededor con cautela y recordándonos a ambas que seguíamos huyendo de vampiros asesinos.

Cogí a Arya de la mano y tiré de ella hacia el coche.

—No —dijo Arya, echándose para atrás. Tenía los ojos desorbitados y oscuros por la negación—. Esto es una locura.

Suspiré, dejando caer los hombros. —Sé que es mucho que asimilar, pero te juro que todo es verdad. Todo lo que ha dicho.

Arya entornó los ojos. —¿Y qué te hace estar tan segura de repente? ¿Por qué has dicho que querías ir a la escuela?

La acusación y la desconfianza en la voz de Arya me dolieron; quizá me lo merecía. Le *había* estado guardando un secreto bastante gordo.

—Bueno, soy una especie de bruja —admití avergonzada—. Tengo magia en las venas. Lo que pasa es que no me permiten aprender a usarla.

Arya arrugó la nariz, una expresión que era demasiado adorable para alguien que obviamente estaba flipando.

Caesar bufó, con la agitación clara en su mandíbula apretada. —Esta pequeña sesión de confesiones está muy bien y todo eso, pero

tenemos que irnos. ¡Ahora! —Al ver la vacilación de Arya, añadió—: ¿A no ser que prefiera convertirse en el aperitivo de un vampiro?

Arya sacudió la cabeza con enfado, pero me siguió hasta el asiento trasero. Sus facciones, normalmente pálidas, parecían aún más blancas —si eso era posible— con un ligero tono verdoso en los bordes. Era prácticamente bioluminiscente en las sombras.

Una vez que estuvimos todas instaladas y Caesar volvía a acelerar por la carretera, se reclinó en su asiento. —Solo admitimos cambiantes en la escuela.

Fruncí el ceño. —La magia en mis venas es la misma que permite a los cambiantes transformarse.

Él bufó. —Ni mucho menos. Los cambiantes no tienen elección, exactamente. Usted sí. Nosotros necesitamos un lugar seguro para perfeccionar nuestros poderes y aprender a controlarlos. Usted no. E incluso si lo necesitara, no hay nada que pudiéramos enseñarle. No usamos la magia.

Se equivocaba. Estaba tan equivocado. Había tantas cosas que podría aprender en esa escuela. Tantas cosas que podría aprender solo de observar a los distintos tipos de cambiantes usar sus poderes. Sin duda sería más de lo que aprendería consumiéndome en casa de la abuela.

—Pero, usted no…

—La respuesta es no —declaró Caesar con dureza.

—Pero Arya me necesitará.

Me sentí casi miserable por usar el trauma de mi amiga como moneda de cambio. Seguramente, al ver nuestro vínculo, Caesar se daría cuenta de que lo mejor era que yo fuera con ella. Y de verdad que quería apoyar a Arya. No recordaba la última vez que me había sentido tan unida a alguien, y no podía soportar la idea de dejarla pasar por su pérdida sola.

—La respuesta sigue siendo no —dijo Caesar.

—¿Qué clase de monstruo es usted? —le espetó de repente Arya a Caesar, con los puños apretados y los ojos a punto de llorar—. Mi madre acaba de morir y quiere separarme de mi única amiga en el mundo.

El vínculo entre Arya y yo tiró de mí, se fortaleció, y mi corazón dio un vuelco al saber que Arya también podía sentirlo. De verdad quería que fuera con ella.

—Hay muchos de los suyos en la escuela —le dijo Caesar a Arya, con la voz considerablemente más suave que cuando me había hablado a mí—. La cuidarán bien, se lo prometo.

Arya gruñó, pero la miré a los ojos y negué con la cabeza. —Dejémoslo en tablas. *Por ahora.*

Esto no había terminado, ni de lejos. Pero no podía someter a Arya a ningún otro tipo de conflicto.

—Nos escribiremos todos los días. Nuestra amistad no va a terminar. Puedes contar con ello. Quizá por fin puedas hacerte esa cuenta de Facebook por la que has estado babeando. —Le dediqué una sonrisa a medias, esperando desesperadamente aligerar el ambiente.

Arya soltó una carcajada corta y amarga, y luego hipó. —Claro.

—Arya, hablaremos de sus opciones cuando lleguemos a la escuela.

Caesar entró en un aparcamiento tras pagar el peaje de entrada. —Por ahora, Shea, tendrá que coger un taxi a casa.

Metió la mano en el bolsillo y sacó un fajo de billetes. Arrancó unos cuantos de veinte del exterior y me los entregó, haciéndome sentir como una prostituta barata de la que solo quería deshacerse.

—Tenga, algo de dinero para la carrera. Siento no poder llevarla yo mismo, pero no es seguro.

—¿Y si los vampiros vienen a buscar*me* a mí? —pregunté, sin molestarme en ocultar mi indignación.

Mi olor estaba por toda la casa de Arya; podrían pensar que se había ido conmigo a alguna parte. Podrían seguir viniendo a por mí, y yo

no tendría forma de protegerme tan lejos de casa, ¿y aun así, me iba a dejar aquí sin más? Para estar tan bueno, era un auténtico capullo.

—No lo harán. No es a usted a quien buscan. —Caesar se pasó una mano por el pelo y luego salió del coche.

No estaba convencida y quería llamarle capullo en voz alta, pero una mirada a Arya, abrazándose a sí misma en la esquina del asiento trasero, me hizo pensar que era mejor no discutir.

En lugar de eso, rodeé el cuello de Arya con mis brazos, apretándola con fuerza. —Todo va a salir bien —susurré.

Arya asintió con la cabeza contra mi hombro.

—Siempre estaré aquí para ti. Pase lo que pase. ¿Vale?

Arya volvió a asentir, sorbiendo por la nariz.

Me separé lentamente, lanzando una mirada asesina a Caesar, que seguía con esa expresión de acosado y golpeaba el suelo con el pie a un ritmo impaciente.

—Sus padres también son brujos, ¿verdad? —preguntó Caesar. ¿Era aquello realmente un atisbo de preocupación en su voz?

—Pues sí —dije, con mis palabras goteando sarcasmo—. ¿Por qué?

—Debería estar bien, pero querrá contarles lo que ha pasado. Deberían ser capaces de asegurarse de que nadie siga el olor de Arya hasta su casa.

—Ah. —Claro. No me molesté en preguntar por qué Caesar asumía que yo no podía hacerlo. Ese era un punto lo suficientemente delicado como para discutirlo con el Profesor Capullo—. Bueno, gracias. Supongo.

Caesar asintió, luego puso una mano en la espalda de Arya y la guio hacia la entrada del metro, una de las pocas subterráneas de la ciudad. Arya lanzó una mirada hacia atrás, y yo agité la mano e intenté sonreír.

Nunca conocí a mi madre. Murió en una especie de accidente mágico cuando yo era demasiado joven para recordarlo, razón por la cual la abuela se negaba a enseñarme magia. No recordaba haberla perdido. No podía imaginar que muriera justo delante de mí y que luego me arrastraran a una escuela —aunque una escuela bastante guay— todo en el mismo día.

Y las reglas… Siempre supe que esas reglas eran raras, incluso para la madre sobreprotectora de Arya, pero ¿por qué iba a mantener a su propia hija alejada del mundo de los cambiantes? ¿De qué se escondía?

Observé a Arya y Caesar hasta que desaparecieron. Pero no iba a pedir un Uber todavía. Después de mirar alrededor del aparcamiento para ver si alguien estaba observando, agaché la cabeza y corrí hacia donde la pareja había desaparecido.

Si pudiera ver qué línea cogían, podría averiguar cómo llegar a la escuela por mi cuenta. Si lograba entrar en el edificio, quizá podría demostrar que pertenezco a ese lugar. Además, no iba a dejar que un grifo de leyenda se llevara a mi destrozada amiga sin saber adónde.

Bajé las escaleras sigilosamente, agachándome para mirar por debajo del techo. No necesitaba que Caesar supiera que los estaba siguiendo. Caesar asintió al encargado y le entregó un billete a Arya. Ella lo cogió y se deslizaron por los tornos.

Fruncí el ceño. El hombre tenía coche, así que ¿por qué iba en metro a la escuela? Y obviamente lo hacía a menudo, teniendo en cuenta que tenía un abono.

Esperé, inmóvil en mi escalón, hasta que desaparecieron de mi vista una vez más.

Bajé corriendo las escaleras, buscando a Caesar y Arya, pero probablemente ya estarían en el siguiente tramo de escaleras, fuera de mi vista. Ralenticé mi paso a algo un poco más casual, intentando parecer inofensiva, invisible. Normalmente se me daba bastante bien. Un par de personas se acercaban a los tornos, así que intenté

colocarme entre ellos y el guardia mientras me colaba por encima del mecanismo.

—¡Oiga! —llegó la respuesta indignada de una mujer detrás de mí.

Me giré un poco, levantando la mano. —No voy a subir. Mi amiga necesita su móvil. —Y eché a correr, ante las protestas alarmadas de otros pasajeros y la mirada furiosa del guardia de servicio. No estaba segura de cuándo llegaría el siguiente tren, but tenía que ver a Arya antes de que subiera.

El guardia me agarró del brazo justo cuando llegaba al andén.

Levanté la mano libre en señal de rendición, maldiciendo para mis adentros. —No busco problemas. Solo quería darle este móvil a mi amiga antes de que subiera al tren.

Miré a mi alrededor, localizando los inconfundibles mechones negroazulados de Arya y la imponente figura de Caesar a su lado. Mi mirada se posó en el letrero que colgaba sobre sus cabezas; la inconfundible franja verde invitaba a los pasajeros que querían tomar la línea verde hacia el sur.

—Menuda historia —dijo la mujer, examinándome de arriba abajo. Arqueó una ceja—. No pareces de las que se cuelan habitualmente. No te habrás escapado de casa, ¿verdad?

Negué con la cabeza. —No, señora. Y no intentaba viajar. Mire, ¿ve? —Saqué mi propio móvil y se lo enseñé a la mujer—. A mi amiga se le ha olvidado este. Se va a llevar un disgusto tremendo.

La mujer resopló. —Niños. ¿Cómo te llamas? —Llevaba una placa que decía Agente A. Benson.

—Shea. Shea Le Fay —dije voluntariamente, poniendo mi mejor puchero para complacer a la autoridad—. Por favor, señora Benson. No volveré a hacerlo.

La agente Benson hizo una mueca, pero me condujo al torno y abrió una puerta lateral para dejarme pasar. —Más te vale que no te vuelva a pillar haciendo algo así.

Asentí obedientemente.

—¿Tienes lo que necesitas para volver a casa?

—Sí, señora.

—Bien. Pues hala. —La agente Benson me despachó con un gesto, poniéndose las manos en el cinturón.

Asentí por última vez y sonreí, con el corazón a punto de salírseme del pecho. Preferiría no tener antecedentes, y *de verdad* que no quería que la abuela se enterara de esto. Las cosas ya eran lo suficientemente complicadas sin una citación judicial sobre mi cabeza.

Me obligué a respirar hondo y volví a subir las escaleras. Tenía que haber alguna forma de rastrear el móvil de Arya, pero al menos sabía que se dirigían al sur por la línea verde. No era una ubicación, pero era un comienzo. Saqué mi móvil, comprobé todas las paradas de la línea verde y me pregunté dónde se bajaría Arya.

Lástima que no tuviera magia para este tipo de situaciones. Encender una vela y mover objetos básicos, claro. La mayor parte de la magia que había conseguido aprender era de andar por casa, y yo solo quería la oportunidad de descubrir de qué era capaz mi magia.

Sin un grimorio, necesitaría un lugar seguro para probar y estudiar… o quizás otra bruja que me ayudara a encontrar nuevos encantamientos y pociones, aunque eso era más improbable que entrar en la escuela. *Malditos brujos y su secretismo.*

Además, Arya me necesitaba. De eso estaba segura.

Capítulo 4

Arya

El túnel del metro era un borrón mientras el tren lo atravesaba a toda velocidad.

Estaba desconectada del mundo que me rodeaba, luchando para evitar que la realidad se me viniera encima. No estaba preparada para enfrentarme a lo que había ocurrido en mi casa; todavía no, no en presencia de este desconocido. No podía permitirme derrumbarme, no cuando aún sabía tan poco sobre lo que estaba pasando en realidad.

Me aclaré la garganta, intentando deshacer el nudo que tenía allí, y miré al hombre que era mi aparentemente reacio escolta. Estaba erguido como un león, observando a los pasajeros del tren como si fueran hienas depredadoras en su sabana.

—¿Dónde está ese colegio al que me lleva? —pregunté.

Me observó con aquellos ojos de acero y sus facciones se suavizaron ligeramente. —Se lo explicaré pronto. Nuestra parada está al llegar y entonces podremos hablar con más libertad.

Asentí, comprendiendo que aún consideraba que no estábamos a salvo.

Miré a los indiferentes y distraídos viajeros que nos rodeaban. Parecían inofensivos, corrientes. Desde luego, no se parecían a las pálidas criaturas que representaban a los vampiros en las películas, pero, claro, Caesar también parecía un tipo normal, aunque uno francamente atractivo. Al mirarlo, nadie diría que había una bestia emplumada acechando bajo la superficie.

¿Podría alguna de estas personas estar ocultando una identidad sobrenatural y querer hacerme daño?

Intenté no pensar en eso tampoco. El dolor y el miedo jugaban al tira y afloja con mi corazón, y no quería que ninguno de los dos ganara.

Parada a parada, todos los pasajeros se bajaron hasta que Caesar y yo fuimos los únicos que quedamos en el tren. Miré el mapa digital de la pared. La siguiente parada era el final de trayecto. ¿Adónde íbamos?

El tren frenó al llegar a su destino final.

—Vamos, aquí nos bajamos —dijo Caesar, levantándose del banco.

Dejando que una sensación de curiosidad llenara mi mente inquieta, lo seguí hasta la puerta y salimos en cuanto se abrió. El andén estaba en penumbra y completamente vacío. Las escaleras de la derecha llevaban a una zona industrial de Chicago en la que nunca había estado, pero no podía imaginar que un colegio para seres sobrenaturales se encontrara en este barrio.

Me dirigí a las escaleras, pero como Caesar no tomó la delantera, me detuve en seco y miré hacia atrás.

Caminaba hacia un cuarto de la limpieza en el rincón más oscuro del andén.

Ladeé la cabeza y me acerqué por detrás de él, observando cómo sacaba del bolsillo el mismo bono de metro y lo pasaba por el lector de la puerta del cuarto. Se encendió una lucecita verde y sonó un *clic*. Caesar abrió la puerta y me indicó con la cabeza que entrara antes que él.

Consumida por el escepticismo y la inquietud, crucé lentamente el umbral para encontrarme en otro andén de metro. Un andén secreto. Caesar me siguió y cerró la puerta tras de sí.

—Ya está, ahora podemos hablar sin reservas —dijo—. Este metro nos llevará a La Cúpula. Tome, este es su pase ahora. Es lo único que abrirá esa puerta y le permitirá viajar en este metro privado. —Me lo ofreció.

Con una leve sensación de privilegio que barrió mi anterior vacilación, lo acepté. —¿Me confía usted esto?

—Todos los alumnos reciben uno —dijo asintiendo—. Ninguno de nuestros alumnos es prisionero del colegio. Pueden entrar y salir cuando quieran; con un acompañante si son menores, por supuesto.

Eso fue reconfortante. Una parte de mí quería confiar en Caesar, aunque aún no tenía ninguna razón sólida para hacerlo. Saber que no se esperaba que estuviera confinada en el colegio al que me llevaba me hizo sentir mucho mejor sobre la situación. No era como si tuviera otro sitio adonde ir. Sin parientes lejanos. Sin más amigos que Shea, quien, al parecer, estaría en peligro si me quedaba con ella.

—Subamos —dijo—. El tren saldrá pronto.

Con la mano en la parte alta de mi espalda, me guio suavemente hacia el tren que esperaba.

—Pero ¿dónde está el colegio? —pregunté.

—Ya lo verá —dijo, con un atisbo de sonrisa de suficiencia en su rostro—. No quiero estropearle la sorpresa. No hay nada como la primera vez que se ve.

Enarqueé una ceja con curiosidad, pero entré en el vagón de todos modos. Ambos nos sentamos en bancos opuestos, uno frente al otro, y el tren empezó a avanzar.

—Mire, por si sirve de algo —empezó Caesar con una expresión torpe—, de verdad que siento lo de su madre. Todo esto. No se suponía que fuera así. Se suponía que yo debía ir a su casa para hablar con usted y con su madre sobre el colegio e, idealmente, ambas habrían venido conmigo. De haber sabido que los vampiros la tenían en el punto de mira, habría venido mucho antes.

—¿Cómo me encontró? —pregunté, eligiendo evitar el tema de los sucesos de esa noche—. Si de verdad soy lo que usted dice que soy.

—Tenemos una vidente —dijo—. Nos ayuda a localizar y dar la bienvenida a cambiantes de todo el mundo. Ayer, cuando estaba

haciendo una búsqueda rutinaria, la vio a usted.

—¿Una vidente? —pregunté, intentando no sonar tan escéptica como me sentía. Tuve que recordarme a mí misma que todo aquello no era tan descabellado como parecía; al fin y al cabo, acababa de verlo transformarse en un grifo.

—Sí. Se llama Celeste —respondió, entrelazando los dedos y colocando las manos en su regazo—. De hecho, es la instructora jefa de las sirenas en el colegio. La conocerá esta noche.

—¿Ella también es una sirena? —Realmente no pude evitar que el escepticismo se colara en mi tono.

Caesar asintió. —Un talento raro entre las sirenas es la capacidad de ver el futuro. Es la vidente más dotada que he conocido, y ha estado usando esa habilidad para encontrar a cambiantes perdidos como usted desde que el colegio abrió hace siete años.

Asentí, intentando asimilar todo esto. Él creía que yo era una sirena. Pero ¿cómo podía ser? Nunca había experimentado nada que sugiriera que era algo más que humana y, desde luego, nunca me había salido una cola con una vistosa aleta.

Pero, por otro lado, tampoco había estado nunca en aguas abiertas. Mamá ni siquiera me había permitido tomar baños. Habían sido solo duchas desde antes de que tuviera uso de razón.

¿Podría haber sido esta la razón de la regla de «no agua»? Si de verdad yo era lo que él decía, me había apartado de todo a propósito. Pero ¿por qué?

—¿Cómo se convierte una en sirena? —pregunté—. ¿Es al azar?

Caesar negó con la cabeza. —Las sirenas nacen sirenas. Es hereditario.

—¿Así que eso significaría que mi madre era una sirena?

—Uno de sus padres tendría que serlo, sí —respondió—. ¿Sabe algo sobre su padre?

Fruncí el ceño y negué con la cabeza. —Supongo que mi madre ocultaba más de lo que pensaba.

Me eché hacia atrás y miré por la ventanilla, viendo cómo la oscuridad exterior pasaba a toda velocidad. Sabía que debía aprovechar este tiempo para hacer más preguntas, pero no tenía fuerzas para ello; no cuando las preguntas que realmente quería hacer eran unas que él no podía responderme.

¿Cómo pudo mamá ocultarme esto? La regla de no nadar tenía tanto sentido ahora. Mamá sabía que yo era una sirena y me lo había ocultado intencionadamente. ¿Significaba eso que ella también había sido una sirena? ¿O era mi misterioso padre de quien mamá nunca quería hablar? Ni siquiera sabía su nombre.

Un sentimiento sucio y venenoso comenzó a recorrer mis venas. Traición. Todo este tiempo, mamá lo había sabido. Me había ocultado este enorme secreto, la esencia misma de mi ser.

Intenté apartar esos pensamientos, expulsar el veneno. No quería sentirlo, no cuando estaba tan destrozada por su repentina pérdida. Nunca volvería a oír su voz, nunca volvería a ver esa sonrisa secreta. Entre la traición y el dolor, me estaban desgarrando de dentro hacia afuera.

Las lágrimas volvieron a asomar y parpadeé para deshacerme de ellas. Todo mi ser suplicaba llorar, liberarse del peso de toda esta angustia y arrepentimiento, pero ahora no era ni el momento ni el lugar para darle a mi cuerpo el desahogo que necesitaba.

Según Caesar, pronto estaríamos en el colegio, y lo último que quería era ser un desastre lloroso y empapado delante de tantos desconocidos. Tenía que mantener la compostura solo un poco más.

Por el rabillo del ojo, vi a Caesar moverse. Vino a sentarse a mi lado.

—Sé lo que debe de estar sintiendo —dijo en voz baja—. Hace siete años, los vampiros mataron a mis padres.

Le miré a la cara, que estaba tensa. Ahora podía ver la tristeza detrás de sus ojos estoicos. ¿Era esta pérdida la razón de su

aspereza?

No tenía palabras de consuelo que ofrecer. Estaba tan rota por la pérdida como él.

En su lugar, pregunté: —¿Por qué los vampiros persiguen a los cambiantes?

Suspiró y se inclinó hacia adelante, con los codos apoyados en las rodillas. —Creen que son la especie superior y quieren gobernar a los humanos. Los cambiantes creemos que todas las razas de humanos son iguales y deben permanecer unidas. Llevamos siglos luchando contra sus avances. Los venenos y las mordeduras de ciertas especies de cambiantes son fatales para los vampiros, por lo que somos lo único que se interpone en el camino de sus oscuros sueños.

Un odio repentino se encendió dentro de mí, enfocado en los demonios que me arrebataron a mi madre. Parte de mí esperaba ser realmente una cambiante, que de verdad tuviera algunos poderes secretos listos para ser desatados en algún lugar de mi interior, porque quería hacerles daño. A todos ellos. Quería venganza.

—¿Hay alguna forma de vencerlos? —pregunté, con un nuevo filo en mi voz.

—Eso espero —dijo, lanzándome una mirada extraña, como si esperara que explotara en cualquier momento. Era una mirada de expectación.

Sintiéndome incómoda bajo su intensa mirada, me volví para mirar por la ventanilla de nuevo. Al hacerlo, la oscuridad exterior se rompió de repente y dio paso a un hermoso azul. Las luces del interior del tren se atenuaron lentamente, permitiendo que el azul que nos rodeaba se iluminara y proyectara un resplandor casi mágico sobre los bancos y las paredes.

—Hala —jadeé, girando todo mi cuerpo para ver mejor. El tren pasaba ahora por un túnel de cristal que estaba completamente bajo el agua. Peces de todos los tamaños y colores nadaban más allá del cristal. ¿Dónde estábamos?

—Todavía no ha visto nada —dijo Caesar con una sonrisa en la voz —. Mire por el otro lado.

Me di la vuelta para hacer lo que sugería, y no podía creer lo que vi.

A lo lejos, a unos pocos kilómetros, una enorme cúpula de cristal me guiñó un ojo a través del agua sorprendentemente clara. No podía decir cuán grande era desde aquí, pero parecía que abarcaba al menos un kilómetro y medio. Magníficos edificios metálicos llenaban su vientre, brillando como una moderna ciudad de la Atlántida. Nunca había visto nada tan maravilloso en toda mi vida resguardada.

—Arya Walker, bienvenida a La Cúpula —dijo Caesar.

—¡Esto es increíble! —exclamé—. ¿Dónde estamos?

—En el fondo del lago Michigan —respondió—. Es nuestro mayor y más importante secreto.

—¿Cuánto tiempo lleva este lugar aquí? —pregunté, incapaz de apartar la vista de la estructura de cristal.

—Siete años. Después de que nuestro colegio anterior fuera destruido, necesitábamos una nueva ubicación que los vampiros nunca encontraran. Hasta ahora, nuestro plan ha funcionado.

No tenía más palabras. Estaba hipnotizada por la vista más allá de las ventanillas. Me hizo olvidar, por un precioso momento, la tragedia de esta noche. La miré fijamente hasta que se perdió de vista mientras el tren se desviaba, mi expectación creciendo por ver cómo era por dentro.

Finalmente, el tren se detuvo y salí corriendo por las puertas con una renovada impaciencia. Al llegar al andén, me acerqué al cristal que enmarcaba este túnel, colocando una mano vacilante sobre él como si pudiera atravesarlo para alcanzar el agua densa del otro lado.

Miré directamente hacia arriba, asombrada por el hecho de que no podía ver la superficie. Sabía que debíamos estar a gran profundidad

bajo el lago, pero ver toda esa agua sobre mí no era menos milagroso.

Como nunca antes había estado cerca de aguas abiertas, me di cuenta de que debería sentirme al menos un poco claustrofóbica por estar atrapada bajo tanta cantidad. Después de todo, no sabía nadar. Si el cristal se rompía, sin duda me ahogaría. Y, sin embargo, no sentía absolutamente ningún miedo, solo un asombro extremo y una sensación de… confort.

Caesar llegó al andén y se paró a mi lado. —¿Está lista para ver el interior?

Todo lo que pude hacer fue asentir como una muñeca cabezona.

Me condujo hasta una gran puerta metálica tipo cámara acorazada al final del túnel. Abrió una pequeña caja de metal que estaba aproximadamente a la altura de la cabeza, se inclinó para que su cara quedara a pocos centímetros, y pulsó un botón. Un pequeño láser verde destelló y se movió sobre su ojo derecho. Luego, grandes cerrojos resonaron ruidosamente dentro de la puerta, y se abrió.

—Escáner de retina —informó Caesar—. Los cambiantes tienen estructuras de retina únicas. De esa manera, incluso si un vampiro llegara hasta este punto, no podría entrar.

Caesar terminó de abrir la puerta y me invitó a seguirlo. Entramos en un gran vestíbulo de entrada cuyos suelos, paredes y techo estaban hechos enteramente de algún metal mate oscuro.

Justo delante de nosotros había un arco enmarcado por columnas de metal alrededor de las cuales se enroscaban largos dragones de estilo japonés, brillando como plata sobre el metal deslucido. En el cénit del arco, el mismo escudo de la tarjeta de visita se posaba con orgullo, dándome la bienvenida.

Un gran escritorio se encontraba a la derecha, detrás del cual había un hombre corpulento con una barba naranja fuego y el pelo rapado casi al cero. Nos sonrió y asintió mientras pasábamos.

A través del arco, solo pude ver una fracción de un largo y enorme pasillo, como algo que solo se encuentra en los palacios de antaño. Sin aliento, salí del vestíbulo de entrada, mirando con los ojos muy abiertos el imponente gran salón en el que ahora me encontraba.

El techo tenía al menos tres pisos de altura, y brillantes criaturas metálicas de la mitología antigua se arrastraban y deslizaban por las paredes grises sin pulir.

Dragones serpenteaban por el techo abovedado, encontrándose para sisearse unos a otros en el punto más alto. Sirenas se alzaban en los marcos de las puertas de cada pasillo contiguo como si los sostuvieran. Lobos aullaban aquí y allá a una luna invisible, y magníficos grifos se erguían como gárgolas en las cornisas de cada piso que daba a este gran salón.

Nunca podría haber imaginado una arquitectura como esta ni en mis sueños más locos. Estaba todo hecho y moldeado en metal, ya fuera pulido hasta un brillo glorioso o dejado plano y sin refinar. No había un solo ladrillo, viga de madera, ni siquiera una pizca de yeso en todo el lugar y, sin embargo, su oscuridad era nada menos que hermosa.

Extendí la mano para tocar uno de los lobos que parecía congelado en su escalada por la pared, asombrada de lo meticulosamente que cada punta de pelo erizado estaba moldeada para parecer real.

—¿Todo este lugar está hecho de metal? —pregunté, mirando directamente hacia arriba.

—Sí. Es una aleación de plata y acero. La población estudiantil está compuesta principalmente por licántropos, que son vulnerables a la plata. Esto les ayuda a controlar mejor su capacidad de transformación y a estar menos gobernados por las fases de la luna.

—¿Licántropos? —pregunté, bajando la cabeza para lanzarle una mirada de extrañeza.

Soltó una risa ronca. —Hay mucho que tiene que aprender sobre nuestro mundo. Los licántropos incluyen a los cánidos, a los que

probablemente conozca como hombres lobo, los maos, que son cambiantes felinos, y los ursas, los cambiantes oso.

—¿Cuántos cambiantes diferentes hay? —pregunté, con la cabeza ya dándome vueltas.

—De las variedades más comunes, diez —replicó Caesar—. Pero, de vez en cuando, aparece algo nuevo o algo que se creía extinto. Estoy seguro de que todo esto le parece mucho ahora, y no tiene que aprenderlo todo esta noche. Ya habrá mucho tiempo para eso más adelante.

Un grupo de adolescentes salió de uno de los muchos pasillos. Charlaban alegremente, pero cuando nos vieron a Caesar y a mí, se detuvieron y se quedaron en silencio. Me miraron con interrogantes en sus caras, haciéndome sentir como un bicho raro exhibido en un circo, y me negué a encogerme bajo su escrutinio.

Sabía cómo funcionaba esto. Había sido la chica nueva suficientes veces como para saber que nunca debía mostrar signos de debilidad. Así que me mantuve erguida y les devolví una mirada fría e inquebrantable.

—Es tarde y ha tenido una noche muy larga y difícil —dijo Caesar, guiándome lejos de los curiosos y hacia una escalera con una mano firme en mi espalda—. Déjeme que la acompañe a su habitación para que pueda descansar como es debido.

Ante su sugerencia, sentí de repente el peso de mi agotamiento caer sobre mí. Nada sonaba mejor que acurrucarme en una cama con una manta sobre la cabeza y dejar que la oscuridad me engullera lejos de mi dolor durante unas preciosas horas.

Asentí y dejé que me guiara escaleras arriba.

Mientras caminábamos, más y más estudiantes se cruzaban en nuestro camino, deteniéndose para mirar. Los susurros nos siguieron por todo el edificio. No me importó intentar captar ninguna de sus palabras. Solo quería alejarme de todo.

En serio, ¿cuál era su problema? Caesar dijo que traían nuevos estudiantes todo el tiempo. ¿Qué hacía que mi llegada fuera tan interesante?

Llegamos a un gran par de puertas que estaban moldeadas para parecer olas arqueadas con elegantes sirenas nadando a través de ellas. Justo cuando levantaba los nudillos para llamar, las puertas se abrieron hacia adentro y una pelirroja alta y hermosa nos recibió.

—Mi querida niña —dijo la mujer—. He estado esperando con tantas ganas su llegada, y lamento terriblemente que haya tenido que ser en estas circunstancias.

¿Cómo sabía lo que había pasado? Caesar no había llamado a nadie.

La mujer le lanzó una mirada cómplice a Caesar por un segundo, y él asintió.

—Aquí es donde la dejo —me dijo—. Celeste es la jefa de los dormitorios de las sirenas, y ella se encargará a partir de ahora. Volveré a pasar en unos días para ver cómo le va.

—Eh, gracias —dije, sin saber qué más decir.

Inclinó la cabeza, luego se dio la vuelta y se alejó por el pasillo.

—Venga, Arya —dijo Celeste, haciéndome un gesto con una mano abierta, blanca como la nata y delicada—. Vamos a instalarla.

Asentí y la seguí a través de las puertas dobles, ansiosa por terminar con esta noche horrible.

Entramos en una sala de estar donde unos cuantos adolescentes estaban sentados en sofás, hablando, leyendo o mirando pantallas de ordenador iluminadas. Una vez más, los estudiantes voltearon la cabeza hacia mí.

Opté por ignorar la atención no deseada, manteniendo la mirada al frente.

—¿Cómo lo sabía? —pregunté, lanzando una mirada tímida a Celeste.

Celeste asintió, sus potentes ojos verdes brillando en señal de comprensión. —Algunas sirenas tienen la capacidad de ver el futuro. Fui yo quien tuvo la visión de usted que la trajo hasta nosotros. Pero las visiones no siempre llegan a tiempo. Solo vi la muerte de su madre mientras sucedía. Lo siento mucho. —Su bonita frente se arrugó con genuina compasión.

Había olvidado lo que Caesar dijo sobre la habilidad de Celeste. Simplemente había habido demasiada información en la última hora para procesarla toda. Suspiré, resignada al hecho de que sabía menos sobre este mundo que cualquier otra persona en este colegio.

Subimos otro corto tramo de escaleras y nos detuvimos en una de las muchas puertas a lo largo del pasillo. Celeste sacó una tarjeta del bolsillo de su pantalón de vestir negro y abrió la puerta, luego me entregó la tarjeta.

—Esta será su habitación mientras sea alumna aquí —dijo—. Hay un mapa del campus y un horario de clases en su escritorio.

Entré en el modesto dormitorio y miré a mi alrededor. Había una cama individual de aspecto cómodo —con sábanas y edredón azules —, una cómoda, un escritorio con una silla y un armario. Sin ventana.

—Sus profesores la esperan en clase mañana por la mañana, pero entenderé perfectamente si necesita unos días para guardar luto — dijo Celeste en voz baja.

Me volví para mirarla. —No, está bien. Ya voy con retraso. Me gustaría empezar las clases mañana.

Celeste asintió prolongadamente. —En ese caso, nos vemos mañana en Transformación. —Retrocedió por la puerta y comenzó a cerrarla, pero se detuvo—. Mi puerta está en la planta principal de la sala común, debajo de las escaleras. Si necesita algo, por favor, no dude en venir a hablar conmigo.

La sonrisa que me ofreció fue tan cálida y maternal que me recordó a la de mi madre. Y ahí estaba el nudo otra vez, oprimiéndome la garganta.

Tosí entrecortadamente y dije: —Gracias.

Celeste, misericordiosamente, cerró la puerta, dejándome sola al fin.

Me quedé de pie en medio de mi nueva habitación durante unos minutos, el peso de mi angustia inundándome como la primera ola de un tsunami. Ahogándome en él, ya no tuve fuerzas para llegar a la cama.

Me derrumbé en el suelo y rompí a sollozar.

Capítulo 5

Arya

¿Qué hay más intimidante que el primer día en un colegio nuevo? Un primer día en un colegio para cambiaformas cuando eres la única que no sabe nada sobre el mundo de los cambiaformas.

Apenas dormí esa noche, así que ya estaba despierta cuando oí ruidos de pasos y parloteo en el pasillo, al otro lado de mi puerta. Celeste había dicho que las otras estudiantes de esta sección eran todas sirenas; como yo, supuestamente. Pero dudaba en salir.

¿Cómo iba a encajar yo ahí? Probablemente, estas otras estudiantes habían sabido toda la vida lo que eran. Yo no tenía ni idea de sus costumbres ni de su historia. Era como si estuviera en un país extranjero y no hablara el idioma.

Me deslicé perezosamente fuera de la cama y cogí la tableta que había sobre el escritorio. Un toque rápido reveló el horario de clases.

Lunes-Miércoles-Jueves:

8:00 Dominio

9:00 Álgebra

10:00 Química

11:00 Inglés

14:00 Defensa

Martes-Viernes:

8:00 Biología Cambiaformas

9:00 Historia Cambiaformas

10:00 Transformación

11:00 Música

14:00 Defensa

Había una nota al final que decía que me saltara la clase de Defensa el primer día, cosa que me pareció perfectamente bien porque sonaba demasiado física, y yo estaba completamente agotada.

Hoy era jueves, lo que significaba que primero tenía Biología Cambiaformas. Miré el reloj digital que había junto al ordenador portátil cerrado en el escritorio. Las seis y cuarenta y cinco de la mañana. Tenía unos quince minutos para vestirme antes de aventurarme a buscar algo para desayunar.

No tenía ni idea de qué me pondría. No había tenido la oportunidad de coger ropa antes de salir a toda prisa de casa, y todavía llevaba los mismos vaqueros ajustados y la camiseta de la fiesta de anoche. Aunque no olían como si hubieran pasado por una noche dura, no tenía ningún deseo de llevar la prueba de mis horrores ni un minuto más.

Con la remota esperanza, abrí la puerta corredera del armario. Sorprendentemente, los estantes estaban llenos de pantalones negros de vestir, y en el perchero había una fila de polos negros, todos con una pequeña espiral azul en el pecho izquierdo.

Al parecer, este colegio tenía una política de uniforme, por lo que me sorprendió sentirme agradecida. Siempre había odiado los colegios así, ya que me gustaba expresarme a través de la moda; de ahí las mechas azules de mi pelo. Pero llevar el mismo atuendo que los demás podría ayudarme a destacar un poco menos, y hoy lo necesitaba desesperadamente.

Rápidamente, me puse uno de los conjuntos, me cepillé el pelo y los dientes y me até los zapatos. Cogí la tableta, cargada con el horario y el mapa del colegio, y me preparé para empezar el día, cuando me

di cuenta de que no tenía ningún tipo de material escolar: ni bolígrafo, ni lápiz, ni papel, nada.

No podía presentarme en clase con las manos vacías, por muy caótica que hubiera sido mi llegada. Miré por la habitación, esperando encontrar de nuevo algún recurso sorpresa, pero no había nada en los cajones del escritorio ni en ningún otro lugar de aquel modesto espacio. Solo un teclado suelto que había estado debajo de la tableta.

Suspirando, miré el teclado. Quizá pudiera tomar notas a máquina. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Apoyada en la pata del escritorio había una elegante funda para el portátil con el escudo del colegio bordado en hilo brillante y colorido. Metí el teclado y la tableta en la funda, me la eché al hombro y respiré hondo antes de abrir la puerta del dormitorio y salir.

La sala común era un hervidero de actividad, con estudiantes moviéndose por todas partes. Y al igual que la noche anterior, cuando me vieron entrar en su espacio, todos se callaron para mirarme.

—Ahí está, la sirena *nueva* —oí susurrar a una de ellas, seguido de risitas apenas contenidas.

Fingí no oír, fingí no darme cuenta de que me miraban, y atravesé la sala común con la cabeza bien alta. ¿Es que no tenían nada mejor que hacer que quedarse mirando a la nueva? Esto era peor que cuando nos mudamos a Tucson y yo había sido la única chica blanca del instituto Sunnyside.

Atravesé las puertas onduladas hacia el enorme gran vestíbulo, intentando orientarme y recordar dónde estaban las cosas de la noche anterior. No había forma de que le preguntara a nadie por una dirección, así que iba a tener que encontrar el comedor por mi cuenta.

Saqué la tableta de la funda y abrí el mapa del colegio, echándole un buen vistazo por primera vez. Ahí estaban los dormitorios de las sirenas y el gran vestíbulo en el centro, del que partían varios

pasillos. Mis ojos recorrieron la pantalla hasta que vieron las palabras COMEDOR en la planta baja, a la izquierda del gran vestíbulo.

Ahí estaba, no había sido tan difícil. No era una damisela indefensa en apuros; tenía que recordármelo después de todo lo que había pasado ayer.

Volví a guardar la tableta, me alisé la parte delantera de la camiseta y me dirigí a las escaleras que me llevarían de vuelta a la planta baja del gran vestíbulo.

A diferencia de la sala común de las sirenas, cuando me cruzaba con otros estudiantes, no se me quedaban mirando ni susurraban. Después de todo, el uniforme estaba haciendo su trabajo. Sí que recibí alguna que otra mirada de arriba abajo de algunos de los estudiantes varones, lo que en un día como este fue un bienvenido chute de confianza.

Muchos de ellos se dirigían en fila hacia los soportales a la izquierda del gran vestíbulo, así que seguí a la multitud, esperando que me llevaran al lugar correcto. Una vez que pasé bajo el soportal, me di cuenta de que no había que buscar mucho más.

Todo el tramo del lado izquierdo de este edificio *era* el comedor. Mesas abarrotadas de gente llenaban el espacio abierto, y al fondo de la sala había una enorme estación de bufé. El olor a beicon y huevos asaltó mis fosas nasales, y me di cuenta del hambre que tenía en realidad, pues apenas había comido la noche anterior.

Tras esperar unos minutos en la cola, salí de la zona del bufé con una bandeja llena de comida con un olor delicioso. Ahora solo tenía que encontrar un sitio para sentarme y devorarla. Estaba acostumbrada al caos de la cafetería el primer día, y hoy no me importaba ofender a nadie por entrometerme. Miré alrededor de la gran sala, buscando con la mirada un asiento vacío.

Había una mesa redonda no muy lejos con dos asientos vacíos, y vi que todas las chicas de esa mesa llevaban el mismo símbolo en sus camisetas que yo. Sirenas.

Puse cara de simpática y me acerqué a la mesa.

—Hola, chicas —saludé con voz alegre—. ¿Les importa si me siento con ustedes?

Las tres chicas interrumpieron su conversación y me lanzaron miradas por encima del hombro. La rubia fresa del centro tenía una belleza pulida, del tipo que se ve en las revistas. Estaba flanqueada por una chica con el pelo tan rubio ceniza que parecía tener un tinte verdoso y otra con el pelo largo y negro, similar al mío.

La rubia fresa era claramente la abeja reina, y lamenté a regañadientes no haberme dado cuenta de ese hecho antes de acercarme a ellas.

—Esta mesa está llena —dijo la rubia fresa con un tono descaradamente mordaz.

—Vaaale —dije, frunciendo los labios. Me alejé de la mesa sin un rumbo fijo.

Por suerte, vi un asiento vacío al final de una larga mesa rectangular, y no tardé en pillarlo y ponerme a devorar la comida. El grupo de chicos a mi derecha estaba enfrascado en un ruidoso debate sobre algo, y me alegré de que ninguno de ellos se percatara de mi presencia.

Mientras comía, vi que todos los estudiantes tenían símbolos diferentes en sus camisetas: uno de los cuatro símbolos que componían el escudo del colegio.

Los chicos que discutían a mi lado tenían todos las tres barras rojas en sus camisetas. Sabía que la espiral azul era para las sirenas, y no pude evitar preguntarme qué significaban los otros cuatro símbolos. Caesar había dicho que había casi una docena de cambiaformas diferentes en el mundo, así que ¿por qué solo había cuatro símbolos?

Cuando mi bandeja estuvo vacía y mi estómago agradablemente lleno, salí corriendo del comedor y fui en busca de mi primera clase. Según el mapa, estaba al otro lado de las puertas dobles en el

extremo del gran vestíbulo y al otro lado del campus, en un gran edificio con forma de porción de tarta.

Una vez más, seguí a una bandada de estudiantes que salía del extremo del vestíbulo y me adentré en una escena que no había esperado; pero, claro, nada en aquel colegio entraba en el ámbito de mis expectativas.

El campus parecía el de un colegio normal, con la hierba más verde y vibrante llenando el espacio entre cada acera que conectaba los edificios. La hierba era lo último que pensé que vería bajo una cúpula en el fondo de un lago.

Incluso había árboles frutales de aquí para allá, que ofrecían sombra contra la luz turquesa sorprendentemente brillante que se filtraba desde la superficie a través de las profundidades del agua sobre La Cúpula.

Me di cuenta de que me había detenido a mirar —justo en medio del tráfico de peatones en la ancha acera— y continué mi caminata hacia el edificio con forma de porción de tarta, que en realidad era mucho más grande de lo que el mapa digital podía transmitir.

—James, cálmate, tío.

Había un grupo de chicos en el césped que parecía estar en una pelea, o al borde de una. Los habría ignorado por completo si el sonido de un gruñido no me hubiera llamado la atención.

Un chico en el centro de la disputa tenía las manos firmemente puestas en el pecho del que gruñía, intentando calmarlo. Pero el chico que gruñía no le hizo el menor caso. Su respiración se hizo más fuerte y forzada, y sus ojos empezaron a brillar con un rojo intenso. Pensé que estaba viendo cosas y parpadeé con fuerza.

—¡James, no! —gritó el mediador, y antes de que saliera la última palabra de su boca, el cuerpo del chico que gruñía se rasgó fuera de su uniforme, le brotó un espeso pelaje de color marrón ceniza y mutó en un lobo gigante y gruñón.

Jadeé y me aparté de un salto de la escena, agarrando la funda contra mi corazón que latía frenéticamente.

Nadie más a mi alrededor reaccionó como yo. Muchos pusieron los ojos en blanco y negaron con la cabeza o se rieron con desdén, burlándose del chico, que ahora era un enorme perro peludo. ¿Era esto algo habitual?

—James Barnes, ¿qué cree que está haciendo? —gritó una mujer mientras cruzaba el patio.

—Oh, ahora sí que se ha metido en un lío —se rio otro estudiante antes de huir de la escena como todos los demás.

Con demasiadas ganas de alejarme, hice lo mismo, corriendo aún más rápido hacia mi primera clase. No sabía si alguna vez me acostumbraría a ver a la gente convertirse en bestias de gran tamaño, pero no parecía que fuera a tener mucha elección.

Una vez que entré en el edificio, encontrar mi aula fue fácil. Todas las puertas estaban etiquetadas por asignatura, y Biología Cambiaformas era la octava puerta, entre Química y Biología General.

Fui la primera estudiante en llegar, y me alegré de no tener que luchar torpemente para encontrar mi asiento delante de una clase llena.

La profesora, vestida con el mismo estilo de ropa formal que Celeste la noche anterior, levantó la vista de su ordenador portátil cuando me vio entrar.

—Ah, usted debe de ser Arya. —Se levantó de su escritorio y se acercó a mí, ofreciéndome una sonrisa de bienvenida—. Soy la Sra. Sharp. Estoy encantada de tenerla en mi clase.

—Eh, gracias —dije, devolviéndole la sonrisa—. ¿Están asignados los asientos?

—Sí. Su asiento está en la segunda fila, tercera columna. —La Sra. Sharp extendió una mano abierta hacia el asiento en cuestión—. Sé que todo esto es un poco nuevo para usted, pero recibimos nuevos

cambiaformas en clase al menos una vez al mes, así que a menudo repasamos lo básico. Si tiene alguna pregunta durante la lección, no dude en preguntar.

El comportamiento de la Sra. Sharp era tan dulce, casi maternal. Ya me sentía más tranquila por estar en su presencia, y la seguridad de que habría un curso de repaso también fue un gran alivio.

Asentí y tomé mi asiento.

A medida que más estudiantes empezaban a llenar los asientos a mi alrededor, estudié los pósteres y diagramas educativos de las paredes. Había diagramas de una docena de criaturas diferentes, con sus esqueletos, musculatura, estructura de órganos y mapas de venas.

Había un dragón a la derecha de la pizarra blanca, un grifo al lado, una especie de criatura grande y peluda con nueve colas; y de nuevo, me pregunté cuántos cambiaformas diferentes había.

El diagrama de la sirena era especialmente interesante, y lo estudié hasta que empezó la clase, imaginando cómo los huesos de un ser humano podían mutar y combinarse de esa manera.

—Buenos días, clase —anunció la Sra. Sharp—. Como hemos tenido un par de estudiantes nuevos recientemente, creo que es mejor repasar lo básico.

Hubo un gemido colectivo de la clase, y yo me hundí en mi silla, esperando evitar que me culparan por la repetición.

Los demás estudiantes empezaron a sacar tabletas de sus fundas y a ponerlas sobre sus escritorios.

Así que, después de todo, no necesito bolígrafo y papel.

Me alegré de haber tenido el buen juicio de llevarme la tableta. La saqué, la encendí sobre mi escritorio, descubrí que el teclado se acoplaba prácticamente solo con una especie de cierre magnético, y luego volví a fijar la vista en la profesora, ansiosa por teclear todo lo que dijera.

La Sra. Sharp accionó un interruptor para atenuar las luces, y una máquina proyectó una imagen en la pizarra. La imagen era de diez criaturas diferentes separadas en grupos.

—Todas las especies de cambiaformas se clasifican en las cuatro categorías principales —explicó la Sra. Sharp—. ¿Quién puede decirme cuáles son las cuatro categorías?

Una chica en algún lugar detrás de mí debió de levantar la mano.

—Adina —dijo la Sra. Sharp.

—Las cuatro categorías son arcaicos, avianos, licántropos y, la mejor de todas, oceánidos —dijo la chica con tono altanero.

La Sra. Sharp frunció el ceño a la chica, pero continuó diciendo: —Es correcto. Hay tres especies principales de cambiaformas bajo la clase arcaica, que son los grifos, los kitsunes y los nagas.

Señaló el grupo en la parte superior izquierda de la imagen. Obviamente, ya sabía lo que era un grifo. Sin embargo, no reconocía en absoluto a las otras dos criaturas. Una era una criatura parecida a un zorro con un grupo de colas esponjosas, y la otra era una especie de hombre lagarto que, sinceramente, parecía el más aterrador de todos.

—Los avianos albergan a los cambiaformas voladores: dragones, fénix y arpías —continuó la Sra. Sharp, señalando el grupo en la parte superior derecha.

De nuevo, sabía lo que era un dragón, y mi único conocimiento sobre los fénix venía de Harry Potter, pero estaba segura de que los cambiaformas fénix eran mucho más geniales que eso. La arpía tenía que ser la extraña criatura con alas por brazos y garras por pies. No estaba segura de por qué eso me hizo estremecer, pero lo hizo.

—Actualmente, las sirenas son la única especie clasificada como oceánida, simplemente porque han salido del agua hace poco, por así decirlo, y no tenemos suficiente conocimiento de qué otras especies pueden residir en las profundidades.

La Sra. Sharp señaló la única figura de sirena en la parte inferior izquierda de la imagen, y su resumen hizo que mi mente bullera con todo tipo de ideas fantásticas de criaturas marinas con tentáculos y púas eléctricas. Claramente veía demasiadas películas, pero cuando no te permiten tener vida social, ¿qué otra cosa se supone que debes hacer?

—Y en cuanto a los licántropos, los tres tipos principales son los cánidos, los maos y los ursas.

Me sorprendió gratamente recordar esos nombres de la explicación de Caesar de la noche anterior. *Ves, lo tengo totalmente controlado.*

Así que el chico que se había convertido en un perro gigante hacía no más de cinco minutos en el patio era un cánido. Como había deducido por la reacción de la profesora fuera, a los estudiantes no se les permitía cambiar de forma cuando quisieran. Estaba súper agradecida por eso, porque si pensaba que tenía que ver a una sola persona más transformarse en un monstruo hoy, me iba a dar un ataque de pánico.

—Ahora, ¿quién puede decirme cuál es la única especie que se ve obligada a cambiar de forma bajo la luna llena? —preguntó la Sra. Sharp a la clase.

El chico delante de mí levantó la mano. —Es una pregunta trampa —dijo con una risita presuntuosa—. Hay tres: los cánidos, los maos y los ursas.

—Correcto. ¿Y qué tiene de especial su creación que los diferencia de todos los demás cambiaformas?

—Los licántropos se convierten en licántropos porque son mordidos o arañados por otro licántropo, mientras que todos los demás cambiaformas nacen siendo lo que son —respondió el chico.

—Muy bien. ¿Puede alguien más decirme qué diferencia a las sirenas de otras especies en términos de nacimiento?

La clase se quedó en silencio como respuesta. Miré a los otros estudiantes de la sala y, unas filas más atrás, una chica levantaba la

mano.

—Vamos, chicos, acabamos de repasar esto la semana pasada. —La Sra. Sharp les dio un momento a todos para que lo recordaran antes de soltar un suspiro—. Muy bien, adelante, Adina.

—Las sirenas son las únicas cambiaformas que nacen en su forma de cambiaformas —respondió Adina con orgullo—. Somos la única especie de cambiaformas verdadera.

Espera un momento. ¿Qué? ¿Las sirenas nacen sirenas?

Mi corazón martilleaba contra mis costillas, y me tambaleé bajo las implicaciones de lo que ese hecho significaba. Realmente no había forma de que mamá no lo hubiera sabido.

La Sra. Sharp suspiró de nuevo. —Gracias, Adina, pero en el futuro, por favor, guárdese sus opiniones para usted.

El resto de la lección versó sobre el detonante de la pubertad, la etapa hormonal del desarrollo que causaba que la mayoría de las especies de cambiaformas —excluyendo a los licántropos y las sirenas— tuvieran la capacidad de cambiar de forma. Esto solía ocurrir entre los doce y los dieciséis años y era cuando la mayoría de los estudiantes eran invitados al colegio.

Cuando terminó la lección, me sentí infinitamente mejor por estar aquí, como si al menos pudiera comprender la mayor parte de lo que estaba pasando. Ahora sabía a qué categoría se refería cada uno de los símbolos: la espiral azul era de las sirenas, por supuesto; la barra roja, de los licántropos; el ala, de los avianos, y el símbolo con aspecto de garra, de los arcaicos.

Mientras caminaba hacia mi siguiente clase, fui capaz de distinguir aproximadamente qué tipo de cambiaformas era cada estudiante por el símbolo que llevaban en la camiseta.

Lo siguiente en mi horario era Historia Cambiaformas. Cuando la encontré, me quedé un poco de piedra al ver que Caesar estaba sentado detrás del escritorio en la parte delantera de la sala. Sabía que era el director del colegio, pero no que también diera clases. No

levantó la vista cuando entré, y me sentí algo aliviada de no llamar su atención.

La sala estaba estructurada como un anfiteatro con asientos de estilo teatral de tapicería roja. Supuse que estos asientos no estaban asignados y me senté en uno en la parte delantera de la clase. Abrí mi tableta en mi regazo, emocionada por tomar más notas.

Una sombra cayó sobre mí mientras me acomodaba, y levanté la vista de mi pantalla para ver a las tres chicas del comedor de pie frente a mí, todas lanzándome miradas de desprecio.

Fue solo entonces cuando reconocí que la sirena arrogante que había estado haciendo todos los comentarios en Biología Cambiaformas —la que se llamaba Adina— era la del pelo rubio verdoso.

—¿Qué? —pregunté, manteniendo la cabeza alta mientras les devolvía la mirada.

La arrogante líder rubia fresa bufó, luego giró la cabeza en un gesto despectivo y condujo a su trío escaleras arriba para sentarse al fondo de la clase.

La sangre me hervía en las venas, y noté que me temblaban las manos a ambos lados de la tableta.

¿Qué demonios les pasaba? Estuve a punto de seguirlas y exigirles saber qué bicho les había picado conmigo.

No era como si nunca me hubieran despreciado otras chicas. En cualquier otra circunstancia, algo así no me habría afectado. Estaba acostumbrada a este tipo de estupideces como la chica nueva frecuente. Pero ya estaba vulnerable, como un cristal agrietado, y no estaba segura de cuánto más podría aguantar antes de romperme, ya fuera en una explosión de rabia o en una añicos de miseria.

Luché contra las lágrimas de rabia que me picaban en los ojos, no solo por su acoso, sino por todo lo que había sucedido en las últimas veinticuatro horas.

Solo céntrate en la clase, me dije a mí misma. *Solo supera esto. Esas zorras lo superarán con el tiempo, y yo también.*

Caesar comenzó la clase justo en ese momento, dándome la distracción perfecta.

—Hoy vamos a hablar sobre la Asignación Mer. ¿Alguno de ustedes sabe a qué se refiere esto?

Hubo algunas risitas en la clase detrás de mí; algunas sabía que venían de Adina y su trío, pero fue un chico el que levantó la mano. Caesar lo señaló con el dedo índice.

—Fue cuando los mer migraron de vivir en el océano a vivir en tierra.

Caesar asintió. —Sí. Estoy seguro de que todos ustedes son demasiado jóvenes para recordarlo, pero fue un gran impacto para muchos de nosotros saber que los mer siquiera existían. Siempre habían sido un tema de leyenda, un cuento de hadas incluso para nosotros los cambiaformas.

Juntó las manos a la espalda y comenzó a pasear tranquilamente por el estrado, y mi atención se centró en cada una de sus palabras.

—Al principio llegaron a cuentagotas. Tanteando el terreno, por así decirlo. —Se rio de su propio chiste, pero nadie más lo hizo—. Luego se asimilaron a la sociedad humana, asumiendo identidades humanas para vivir en tierra a tiempo completo. Debido al calentamiento global, la sobrepesca y la contaminación, junto con la mejora de la tecnología de caza por parte de los cazadores, las sirenas ya no se sentían seguras en las profundidades, y creyeron que su única forma de escapar de los peligros de los humanos era unirse a ellos. ¿Alguien sabe cuándo ocurrió esto?

Otra mano se levantó. —¿En 1995? —respondió una chica en la parte de atrás.

—Correcto. El movimiento comenzó a principios de los ochenta, y para 1995, todas las civilizaciones mer del Caribe y del Océano Pacífico se habían fusionado con los humanos.

Caesar señaló a una estudiante que no había visto levantar la mano.

—¿Es verdad que Celeste fue una de las pioneras que condujo a los mer a tierra? —preguntó una chica.

—Muy bien, Jenna. Sí, de hecho, si no fuera por la brillantez de Celeste con las ganancias financieras, los mer podrían no haber hecho nunca el cambio. Y si no fuera por Celeste, ninguno de nosotros estaría aquí en esta sala. —Hizo una pausa para que eso calara.

—Cuando el colegio predecesor de La Cúpula fue destruido por vampiros hace ocho años, Celeste se presentó con los vastos fondos que ella y otras sirenas habían amasado usando sus habilidades de adivinación. Se ofreció a ayudar a crear un nuevo colegio para cambiaformas de todos los orígenes. Celeste hizo posible La Cúpula, y ha demostrado ser el mayor santuario de cambiaformas de todos los tiempos.

Estaba al borde de mi asiento, tecleando frenéticamente todo lo que decía. ¡Todo me parecía fascinante! Estaba asombrada por la historia de un pueblo al que nunca supe que pertenecía, y todavía cuestionaba esa relación. Después de todo, aún no había visto pruebas de que realmente fuera una sirena.

¿Y si Celeste y Caesar se habían equivocado? ¿Y si por eso esas otras chicas me acosaban? ¿Porque podían notar que no era una de ellas? Después de aprender sobre la historia de las sirenas, me sentiría muy honrada de ser parte de esa comunidad, de ser bienvenida en su cultura y aprender todo lo que pudiera.

—¿Hay alguna pregunta sobre la lección? —preguntó Caesar a la clase.

—Yo tengo una pregunta —dijo una voz irritantemente familiar desde el fondo de la sala.

—Sí, Cora —dijo Caesar.

Me di la vuelta para ver quién había levantado la mano. Efectivamente, era la diva rubia fresa.

—¿Por qué todos los profesores han estado buscando a una sirena perdida todos estos años? —preguntó Cora, lanzándome una mirada venenosa.

¿Una sirena perdida? ¿Los profesores han estado buscando a alguien como yo? ¿Por qué?

Dirigí mi mirada inquisitiva a Caesar, al igual que el resto de la clase.

Caesar titubeó momentáneamente, y no se me escapó que sus ojos se dirigieron a mí por un segundo.

—¿Perdón? —preguntó, obviamente fingiendo ignorancia.

—¿Qué tiene de especial esta nueva sirena que trajo anoche? —reformuló Cora, esta vez apuntando directamente a mí—. Creo que todos queremos saberlo.

—Uuh, huelo sangre en el agua —gritó un chico al fondo, y siguieron risitas.

Miré a Caesar con expectación, apenas respirando. Si había algo especial en mí —algo más que ser una sirena, lo cual ya era increíble si era cierto—, entonces quería saberlo. Quizá podría arrojar algo de luz sobre el ataque de los vampiros a mi casa, sobre mi madre…

—Creo que debería dejar los cotilleos en los dormitorios, Cora —dijo Caesar, desestimando el asunto por completo—. Ahora, ¿alguien tiene alguna pregunta *sobre la lección*?

La clase se quedó en silencio por un momento, pero luego un estudiante levantó la mano para preguntar algo trivial.

No lo oí. Mi cerebro era un hervidero de especulaciones. ¿Qué sabían esas chicas sirenas que yo no? Parecía que todo el mundo sabía más que yo, y no solo sobre el mundo de los cambiaformas, sino sobre mí.

Ahora que lo pensaba bien, sí parecía extraño que el director de un colegio fuera a la casa de una posible estudiante en mitad de la noche para invitarla a un colegio, fuera de cambiaformas o no. No es que no apreciara que se lanzara a salvarme, pero ¿qué había tan

urgente en mi admisión en el colegio que no pudiera esperar a una hora apropiada durante el día?

Pero si esperaban algo especial de mí, ¿y si los decepcionaba? Mi siguiente clase era Transformación, y no tenía ni idea de cómo transformarme, o si siquiera podía. ¿Y si fallaba, demostrando ser nada más que humana?

Me echarían sin duda. Pero entonces, ya había visto demasiado de su mundo. ¿Me matarían para proteger su secreto?

Sonó el timbre, anunciando el final de la clase. Salí del anfiteatro y me dirigí nerviosamente al gimnasio donde se impartía Transformación. Mis piernas se movían con lentitud, como si estuviera caminando a través de melaza, y una parte de mí —una gran parte— quería dar media vuelta y volver corriendo a mi habitación.

¿Por qué sentía que me dirigía a mi propia ejecución?

Capítulo 6

Arya

Encontrar la clase de Transformación en Sirena fue fácil. Solo tuve que seguir el hedor a arrogancia y privilegio.

No era solo el trío de brujas marinas el que me había dado esa impresión de las sirenas. Todos los estudiantes que se movían con aire de superioridad llevaban el símbolo de las sirenas en la camiseta.

La sala de entrenamiento estaba en el otro extremo del segundo edificio más grande del campus, que parecía usarse para actividades físicas. Según el mapa, en la última planta había un gimnasio con todo tipo de material deportivo y de ejercicio, y una piscina.

Entré por la puerta, y los latidos de mi corazón, que retumbaban en mis tímpanos, marcaban el ritmo de mis pasos como una marcha fúnebre. El espacio interior estaba casi completamente monopolizado por una enorme piscina, con trampolines de varias alturas en un extremo y varios aros de metal colgando del techo aquí y allá.

Ya había varios estudiantes en la piscina, todos con el mismo top de natación ajustado de tejido elástico negro.

La idea de que se esperaba que nadara me provocó un pánico abrasador en el pecho. Nunca me había metido en el agua, sin importar la cantidad, y estaba casi segura de que me ahogaría si intentaba nadar o, como mínimo, haría el ridículo chapoteando sin gracia.

Mientras estaba allí, paralizada por la ansiedad, alguien saltó del agua como un delfín, en dirección a uno de los aros colgantes. La velocidad de la mujer era increíble, pero antes de que cayera al agua logré vislumbrar algo impresionante: una larga y reluciente cola

verde donde deberían estar sus piernas, con delicadas aletas vaporosas que le adornaban las caderas y el extremo de la cola como si fueran serpentinas gloriosas que celebraban su majestuosidad.

Era consciente de que me había quedado con la boca abierta, pero no conseguía que mi cerebro se conectara con mi cuerpo para cerrarla. Había oído hablar mucho de sirenas hoy, pero hasta ese momento no había aceptado del todo que fueran *reales*.

A diferencia de los otros dos cambiaformas que había visto, esta sirena no tenía nada de monstruoso. Al contrario, era probablemente la criatura viva más hermosa que había visto en mi vida.

La cabeza de la saltadora reapareció a pocos metros de donde había caído. Se pasó las manos por la cara y por la nuca para apartarse su pelo rojo. Era Celeste.

—Arya —me llamó con una sonrisa radiante cuando me vio—. ¡Qué ganas tengo de darte tu primera clase! Ve al vestuario, encontrarás un top de natación en tu taquilla. Busca la que tiene tu nombre, es la tercera de la última fila.

Demasiado atónita para hablar, me limité a asentir y me dirigí al fondo de la sala, donde había un par de puertas, cada una con el muñeco del género correspondiente, solo que estas figuras tenían cola en lugar de piernas. Qué monos.

Mientras caminaba, vi más colas de sirena preciosas chapoteando en el agua. Aunque sabía que todo el mundo me lanzaba miradas de desaprobación, no podía evitar mirarlas a todas. Eran tan hermosas.

Una de las cosas más interesantes que observé fue que no todas sus colas eran del mismo color. De hecho, no había dos colas iguales. La mayoría eran de distintos tonos de azul y verde, pero de vez en quando había un toque de rojo o amarillo.

Jugué a imaginar de qué color sería mi cola… si yo era lo que decían que era. La pregunta me acongojó el corazón.

Empujé la puerta del vestuario femenino e ignoré las miradas y los susurros mientras me dirigía directamente a la última fila para buscar mi taquilla. En la tercera, encontré mi nombre en una pantalla digital, en cuya parte inferior había un óvalo parpadeante con las palabras «PULSA AQUÍ CON EL DEDO» encima.

Puse el dedo índice en el círculo y, al cabo de un momento, sonó un *bip* y mi taquilla se abrió. La pantalla ahora decía: «CALIBRADA. BUENOS DÍAS, ARYA».

Vaya. Desde luego, aquí les encantan los aparatitos.

Tal como había dicho Celeste, dentro colgaba un top de natación largo y negro. Lo saqué y lo inspeccioné. Faltaba algo. Tenía que faltar. No había parte de abajo. Recorrí con la mirada todos los rincones del interior de la taquilla, pero estaba completamente vacía.

¿De verdad esperaban que saliera sin nada de cintura para abajo, o era una especie de novatada?

Miré a mi alrededor, esperando ver a Cora y a sus secuaces riéndose en un rincón, pero no estaban a la vista. Unas taquillas más allá, otra chica se estaba poniendo su top de natación. Le llegaba más abajo de las nalgas, justo por encima de las rodillas, casi como un vestido tubo. Entonces, la chica se quitó discretamente las bragas y metió toda su ropa en la taquilla.

Así que de verdad se espera que vayamos sin nada debajo.

Al darme cuenta, se me encendieron las mejillas al instante. Tras pensarlo un momento, se me ocurrió la razón: cualquier prenda inferior que llevara una sirena estorbaría al convertirse las dos piernas en una sola aleta.

Sin embargo, la lógica no hizo que me sintiera menos incómoda con la idea de dejar mis partes íntimas completamente al aire, y encima en una clase con chicos.

Tendría que tener mucho cuidado. ¡Nada de agacharme, eso por descontado!

Aceptando mi destino indumentario, me quité el uniforme y me puse el top de natación. La tela se me pegó como una segunda piel, y descubrí con alegría que ninguna parte se me subía al hacer distintos movimientos. De hecho, cuanto más me movía, más me daba cuenta de lo difícil que sería enseñar algo que no debía, incluso si lo intentaba.

Era como si la tela aprendiera la forma de mi cuerpo, ajustándose y cediendo en ciertos puntos para ofrecer mayor comodidad. ¿Podría ser una especie de ropa inteligente? ¿Era eso posible ya?

Lista como nunca lo estaría, metí la ropa y la bolsa del portátil en mi taquilla, cuya puerta se cerró automáticamente al cerrarla, y volví a la piscina.

Celeste me esperaba de pie junto al vestuario, chorreando agua. Era casi un shock verla caminar sobre dos piernas nacaradas después de aquel espectáculo en la piscina.

—¿Estás lista? —Los ojos verdes de Celeste brillaban mientras me miraba. Incluso empapada, su larga melena pelirroja tenía un aspecto increíble.

—Pues, la verdad, no estoy muy segura de esto —dije, encogiéndome de hombros con timidez, y luego bajé la voz para añadir—: Nunca he hecho esto. Ni siquiera sé si puedo transformarme. Y desde luego, no sé nadar.

En lugar de enfadarse o parecer decepcionada, Celeste soltó una risa indulgente y me puso una mano en la espalda para guiarme hacia la piscina.

—No te preocupes por nada de eso. El agua de la piscina es salada, y las sirenas se transforman automáticamente en agua salada.

—¿De verdad? —pregunté en un susurro.

Celeste asintió con un gesto alentador. —Ni siquiera tendrás que intentarlo. Deja que tu cuerpo haga aquello para lo que está hecho. No luches contra ello; esa lección viene más tarde. —Me guiñó un ojo.

—Vale —dije, con un tono cargado de duda.

Examiné el agua cristalina a medida que nos acercábamos. No había escalones para entrar poco a poco, como había visto en las películas. Por lo que parecía, toda la piscina era igual de profunda, y parecía tener al menos dos metros, lo suficiente para que el agua me cubriera la cabeza y más.

—Entra al ritmo que te sientas cómoda —dijo Celeste mientras estábamos de pie al borde de la piscina—. Y no te alarmes cuando tu piel empiece a reaccionar.

—¿Qué pasará? —pregunté, incapaz de apartar la vista del agua que tenía delante.

—Mete un dedo del pie y lo verás —me animó Celeste.

Mi curiosidad venció al miedo, así que estiré una pierna y dejé que los dedos se sumergieran en el agua agradablemente templada. Al instante, una sensación de picor devoró cada centímetro de mi piel húmeda, y por instinto retiré el pie. La carne, que antes era lisa e inmaculada, había empezado a pelarse, revelando escamas brillantes debajo.

Me quedé sin aliento, asombrada por la reacción que una pequeña cantidad de agua salada podía producir.

—¡Oh, venga, métete ya! —dijo la inconfundible voz de Cora a mi espalda y, de repente, unas manos rápidas me empujaron por detrás, haciéndome perder el equilibrio y obligándome a caer de panza en la piscina.

Intenté gritar, pero el agua se me metió en la boca abierta y me llenó los pulmones. Agité los brazos para encontrar algo, cualquier cosa, a lo que agarrarme, chapoteando inútilmente y agarrando solo agua.

Y entonces, el circo de sensaciones por todo el cuerpo se apoderó de mi consciencia, y no pude ver, oír ni sentir nada más.

Aquel mismo picor cubrió la superficie de todo mi cuerpo, un escozor que ningún rascado podía satisfacer. Antes de que pudiera

procesarlo, los huesos de mis caderas, piernas y pies empezaron a moverse, dislocándose y recolocándose, rompiéndose y sanando, tan rápidamente que el dolor empezaba y terminaba en un abrir y cerrar de ojos.

Medio cegada por el escozor del agua en los ojos, me encorvé para mirarme las piernas. Apenas pude distinguir que se habían unido en una sola pieza.

Otro dolor agudo me recorrió el pecho y los lados del cuello, y sentí que la piel de la garganta se me abría. Cerrando los ojos con fuerza, volví a gritar de pánico, soltando burbujas en el agua a mi alrededor como una lata de refresco demasiado agitada, y me agarré el cuello mientras parecía que se me desgarraba.

De repente, la experiencia terminó, y el mundo, tanto dentro como fuera de mi cuerpo, quedó en silencio y en calma. Abrí los ojos, sorprendida al descubrir que el agua ya no me escocía y que podía ver perfectamente.

Jadeé, solo para darme cuenta de que podía respirar. El agua me llenaba la boca, la garganta y los pulmones, pero de alguna manera podía inhalar y exhalar sin dificultad. Respiré hondo y aparecieron pequeñas burbujas en las comisuras de mis ojos. Con las manos todavía agarrándome la garganta, pude sentir que esas burbujas salían de tres largas hendiduras a cada lado de mi cuello.

¡Joder, tengo branquias!

Ardiendo de emoción por mi nueva realidad, me miré las piernas y encontré una larga y magnífica cola en su lugar. Era del más hermoso tono de rosa nacarado. Unas aletas finísimas formaban una falda improvisada alrededor de mi cintura y brotaban del final de mi cola, largas y fluidas, como seda meciéndose al viento.

¡Era verdad! ¡Todo era verdad! ¡De verdad era una sirena!

Mi corazón cantaba con una nueva libertad y alegría. Di vueltas en el agua, y el líquido se sometía fácilmente a mi voluntad.

Flexioné la cola, maravillada por la revelación de tener una sola extremidad en lugar de dos. En vez de tener solo las articulaciones de la rodilla y el tobillo, era como si mi nueva cola tuviera cientos de articulaciones, y obedecían todas mis órdenes internas, doblándose hacia atrás y hacia delante como la columna de una serpiente.

Moví el extremo de la cola y observé cómo el agua se ondulaba a su paso. Para ser una chica que nunca había puesto un pie —ni ninguna otra parte del cuerpo— en el agua, me sentía como una nadadora olímpica. No, me sentía como Aquaman… ¿Aqua woman?

El sonido de una discusión resonó a través del agua desde la superficie, y de repente recordé que me habían empujado a la piscina. Debería estar cabreada.

Me di la vuelta y nadé hacia la superficie.

En mi forma actual, el mundo seco se sentía dolorosamente ruidoso y abrumador, asaltando todos mis sentidos. Parpadeé ante el brillo de las luces fluorescentes y vi a Celeste regañando severamente a Cora, cuya expresión parecía aburrida.

—Mira, está perfectamente —dijo Cora, señalándome con la mano—. Le he hecho un favor. Habría tardado toda la clase en meterse al ritmo que iba.

—Eso no es asunto tuyo, y tu pequeño acto de caridad te ha costado una semana de castigo —la reprendió Celeste.

—¿Qué? —espetó Cora, pataleando en señal de protesta.

—¿Quieres que sean dos? —la amenazó Celeste.

Cora bufó y me fulminó con la mirada, luego se fue furiosa al vestuario de chicas.

Volviendo su atención hacia mí, Celeste se arrodilló al borde de la piscina. —Lo siento mucho, no tenía ningún derecho a hacer eso. ¿Cómo te encuentras?

—La verdad, me siento increíble —confesé, con el pecho apenas conteniendo mi alegría eléctrica—. No puedo creer que haya pasado

toda mi vida sin conocer esta parte de mí.

—Bueno, no voy a fingir que sé nada de tu vida familiar, pero estoy segura de que tu madre tenía una buena razón para mantenerte en la ignorancia. —Los ojos esmeralda de Celeste eran sinceros pero crípticos mientras me miraban desde arriba.

Aparté la mirada, incapaz de comentar. La mención de mi madre hizo que la alegría de la transformación se evaporara, y el júbilo en mi pecho se convirtió en un sabor amargo en mi boca.

Celeste pensaba que mi madre tenía una buena razón para ocultármelo. Ojalá yo supiera cuál era esa razón.

Capítulo 7

Tobias

—Niko —dijo Brett, dándole una palmadita en el brazo a nuestro amigo con su aire perezoso y surfero, aunque no era ni skater ni surfista—. ¿Qué tal la noche con Amy?

Dirigió su carcajada estrepitosa por el pasillo para asegurarse de que resonara en las paredes de acero plateado hasta donde Amy y sus amigas caminaban más adelante.

Niko le lanzó a Brett una mirada asesina y un siseo para que se callara, y yo me limité a negar con la cabeza, avergonzándome un poco por dentro. Mis amigos eran idiotas a veces. O la mayor parte del tiempo. Y, en realidad, el idiota era sobre todo Brett.

—Tío, deja que el hombre tenga algo de intimidad —le reprendí en voz más baja. La forma en que Amy se echó el pelo azul celeste por encima del hombro sugería que había oído a Brett alto y claro—. Esto no es un vestuario. Ten un poco de clase.

Brett levantó las manos. —Deja la clase para los graduados. Solo porque seamos cambiaformas no significa que no debamos divertirnos como adolescentes. ¡Devolvamos un poco de normalidad a este instituto!

—Así que, ¿para ti lo normal es ser un capullo? —Niko se cruzó de brazos.

—Si es lo que hace falta —dijo Brett con una sonrisa de suficiencia.

Negué con la cabeza. Lo que fuera que hubiera pasado entre Niko y Amy era asunto suyo. —¿Por qué no dejas de obsesionarte con la vida sexual de los demás y te buscas una para ti? Pídele salir a Ashlyn. Es un fénix. Seguro que podría ponerle un poco de picante a tu vida.

—Sinceramente, preferiría comer plomo —dijo Brett, arrastrando las palabras con una expresión perezosa y caminando hacia atrás para poder mirarnos mientras hablaba—. Es demasiado intensa para mi gusto. Esa chica va a prenderle fuego al instituto uno de estos días.

—Pero si estamos bajo el agua —replicó Niko.

—Exacto, un peligro para mi salud —dijo Brett.

Resistí el poderoso impulso de darle a Brett una colleja, como hacía siempre mi padre cuando yo decía o hacía alguna estupidez. Ser mucho más alto que ellos dos sacaba a relucir mi lado dominante. Y cuando se comportaban de forma tan idiota, hacía todo lo que podía por no convertirme en mi progenitor menos favorito.

Por supuesto, probablemente sentía un poco de envidia de sus espíritus libres, ya que a mí no se me concedía demasiada libertad. Como heredero del linaje Dracul, tenía que mantener una cierta imagen. Tampoco ayudaba que todo el instituto pareciera postrarse a mis pies. Sobre todo los avianos, claro, pero había captado más de un asentimiento de cabeza de algún licántropo o kitsune.

A veces, deseaba no tener ese estatus, ni las expectativas que conllevaba.

—Sinceramente, me interesa más esa tía nueva que apareció en mitad de la noche —añadió Brett—. Por lo visto, se pasó toda la vida sin saber que era una sirena. Seguro que sería muy divertido jugar con ella.

—Eso es imposible —dijo Niko—. Brett, eres idiota. Es imposible que una sirena *no* supiera que era una sirena.

—Es verdad —dijo Brett con una sonrisa traviesa—. Oí que su madre no tenía ni idea o algo así. ¿Y que quizá le daba miedo el agua? El caso es que la chica no lo supo hasta que Caesar se lo dijo.

—¿Cómo sabes…?

—Tobias.

La voz de barítono que reconocería en cualquier parte interrumpió mi pregunta. Niko y Brett también reconocieron la voz, y se despidieron con un rápido y respetuoso «hola» antes de escabullirse hacia el comedor. *Cobardes.*

Me erguí, sacando todo el partido a mi metro ochenta de estatura. Sin embargo, no importaba lo alto o fuerte que me volviera, la presencia de mi padre siempre me hacía sentir como aquel niño pequeño de diez años.

—Hola, padre —dije, inclinándome ligeramente—. ¿Qué le trae a La Cúpula?

Entrelacé las manos a la espalda de la misma forma que hacía él cuando hablaba con alguien a quien consideraba su igual.

Mi padre, sin embargo, no me imitó. —Caesar ha ofrecido su despacho…

—Lord Arthur —lo interrumpió la señorita Tanis, la profesora de maestría de dragones, con una sonrisa forzada. Era una prima lejana nuestra—. No sabía que visitaba hoy La Cúpula.

Se apartó el pelo castaño y se tocó la montura de las gafas, que hoy eran de un color rojo fuego.

—¡Aida! —La sonrisa de Arthur era natural y claramente no forzada. Un marcado contraste con la mirada que le había dedicado a su propio hijo. Pero no me importó.

Relajé ligeramente la postura, ya que la atención de Arthur estaba en otra parte. Y entonces vi a mi madre doblando la esquina para reunirse con nosotros. Su larga y espesa melena pelirroja le caía sobre los hombros, y me di cuenta de que llevaba el vestido lavanda que le había comprado por su último cumpleaños.

—Hola, mamá. —Salí a su encuentro y rodeé con mis brazos sus delicados hombros.

—Hola, Tobias —dijo con el tono suave que me gustaba pensar que reservaba solo para mí, pero que estaba seguro de que mi hermana, Tamara, recibía en igual medida.

—No sabía que veníais de visita —dije, apartándome de ella.

—Tu padre quería discutir algo contigo —dijo, y ambos miramos a Arthur y a la señorita Tanis, que estaban completamente inmersos en su conversación.

Intenté evitar mirar directamente a la cara de mamá mientras los observaba, pero no lo conseguí, y sentí la punzada de dolor que siempre acompañaba la expresión que ponía.

Octavia era preciosa. Era mi madre, pero no podía negar ese hecho. Había oído a más de uno de mis amigos comentar su belleza, a pesar de su edad, y había visto las miradas que otros hombres le dirigían, aunque ella nunca se daba cuenta.

Parecía veinte años más joven, con su espesa melena pelirroja, su piel de porcelana casi perfecta y sus ojos ambarinos. Mi pelo negro, mis cejas pobladas y mis facciones marcadas eran directamente de Arthur, pero mis ojos ambarinos los había heredado de ella.

Octavia siempre parecía cien veces más etérea cada vez que miraba a Arthur. La razón por la que nunca se percataba de las miradas de los demás era debido al amor imperecedero que atraía sus ojos hacia el rostro de Arthur, y *solo* de Arthur. Podía mirar sin pudor si la atención de él y los pensamientos de ella estaban distraídos. Pero en el segundo en que los ojos de él se encontraban con los suyos, el hechizo se rompía.

Aunque su expresión solo cambiaba una fracción, tan pequeña que cualquiera podría no notarlo, yo tenía grabada en la memoria esa expresión cargada de dolor. No la veía ahora, pero sabía que llegaría en cuanto Arthur terminara su conversación con la señorita Tanis, así que fijé la mirada en el suelo pulido.

—Lo he aceptado, Tobias —dijo en voz baja, inclinando la cabeza para obligarme a mirarla a los ojos.

—No te merece —solté con amargura. Tampoco era la primera vez que se lo decía—. ¿Sigues dando de cenar a Adam, a Alex y a… *ella* un domingo sí y otro no? ¿Tamara lo aguanta? ¿O ha empezado a

poner excusas para no ir? Dijo que lo haría. —Mascullé la última parte en voz baja.

Octavia bajó la cabeza para poder mirarme a través de las pestañas. Era su forma de mostrarme autoridad, desde que crecí un par de centímetros más que ella cuando tenía once años. Seguía siendo eficaz.

—No es culpa de tu padre —dijo.

—Menuda mi…

—*Tobias Dracul* —me interrumpió con su tono firme. Ese que exigía la atención de toda criatura a su alrededor—. No me vas a hablar con palabrotas.

Como no había nadie más cerca que Arthur y la señorita Tanis, recibí toda la fuerza de su reprimenda. Mi padre y la profesora de Maestría de Dragones ni siquiera nos miraron, perdidos en su propia burbuja privada.

Volví a erguirme, pero bajé la cabeza y entrelacé los dedos delante de mí.

—No es justo —dije tan bajo que no debería haberme oído.

Pero era mi madre.

—Sé que no es justo —dijo con su tono suave, y sentí una mano que se extendía para aflojar el agarre de mis dedos.

La miré solo para ver aquel dolor en su rostro. —¿Estás…? —Ni siquiera pudo terminar la frase—. ¿Te has…?

Al principio, no estaba seguro de lo que intentaba decir, pero solo tardé un segundo.

—¿Que si me he enamorado? —Las palabras salieron con un deje de amargura.

Asintió, frunciendo el ceño.

Bajé la vista a mis manos, pero me aseguré de que mis palabras sonaran sinceras para tranquilizarla. —No, mamá. No me he

enamorado. —Casi añadí que juraba que *nunca* lo haría.

No conocía las palabras exactas de la maldición del linaje Dracul, pero estaba bastante seguro de que *enamorarse* era tan seguro como que ese amor fuera *no correspondido*.

Era la razón por la que Octavia miraba a Arthur de aquella manera pero nunca recibía una mirada a cambio. Era la razón por la que tenía *medio* hermanos. Arthur amaba a la madre de Adam y Alex, y esa fue la razón por la que ella lo dejó cuando Alex era un bebé. Era la razón por la que Tamara tendría un matrimonio concertado. Yo probablemente también.

No sabía qué era peor: amar a mi futura esposa mientras ella anhelaba a otro, o convertirme en mi padre. No había forma de evitarlo, hiciera lo que hiciera un Dracul. Estaba bastante seguro de que un pariente intentó escapar convirtiéndose en ermitaño, pero acabó enamorándose de la pobre cazadora que se perdió y cayó en —y luego fuera de— sus brazos.

Octavia soltó un suspiro de alivio.

—No te preocupes, mamá —dije, aligerando el tono—. Solo tengo dieciocho años. Y tengo muchas responsabilidades que me mantienen ocupado.

Me sonrió, pero no le devolví la mirada. Ambos sabíamos que no había nada que pudiera hacer para protegerme de lo inevitable. Pero mientras mantuviera las cosas en un plano puramente físico, y mis emociones bien guardadas bajo llave, nunca sufriría la ira de la maldición.

—Hola, Octavia —dijo la señorita Tanis formalmente al pasar, ajustándose las gafas.

—Me alegro de verla, Aida —dijo Octavia con su habitual sinceridad.

—Te veré por la mañana, Tobias —dijo la señorita Tanis por encima del hombro antes de desaparecer tras la esquina.

—Tobias. —Arthur también se acercó—. Tengo que tratar un asunto contigo. —Parecía estar de mejor humor después de hablar con la

señorita Tanis.

Gruñí para mis adentros. Esperaba poder preguntarle a mi madre el motivo de su visita, para prepararme para lo que fuera que fuera el *asunto* de Arthur. Pero me había enredado tanto en mi enfado con Arthur que lo había olvidado por completo.

Pero… ¿qué podía hacer?

—¿El despacho de Caesar, ha dicho? —pregunté.

Arthur asintió y me guio.

* * *

—Tobias, estoy impresionado con el progreso que has hecho en La Cúpula —dijo Arthur cuando estuvimos solos en el despacho de Caesar.

Me quedé sin palabras. Esperaba una reprimenda, no un elogio. Y el hecho de que Arthur hubiera venido sin avisar me había hecho pensar que había metido la pata hasta el fondo de alguna manera.

Incliné ligeramente la cabeza en señal de gratitud.

—¿Qué sabe de esa chica, *Arya*? —Arthur nunca fue de los que se andan con rodeos.

—¿Quién? —No estaba seguro de si me desconcertaba más que mi padre hubiera venido hasta aquí para preguntar por la chica nueva del instituto, o que Arthur supiera el *nombre* de esa chica nueva.

—La sirena que Caesar encontró recientemente —aclaró Arthur con un gesto de la mano.

—Solo los rumores que han estado circulando por el instituto —dije con la barbilla bien alta.

—¿Y cuáles son esos rumores? —La poblada ceja de Arthur se arqueó hacia su pico de viuda.

—Solo que, por lo visto, nunca supo que era una sirena hasta que Caesar contactó con ella. ¿Y que su madre murió en algún ataque de cambiaformas o vampiros?

Los músculos del severo rostro de Arthur se relajaron ligeramente.

—¿Por qué? ¿Qué debería saber sobre ella? —Sabía que me estaba acercando al límite en el que mi padre estallaría y me pondría en mi sitio, pero no pude evitarlo. Tenía curiosidad. Y había estado tanto tiempo lejos de la presencia de mi padre que mis modales estaban oxidados.

Pero Arthur no estalló ni me desaprobó en silencio. En cambio, sus facciones se suavizaron como solían hacer cuando estaba sumido en sus pensamientos, y luego se colocó ambas manos a la espalda.

—Informes de inteligencia nos dicen que podría ser la sirena de la profecía.

Arthur no era de los que bromean o toman el pelo. Estaba bastante seguro de que nunca le había oído usar el sarcasmo. Así que, aunque tenía mis dudas, sabía que mi padre nunca hablaría a la ligera de algo tan serio como la profecía.

—¿Cree que es *la sirena*? —Tenía que asegurarme de haberle oído bien.

Arthur asintió una vez.

—Pero es una adolescente. Y hasta hace unas horas pensaba que era humana. ¿Cómo es posible que…?

—Tobias —interrumpió Arthur con severidad, pero sin la condescendencia a la que estaba acostumbrado. Aun así, me silenció —. Es imperativo que averigüemos si es la sirena de la profecía antes que nadie.

No me atreví a preguntar qué pasaría si alguien más se enteraba primero.

—Esta es tu oportunidad de demostrar lo que vales, Tobias. — ¿Acababa de sonreír Arthur?

—¿Quiere que yo lo averigüe? —dudé—. ¿Pero cómo? Si ni siquiera sabía que era una sirena, ¿cómo espera que sepa que no solo es una sirena, sino *la* sirena? No es que la profecía sea de conocimiento común.

Ni siquiera estaba del todo seguro de lo que una sirena podía hacer. Sabía que eran una especie de tritónidos y que podían obligar a otros de alguna manera. Pero eran tan raras que apenas se sabía nada definitivo sobre ellas o sus poderes. Por no mencionar que los tritónidos eran una especie muy reservada y no les gustaba compartir sus conocimientos.

¿Cómo iba a ser capaz de averiguar si esta chica era una sirena si no sabía cuáles eran los poderes de una sirena? ¿Cómo los reconocería?

—*Hazte* su amigo, Tobias. Gánate su confianza.

—¿Hacerme su amigo? —Sabía que esa no era la palabra que mi padre quería decir—. ¿Quiere decir que la seduzca? —Oculté de mi expresión la repugnante sensación de asco.

Arthur se encogió de hombros, algo inusual en él. —Si eso es lo que hace falta para acercarse a ella, entonces sí, sedúcela.

—No voy a engatusar a una pobre chica para que piense que estoy interesado en ella. —Me crucé de brazos y me erguí, superando un poco más en altura a mi padre.

—No te estoy pidiendo que te enamores de la chica —dijo Arthur, riendo una vez—. Todos sabemos a dónde lleva eso a un Dracul. Solo acércate a ella y averigua si es la chica que hemos estado esperando.

Quería darle un puñetazo en la cara por hablar con tanta ligereza del mismo dolor que veía en el rostro de mi madre cada día, o al menos, darle una colleja. Pero me contuve. Y ahí estaba él, pidiéndome que le hiciera a Arya exactamente lo mismo que le había estado haciendo a mi madre durante décadas.

Puede que Arthur no hubiera pronunciado las palabras, pero seducir a Arya era exactamente lo que pretendía que hiciera. No tenía

ninguna intención de obedecer esa orden. De hecho, ahora tenía todos los motivos para mantenerme lo más lejos posible de esa chica.

—No lo haré —dije con firmeza, dándome la vuelta y alargando la mano hacia la puerta. Estaba dispuesto a hacer casi cualquier cosa por mi padre —más por miedo que por amor—, pero esto era lo único que nunca podría aceptar.

—¡No me darás la espalda, muchacho!

Me quedé helado, sintiéndome de nuevo como si tuviera diez años.

—¡Me mirarás a la cara cuando te estoy hablando!

Me giré lentamente y apreté la mandíbula, preparándome para el rapapolvo.

—Tobias, eres una *deshonra* para el linaje real de los Dracul. —La voz de Arthur era baja y cruel—. Yo habría hecho *cualquier cosa* y habría sacrificado *cualquier cosa* para proteger a nuestro pueblo.

Abrió la puerta de golpe y salió con paso decidido antes de cerrarla de un portazo a centímetros de mi nariz.

A pesar de lo pequeño y abatido que me sentía, sabía una cosa con certeza: no tendría nada que ver con Arya.

Capítulo 8

Caesar

Los últimos pasos de los alumnos que se marchaban dejaron el aula silenciosa y en paz tras un largo día de clases. Me froté las sienes mientras miraba la pantalla integrada en mi escritorio. Había corregido otra tanda de trabajos. Alargué la mano y pulsé el botón *Enviar* para mandar las notas recién publicadas a sus respectivos alumnos.

Me pasé una mano por el pelo y dejé escapar un profundo suspiro.

¿Por qué no podía quitarme de encima esta sensación? ¿Por qué no podía sacarme su cara de la cabeza?

—¿Qué te ha alborotado las plumas?

Di un respingo al oír la voz que interrumpió mi apacible silencio.

—¡Kai! —exclamé molesto—. ¿Por qué te cuesta tanto llamar a la puerta?

—La puerta estaba abierta. ¿Para qué iba a llamar?

—Unos golpecitos en la puerta son mucho menos bruscos que tu vozarrón.

Kai Inari, el profesor de matemáticas, se dirigió a mi escritorio. Llevaba una camisa beis de botones, con el botón superior desabrochado, y una corbata cardenalicia algo floja alrededor del cuello. Era japonés-estadounidense y mi amigo más antiguo. Nos conocíamos desde hacía tanto tiempo que casi podía ver los rasgos zorrunos de Kai en los afilados ángulos de su rostro.

—Pues yo creo que la puerta estaba de par en par, pero es solo mi opinión —replicó Kai despreocupadamente.

Puse los ojos en blanco. No estaba de humor para sus chistes malos.

—Además, podría haber atravesado la puerta cerrada de todos modos —añadió—. En un tono más serio, solo quería pasarme a hablarte de una nueva tecnología que estamos desarrollando. Está casi lista para las pruebas de campo con el ejército cambiante.

—Tengo muchas cosas en la cabeza, amigo —le respondí con cansancio, volviendo a mirar la pantalla—. No es un buen momento.

Kai inclinó la cabeza, agitando las orejas. —Un sistema de seguimiento de vampiros. Lo último de lo último.

Mis ojos volvieron a posarse en su rostro. —Mejor que los que tu equipo ha ideado en el pasado, espero.

Avanzó un paso, tomándose mis palabras como una invitación para dar explicaciones.

—Hemos estado usando métodos ineficaces hasta ahora. Nuestro equipo actual detecta patrones buscando ataques registrados en las bases de datos de noticias y redes sociales para localizar grandes grupos. Pero el problema es que estamos rastreando los ataques, no a los propios vampiros.

Mi ritmo cardíaco se aceleró al darme cuenta de lo que esto podría significar. —¿Y vuestra nueva tecnología podría localizar a cualquier vampiro, en cualquier lugar y en cualquier momento?

Frunciendo el ceño, inspiró con un silbido entre los dientes. —No exactamente. Pero nos estamos acercando a ese objetivo final.

Alcé las cejas, esperando con expectación.

Kai se aclaró la garganta. —El nuevo sistema de seguimiento se ha ajustado para detectar la sustancia química que los vampiros expulsan cuando necesitan beber. Ya sabes, cuando sus instintos animales se están activando, por así decirlo.

Asentí lentamente. —Eso nos acerca un poco más a lo que realmente queremos ser capaces de hacer.

Reparé en que Celeste estaba de pie en silencio junto a la puerta, sin que Kai se diera cuenta. Le había enviado un mensaje entre clase

y clase, preguntándole si podía pasarse al final del día para hablar sobre Arya.

—Es un progreso —dijo Kai—. Te he enviado los esquemas del sistema directamente a tu tableta, así que cuando tengas un momento, ¿podrías echarles un vistazo? Y si te gusta lo que ves, ¿quizás usar tu impecable encanto de grifo para persuadir a Celeste de que apruebe la financiación?

Me quedé mirando al kitsune, esperando la gracia del chiste.

El rostro serio de Kai se contrajo y luego se abrió en una enorme sonrisa mientras se reía. —¿Impecable...? ¿Lo pillas, Caesar? ¿«Im-pico-able»? ¿Por tu pico?

Negué con la cabeza.

Celeste habló desde el umbral. —Como tú, Kai, tus chistes no mejoran con la edad.

Kai dio un respingo de sorpresa y se giró bruscamente hacia la puerta. Allí, Celeste estaba apoyada en el marco con los brazos cruzados.

—A eso lo llamamos karma, Kai —dije—. Tú me has asustado a mí y luego te la han devuelto peor.

—¡Celeste! —la saludó Kai con dulzura. Siempre había estado prendado de ella, desde que la conocimos en la isla Framboise—. Eh, ¿qué parte de la conversación ha oído?

Ella no se movió de su sitio. —Esa no es la cuestión, ¿verdad? La cuestión es: ¿cuánto dinero va a costar este proyectito de cacharreo suyo?

Kai levantó un dedo en el aire. —No se le puede poner precio a los inventos de un kitsune, querida. Es como intentar averiguar cuánto vale el sol.

—En realidad, esa analogía no tiene ningún sentido —replicó Celeste, bajando las manos a los costados y avanzando—. Pero

bueno, hablaré con Caesar para ver si su astuto proyectito vale la pena.

—Maravilloso —dijo Kai, inclinando ligeramente la cabeza—. Es todo lo que pido.

—Tengo que tratar algunos asuntos importantes con Caesar ahora, Kai —dijo Celeste—. Estoy segura de que usted está muy ocupado.

Kai asintió. —Me marcho entonces. Gracias a ambos por considerar este nuevo proyecto. En cuanto se apruebe, nos pondremos manos a la obra.

Mi esbelto amigo pasó rozando a Celeste y salió por la puerta.

—Es un buen hombre —dije, poniéndome en pie—. Por favor, Celeste, tome asiento. Y gracias por venir a hablar conmigo.

Unos cuantos mechones sueltos se habían escapado del liso moño del por lo demás perfecto cabello pelirrojo de Celeste. En los ocho años que la conocía, apenas había envejecido un día. Se acomodó en una de las sillas frente a mi escritorio y yo volví a sentarme.

Aunque sabía que los dones de Celeste se limitaban a vislumbrar el futuro, hice todo lo posible por mantener la mente en blanco. No podía permitir que se enterara de los pensamientos que me habían estado atormentando día y noche. Ni siquiera quería tenerlos. ¿Y quién sabía si esta talentosa vidente no podía leer también la mente?

—Su mensaje parecía urgente —dijo Celeste, iniciando la conversación—. ¿Va todo bien?

Me encogí de hombros. —No diría que es urgente, exactamente. Solo necesito hablar con alguien sobre algunas cosas que me pesan. —O, al menos, las que *deberían* pesarme.

Celeste esbozó una media sonrisa. —¿Supongo que Kai no era suficiente?

—Como he dicho, Kai es un buen hombre, pero no es alguien con quien pueda hablar de asuntos serios.

—Entendido —respondió. Sabía que, aunque Celeste y Kai se llevaban bien, a ella no le gustaba mucho la compañía del kitsune—. ¿Qué le preocupa, Caesar?

Mirando más allá de Celeste, vi que la puerta de mi aula seguía abierta. Navegué hasta los controles de la sala en la tableta de mi escritorio y envié la orden para que la puerta se cerrara y se bloqueara.

—Hoy, en una de mis clases de la mañana, un alumno ha tenido el descaro de preguntarme por qué hemos estado buscando a una sirena errante. Resulta que Arya estaba en esa clase y todos los ojos se han vuelto directamente hacia ella.

Celeste asintió con expectación. —Nuestros alumnos son avispados. ¿Hacia dónde derivó la conversación después de eso?

—Conseguí reconducirla rápidamente hacia el tema de la clase —respondí—. Pero Arya ahora sabe, como mínimo, que buscábamos a alguien fuera de lo común. No puede saber lo de la profecía, todavía no.

La profecía. Yo había estado presente cuando Celeste la recibió hacía siete años, y ahora oía su voz repetir aquel momento en mi cabeza.

Una sirena surgirá como una sirena errante y traerá la destrucción a Hadrian, líder de los vampiros, invocando la paz definitiva entre cambiantes y vampiros de una vez por todas.

Desde entonces, habíamos estado buscando a *la elegida*, esa sirena errante. Y yo estaba convencido de que era Arya.

—Ya hemos hablado de esto, Caesar —dijo Celeste con cautela—. Aunque Arya encaja en los parámetros de la profecía, no puedo estar completamente segura de que sea la sirena que hemos estado buscando.

—¿Por qué si no ha tardado tanto en encontrarla? —razoné—. Tiene diecisiete años...

—Y antes de hoy, nunca se había transformado —me interrumpió Celeste. Era una de las pocas personas que podían hacer esto sin

sacarme de mis casillas—. Incluso para un cambiante que encontramos después de su desencadenante puberal, diecisiete años es una edad tardía para ser encontrado. Pero Arya es una sirena; el desencadenante puberal no se aplica a ella.

—Sí —asentí, un poco molesto por el orgulloso recordatorio—. Todas las sirenas tienen la suerte de nacer con la capacidad de transformarse.

Celeste se mordió el labio superior. —Aunque odio admitirlo, mi clarividencia no lo abarca todo. Hay miles de millones de personas en el mundo y, si bien un pequeño porcentaje de ellas tiene la capacidad de transformarse, hay muchas que no conocemos y que se beneficiarían de lo que tenemos aquí en la Cúpula. ¿Y la sirena de la profecía? Podría seguir ahí fuera.

En mi interior, sentía que Arya era la elegida. No podía demostrarlo, but en los momentos que había estado cerca de la chica, mis instintos gritaban que era la sirena profetizada.

—Y seguiremos buscando —la tranquilicé.

—Dicho esto —continuó Celeste—, tengo la esperanza de que Arya sea la sirena. Pero solo el tiempo dirá si realmente lo es.

—El tiempo y el entrenamiento —añadí.

—Hablando de eso, gracias por asignarla a la clase de música. Tenerla cerca me ayudará a vigilarla mejor fuera de mi otra interacción con ella y las demás alumnas sirenas.

—La música es una poderosa forma de arte que posee una cualidad mágica —dije—. Y como ambos sabemos, la música puede dar lugar a cosas increíbles.

—Con Arya, esa es la esperanza —dijo Celeste con una sonrisa.

Asentí. —Sí, lo es.

Un silencio se instaló entre nosotros mientras dejábamos que esa última afirmación calara. *Parecía* lo correcto. Trabajaríamos con Arya y la ayudaríamos lo mejor que pudiéramos. Había que detener a

Hadrian. No. No solo detenerlo. El líder de los vampiros tenía que morir.

Mis pensamientos me arrastraron a dolorosos recuerdos de la escuela en la isla Framboise, en Dakota del Sur, cuando tenía dieciocho años. El grito de impotencia de mi madre arrancándome del cielo. Los cuerpos magullados y destrozados de mis padres en su forma de grifo yacían cerca, despojados de sus alas, con sus ojos vacíos mirándome fijamente. Y el rostro pálido y burlón de Hadrian recortado por la luz de la luna mientras se agachaba en la ventana.

Diles un último adiós a tu familia.

Explosiones estallando desde la escuela, sepultando a mi familia…

—¿Desea discutir algo más, Caesar?

La pregunta de Celeste se llevó el terrible recuerdo como si se lo llevara la brisa.

Parpadeé varias veces, procesando sus palabras. —No, no lo creo. Solo tendremos que estar atentos a más rumores sobre nuestra sirena *errante*. Cuanta menos gente lo sepa, mejor podremos proteger a Arya. Ya está lidiando con bastante, con la muerte de su madre y siendo arrastrada a un mundo nuevo con habilidades desconocidas.

—De acuerdo —dijo Celeste con un asentimiento mientras se ponía de pie—. La mantendré informado del entrenamiento que reciba Arya, así como de su progreso.

—Toda información es útil —dije—. Gracias, Celeste, por todo lo que ha hecho y está haciendo por nuestra causa. No podríamos hacer esto sin usted.

Ella soltó una risita. —Con esa afirmación también estoy de acuerdo.

Su orgullo solía molestarme, pero había aprendido a ver más allá. A la sirena jefa realmente le importaban todos los cambiantes, a pesar de la fachada que mostraba.

Unos toques en la tableta de mi escritorio abrieron la puerta del aula y Celeste se dirigió hacia ella.

—Una cosa más —dije rápidamente, deteniéndola antes de que llegara a la puerta—. ¿Podría enviar aquí a Arya, por favor? Me gustaría saber qué tal le ha ido en su primer día de clase.

—Con gusto haré que venga —dijo, y luego salió del aula.

La vi marcharse.

Sonó una notificación de mi tableta y bajé la vista. Eran los esquemas de Kai para el nuevo sistema de rastreo de vampiros. Esto solo me devolvió la imagen del rostro burlón de Hadrian.

Apreté los dientes, sintiendo que los ojos me escocían con la amenaza de las lágrimas. Di un puñetazo en el escritorio en un intento de dejar que mis emociones fluyeran de otra manera. No convenía que Arya me viera sollozando como un bebé. Pero al menos los pensamientos escandalosos que me habían estado atormentando estaban siendo superados por el dolor.

Toqué mi tableta para abrir los esquemas de Kai, tratando de distraer mi mente de todo. Necesitaba algo productivo en lo que concentrarme. Tras escanear la descripción del proyecto, descubrí que no podía concentrarme en la terminología técnica.

Me vendría bien un vuelo ahora mismo.

Y entonces Arya entró en la sala, con las manos en los bolsillos del uniforme, con aspecto cansado y un poco fuera de lugar.

Sonreí, dejando a un lado todos mis sentimientos por el momento.

—Pase —dije, poniéndome en pie y haciéndole un gesto para que se adelantara.

—¿Quería verme? —preguntó, acercándose al escritorio.

—Solo un momento —respondí—. Sé que después de un día entero encerrada en aulas, el último lugar en el que querría estar ahora mismo es de vuelta aquí.

Se encogió de hombros. —Este lugar es increíble, incluso las aulas. He estado en muchos colegios, pero ¿este? Es asombroso.

Solté una risita. —Sí, es un colegio bastante único, y para usted solo se volverá más asombroso. Pero dígame, ¿qué tal le ha ido el día?

Inspiró profundamente y luego lo soltó todo de una vez. Se detuvo un instante, mirando por encima de mí durante unos momentos, y luego volvió a establecer contacto visual. —¿Abrumador?

—Me lo imagino. Este colegio, aunque asombroso, es muy diferente de cualquier otro en el que haya estado. Y si bien hay buenas diferencias, es probable que haya algunas que no lo son tanto.

—En realidad, son las similitudes las que lo hacen difícil —dijo rápidamente, sus labios se convirtieron al instante en eine línea, como si sintiera que había sobrepasado algún límite con sus palabras.

Ladeé la cabeza. —¿Qué quiere decir?

Arya se encogió de hombros. —Ya sabe... los grupitos. Ya me he topado con algunos.

—Supongo que encontrará grupitos en casi cualquier lugar al que vaya —repliqué.

—Así son las cosas. —Sus ojos cansados se abrieron de repente cuando una ola de emoción iluminó su rostro—. ¡Hoy me he transformado en sirena por primera vez!

Sonriendo, dije: —Eso es estupendo. Descubrirá que la transformación será una excelente vía de escape para usted, algo a lo que podrá recurrir siempre que quiera. Al menos, con suficiente práctica.

—Espero no tardar mucho —replicó ella.

—El mejor consejo que puedo darle es que tenga paciencia —le aconsejé—. Tenga paciencia y siga intentándolo. Una mezcla de esas dos cosas la llevará a su meta.

Miró las manos que tenía en el regazo y asintió.

—Una cosa más y podrá volver a sus quehaceres —continué, adoptando un tono más serio—. No es algo fácil de discutir para mí. Pero sé por lo que está pasando y que le están sucediendo muchas cosas a la vez. Sobre todo, sé lo que es perder a familiares.

Continuó mirando hacia abajo, y vi cómo su cuello se movía al tragar saliva con esfuerzo.

—Si *alguna vez* necesita hablar con alguien y siente que no hay nadie más, puede venir a verme, ¿de acuerdo?Arya asintió rápidamente, sorbiendo por la nariz. —Gracias. ¿Puedo irme ya?La estudié durante unos segundos, luchando contra la tentación de preguntarle por lo único que realmente me había rondado la cabeza todo el día. Pero sabía que no podía, que no debía. Era completamente inapropiado. —Por supuesto.Se puso de pie y salió apresuradamente por la puerta.Me recliné en mi silla, exhalando profundamente. Debería estar concentrado en la profecía, en los estúpidos inventos de Kai, en preparar a Arya lo mejor posible para lo que estaba por venir.

Pero ¿cómo iba a hacerle justicia a Arya si no podía sacarme de la cabeza a su descarada amiga bruja?

Capítulo 9

Shea

Había pasado un día entero antes de que pudiera volver al metro donde había visto desaparecer a Arya por última vez. No había sabido nada de ella. Tampoco es que lo esperase de verdad. Quiero decir, estaba en una escuela supersecreta para cambiantes, y su primer día tuvo que ser estresante.

La app Buscar a mis amigos funcionó, pero el resultado me dejó un poco confundida. El punto desaparecía en algún lugar sobre el lago Míchigan. O, más bien, debajo. Esa era parte de la razón por la que había tardado tanto. Estuve pinchando a Gram para que me diera cualquier tipo de magia o hechizo hasta que empezó a hacer preguntas.

Cuando el interrogatorio se calentó demasiado y acabó estrellándose contra el mismo muro de siempre, me refugié en la rabia que mantenía embotellada—la rabia nacida de la magia sin gastar, de una vida entera sabiendo que lo que era capaz de hacer estaba muy fuera de mi alcance.

La magia que había poseído desde el día en que chispeé de vida nunca podría accederse, no en todo su potencial. No sin que me enseñaran—cosa a la que Gram se negaba—y no sin el grimorio que mi familia había perdido.

Y así que discutimos. Discutimos sobre la magia perdida. Discutimos sobre mi deseo de empezar un grimorio nuevo. Y la culpé a ella, como siempre, por negarse a decirme cómo se había perdido el grimorio en primer lugar, o cómo estábamos implicadas en el mundo cambiante hoy en día, o cómo realizaba los hechizos más complejos.

Fue una pelea horrible. Siempre se ponían un pelín feas. La culpa todavía me roía por dentro por haberla provocado. Pero había

dejado de fisgar y de reñirme, y por ahora, mi interés por la escuela estaba a salvo. Porque contarle nada a Gram estaba fuera de cuestión. Solo me diría que no, como todas las otras veces.

Por qué estaba tan empeñada en mantenerme alejada del mundo sobrenatural, ni idea. Yo solo sabía que pertenecía a esa escuela, y no iba a dejar que me parase. Con o sin magia, estaría mejor en un sitio donde pudiera aprender sobre las criaturas místicas de este mundo que matando el tiempo con chorradas como el cálculo y redacciones de inglés que a nadie le importaban.

Eché un vistazo a la calle para ver si alguien miraba, luego levanté a medias la solapa de mi bolso y eché un ojo dentro. La ampolla estaba ahí y a salvo. Bajé la solapa pero dejé que los dedos se colaran por debajo para rozar el vidrio liso.

Gram me mataría si supiera que había saqueado su armario de pociones. Pero necesitaba demostrarles a los cambiantes que era una de ellos, al menos de alguna forma. Cruzo los dedos, esperaba que esto fuese suficiente.

Inspiré hondo y bajé por la escalinata que llevaba al metro. Llevaba el dinero preparado—en el bolsillo, no en el bolso, para no exhibir por accidente el objeto precioso—y una mirada rápida a mi alrededor me dijo que no tenía por qué preocuparme por el escrutinio de aquel guardia que me había pillado colándome por el torno. Mejor así. Esta vez no pensaba hacer nada estúpido.

Al menos, no hasta que llegase a la escuela.

Con el billete en la mano, llegué hasta el tren verde, esperando en la misma terminal por la que había desaparecido Arya. La pantalla superior decía que faltaban unos minutos para que llegara el siguiente tren.

Miré a los otros pasajeros que deambulaban por el andén, subiendo y bajando de los vagones. Me pregunté si alguno sería cambiante. Si Caesar había traído a Arya por aquí, era probable que otros estudiantes hicieran esta ruta.

Pero no percibí nada. No como con Arya. Esa chica emanaba unas vibraciones de cambiante de aúpa. Me sorprendía no haberme dado cuenta antes. Aunque claro, me faltaba experiencia con cambiantes o con mi magia para saber qué buscar.

El tren se detuvo en seco, las puertas se deslizaron abiertas. Una avalancha de pasajeros bajó y, cuando se disiparon, me mezclé con la gente que quería subir. Las puertas volvieron a sisear al cerrarse, y miré alrededor, decidiéndome por fin por una barra a la que agarrarme mientras el tren arrancaba a toda velocidad.

Encendí el móvil y vi cómo el GPS se movía sobre el mapa. Ni siquiera estaba cerca del punto donde había visto desaparecer el teléfono de Arya por última vez. Suspiré y di otra palmadita a mi bolso, mirando los asientos y escudriñando las caras a mi alrededor en busca de cualquier indicio sobrenatural.

¿Notaría algo al mirar a un cambiante? Había pensado que esa era la razón por la que me sentí atraída por Arya, sin darme cuenta de que mi propia magia me estaba hablando, pero ya no estaba tan segura. Y tampoco es que mi sentido arácnido estuviera zumbando en ese momento.

La siguiente parada vació un poco el gentío a mi alrededor y cogí un asiento libre. No pude evitar fijarme en el tío que venía lanzado hacia mi vagón, colándose por los pelos entre las puertas que se cerraban mientras la voz amortiguada por el altavoz anunciaba nuestra salida.

Suspiró al mirar alrededor y luego se dejó caer en el asiento de al lado. Resopló y bufó, y luego se inclinó hacia delante para apoyar los codos en las rodillas.

Sonreí de medio lado. —¿Acabas de llegar, eh?—

El chico alzó la vista y sonrió, luciendo un par de hoyuelos adorables. —Sí. No quería esperar los quince minutos al siguiente, ¿sabes?—

Asentí.

—Soy Max —dijo, tendiéndome la mano.

Acepté y le di un apretón firme. —Shea—.

No estaba precisamente cachas, pero tenía un corte bonito en la figura; las mangas de su camiseta blanca lisa le ceñían el bulto de los bíceps. Me pregunté si eso era fruto de la constancia o de pura hormona masculina.

Se recostó en el asiento, estirando las piernas hacia el pasillo. —¿Coges mucho la 'L'?—

—No mucho. ¿Por? ¿Eres de la policía de la 'L'? —pregunté, bajando la voz en tono burlón y acompañándolo con comillas al aire.

Max se rió. —Qué va. Es que me paso el día entrando y saliendo de estos trastos, y soy bastante bueno con las caras. Me habría acordado de la tuya—.

Me sonrojé, frunciendo los labios. —¿Ah, sí?—

Le tocó a Max ruborizarse. Sonreí al verlo titubear. Había pasado tanto tiempo en Shallow Grave que había olvidado que no *todos* los tíos son idiotas. Max parecía bastante espabilado. Vale, y sí, era un poco mono. De lo más normal, pero mono.

¿Podría ser cambiante? No tenía ni de lejos la pura magnetismo animal que Caesar había irradiado, pero había algo en él. Jolín, tenía que haberlo, porque me había costado horrores sacarme a Caesar de la cabeza durante las últimas veinticuatro horas, y ahora me daba cuenta de que este chico prácticamente me había dejado la mente en blanco.

Jolín, de verdad necesitaba salir más si todo lo que hacía falta para ponerme a babear era toparme con cualquier tío bueno al azar.

—Entonces, ¿por qué exactamente te pasas el día subiéndote y bajándote del metro? —pregunté, echándome el pelo hacia atrás del hombro con un golpe.

Entrelazó los dedos para dejar colgar las manos en el hueco entre las piernas y se mordió el labio inferior mientras parecía sopesar mi pregunta. —Eh, ¿te creerías que soy mensajero?—

Me encogí de hombros, disimulando mi intriga. —Claro—.

—Ya, bueno, hago recados para la gente, entrego mensajes y esas cosas —dijo, y no supe si estaba siendo vago a propósito.

Arqueé una ceja, balanceándome ligeramente mientras el tren corría por la vía. —Sabes que existen los móviles y los ordenadores, ¿no? ¿No serían más rápidos los mensajes y los correos que tú corriendo por toda la ciudad?—

Max se rió, rascándose el pelo castaño corto en la nuca. —Ya. Pero aunque no lo creas, hay cosas que aún requieren un toque personal —.

—Seguro—.

El altavoz de arriba recitó información, y el tren redujo la velocidad.

Max se puso en pie y se estiró; su camiseta blanca subió lo justo para dejar ver un atisbo de la V que asomaba por encima del vaquero. Se me hizo la boca agua de verdad, y tuve que hacer un esfuerzo para impedir que la mirada explorase el resto de su cuerpo cuando me miró por encima del hombro.

—Fin de trayecto para mí. ¿Te bajas en la próxima?—

Vale, entonces no era cambiante. No sabía si sentirme aliviada o decepcionada por eso.

—Puede—, contesté con evasivas.

—Es la última de la línea verde —soltó con seriedad, con un brillo juguetón en sus ojos verdes.

Crucé los brazos, con una sonrisilla terca en la cara.

Él respondió con otra. —Ah, ya veo cómo va esto. Bueno, quizá te vea por ahí—.

—Suponiendo que puedas recordar mi cara —le piqué.

Max sonrió, un desafío ensanchándole las pupilas. —Oh, créeme. Eso no será un problema—.

—Adiós, Max—. Mis ojos se deslizaron con intención hacia las puertas que siseaban al cerrarse a su espalda.

Max se coló por la abertura menguante justo a tiempo. Dio unos golpecitos en la ventanilla y saludó con la mano mientras el tren partía hacia su siguiente destino.

Le devolví el saludo, sintiendo un pelín de arrepentimiento. No era habitual que un tío bueno irrumpiese en mi vida, y en dos días ya iban dos. Igual era la forma que tenía el universo de decirme —¡Abre los ojos, Shea!—. Pero tenía cosas más importantes de las que preocuparme.

Volví a dar una palmadita a mi bolso y esperé a mi parada. No tardó.

El móvil seguía diciendo que no estaba lo bastante cerca—ni en, ni bajo, ni sobre el lago Míchigan. Eché un último vistazo a los pocos pasajeros que quedaban mientras desembarcaban. Ninguno tenía pinta de cambiante. *Y sigo sin cosquilleo*.

Dudé y luego me lancé fuera del tren antes de que las puertas pudieran cerrarse sobre mí.

Miré el andén mientras los pasajeros se disipaban, dejándome sola al final de la línea con mis crecientes dudas. Tenía que haber algo más. Algo que me estaba perdiendo. ¿Habría un ferry cerca?

Pasé delante de una puerta de armario antes de detenerme y dar marcha atrás para mirarla dos veces. Algo en la cerradura me llamó la atención. Me agaché a mirarla y luego chasqueé los dedos. Era una cerradura electrónica. Demasiado tecnológica para material de limpieza. Tampoco es que nadie fuese a estar tan desesperado como para robar papel higiénico.

Miré el andén vacío. En breve habría más gente parando aquí, y otros querrían subir cuando el tren regresase en la otra dirección. Tenía que darme prisa. Me sequé las palmas sudorosas en los vaqueros e inspiré hondo.

Los hechizos de apertura eran bastante básicos, y había logrado averiguar al menos esa clase de magia por mi cuenta, pero no tenía

ni idea de si funcionaban en cerraduras electrónicas. Desde luego no funcionaban con contraseñas de ordenador. Lo intenté una vez, en un intento fallido por saber más del mundo del que formaba parte mi Gram—el mundo del que había formado parte mi madre…

Flexioné los dedos.

—Sahad.—

El zumbido de la magia se movió por mí, un calor y cosquilleo en las yemas de los dedos. Sonreí. No había mejor sensación en el mundo que conectar con ese pozo de poder; casi como hundirte en un jacuzzi y dejar que tus músculos se entreguen al calor.

Pero la puerta no se movió.

—Cojones —siseé por lo bajo—. Ese no.

Me limpié las manos otra vez en el pantalón y luego las sacudí, balanceando las caderas de lado a lado mientras me preparaba para otro intento.

Solo conocía tres hechizos que podían servir: Abrir con llave, como con una llave—que ya había fallado—; Desabrochar, como un botón o un broche; y Abrir, para permitir el paso. Me decidí por el tercero para el siguiente intento. El rugido del siguiente tren se acercaba, y me di prisa en lanzar el hechizo.

—Wepah —exhalé, con el pulso marcando un compás frenético en los oídos.

Se oyó un clic leve, apenas audible por encima del bramido del tren que venía. Con la mano temblorosa y expectante, tiré suavemente del tirador. Se abrió.

¡Sí! Me costó horrores no gritar la palabra en voz alta.

Eché una última ojeada alrededor para asegurarme de que nadie me veía, y me escabullí dentro tan sigilosamente como pude, cerrando la puerta en silencio a mi espalda.

Me sorprendió encontrarme en otro andén al otro lado, aunque este parecía un poco más limpio y luminoso. Nada de chicles prehistóricos

pegados al suelo, ni envoltorios tirados, ni un sintecho acurrucado en una esquina.

La vía estaba vacía, y me pregunté cuándo estaba previsto que llegara el próximo tren y si vendría lleno de cambiantes cuando lo hiciera. No tenía ni idea de si iban a ser amistosos u hostiles.

Los cambiantes no ven con buenos ojos a las brujas. La advertencia resonó en mi mente, una de las pocas cosas breves que Gram me había dicho al respecto.

Por lo visto, el mundo cambiante no era muy amigo de quienes usaban magia, aunque sus habilidades sobrenaturales innatas no estuvieran tan lejos de las de las brujas.

Los dragones y los fénix podían conjurar fuego. Yo también.

Las arpías podían sanar. Yo también—bueno, más o menos. Podía arreglar cortes de papel, al menos, y por eso necesitaba estar en esa maldita escuela. Podían enseñarme a afinar estas habilidades, creyeran lo que creyeran.

Tenía unas ganas horribles de ir a esta escuela. Para aprender más sobre quién soy y tener un lugar seguro donde practicar mi magia con gente afín. Lejos de Gram, que pensaba que usar magia era poco menos que un pecado mortal.

Solo quería ser yo misma. Con Arya podía hacerlo. Con los cambiantes podía ser yo.

Un *fuuu* familiar sonó al fondo del túnel, y miré la vía para ver que venía un vagón.

Me coloqué detrás de una columna y esperé. El tren se detuvo y las puertas se deslizaron, pero no se oyó nada más. Me asomé desde detrás del pilar y, al ver que no bajaba nadie, eché a correr hacia el vagón. Las puertas se cerraron a mi espalda y el tren arrancó, de vuelta por donde había venido.

Inspiré hondo para templarme, esperando reunir coraje. Se me escapó una risa. Un andén secreto. ¿Qué era esto, Hogwarts?

Durante varios minutos, los túneles oscuros pasaron hechos un borrón. La mayor parte del sistema de transporte de la ciudad era en superficie, y me sorprendía lo subterráneo que estaba siendo este trayecto.

De pronto, la vista al otro lado de las ventanillas se abrió, y el túnel por el que volábamos era de cristal en vez de cemento. Y todo a mi alrededor era de un azul brillante, bañando el interior del tren en un resplandor casi mágico.

Estaba en el fondo del lago Míchigan. ¡Santos cojones!

Miré por la ventanilla de detrás, pegando la cara al cristal como una cría ante el escaparate de una confitería. Una cúpula reluciente se asentaba en el lecho del lago, a lo lejos. Se me salieron los ojos de las órbitas y se me cortó la respiración en la garganta. Luego llegó otra vez la risa, creciendo maníaca e incontrolable.

—¡Esto. Es. Increíble!— solté para nadie, y por primera vez en mi vida, sentí que este era el lugar en el que se suponía que debía estar.

Me quedé así, incluso cuando la vía se curvó y The Dome desapareció de la vista. Apenas me di cuenta de que el tren se detenía, con la cabeza dándome vueltas de preguntas.

¿Cómo sería por dentro? ¿Cuál era su historia? ¿Y la tecnología? The Dome parecía un mundo alienígena, y mi mente empezó a inventarle un interior a juego.

Por fin, bajé y me quedé mirando la puerta acorazada que tenía delante, bloqueándome el paso. Aquella cerradura era muchísimo más tecnológica que la de la plataforma, y la cámara sobre la puerta me decía que me estaban vigilando.

Cuadré los hombros y avancé hacia la puerta como si el lugar me perteneciera. Tenía que dar el pego de estudiante aquí. A fin de cuentas, *lo era*; solo que aún no se habían enterado.

—¿Primera vez aquí? —preguntó por el interfono una voz masculina, áspera e intimidante.

Asentí, y luego caí en que quizá esperaban una respuesta verbal—. Sí.

—Solo necesitaremos un escaneo de retina.

Ah, así que para eso servía eso. ¿Los shifters tenían ojos distintos a los humanos? Pensé en cómo los ojos de los animales parecían brillar en la oscuridad. ¿Sería el escáner sensible a los reflejos?

Me acerqué al escáner digital de la pared junto a la puerta y solté el aire mientras alineaba el ojo con el aparato. No conocía el hechizo adecuado para cambiar la estructura real de mis ojos, pero sí que tenía un truco bajo la manga y pensaba usarlo, faltaría más.

—Wepah —susurré cuando una luz verde me barrió la visión.

La puerta zumbó y, sin perder un segundo, agarré el tirador y la abrí.

El corazón me latía como si se me fuera a salir del pecho cual bicho de Alien, pero mantuve la compostura, más fría que un pepino.

—Bienvenida a Shifter Academy —continuó la voz del altavoz—. Entra, y te pondrán al día.

—Gracias. —Crucé el umbral.

La puerta se cerró de golpe a mis espaldas con un golpe ominoso, y pegué un brinco.

Apreté la bolsa contra el pecho, abrazándola con fuerza. No tenía claro cuándo iba a tener que sacar la ampolla, pero necesitaba estar preparada.

Se me abrió la boca al contemplar los metales oscuros y las figuras intrincadas. Dragones de estilo japonés se enroscaban en el arco, trepando hacia el mismo símbolo que había visto en aquella tarjeta que nos enseñó Caesar. El pasillo más allá parecía aún más detallado, y me atraía como un imán.

—Bienvenida —llamó una voz de mujer, sacándome del trance. La mujer—no, una diosa en toda regla—estaba sentada tras un gran escritorio, su brillante melena roja y sus ojos verdes hipnóticos.

Me sentí diminuta, y entrelacé las manos a la espalda—. Eh, vengo a asistir a la escuela.

—Sí, por supuesto. Soy Celeste, jefa del Departamento de Admisiones, pero puedes llamarme señora Smith. ¿De qué clase de «were» eres y quién te ha enviado con nosotros?

Se me quedó la boca abierta un momento, incapaz de articular palabra. *¿Un «were»? ¿Como un hombre lobo?* ¿Por qué creía esta mujer que yo era un were?

—¿Y bien? —preguntó la señora Smith cuando me quedé varios larguísimos segundos mirándola como una idiota. Aquellos ojos verdes me taladraban, su pie repiqueteando bajo el escritorio.

—No soy un were —dije por fin.

Saqué la poción de la bolsa, descorché el vial y me la eché al cuerpo como un chupito. El líquido me quemó la garganta y, al instante, sentí la transformación apoderándose de mí. Estaba preparada para desgarrar la ropa, para que me crecieran pelo, garras y colmillos de una pulgada.

Para lo que no estaba preparada era para encoger dentro de la ropa, que de pronto se me amontonó encima como un globo aerostático desinflado.

¿Pero qué cojones? En la etiqueta del estante ponía «felino»…

Ah. Un gato. ¡Soy un jodido gato!

Creía que esta poción era para cambiarme en un puma o algo igual de impresionante. ¿Quién narices querría o necesitaría convertirse en un lindo gatito? A ver, aún no me había visto, pero era yo, así que obviamente debía de estar adorable. Justo lo que no buscaba, vamos.

Solté un bufido mientras intentaba abrirme paso a rastras por el cuello de la camiseta.

La señora Smith echó la cabeza atrás y se echó a reír, dándose hasta una palmada en la rodilla. Cuando se recuperó, me lanzó una mirada

helada.

—Tú no eres una shifter, *bruja*. —La palabra le rodó por la lengua como vómito, y me encogí, con los bigotes felinos haciéndome cosquillas en las mejillas—. No sé cómo has entrado, pero puedes estar segura de que no volverá a ocurrir. Ahora, vuelve a ponerte entera.

Con un resoplido gatuno, obligué a la magia de la poción a liberarme y volví a crecer dentro de mi propia piel.

Ante la expresión de bochorno y sorpresa de la señora Smith, bajé la vista hacia mí.

Yyyyy estoy en pelotas. Sí. Perfecto.

No pensaba ponerme a recoger la ropa a la desesperada como un rollo de una noche olvidado, así que me quedé de pie sin más, dejando que mis partes nobles se aireasen para quien quisiera mirar. Que fuese ella quien pasara vergüenza.

—Pertenezco a este lugar —declaré, apoyando la mano en mi cadera desnuda—. Si el único requisito para la admisión es transformarse en animal, acabo de dártelo. Si necesitas algún numerito llamativo de fuego o agua, también puedo hacerlo.

Levanté la mano para conjurar una bola de fuego, pero ella se abalanzó hacia delante para cogerme la mano y forzarla hacia abajo.

—Por favor, no lo haga, va a prenderle fuego a todo este sitio —susurró la señora Smith—. Esta escuela es un refugio para quienes no tienen más remedio que cambiar y podrían herir a otros sin querer. Usted no entra en esa casilla. Se irá y no volverá más. ¿Nos entendemos?

—¿Por qué? —solté, con todas las broncas con Gram haciendo saltar por los aires la poca calma que pudiera reunir—. ¿Por qué no puedo estar aquí? ¿Qué os traéis contra las brujas?

El labio de la señora Smith se contrajo en lo que pareció un intento fallido de gruñir.

—Aquí todo el mundo cambia porque tiene que hacerlo. Porque es lo que sus cuerpos hacen cuando *les muerden* o *se mojan* o *se enfadan*. ¿Usted? —Me recorrió de arriba abajo con una mueca de asco curvándole los labios—. Tiene que beberse un tónico para convertirse en un roedor patético. Eso no es cambiar. Eso es fingir.

Di un paso atrás, con la actitud echando humo a todo trapo—. Soy Shea Le Fay y no me voy hasta convencerte de que pertenezco aquí.

Se le abrieron los ojos, para luego entornarlos aún más—. *Sabía* que había algo familiar en usted.

—¿Qué significa eso…?

—Fuera. —La señora Smith señaló la puerta, con las aletas de la nariz vibrándole de indignación.

Se me paró el corazón—. Pero…

—¡Fuera!

Retrocedí tambaleándome ante el veneno destilado en esa sola palabra. En el fondo, sabía que este iba a ser el resultado, pero aun así tenía que intentarlo. Estúpida. Todo este camino para nada. Y me había cargado, de forma desastrosa, mi única oportunidad de causar una buena primera impresión.

La señora Smith pulsó un botón del teléfono del escritorio y habló al aparato—. Caesar, necesito su ayuda.

Oh, dioses, no.

—¿Qué ocurre? —respondió la voz dolorosamente familiar.

—Tenemos un pequeño problema de plagas y hay que escoltarla fuera —replicó la señora Smith, sacudiéndose las manos en un gesto de dar el asunto por zanjado.

Hubo una pausa y luego la voz dijo—: Ahora mismo voy.

No. No, no, no.

Estar desnuda ante esta desconocida pacata y prejuiciosa era una cosa, pero exponer las niñas al Profesor Grifo Gruñón no iba a pasar

ni de broma.

Ahí sí que me apresuré a recoger la ropa, como una universitaria borracha pillada en una fiesta de fraternidad. Y, como buena borracha, perdí el equilibrio al intentar meter una pierna en mis vaqueros pitillo absurdamente ajustados y me di de culo con el suelo.

El suelo metálico estaba helado contra mi piel, pero eso no impidió que cada centímetro de mí ardiera de humillación.

Y cuando pensé que la cosa no podía empeorar, la cara del shifter de grifo absurdamente bueno apareció inclinándose sobre mí.

Matadme. Que alguien, quien sea, me saque de esta miseria.

Me incorporé como un resorte y me apreté la camiseta contra mis pechos ridículamente grandes. Y él se quedó mirando. ¿Por qué me miraba así? Tenía la cara en llamas, y me imaginaba que debía de estar de un rojo de lo más poco favorecedor.

—¿Shea? —preguntó, arqueando una ceja de infarto—. ¿Qué hace aquí? ¿Cómo ha entrado?

Me puse en pie, y mi descaro acudió al rescate de mi orgullo gravemente herido—. ¿Le hablas a una bruja proscrita de una escuela sobrenatural y esperas que no haga todo lo posible por entrar?

La diversión le tiró de las comisuras de los labios, y el calor de sus ojos me dejó de lo más confundida—. Aunque me impresiona su empeño, no puede estar aquí.

Hice pucheros, con la esperanza de que la pena pudiera hacerle cambiar de idea—. Soy una bruja a la que no le permiten aprender magia. Desciendo de uno de los linajes más poderosos y no quieren enseñarme nada. Aunque no esté en riesgo de estallar en una bestia salvaje, sí que corro el riesgo de perder el control de mis poderes y hacer daño a gente inocente. Sí pertenezco aquí.

Me miró un largo momento y, para su crédito, sus ojos no bajaron de mi cara en ningún momento. No tenía claro si agradecerlo u

ofenderme.

—Entiendo que debe de ser duro para usted —dijo por fin—. Pero no puedo permitirle la entrada en esta escuela. La historia entre shifters y brujas no es bonita, y le aseguro que está mejor fuera de aquí.

Se me cayó el alma a los pies al aceptar que no iba a ceder, al menos por ahora—. ¿Puedo ver al menos a Arya? Solo para asegurarme de que está bien.

—¿Cree que puede volver a ponerse la ropa antes? —sugirió, con una media sonrisa irónica y desafiante.

Me volvieron a arder las mejillas—. Ah, claro.

Sin decir palabra, se dio la vuelta para darme algo de intimidad, y yo también le di la espalda mientras me ponía las bragas, los vaqueros y la camiseta, por si le daba por echar un último vistazo a traición.

Me aclaré la garganta cuando ya volvía a ser presentable, y él se giró para encararme.

—Espere aquí, ahora se la traigo —dijo antes de encaminarse por el arco.

La tensión en la sala de entrada se podía cortar mientras esperaba; la señora Smith había vuelto a su mesa y fingía que yo no existía. Unos minutos de agonía más tarde, las puertas se abrieron y apareció Caesar con Arya a su lado. La cara bonita de mi amiga se iluminó con una gran sonrisa al verme.

—¡Shea! —Echó a correr hacia mí, y la recibí en un abrazo desesperado—. ¿Qué haces aquí?

—Solo pasaba a ver cómo estabas. —No era del todo mentira; eso había sido *parte* de mi motivación. Toda mi rabia y mi decepción se desvanecieron al centrarme en ella—. ¿Cómo estás? ¿Te vas asentando?

La sonrisa de Arya titubeó—. Estoy… bien.

Alcé una ceja.

—¿Entonces? —preguntó Arya, con un destello de esperanza en los ojos—. ¿Vas a venir a estudiar aquí?

—No mientras Úrsula reine por aquí —gruñí en voz baja, inclinando la cabeza hacia el escritorio.

Arya frunció el ceño y miró en esa dirección. Yo asentí una vez.

Ante la mirada insistente de Arya, eché una ojeada por encima del hombro y vi a la señora Smith de pie otra vez, esta vez apoyada en la parte delantera del escritorio con los brazos y los tobillos cruzados. Se me encendió la cara. *Mierda.*

—Si ya habéis terminado, creo que ha llegado la hora de que te vayas —dijo la señora Smith con esa calma exasperante de quien sabe que tiene el control.

Arya me atrajo a otro abrazo—. Te meteremos —me susurró. Luego, en voz normal, añadió—: Solo tenemos que averiguar algunas cosas primero.

Me aparté cuando la señora Smith carraspeó—. ¿Podrás perdonarme alguna vez por no haberte contado quién era?

Arya asintió—. Probablemente es mejor que no lo hicieras. A duras penas lo proceso ahora, y soy una sirena.

Solté una risita—. Si necesitas cualquier cosa, cuando sea…

—Lo sé. Gracias. —Arya se volvió hacia Caesar—. ¿Te importa si voy con ella, solo hasta la otra plataforma?

La señora Smith frunció el ceño, pero Caesar asintió.

Arya devolvió el gesto y luego me sonrió.

Dimos un paso hacia la salida, pero la voz de la señora Smith nos detuvo—. Para que lo sepas, Arya, las brujas no son amigas de las sirenas. Te convendría recordarlo.

Arya inclinó la cabeza, y salimos a toda prisa.

—¿Y bien, cómo es? —pregunté cuando nos acomodamos en el tren.

—Increíble. No has visto nada igual. —Negó con la cabeza, con la voz llena de asombro—. ¿Tienes idea de cuántos tipos de shifters hay? Me he topado con seis, más o menos. Y hoy me he dado mi primer baño.

—¿Y…? —la animé, desesperada por detalles.

—No me he ahogado.

—Pues claro. —Sonreí y le di un codazo cariñoso.

—Ha sido como si me metiera en mi propia piel por primera vez. —Le brillaron los ojos al decir—: Mi cola es rosa.

Solté una risita—. Por supuesto que lo es.

Arya se rió, pero volvió a quedarse callada, mirando sus manos apoyadas en el regazo.

—¿Pero…? —insistí.

Soltó un largo suspiro—. Digamos que ser sirena no es tan maravilloso como lo pintan.

Le agarré la mano y la apreté, intentando dedicarle una sonrisa de ánimo. No sabía por lo que estaba pasando, pero quería tranquilizarla, hacerle saber que estaba ahí para escuchar si quería contarlo.

Me las arreglé para sonreír con guasa—. ¿Has hecho amigos ya? —pregunté, aunque la respuesta no me hacía mucha gracia, la verdad.

Un «no» significaba que Arya todavía me necesitaba, y no había nada que yo pudiera hacer para arreglarlo, pero un «sí» significaba que podía perderla en un mundo del que yo nunca formaría parte de verdad.

—Todavía no, pero solo ha sido mi primer día. Estoy acostumbrada.

Seguimos charlando animadamente mientras el tren me alejaba de mis sueños; The Dome se fue encogiendo y difuminando hasta desaparecer del todo. Esto no había terminado. Ni de lejos.

Aun así, todo me dolía más de lo que estaba dispuesta a admitir. Pero sabía que a Arya le dolía más. Era fuerte, y tenía la sensación de que no se rendiría ante su pena hasta que no le quedara más remedio.

Solo esperaba que Arya estuviera rodeada de amigos si—o cuando—por fin se rompiera.

Capítulo 10

Arya

¿Cómo era posible que no pudiera dormir después del día increíblemente largo que había tenido y de lo agotada que me sentía?

Un torbellino de pensamientos y preguntas me daba vueltas en la cabeza. ¿Por qué Caesar se interesaba tanto por mí? ¿Por qué todas las demás sirenas me odiaban tanto? Parecía que a la escuela llegaban alumnos nuevos a todas horas, y, sin embargo, yo estaba en boca de todos. ¿Qué tenía de especial?

Y luego estaba el tema de Shea. ¿Cómo demonios iba a conseguir que aceptaran a Shea en esta escuela? Tenerla aquí significaría tener una amiga de verdad. Shea me había apoyado con todo el lío de mi madre, y me conocía como alguien más que *la nueva sirena*.

Transformarme en sirena había sido la experiencia más profunda y mágica de mi vida y, aun así, estaba empañada por el hecho de que mi madre me lo hubiera ocultado todo este tiempo.

Caesar dijo que el ADN de las sirenas era hereditario, así que, o mi madre era una sirena, o lo era mi padre, y mi madre lo sabía sin ninguna duda. No podía entender por qué se había esforzado tanto en alejarme de esa parte de mí. En el agua, girando y danzando en mi forma natural, me había sentido más yo misma que nunca. ¿Cómo pudo mi madre negarme eso?

Me sentía culpable por estar enfadada con ella, porque estaba muerta. Ni siquiera había empezado a llorar su pérdida todavía. No estaba preparada para sentir el dolor de saber que nunca volvería a ver aquella radiante sonrisa. Demonios, hasta echaría de menos oírla recitar las normas por milmillonésima vez.

Me pregunté si, en caso de que mi madre volviera junto a mí aquí y ahora, me molestaría siquiera en preguntarle por todo este asunto de los cambiantes. ¿O simplemente la abrazaría con todas mis fuerzas y no la soltaría jamás? ¿Renunciaría a todo este conocimiento sobre mí misma y mi lugar en el mundo para volver a mi vida de adolescente ignorante y sobreprotegida si eso significara tenerla de vuelta?

Un suspiro se me escapó mientras abría los ojos por enésima vez. Miré el reloj digital de mi escritorio. Pasaba de la medianoche. El estómago empezó a rugirme y recordé que me había saltado la cena para despedirme de Shea. Bueno, quizá un estómago lleno relajaría mi cuerpo lo suficiente como para ayudarme a cruzar el umbral del sueño.

Me levanté de la cama, me calcé los zapatos y salí sigilosamente de mi habitación. La sala común de las sirenas estaba vacía, y lo agradecí. Lo último que necesitaba ahora mismo era toparme con otra sirena que me odiara sin motivo alguno, y estaba bastante segura de que, si lo hacía, no sería capaz de resistir el impulso de mandarla a la mierda.

El gran vestíbulo estaba tan vacío y silencioso que mis pasos resonaban mientras bajaba las escaleras en dirección al comedor. Era extraño ver el comedor, habitualmente bullicioso, vacío y a oscuras. Casi fantasmagórico, la verdad.

Sabía que la zona del bufé estaría vacía, pero esperaba encontrar al menos una máquina expendedora o algo así. Al mirar a mi alrededor, las paredes del comedor estaban decepcionantemente desnudas. Fruncí el ceño. Tenía que haber comida por aquí en alguna parte.

Detrás de la zona del bufé, vi una puerta que supuse que conducía a la cocina. Me deslicé por detrás de los mostradores y probé el pomo.

¡Sí!

La cocina ocupaba un tercio del tamaño del comedor; era la más grande en la que había estado nunca. Imaginé que así sería la cocina de un restaurante de cinco estrellas, con una docena de

mostradores, tres frigoríficos de acero de doble puerta y un enorme horno de ladrillo al fondo, flanqueado por una torre de hornos más pequeños a cada lado.

¡Bingo!

Temblando por el hambre que ahora se apoderaba de mis sentidos, corrí hacia el frigorífico más cercano, ansiosa por coger cualquier cosa que pareciera apetitosa. Amontoné un montón de manjares en el mostrador y empecé a devorar.

Un ruido procedente de la entrada de la cocina hizo que casi me atragantara con el pollo asado que acababa de meterme en la boca, atenazada por el repentino miedo a que me pillaran. No sabía si los estudiantes tenían permitido estar aquí fuera de horas, y de verdad que no quería meterme en un lío mi primer día.

¿Debía esconderme? ¿Huir?

Sin embargo, cuando miré hacia la puerta, había otro estudiante allí plantado, con la misma cara de sorpresa al verme que yo a él.

El chico era alto, con una complexión delgada pero musculosa, lo que le hacía bastante intimidante. Pero sus rasgos faciales eran todo lo contrario: atractivos, sensuales, con una mirada oscura que me atrajo. Su espesa melena de pelo negro complementaba a la perfección sus ojos ambarinos y su piel bronceada, haciendo que todo en él desprendiera una agradable calidez.

Se quedó allí un buen rato, mirándome como si yo fuera un fantasma. Su mirada no era la misma mirada de rencor o curiosidad cotilla que recibía de todos los demás. Más bien, parecía casi asustado, paralizado en el sitio mientras debatía si completar la tarea para la que había venido o dar media vuelta y salir por patas.

Finalmente, rompió el contacto visual. Apartó la vista de mí y se dirigió a uno de los armarios altos para buscar su propio tentempié de medianoche.

—¿Tampoco podías dormir? —pregunté, con la esperanza de aliviar la extraña tensión que había en la habitación.

Se detuvo un momento, el único acuse de recibo que me dedicó antes de continuar su búsqueda.

Genial, otra persona que prefiere fingir que no existo. Di otro mordisco frustrado a mi muslo de pollo, arrancando la carne del hueso de una forma muy poco femenina.

Le oí abrir y cerrar el frigorífico detrás de mí, y me resigné a ignorarlo de la misma forma que él me estaba ignorando a mí y a terminar mi comida en silencio.

Para mi sorpresa, se acercó por detrás y me puso un plato de salmón ahumado delante.

—Como sirena, deberías incluir más pescado en tu dieta —dijo con total naturalidad antes de sentarse en el otro extremo del mostrador para concentrarse en su propio plato.

—Oh. Eh, gracias —tartamudeé, sin saber cómo responder a su distante amabilidad.

La verdad es que el salmón olía muy bien, mejor que el pollo. Si las sirenas de verdad habían vivido bajo el agua durante miles de años, tendría sentido que los alimentos de origen marino fueran mejores para mí. Eso explicaría por qué mi madre cocinaba pescado tan a menudo.

Observé detenidamente a mi distante compañero de cena. Llevaba el símbolo del ala en el pecho. Un aviano. Pero ¿era un dragón, un fénix o una arpía?

—Soy Arya —me aventuré, con la esperanza de que se abriera.

—Lo sé —dijo sin levantar la vista—. Toda la escuela sabe quién eres.

¿Vale? —¿Tú sabes quién soy *yo*. ¿Quién eres tú? —pregunté, poco dispuesta a dejar que me despachara tan fácilmente.

Suspiró, como si aceptara que íbamos a tener que hablar. —Tobias —respondió secamente.

Me lo tomé como una victoria y sonreí para mis adentros. —¿Qué tipo de cambiante eres?

Puso los ojos en blanco antes de dirigirlos a regañadientes hacia mí. —¿Por qué es importante?

—Mira, solo intento charlar un poco —dije, reprimiendo a duras penas mi irritación—. Soy nueva aquí y solo intento hacer amigos.

—¿Y por qué tenemos que ser amigos *nosotros*? —espetó.

El puro desdén en su voz me golpeó más fuerte de lo que esperaba, y todo el dolor de sentirme tan odiada desde que llegué se fusionó con el dolor de haber perdido a mi madre e implosionó.

—Porque no tengo amigos —dije, oyendo cómo se me quebraba la voz al pronunciar las palabras—. Porque no me queda nadie ni nada en este mundo. Estoy completamente sola.

Antes de que pudiera contenerme, ya estaba llorando a lágrima viva sobre el salmón que me había dado. Me llevé las manos a la cara y dejé que recogieran las ardientes lágrimas que se derramaban.

Tobias soltó otro largo suspiro, y cuando oí su silla raspar contra el suelo, supuse que se levantaba para dejarme llorar a solas. Casi mejor; no quería que nadie me viera así. No es que a nadie le importara realmente.

—Por favor, no llores —dijo su voz a mi lado, y tanto su gesto como su proximidad me pillaron por sorpresa—. No suelo ser tan maleducado. Acabo de tener una conversación desagradable con mi padre. No debería haberlo pagado contigo.

Alcé la cara y lo miré a través de un velo de lágrimas. La rigidez que antes marcaba su rostro se había suavizado, dejando tras de sí una expresión casi de disculpa. Casi.

—Al menos tienes un padre —sollocé—. Lo que daría por oír a mi madre sermonearme una vez más.

No me importaba estar siendo excesivamente vulnerable y sincera. Ya me importaba todo una mierda. Estaba harta de luchar contra

todo y contra todos, sobre todo contra mí misma.

La curiosidad frunció la tersa frente de Tobias. —¿Qué le pasó a tu madre?

Solté una risa derrotada. —¿Qué? ¿No lo sabes? ¿No lo han pregonado por toda la escuela? Los vampiros mataron a mi madre anoche y, aun así, todo el mundo en esta escuela me trata como a una paria de la que están deseando deshacerse.

El dolor de esa verdad se me clavó en el vientre y un profundo lamento de desesperación se me desgarró en la garganta.

—Vaya, no tenía ni idea —dijo Tobias, por primera vez con sinceridad en la voz—. Lo siento de verdad. No sé qué haría si mi madre muriera. Mi padre, bueno, ese es harina de otro costal.

Se rio nervioso, quizá en un intento de aligerar el ambiente, pero mi estado de ánimo era demasiado lúgubre para que algo lo aliviara.

Pasó un largo momento en el que el único sonido en la cocina eran mis patéticos sollozos y algún que otro resoplido. Esperaba que Tobias se fuera. Incluso un chico normal se sentiría incómodo cerca de una chica extraña que llora.

Pero se quedó. No ofreció más palabras de apoyo ni hizo ningún gesto. Simplemente permaneció a mi lado como una estatua y, de alguna manera, su presencia fue reconfortante. Quizá sí que le importaba. ¿Qué otra razón tendría para quedarse?

Cuando se me secaron los lacrimales y mi cuerpo estaba demasiado agotado para seguir llorando, levanté la vista, y Tobias ya tenía una servilleta preparada.

La acepté y me limpié las pegajosas lágrimas de la cara y los dedos.

—Gracias —dije con un hipido—. Gracias por quedarte conmigo. Podrías haberte ido en cualquier momento, pero no lo has hecho.

Tobias se encogió de hombros. —Bueno, nadie debería pasar por una pérdida así a solas. Y… si tanto significa para ti… supongo que podemos ser amigos.

Su tono sonaba tan robótico, tan desinteresado, pero la comisura de su boca se elevó en una sonrisa burlona y me guiñó un ojo. —En cuanto a tu pregunta de antes, soy un dragón.

Este chico era un misterio, pero en cierto modo me gustaba. Se las daba de estar por encima de las emociones, pero había demostrado que bajo esas gruesas escamas se escondía un individuo bondadoso y empático.

—Encantada de conocerte, dragón Tobias —dije con el tono más ligero que pude conseguir.

Señaló con la cabeza nuestros platos aún llenos. —Deberías terminar la comida. Como sirena, necesitas más omega-3 que el resto de nosotros. Creo que hay una caja de chips de algas en la despensa. Deberías llevártelas a tu habitación para picar mientras estudias.

Volvió al otro lado del mostrador para ocuparse de su plato.

—Para ser un dragón, pareces saber mucho de sirenas —bromeé, disfrutando de la oportunidad de alejarme de mi pena y fingir que mi arrebato nunca había ocurrido.

—Sé mucho de todo —dijo, clavando el tenedor en un trozo de cerdo —. Soy un pozo de sabiduría inútil. Si vamos a pasar el rato juntos, más vale que te acostumbres a mis recitales enciclopédicos.

Me reí, y terminamos la comida de una manera mucho más agradable de la que la habíamos empezado. Había sido un primer día largo y tumultuoso, pero al menos había salido de él con un nuevo amigo, por muy reacio que fuera a la compañía. Y no estaba de más que fuera uno de los tíos más buenos que había conocido en mi vida.

Solo esperaba que eso no significara que iba a acabar quemándome.

Capítulo 11

Tobias

Engullí el último bocado, a la vez ansioso y reacio a marcharme. Agradecí el silencio que se había instalado entre nosotros. Me dio la oportunidad de procesar la parálisis sobrecogedora que había sentido al ver a Arya por primera vez.

¿Qué demonios había sido eso? Fue como si un rayo me hubiera atravesado, apoderándose de cada nervio de mi cuerpo. Quise achacarlo a la mera sorpresa de encontrar la cocina ocupada, pero nada —salvo el desdén de mi padre— me había afectado jamás tan profundamente.

Quizás solo fuera su belleza. Desde luego, era hermosa. Ese mechón rebelde de pelo azul entre sus ondas negras amplificaba el cerúleo de sus ojos y complementaba la cremosa perfección de su piel. Y su figura… Bueno, me esforcé mucho por no mirar demasiado tiempo la delicada curva de su cuello, el montículo de pechos respingones que se ocultaba bajo su polo…

Pero yo no era de los que se dejan embrujar por una cara bonita, aunque mi polla tiesa tuviera otras ideas.

No era solo el apéndice traidor el que le respondía. Todo mi cuerpo parecía vibrar con una extraña especie de electricidad, y el calor en mi pecho era casi abrasador.

Un pensamiento peligroso susurró en el fondo de mi mente, pero lo rechacé. No se podía permitir que algo así sucediera. No a mí. Y menos aún con *ella*.

El silencio se prolongaba, pero era un silencio cómodo. Cualquier otra chica habría insistido en mantener la conversación, en llenar el aire de ruido. Estaba claro que Arya tenía mucho más que ofrecer

que una cara bonita y esos penetrantes ojos azules que yo me había esforzado en evitar los últimos minutos.

—¿Es verdad que no eras consciente de tu naturaleza hasta que Caesar te encontró? —pregunté finalmente, dejando el tenedor y apartando el plato.

No quería saber nada más de ella, no quería ceder a mi ardiente curiosidad, y mucho menos a mis impulsos físicos. Pero le había ofrecido mi amistad, como un idiota. Aunque tampoco podía culparme por ello. ¿Qué clase de capullo no acudiría en ayuda de una criatura tan rota y hermosa? No era completamente inmune a mi humanidad.

Arya frunció el ceño por una fracción de segundo antes de encogerse de hombros. —Mi madre tenía unas normas muy locas. No me dejaban salir al anochecer, no podía ir a nadar y las redes sociales estaban totalmente prohibidas. No estoy segura de cómo se relaciona todo, pero estoy convencida de que no había forma de que pudiera haberlo descubierto por mí misma. —Soltó una risa. Fue una risa triste.

Me sorprendió que no pareciera tener ninguna animosidad hacia su madre por haberle impuesto unos límites tan estrictos. Sobre todo unos que impedían gran parte de la vida social. Arya parecía el tipo de chica que ansiaba ir a fiestas en la piscina que duraban hasta después del atardecer y publicar en Instagram para documentar su vida.

Todas las sirenas que conocía eran precisamente de ese tipo. Incluso los pocos humanos que conocía se habrían rebelado contra unas normas tan restrictivas. Desde luego, yo deseaba poder rebelarme más contra las normas de mi padre, y me estremecí al recordar las consecuencias que siguieron cuando me atreví a intentarlo.

Aparté ese pensamiento.

—Bueno —continuó—, pensaba que las sirenas eran un mito hasta… bueno, ayer. ¿Y los *dragones cambiantes*? ¿No se supone que son los tíos buenos de las portadas de las novelas románticas

paranormales? —Se rio, una risa de verdad esta vez—. ¿Esos con los que las chicas sueñan despiertas y los estúpidos chicos de instituto desearían ser?

Se me quedó mirando más tiempo del que me resultaba cómodo. Y esos ojos.

Recogí nuestros platos vacíos y los llevé al fregadero. —No estoy familiarizado con ese género.

Odié cómo me irritó su insinuación de que yo no era un tío bueno. No debería importarme si me encontraba atractivo o no. Mejor si no lo hacía. Había suficientes chicas en esta academia que se bajarían las bragas por mí con un simple guiño, lo cual era genial para las ocasiones en las que necesitaba desahogar mis hormonas reprimidas.

Aquellas escapadas estaban libres de lazos emocionales, que simplemente no podía permitirme confundir con el sexo. Me negaba especialmente a formar cualquier tipo de vínculo con Arya, ya fuera emocional o físico. Era evidente que mi polla no estaba de acuerdo, ya que en ese momento se tensaba contra mis calzoncillos.

—¿Ah, sí? —preguntó—. ¿Qué género prefieres?

Se acercó a mí mientras yo echaba un chorro de lavavajillas y empezaba a fregar, intentando pensar en mi redacción de historia de los dragones para reducir la hinchazón en mis pantalones. Su cercanía lo hizo imposible.

—No tengo mucho tiempo para novelas —dije, manteniendo los ojos en el plato que tenía en las manos.

Para ser tan habladora, de repente se volvió a quedar callada. Quizá pensó que necesitaba concentrarme en algo tan simple como fregar los platos. Extraño.

—Entonces, ¿para qué *tienes* tiempo? —preguntó mientras yo abría el grifo para enjuagar el primer plato—. Q-quiero decir… —tartamudeó—. ¿Qué te gusta leer? Tú mismo dijiste que eres una enciclopedia andante. Cuéntame algo.

La miré, a esos ojos azules que me atraían y amenazaban con mantenerme cautivo.

Sentí el impulso repentino de pasarme los dedos por el pelo para tener una excusa para apartar la vista de su mirada. Pero tenía las manos mojadas, así que busqué un paño de cocina en su lugar. No estaba donde el personal solía dejarlo.

¿Dónde diablos está esa cosa?

Aparté la mirada bruscamente mientras Arya me quitaba lentamente el plato ya limpio. Como if le diera miedo asustarme si se movía demasiado rápido. Probablemente lo haría.

Chica lista.

Y, por supuesto, tenía el paño en la mano.

Volví al fregadero para fregar el otro plato mientras Arya secaba. La acción rutinaria me ayudó a despejar la mente.

—¿Qué quieres saber? —pregunté.

—Bueno… Mi madre me ocultó todo este mundo. Así que, básicamente, puedes contarme cualquier cosa sobre los cambiantes y te *garantizo* que no lo sabré ya. Como lo del pescado. —Señaló el plato que yo lavaba—. O sea, sí, claro, tiene sentido que una sirena coma pescado. Pero también, sí, no lo sabía.

Enjuagué el plato y se lo pasé, luego lavé y enjuagué rápidamente los cubiertos antes de responder. —¿Así que tu pelo no te dio ninguna pista?

Cerré el grifo y le cogí el paño cuando terminó de secar para limpiarme las manos.

—¿Mi pelo?

—¿Las mechas azules no te insinuaron que no eras exactamente humana?

Sostuvo en alto un mechón negro y azul. —Teñido. Era lo único semi-rebelde que mi madre me dejaba hacer.

Se apoyó en el fregadero con ambas manos detrás. De repente, pareció darse cuenta de algo.

—¿Es por eso que el pelo de esa chica, Adina, es de ese color rubio sucio verdoso? —Su rostro se contrajo en una expresión de asco al decirlo—. ¿Porque es una sirena?

Solté una carcajada ante su mueca, ciertamente adorable, y luego me recompuse rápidamente. —En el caso de Adina, en realidad tiene que ver con sus preferencias alimenticias.

—¿Ah, sí?

—Creo que le gustan demasiado las algas kelp.

Arya puso esa cara de nuevo. Contuve otra risa, pero se me escapó una sonrisa.

—Algunas sirenas tienen un color de pelo que nunca sería natural en un humano u otro cambiante. De niño, conocí a una sirena a la que le gustaba frecuentar el lago de la finca de vacaciones de mi familia. Su pelo era de un violeta brillante. Era muy amiga de mi madre.

Esa mirada triste volvió a su bonito rostro.

La estudié, intentando descifrar el cambio de humor. Pero no tardé mucho. *Idiota. Su madre acaba de morir.*

—Lo siento —me corregí rápidamente, aterrado de que las lágrimas volvieran a brotar. No se me daba bien lidiar con el llanto, y el de Arya antes me había hecho sentir utterly inútil—. No debería…

—No, no pasa nada —dijo Arya, pero pude ver las lágrimas asomando en sus oscuras pestañas—. Es que es reciente, eso es todo.

—No sé cómo perder a tu madre podría ser alguna vez *menos que reciente* —dije—. A menos que tu madre fuera como mi padre…

Me agarré el pelo como excusa para mirar al suelo, pero no pude hacerlo por mucho tiempo, y lo hice parecer como si me estuviera pasando los dedos por él para que no pensara que era un bicho raro.

Sí, probablemente ya habría llegado a esa conclusión.

Aun así, tenía que dejar de decir cosas así sobre Arthur. Siempre acababan llegándole a sus oídos. ¿Por qué no podía ser uno de los hijos ilegítimos, como Adam o Alex, que podían decir y hacer lo que quisieran?

Ser el heredero era una carga. Se esperaba mucho. Se exigía mucho. No había tenido un momento de paz desde el día que nací. Agradecía que la pubertad me llegara pronto y me hubieran aceptado en la academia a los trece años.

Pero en realidad nunca desearía *no* ser el heredero, porque eso significaría que Octavia no sería mi madre. Y no podía imaginar…

—Siento mucho tu pérdida —dije, y por una vez mi voz sonó como si de verdad sintiera las palabras.

No se me daba muy bien transmitir emociones, así que me sorprendió que realmente pareciera capaz de hacerlo. Eso no significaba que nunca sintiera nada. Simplemente no se me daba bien expresarlo.

Sonrió con tristeza una vez más, pero afortunadamente no volvió a llorar.

Una de las puertas de la cocina chirrió al abrirse. Para ser unas instalaciones de alta tecnología, uno pensaría que podrían permitirse un poco de WD-40. Aun así, agradecí el aviso, porque de repente me di cuenta de que mi proximidad a Arya era mayor de lo que quería que *nadie* viera.

Especialmente la Sra. Tanis. Los ojos de la profesora sonrieron —aunque su boca no lo hizo— tan pronto como nuestras miradas se cruzaron.

Di disimuladamente un paso atrás. Probablemente no fue lo suficientemente sutil. Pero me daba igual. No me permitiría que me importara.

—Los alumnos deberían estar en sus dormitorios a esta hora —dijo la Sra. Tanis con severidad y una ceja enarcada. La sonrisa de sus ojos había desaparecido—. Usted lo sabe, Sr. Dracul.

—Por supuesto. Lo siento, Sra. Tanis —mascullé y salí tan rápido como me llevaron las piernas. Solo oí el final de la disculpa de Arya sobre ser una alumna nueva y no conocer las normas.

Libre de su embriagadora presencia, mi cabeza se despejó misericordiosamente. Pero no reduje la velocidad mientras avanzaba por el pasillo. No podía dejar que Arya pensara que quería continuar nuestra conversación entreteniéndome, y odiaba que, en secreto, sí que quisiera.

Aun así, no tardé en oír el chasquido de unos tacones detrás de mí.

—¡Sr. Dracul! —La Sra. Tanis estaba sin aliento cuando llegó a mi altura.

—Ya lo sé, ya lo sé —dije, aminorando el paso solo un poco—. Voy directo para allá. —Intenté no sonar molesto porque, al parecer, sentía la necesidad de decírmelo dos veces.

—No, no es eso —dijo, extendiendo una mano para detenerme. Para ser alguien tan menuda, ciertamente me hacía sentir como si midiera treinta centímetros menos en ciertas circunstancias. Como esta. Igual que Arthur.

—¿Es por lo que pasó la semana pasada? Porque Brett…

—No es por Brett —interrumpió y cerró los ojos con fuerza. Exhaló y luego sonrió—. Su padre ha hablado conmigo hoy.

Como si no los hubiera visto justo delante de mí. Me crucé de brazos sobre el pecho. No me gustaba el tono de su voz.

—Me ha informado de la *tarea* que le ha asignado.

Resistí el impulso de resoplar con desdén, y en su lugar me mordí el labio. ¿Arthur había asignado un supervisor? ¿Tan importante era fingir una amistad con Arya?

—Se lo ha dicho —fue todo lo que dije.

—Claramente, su padre se equivocaba. —Señaló con el pulgar hacia la cocina—. Pero quería que yo le convenciera de la importancia de… *cumplir* con su asignación.

¿Asignación? ¿En serio? ¡No estaba en el puto ejército! Bueno, todavía no. Pero no me gustaba pensar en eso.

No me digné a responder a mi pariente lejana y profesora de Dominio del Dragón.

—Pero ya veo que no ha perdido el tiempo —dijo, con el orgullo brillando tras sus gafas—. Quizá eluda mi responsabilidad de revisar la cocina la próxima vez que esté de guardia para el toque de queda. —Me guiñó un ojo.

No pude evitar fruncir el ceño, entrecerrando los ojos.

—Mira —dijo, poniendo una mano en mi brazo aún cruzado, y tuve que hacer un gran esfuerzo para no quitársela de encima con rabia por la intrusión en mi espacio personal—. No tienes que enamorarte de ella. No te pidió que hicieras eso.

—Ya sé lo que me pidió mi padre —mascullé entre dientes.

—De acuerdo. —Me soltó el brazo, asintió una vez y luego se alejó por el pasillo en dirección opuesta con paso sonoro. Corriendo a enviar un informe a *Lord Dracul* sobre mi obediencia, sin duda.

Subí corriendo las escaleras hasta el segundo piso y entré como un huracán en la sala común de las aves. Quería estrellar la cara contra la cama y hundirme en la inconsciencia. Quería estar solo.

—¿Y a ti qué te pasa que traes esos ojos tan vivos esta noche? —bromeó Brett desde el sofá, arruinando cualquier esperanza que tuviera de colarme en mi habitación sin ser visto. Estaba matando zombis en la gran pantalla plana. Escabullirme a la cama no solía requerir ningún esfuerzo con las distracciones pseudoapocalípticas.

Niko roncaba en el sillón junto a Brett. Su mando descansaba laxamente en sus manos.

—¿Has encontrado la reserva de expresos de los profesores para acompañar tu tentempié de medianoche? —preguntó Brett—. ¿O has vuelto a arrinconar a Cora en uno de los invernaderos? —Me guiñó un ojo, igual que la Sra. Tanis.

Quise darle un puñetazo en la cara.

—Eres el único al que le han prohibido el expreso —dije con voz neutra—. Y ¿desde cuándo te das cuenta de que paso sigilosamente junto a tu carnicería virtual? En serio, Brett, ¿aún no te has pasado este juego?

—Tres veces, de hecho. —Sonrió de oreja a oreja.

—Eres un *dragón*, Brett. ¿Cómo puede ser entretenido ese juego? ¿Humanos lentos disparando a muertos?

—Estás cambiando de tema —dijo Brett, y luego, de forma poco habitual en él, apagó la consola. Y la tele.

—No, no arrinconé a Cora —dije, poniendo los ojos en blanco ante su idiotez y haciendo ademán de irme a mi habitación.

—Nones. No hemos terminado de hablar. —Brett se levantó y se estiró, pero luego se puso serio y me miró a los ojos—. ¿Qué quería Lord Dracul?

—No importa —repliqué secamente, manteniendo a propósito mis pensamientos a kilómetros de distancia de un par de ojos brillantes.

Brett enarcó una ceja. Para hablar tan despacio como lo hacía a veces y adoptar esa pose de surfista acabado, Brett era sorprendentemente observador.

—Necesitaba que hiciera algo —dije—. Una asignación, más o menos.

—¿Asignación?

Asentí, con los labios apretados en una línea recta.

—¿Qué es? —Sus cejas se alzaron.

—Alto secreto.

—Mentiroso.

Me encogí de hombros. —No pienso decírtelo. —Ni siquiera había decidido si realmente iba a hacerlo.

—Bueno… ¿vas a hacerlo? —preguntó Brett, leyéndome extrañamente la mente.

Entrecerré los ojos como si eso me ayudara a leer la mente de Brett. Negué con la cabeza. —Me voy a la cama. Tengo que escribir una redacción por la mañana.

Tenía una responsabilidad con mi familia por encima de todo. Y ahora que había conocido a Arya, no parecía que tuviera elección.

Capítulo 12

Arya

Me desperté mucho mejor. El berrinche feo que me pegué anoche con Tobias de verdad me había quitado de encima el peso del duelo que llevaba cargando, y todo lo de esta mañana se sentía más ligero, más luminoso. Los brazos me temblaban menos, las piernas me respondían con brío, y el dolor que me roía las tripas se había transformado en un cosquilleo suave y energizante.

Salté de la cama y toqué la pantalla de mi tableta para ver mi horario. Sorprendentemente, las clases de hoy parecían un día típico de instituto: Matemáticas, Química, Inglés. Todo salvo mi primera clase, que era Maestría —fuera lo que fuese— y la última, Defensa.

La verdad es que me apetecía ir a las clases básicas. Esperaba que me dieran ese toque de normalidad tan necesario que últimamente me faltaba. La idea de Defensa no me daba el mismo consuelo. Educación Física siempre había sido mi asignatura menos favorita, y Defensa sonaba como Educación Física elevada a la décima potencia.

Aunque entendía perfectamente la necesidad, sobre todo después de lo que le pasó a Mamá, no tenía ninguna destreza física. Me di cuenta de que ese era el objetivo de la clase —mejorar mis capacidades físicas—, pero aun así, no me atraía nada.

Después de vestirme y coger la bolsa del portátil, bajé al comedor, contenta de saber que no tendría que estar jugando a las sillas musicales para poder comer porque, le gustase o no, Tobias era mi nueva pareja de mesa.

Llené mi bandeja y localicé sin dificultad al enorme cambiante dragón sentado en una mesa con otros dos chicos.

Reclamé el asiento libre a su lado. Se le desorbitaron los ojos casi fuera de la cabeza y me pareció que la cara se le teñía de rosa.

—Buenos días —los saludé a él y a sus amigos, cuyas bocas se abrieron de par en par al mirarme—. Ya, ya, la sirena nueva y tal, menudo notición. —Decidí romper el hielo tirándome a la piscina, literalmente.

—Eh, perdona, ¿te conocemos? —preguntó uno de los amigos de Tobias, sacudiendo su cabeza rubia como si tuviera el pelo largo.

—Brett —siseó el otro amigo entre dientes.

Tobias le lanzó una mirada de soslayo al chico —que debía de ser Brett—, pero no dijo nada. Aún no lo había calado del todo, pero elegí interpretar su silencio como aceptación.

—Tobias y yo nos conocemos —respondí a la pregunta de Brett, fingiendo no notar lo borde que había sonado—. Nos topamos anoche y tuvimos una buena charla. He pensado que sería divertido conocer a sus amigos. —Les dediqué una sonrisa amable.

Brett y el otro chico giraron la cabeza hacia Tobias al mismo tiempo, y quedó bastante claro que Tobias no había mencionado nuestro pequeño encuentro nocturno.

Tobias me miró un momento, mordiéndose el labio inferior como si estuviera debatiendo algo por dentro, y luego dijo—: Eh, sí, me la encontré aquí anoche después de la reunión con mi padre. Es maja.

Aunque sonó reacio, el pecho se me hinchó con su sello verbal de aprobación.

Brett volvió a mirarme con una sonrisa amplia. —¿Es verdad que no tenías ni idea de que eras sirena hasta que llegaste aquí?

Se inclinaba hacia delante, radiando emoción como si yo fuera una especie de famosa de la prensa rosa. Mucho mejor que tratarme como a una apestada.

Me encogí de hombros, fingiendo indiferencia. —Sip. Soy novata total en esto de cambiar.

—Guau, qué raro —dijo Brett—. Nunca he conocido a una sirena que no fuese… bueno, una pija elitista desde la cuna. ¿Has probado a transformarte ya? ¿Cómo ha sido?

—Brett, dale un respiro a la chica —lo regañó el otro amigo, con el tenedor en alto sobre el plato. Luego me miró—. Perdona, Brett no tiene filtro. Soy Niko.

Me eché a reír. —Tranquilo, no me importa. He oído que mis congéneres sirenas pueden ser… encantadoras. Os prometo que no me parezco en nada a ellas.

—Me alegro de oírlo. Tobias ha encontrado un diamante. —Le guiñó un ojo a Tobias, que solo puso los ojos en blanco y apartó la mirada.

—¿De qué hablamos? —preguntó una voz femenina, alegre, justo antes de que una pelirroja guapa se sentara al otro lado de Brett.

—Oh, hola, Ashlyn —le hizo un gesto Brett—. Conociendo a la *nueva* nueva.

Entorné la cabeza ante aquella descripción tan rara, y la sonrisa amistosa de Ashlyn se ensanchó al mirarme.

—¡Dios mío, gracias! —Me puso la mano encima en un gesto de solidaridad—. Estaba ya harta de ser la nueva. Dirías que una fénix descarriada aparecer por aquí pasaría de moda rápido, pero sigo siendo el tema del día tras tres meses.

—Porque no paras de provocar incendios —soltó Tobias, sin levantar la vista de los huevos revueltos que estaba empujando con kétchup por el plato con el tenedor.

—Accidentalmente —lo corrigió indignada, lanzándole una mirada asesina. Luego volvió a sonreírme—. Pero ahora que estás tú, todo el mundo se ha olvidado de la pobre de mí.

—Hasta que provoques otro fuego —intervino Brett con una sonrisilla.

Ella le dio un manotazo en el hombro. —¡¿Te quieres callar?!

No pude evitar soltar una risita por sus bromas de colegueo y, la verdad, oír que a otra alumna nueva la trataban igual que a mí me resultó reconfortante.

Ashlyn volvió a mirarme. —En fin, sé lo difícil que es ser la nueva, así que me encantaría ser tu amiga. Estos chicos han sido mis únicos amigos desde que llegué, y solo cayeron en el saco porque nuestros padres son amigos.

Su energía alta y su falta de prejuicios me ganaron al instante, y sonreí. —Gracias. Me vendrían de perlas todos los amigos que pueda conseguir.

Al final, el desayuno no fue un fiasco. Brett se pasó la mayor parte del tiempo haciéndome preguntas aleatorias sobre mi vida pre-sirena, y Tobias y Niko discutieron sobre política sirena, todo muy didáctico —imaginé que mucho de mi tiempo con Tobias sería así—.

Era como un ordenador guapísimo, siempre calculando, siempre soltando datos, y al menos aparentando no tener emociones. Pero había algo en él que me gustaba, pese a todas las señales de alarma, sobre todo la enorme etiqueta de «No interesado» en la frente cada vez que me miraba.

Y Ashlyn y yo conectamos brevemente por nuestras historias parecidas. Su padre había estado ausente toda su vida, solo un nombre sin cara en una postal de cumpleaños una vez al año. Creía que era humana igual que yo, criada por una madre humana. Cuando se supo hace unos meses que había heredado al fénix de su padre, él volvió a su vida y la trajo aquí.

Era tan nueva en este mundo como yo y estaba igual de marginada por sus compañeros. No podía estar más agradecida de haberla conocido, por el bien de ambas.

—Como sabes lo que es ser nueva en todo esto, ¿podrías ayudarme a entender un poco los distintos tipos de cambiantes? —le pregunté mientras los chicos estaban distraídos—. Hay tantos, y no tengo ni idea de qué es lo que tiene de particular cada uno. ¿Todos tienen los mismos poderes? ¿Solo cambia la forma?

Asintió comprensiva, iluminándosele los ojos como si le hiciera ilusión ser ella la que controla la información por una vez. —Vale, pues mira, te hago un resumen de cada tipo de cambiante y cuáles son sus habilidades especiales:

—Los fénixes —se llevó una mano al pecho— pueden manifestar y manipular el fuego, como los chicos ya se han tomado la molestia de contarte. —Puso los ojos en blanco—. Los dragones, igual. Básicamente solo nos diferenciamos en la forma a la que cambiamos.

—Las sirenas —señaló hacia mí— pueden manipular el agua. Algunas también pueden ser videntes, rollo que tienen visiones y eso. Y he oído que hay sirenas especiales que también pueden ser sirenas cantoras, pero no sé muy bien qué hacen, ¿sabes?

Asentí a medias, sin tener ni idea tampoco.

—Luego están todos los «weres» —continuó—. Los hounds se convierten en lobos y tienen el olfato más fino de los cambiantes, hasta el punto de que algunos pueden incluso decir qué emoción sientes por cómo hueles.

—Se llama empático —se coló Tobias, y yo giré para mirarlo—. Los hounds muy bien entrenados pueden volverse empáticos.

—Eso —concedió Ashlyn—. Y luego están los maos, que se convierten en grandes felinos —como pumas y tal— y, ay, ¿cuál era su poder especial? —Frunció los labios, pensativa.

—Los maos tienen el oído ultra sensible —informó Tobias, con una expresión algo molesta, como si ella ya debería sabérselo—. Al máximo nivel, algunos maos incluso pueden volverse telépatas.

—Eso es oír los pensamientos, ¿no? ¿O era mover objetos con la mente? —preguntó Ashlyn.

Él suspiró y puso los ojos en blanco antes de mirarla de lado. —Oír pensamientos. Mover objetos se llama telequinesis.

—¡Ah, es verdad! —dijo Ashlyn chasqueando los dedos.

Miré a Tobias para mi siguiente pregunta. Por supuesto, él se lo sabía todo sobre los diferentes cambiantes. Tendría que habérselo preguntado a él, pero Ashlyn era mucho más amable.

—¿Y Caesar? ¿Qué pueden hacer los grifos?

Tobias pareció menos irritado por mi pregunta que cuando corregía a Ashlyn. —Pueden manipular el tiempo. Sobre todo el viento, pero he oído que Caesar es lo bastante poderoso como para crear tormentas.

—¿De verdad? —le preguntó Ashlyn, abriendo mucho los ojos de sorpresa—. ¡Qué pasada!

—Los kitsunes pueden manipular la electricidad, por eso forman nuestro equipo técnico. Los nagas tienen veneno paralizante que mata a los vampiros y pueden aprender a hipnotizar a la gente con la mirada. Y las arpías tienen la capacidad de manipular las ondas de luz para infligir daño físico o curar heridas. —Tobias lo dijo todo con un tono monótono y aburrido.

Me di cuenta de que tenía el ceño levantado tras escucharlo, así que lo alisé a propósito. —Guau, suena todo tan increíble. Todavía me cuesta creer que esto sea real, incluso después de verlo con mis propios ojos.

Ashlyn puso su mano sobre la mía, que descansaba en la mesa. —Lo sé, te vuela la cabeza. Pero te acostumbras a toda la rareza en una semana o dos. Dominar tus poderes ya es otra historia.

Frunció el ceño y miró su plato. Llevaba un mes aquí y no había aprendido a controlar sus poderes. Me dio pena, sobre todo porque conocía la lucha. Tenía el presentimiento de que yo iba a estar en su mismo barco.

* * *

Después del desayuno, fui a la sala de entrenamiento de sirenas para mi primera clase, Maestría. Mientras caminaba, intenté adivinar

de qué iría la clase. Nunca había oído nada parecido en ningún otro colegio. Si era en la sala de entrenamiento de sirenas, obviamente tenía que ver con ser sirena específicamente, pero no con cambiar.

Cuando entré en la sala de entrenamiento, los alumnos salían de los vestuarios con sus tops de baño y se preparaban para meterse en la piscina. Seguí su ejemplo y fui al vestuario para ponerme el mío; luego volví a la sala para ver qué me deparaba la siguiente hora.

Celeste estaba en la esquina opuesta de la sala, hablando con un grupito de alumnos, y pensé que esperaría instrucciones.

Me senté al borde de la piscina y, con un cosquilleo en el vientre, metí los pies en el agua. Igual que la vez anterior, un picor punzante se tragó la superficie de la piel de mis piernas, y miré con atención embelesada cómo la carne lisa se iba sustituyendo poco a poco por relucientes escamas rosas.

Ayer estaba demasiado desorientada para tener una buena vista, pero ahora podía ver claramente cómo mis tobillos y espinillas se membranaban y se alargaban en una cola que aún me asombraba y me emocionaba.

Demonios, podría quedarme aquí sentada todo el día chapoteando con la cola en el agua. Nada más cómodo que el agua envolviéndome. La frescura en los brazos, fluyendo sobre la cola… era como descubrir el lado frío de la almohada.

Estuve a punto de zambullirme entera, pero quería estar atenta a cuando empezara la clase —y saltarme la parte menos agradable de la aparición de las branquias en el cuello—. Esa había sido la parte que menos me había gustado. Sabía que tendría que acostumbrarme tarde o temprano, pero por ahora estaba disfrutando de este momento de calma.

Pasaron diez buenos minutos y Celeste aún no había empezado oficialmente la clase. Muchos de los alumnos estaban simplemente jugando en la piscina. ¿Me había perdido algo? Observé a las otras sirenas nadando, volteando o flotando en grupos y cotilleando.

Entonces, algo me llamó por el rabillo del ojo y miré hacia el borde izquierdo de la piscina. Uno de los chicos agitaba las manos sobre el agua y, increíblemente, una lengua de agua se elevó e hizo un arco algo chapucero antes de volver a salpicar la superficie.

Se me cayó la mandíbula y parpadeé fuerte varias veces. *¿Acabo de ver eso de verdad?*

—Vaya truco, ¿eh? —dijo una voz masculina detrás de mí.

Miré por encima del hombro y vi a un tío bastante atractivo de pie a mi espalda. Por un momento me perdí apreciando su pinta de chico de boy band. Tenía el pelo castaño arena con ese aire de haber pasado la mañana dándole el toque perfecto para que quedara ahuecado, y unos ojos azules de playa que parecían esconder un hambre secreta en sus profundidades.

Gracias al top ajustado, podía distinguir cada músculo esculpido de su pecho y sus abdominales definidos. Joder, ¿es que todos los chicos cambiantes venían de fábrica guapos?

Me dedicó una sonrisa torcida y luego se tiró de cabeza a la piscina, con una forma impecable. Vi cómo sus piernas se convertían en una preciosa cola azul oscuro mientras su cuerpo cortaba el agua como un cuchillo. Giró y asomó la cabeza a un palmo de mí. Nadó más cerca y apoyó el codo doblado en el borde.

—Así que tú eres la sirena nueva de la que no para de hablar todo el mundo —dijo riéndose—. Soy Kendall. —Me tendió la mano mojada.

La estreché, odiando que se me estuvieran encendiendo las mejillas. —Sí, supongo que soy yo.

Volví a mirar al alumno que había manipulado el agua. —¿Cómo ha hecho eso? —Señalé con la barbilla en esa dirección.

Kendall asintió. —Sé que eres nueva en todo esto, así que te lo explico fácil. Todos los cambiantes tenemos habilidades secundarias —poderes, por así decir— además de transformarnos. Las sirenas pueden controlar el agua en cualquiera de sus formas. Ese es el

objetivo principal de esta clase: enseñar a jóvenes cambiantes como nosotros a dominar ese poder.

Asentí para mostrar que lo entendía.

—Peeero, la mayoría de las sirenas jugamos con el agua desde antes de saber hablar, así que casi todos usan esta clase como hora libre —explicó.

—Ajá. ¿Y tú eres un experto en manipular el agua? —pregunté, con un leve intento de flirteo. Este tío era de infarto y, hasta ahora, el único mer que me hacía caso.

—Se podría decir. Y tengo otras cosas que estudiar en esta clase, por eso no me ves tirado por ahí como los demás.

—Oh, ¿y qué hay que dominar aparte de habilidades de regadío sofisticadas? —bromeé.

Se rió. —Soy vidente.

Se me dispararon las cejas. Sabía que Celeste era vidente y que la habilidad era rara, incluso entre las sirenas. Ahora que lo pensaba, Kendall había sido uno de los alumnos con los que hablaba Celeste al otro lado de la sala.

—Al principio de cada clase, Celeste nos da a la pequeña mano de alumnos con afinidad para la visión del futuro una lección rápida, ayudándonos a afinar nuestras visiones —dijo Kendall.

Me incliné hacia delante, encaramada en el borde de la piscina. —¿Entonces puedes ver el futuro como Celeste? O sea, ¿te llegan visiones de nuevos cambiantes cuando los convierten o alcanzan la mayoría?

—Jaja, no. Estoy a años luz de Celeste —negó con la cabeza—. Celeste puede enfocar su visión prácticamente en lo que quiera o en quien quiera. Así fue como hizo su fortuna, jugando en bolsa. Sabes que fue ella quien financió la escuela, ¿no?

—Ah, sí. Creo que lo mencionaron en Historia ayer —dije. Me imaginé que un psíquico podría usar la visión del futuro para hacerse

millonario. Celeste era más lista de lo que pensaba.

—Yo solo veo cosas aleatorias que me atañen a mí —dijo Kendall—. No puedo dirigir mis visiones… todavía, al menos. Y lo frustrante es que no veo las causas, solo los resultados, así que no puedo averiguar cómo evitar lo que veo.

Una sombra le cruzó la cara por un instante, y me pregunté si habría visto algo desagradable que quisiera impedir. Si yo tuviera esa habilidad… quizá habría visto venir el ataque de los vampiros. Quizá habría podido salvar a mi madre.

—Buenos días, Arya —la voz de Celeste me sacudió los pensamientos, y me giré para ver a la profesora sirena acercándose —. Le pido disculpas por no atenderla antes, pero mis alumnos de cursos superiores necesitaban indicaciones. Veo que ha conocido a Kendall. Es uno de los mejores videntes aprendices de la escuela.

Celeste le sonrió radiante mientras se sentaba a mi lado, sin molestarse en ocultar su favoritismo hacia él. —Puede que un día acabe con mi puesto —le guiñó un ojo, y a él se le fruncieron las cejas con un destello de nervios.

—Será mejor que vuelva a practicar —dijo Kendall—. Encantado de conocerte, Arya. —Y se zambulló y se alejó nadando.

*Tambi*én *ha sido* muy *agradable conocerte*, pensé cuando su cola azotó en mi dirección y salió disparado por el agua. ¿Un mer-guapo que además es majo? *Que alguien me pellizque, debo de estar soñando.*

—Sé que todo esto es muy nuevo para ti, así que permíteme explicarte qué estudiamos en esta clase —empezó Celeste.

—Oh, Kendall me ha contado un poco. Ha dicho que las sirenas tenemos el poder de controlar el agua y… —tragué saliva al darme cuenta de que iba a tener que aprender a hacer eso.

Mierda. Me había pasado tanto rato babeando por él que no había unido esos puntos.

Celeste asintió a mi dilema no dicho. —No se preocupe. Nadie espera que moldee el agua en forma de dragón marino a la primera. Aquí no hay presiones. Iremos despacio y despertaremos su conciencia de su conexión con el agua. Cuando la encuentre, lo demás vendrá rodado.

—Vale —dije con inseguridad, esperando que fuese tan sencillo como Celeste dejaba entrever.

Afirmaba que no había expectativas sobre mí, pero notaba que prácticamente todos esperaban algo de mí, Caesar el que más. Yo no tenía ni idea de qué era ese algo.

* * *

—Oye, eh, ¿qué sabes de *Kendall*? —le pregunté a Ashlyn a la hora de comer, intentando sonar casual.

Tobias aún no se había sentado con nosotros y quería quitarme ese tema de encima antes de que volviera. No me apetecía precisamente que Tobias me oyera preguntar por otro chico.

—¿Te refieres a *Ken Doll*? —respondió con una risita—. Es el típico guaperas deportista. Si esta escuela tuviera equipos, sería el quarterback del equipo de fútbol.

—No dejes que Tobias te oiga decir eso —comentó Brett, echando un vistazo a la fila del buffet donde Tobias estaba debatiendo entre las opciones del menú.

Me reí, guardando ese comentario en la caja de cosas que preguntar más tarde. —Sé que las sirenas no tienen la mejor fama de ser, bueno, humanas, pero ¿él es majo?

Había sido amable conmigo, pero quería saber su historial, si lo había. Y aunque Ashlyn era casi tan nueva como yo, no es que tuviera a nadie más a quien preguntar.

Se encogió de hombros. —Te lo digo así: no es de lo peor. Pero salió con lo peor.

—¿Cómo?

—Sí, él y Letti llevan ese rollo de ahora sí, ahora no. Como ya sabrás, esa chica es un caso de estudio.

Las mariposas que me revoloteaban en el estómago cayeron muertas al suelo. Si Kendall podía salir con una chica así, quizá no era el chico que había empezado a imaginar.

—Vaya, qué chasco —suspiré.

—¿Por qué, te pone más él que Tobias? —Me ofreció una sonrisilla socarrona y me dio un codazo. Bajó la voz cuando añadió—: Vamos, que te he visto cómo lo miras.

Solté un resoplido y puse los ojos en blanco, esperando que las mejillas no me estuvieran tan rojas como las sentía. —A Tobias le intereso lo mismo que a un gato le interesa el agua.

Brett y Niko se miraron brevemente, lo justo para hacerme dudar de mi evaluación.

—Bueno, casi mejor, teniendo en cuenta que lo de salir entre cambiantes distintos es un poco tabú —dijo Niko, empujando un fideo con el tenedor.

—Espera, ¿c-cómo? —tartamudeé—. ¿Hay normas para salir?

—Bueno, técnicamente no —dijo Brett, ladeando la cabeza—. O sea, no está escrito en ninguna parte que dos cambiantes distintos no *puedan* estar juntos, pero es una norma no dicha. Sobre todo entre las razas más elitistas como las mers y los dragones.

—Y los fénixes —añadió Niko con un mohín.

—¿Por qué? —pregunté.

—Por el especismo que hay en el mundo cambiante —dijo Brett con la boca medio llena de pollo—. Todos están obsesionados con la pureza de la sangre… bueno, salvo los weres, obviamente. Pero dragones, fénixes y sirenas, especialmente, tienen una herencia

cultural que define quiénes son. Los padres quieren estar seguros de la herencia de sus hijos y, con dos tipos distintos, nunca sabes qué lado de la moneda te va a tocar. Incluso podrías acabar con un bicho raro mezcla de ambos.

—Uf —hizo Ashlyn una mueca—. Por muy paria que ya sea, me alegro mucho de ser solo medio humana y no otra cosa.

Fruncí el ceño. Adiós a las chispas que pudiera haber sentido por Tobias. Igual por eso era tan frío conmigo. Porque aunque tuviéramos cierta química, nunca podría pasar nada entre nosotros.

Los alumnos del comedor empezaron a levantarse.

—¿Qué clase tienes ahora? —preguntó Ashlyn.

Fruncí los labios. —Defensa.

—¡Yo también! —exclamó entusiasmada, pero sus palabras quedaron ahogadas por el aullido que soltaron Brett y Niko.

Me quedé mirándolos, confundida.

—Suerte —dijo Brett—. Te toca con Tobias.

Alcé una ceja, con el estómago encogiéndoseme por cómo lo dijo. —Vale, ¿y qué hacemos exactamente en esa clase?

—Sobre todo lucha libre y técnicas de combate, pero de vez en cuando Caesar nos empareja para que peleemos entre nosotros —dijo Ashlyn, con un tono que dejaba claro que le hacía tanta ilusión como a mí.

—A veces incluso hace que algunos alumnos nos den un espectáculo en la Sala de Simulación —dijo Brett, contoneando las cejas.

—¿Sala de Simulación? —pregunté, intrigada.

Brett me dedicó una sonrisa maliciosa. —Te va a encantar la primera vez que la veas. Bueno, mientras no seas tú la que tenga que examinarse ahí.

Tragué saliva. No tenía ni idea de cómo sería esa sala, pero sí sabía que no quería tener que examinarme allí jamás.

Capítulo 13

Arya

—¡Odio..., odio esto! —jadeé mientras lanzaba un puñetazo agotado al saco de boxeo que tenía delante por enésima vez.

—Ni que lo digas —dijo Ashlyn a mi derecha, inclinándose sobre las rodillas mientras resoplaba y jadeaba conmigo.

—Pues aún no habéis visto nada —dijo Tobias a mi lado, sin siquiera estar sin aliento, pateando su propio saco de boxeo como si le guardara rencor.

Sinceramente, era muy desconcertante entrenar a su lado porque, sin camiseta y reluciente de sudor, su prohibido atractivo resultaba increíblemente difícil de ignorar. Me sorprendía a mí misma echándole miradas furtivas a aquellos músculos cincelados y me odiaba cuando mi vientre se encendía en respuesta.

La clase de Defensa era tan horrible como me la había imaginado. La sala de entrenamiento era enorme, dividida en secciones con distintos equipos. Una sección tenía elípticas y cintas de correr; otra, sacos de boxeo de cuerpo entero y guantes; otra, pesas, y luego la mitad del descomunal gimnasio no tenía más que una colchoneta de espuma que cubría todo el suelo. Supuse que ahí era donde se practicaba el combate cuerpo a cuerpo.

Me tomé un momento para recuperar el aliento y miré a mi alrededor. Había cientos de estudiantes allí. Debía de haber medio instituto en el gimnasio. Muchos de ellos entrenaban con tanto *entusiasmo* como yo, pero algunos, como Tobias, lo estaban dando todo de verdad.

—Perdona si es una pregunta estúpida, pero ¿por qué te esfuerzas tanto? —pregunté cuando mis pulmones dejaron de gritarme.

Tobias no detuvo su ataque al saco cuando respondió: —Los estudiantes pueden examinarse para convalidar Defensa y, como mi padre es el general de las fuerzas cambiantes, se espera que yo lo haga.

Le dio un último y gran puñetazo al saco, y este se balanceó con tanta fuerza que pensé que iba a salir volando de las cadenas que lo sujetaban.

—Vaya, ¿un general? —dije soltando el aire—. Unas botas difíciles de llenar.

—No te haces una idea —gruñó Tobias, lanzándole una mirada asesina al saco.

La idea de convalidar la asignatura era tentadora, pero tenía muy poca fe en que mi cuerpo fuera a destacar alguna vez en este tipo de cosas. Apenas podía subir un tramo de escaleras sin quedarme sin aliento, y tenía tantas ganas de placar a alguien como de que me placaran a mí.

—¿Cómo se convalida? —pregunté, esperando una respuesta espantosa.

—Tienes que ganar la simulación —respondió Tobias con naturalidad, girando la cabeza en dirección a la sala cerrada de la esquina.

Recordé que Brett había hablado de eso en el almuerzo. Todavía no tenía ni idea de lo que era en realidad. ¿Era una especie de realidad virtual, como un videojuego? ¿Había que ponerse gafas y sensores corporales? ¿Y cómo eran las «simulaciones»?

—Muy bien, clase, se acabó el tiempo. —La voz de Caesar llenó el gimnasio—. Hora de emparejarse para cuarenta minutos de combate.

—Oh, no —gemí, y mis hombros agotados se desplomaron todo lo que pudieron.

La clase se reunió alrededor de la colchoneta de espuma, y Caesar y sus ayudantes nos emparejaron a todos. Temía el momento en que me tocara, temía con quién me emparejarían. Si era Cora o una de

esas sirenas cabronas, estaba perdida. ¡Diablos!, si era Tobias, estaba perdida. *¡Por favor, que sea Ashlyn! ¡Al menos sé que será buena conmigo!*

—Arya, tu pareja será Kendall —dijo Caesar cuando llegó a mi altura.

Un signo de exclamación flotó sobre mi cabeza ante esa designación. Estaba tan emocionada como consternada. ¿Por qué tenía que ser Kendall? Tenía el cuerpo cubierto de una gruesa capa de sudor y estaba segura de que mi pelo parecía haber pasado por un triturador de basura. ¿Y ahora tenía que acercarme tanto al único sireno guapo de este instituto que no me trataba como a una mierda?

Kendall se acercó a mí con una expresión que indicaba que estaba satisfecho con el emparejamiento. E iba sin camiseta. Y su pecho brillaba como el de un dios griego. ¿Cómo demonios se suponía que iba a concentrarme cuando él tenía *esa* pinta?

No se me escapó la mirada fulminante que Kendall le lanzó a Tobias ni la que Tobias le devolvió al pasar a su lado para ir con la pareja que le habían asignado. Había una tensión interesante ahí, y me pregunté, con un aleteo en el estómago, si era por mí o por otra cosa.

—Sé bueno conmigo, ¿vale? —pregunté tan tímidamente como pude.

—Por supuesto —rio él entre dientes.

Tan rápido que no supe lo que pasaba, Kendall se giró y me hizo una zancadilla.

Mientras caía, estaba segura de que iba a aterrizar dolorosamente sobre mi culo. Cerré los ojos con fuerza para prepararme para el impacto, pero unos brazos fuertes me sujetaron por debajo de la espalda y las rodillas. Cuando, con vacilación, entreabrí un ojo, vi que Kendall me acunaba contra su pecho firme y resbaladizo, con una sonrisa pícara en su atractivo rostro.

¡Vaya, este tío es bueno!

—Juegas sucio —dije, mi voz entrecortada apenas audible.

Él me guiñó un ojo. —Solo quería hacerte perder el equilibrio.

¡¡¡Uau!!!

—Lo siento, pero ha sido muy cursi —reí, aunque seguía aferrada a él.

—Lo sé, pero no he podido evitarlo. —Se rio y me depositó suavemente en el suelo—. Bueno, vamos a entrenar de verdad. Intentaré enseñarte algunas maniobras evasivas que puedes usar contra estos otros tíos, porque no creo que nadie más con quien te emparejen vaya a ser bueno contigo.

—Gracias —dije, tambaleándome un poco mientras recuperaba el equilibrio.

—Además, eres lo bastante pequeña y delgada como para poder zafarte fácilmente de muchas llaves. Solo tienes que aprender a usar tu cuerpo.

Kendall me estaba ofreciendo enseñarme a usar mi cuerpo. *¡Sí, por favor!* Ahora sentía calor y estaba sonrojada por una razón completamente diferente, y de repente Defensa era mi clase favorita.

—Empecemos por escapar de una llave de estrangulamiento —dijo, colocándose detrás de mí—. Voy a ponerte los brazos alrededor del cuello y quiero que intentes liberarte.

Me quedé quieta, sintiendo el calor que emanaba de su cuerpo mientras se colocaba a centímetros de mi espalda. Parecía que estaba esperando mi permiso.

—Vale —asentí—. Allá vamos.

Un brazo grande y musculoso pasó por encima de mi hombro y se dobló bajo mi barbilla, su mano enganchada en la curva de su otro brazo, que se apoyaba en mi hombro opuesto.

El abrazo era firme, pero no terriblemente incómodo, y aún podía respirar con facilidad. Bueno, vale, no con demasiada facilidad, ya

que estaba increíblemente distraída por la dura presión de su cuerpo detrás de mí, ¡y había *algo* claramente duro presionado contra mi nalga que me tenía totalmente desconcertada!

—Vale, ahora intenta salir —me indicó.

Solo podía pensar en el hecho de que su cálido cuerpo estaba envuelto alrededor del mío, y mi cabeza era un frenesí de sucia niebla. Sobre todo, no tenía ningún deseo de salir de esta comprometedora posición, pero me recordé a mí misma que se suponía que debía concentrarme en convertirme en un recipiente de venganza contra los vampiros, y saqué mi mente de esa deliciosa alcantarilla.

Envolví sus grueso antebrazo con las manos y tiré. A pesar de su agarre aparentemente flojo en mi cuello, no pude mover su brazo, por mucho que forcejeara. Me retorcí y me revolví, intentando girarme o escabullirme. Acabé con un aspecto indudablemente ridículo y algo torcido.

Kendall se rio; las vibraciones de su pecho retumbaron contra mi espalda. —Bueno, ha sido un buen intento, pero déjame enseñarte la forma correcta.

Me soltó y se movió para quedar frente a mí, de espaldas. —Ponme los brazos alrededor del cuello.

No tuve ningún problema en seguir esas instrucciones, pegándome a él y poniendo mis brazos en la misma formación en que él los había puesto sobre mí. Al igual que él, me aseguré de no sujetarlo con demasiada fuerza para no hacerle daño. No es que realmente pudiera.

—Por mucho que tires del brazo que estrangula, nunca conseguirás liberarlo —dijo, tirando de mi antebrazo derecho mientras yo agarraba la parte interior de mi codo—. Tienes que ir a por las partes que se pueden mover, que en este caso es el brazo que cierra la llave.

Agarró la muñeca de mi otro brazo, el que estaba doblado junto a mi cara, y tiró de ella hacia abajo con facilidad.

Vaya, qué débil era. Pero, claro, tampoco estaba intentando resistirme mucho.

—Una vez que tienes ese brazo abajo, la llave se rompe y puedes apartar el brazo que estrangula —dijo—. Pero también tienes que girar el hombro hacia el brazo inutilizado mientras apartas el brazo que estrangula para poder escapar.

Sentí su omóplato empujar suavemente el lado izquierdo de mi pecho, lo que me distrajo por completo de la mano que empujaba mi brazo alrededor de su cuello, y se escapó de mi agarre.

Kendall se dio la vuelta y sonrió. —Ahora inténtalo tú.

Asentí y dejé felizmente que volviera a rodearme con sus brazos. No es un mal sitio para estar, en absoluto. Una vez que tuvo los brazos en su sitio, alcancé su muñeca izquierda y tiré con todas mis fuerzas. El brazo bajó sin problemas, y giré contra su pecho al mismo tiempo que apartaba el brazo que me estrangulaba, saltando de su agarre como un conejillo.

Libre y flotando en el aire, me di la vuelta con una sonrisa de oreja a oreja. —¡Ha sido increíble! ¡Lo he conseguido!

—¡Perfecto! ¿Ves? Eres un portento natural.

—Ayuda que seas un profesor tan bueno —ronroneé, acercándome —. ¿Quizás podrías ayudarme también con Dominio?

—Claro, no me importaría darte clases particulares. —Sus ojos me recorrieron con ardor, pero luego se suavizaron—. Creo que es una mierda que te hayas perdido el crecer como una sirena. ¿Es verdad que nunca estuviste en el agua hasta ayer?

Ahí estaba, el pequeño recordatorio de que era diferente a todos los demás, y me puse rígida instintivamente.

Pero Kendall no lo decía con tono de reproche. La mirada de sus ojos de playa era sincera, con un brillo de compasión.

—Sí —respondí—. Me llaman el pez fuera del agua.

Kendall frunció el ceño. —Lo siento. No puedo imaginarme pasar toda mi vida sin nadar. Es una verdadera mierda.

Asentí. —No te haces una idea. Siento que me han robado algo y ni siquiera lo sabía.

Mi sonrisa se desvaneció cuando una culpa instantánea me abrumó por hacer esa afirmación. La persona que supuestamente me había robado era mi madre, y decir algo así era un insulto a su memoria. Después de todo, en el fondo sabía que, fueran cuales fuesen las razones de mamá, no eran malintencionadas.

—No pasa nada —dijo Kendall con una cálida sonrisa—. Intentaremos ponerte al día con todo lo que te has perdido. Te tomaré personalmente bajo mi aleta. Estoy seguro de que hay muchas cosas que puedo enseñarte.

Con el brillo ardiente de sus ojos, era imposible no captar la insinuación y, sinceramente, tenía un montón de travesuras adolescentes reprimidas que ponerme al día.

Cuando se abalanzó sobre mí esta vez, lo vi venir, pero no vi ninguna razón para resistirme al contacto físico con él en esta circunstancia. Me rodeó la cintura con un brazo y me llevó a la colchoneta. —Ahora, trabajemos tu lucha en el suelo.

Mientras mi cabeza aterrizaba en la colchoneta, vi a Tobias mirándonos desde el otro lado de la sala.

Yo no le gustaba. La mayor parte del tiempo, evitaba el contacto visual si podía.

Yo no *podía* gustarle por todo el rollo del especismo.

Pero mientras yo, seamos sinceros, apenas me resistía bajo el precioso cuerpo de Kendall, ¿por qué sentía que estaba traicionando a Tobias?

Capítulo 14

Tobias

—Tobias Dracul.

El vozarrón de Caesar me sacó de mis pensamientos obsesivos. Había reducido a mi compañero, un sabueso bastante volátil llamado Jackson, varios minutos antes. Llevaba casi un año sin perder contra otro estudiante y empezaba a resultar aburrido.

Gracias a eso, tenía prácticamente un asiento en primera fila para ver el combate de Arya con *Ken Doll*. Si es que se le podía llamar así. El combate no requería tanto… contacto, al menos no durante tanto tiempo.

Odiaba que me importara, que me hirviera la sangre como si fuera magma. No me había dado cuenta de que estaba gruñendo hasta que James me llamó la atención.

Hice crujir el cuello para desechar las imágenes exasperantes y centré mi atención en el director de la academia.

Caesar parecía ocultar una sonrisa mientras me tendía una mano. —Enséñales a todos cómo se hace.

Asentí, poniendo el piloto automático mientras caminaba hacia el centro de la gran colchoneta. El resto de los estudiantes se reunió detrás de la *zona segura*. Me di cuenta de que Arya y Kendall seguían muy juntos, un poco separados del resto del grupo, y reprimí un gruñido posesivo en mi pecho.

Cruzándome de brazos, aparté la mirada de la parejita acaramelada y calculé a quién le tocaría enfrentarse a mí y cuánto esfuerzo tendría que invertir en el combate.

Probablemente no era un día para la manipulación del fuego, a menos que me enfrentaran de nuevo a Niko, pero nos habían

emparejado la semana pasada, así que lo dudaba. Aunque podría hacer una excepción por Kendall. Cómo me gustaría tener la excusa para achicharrarlo ahora mismo.

Pero toda la clase estalló en una risa colectiva mientras yo permanecía solo en la colchoneta.

Miré a Caesar, que contenía una sonrisa burlona.

Me descrucé de brazos y miré al grupo de mis compañeros con el ceño fruncido. ¿Por qué no llamaba a otro estudiante? Encontré a Niko y a Brett cerca de la primera fila. Brett señaló a Caesar con una amplia sonrisa.

Mi espeso pelo se levantó con una brisa e instantáneamente prendí chispas en las yemas de mis dedos. Los grifos podían manipular el aire. Giré la cabeza bruscamente hacia Caesar.

—Ahí está —dijo Caesar en voz baja, provocando que cualquiera que pudiera oírlo se riera a carcajadas. ¿Cómo no me había fijado en el brillo púrpura de los ojos de Caesar?

—¿Voy a enfrentarme a *usted, señor*?

Una ráfaga de viento me golpeó detrás de las rodillas, forzándome a arrodillarme, y apoyé los dedos en la colchoneta para no darme de bruces contra el suelo.

Lamiéndome las heridas de mi orgullo, maldije en silencio mientras mis compañeros volvían a soltar risitas. Caesar odiaba que le llamaran por cualquier tipo de título, y a mí tenían que corregirme más que a la mayoría, debido a mi estricta educación.

Caesar permaneció estoico mientras las risas se apagaban. —A eso me refería cuando he dicho: *«Vamos a enseñarles cómo se hace»*.

Me levanté del suelo y adopté mi postura sin decir una palabra más.

Fuego será, entonces.

Siempre me asombraba cómo el grifo conseguía crear un torbellino que me obligaba a doblar las rodillas y afianzarme, sin levantar ni un solo mechón de pelo de los estudiantes de la primera fila. Pero no

podía pensar en ello. Di una palmada para conjurar una brillante bola de fuego en cada mano, mientras mis ojos se anegaban por las ráfagas.

Con un movimiento de muñecas, hice que las esferas de fuego cuadruplicaran su tamaño en cuestión de segundos, para que los vientos crecientes no las extinguieran.

Mi pie resbaló y, con el mismo movimiento, lancé la bola de fuego de mi mano derecha —no directamente a Caesar—, sino a la trayectoria del embudo que se dirigía hacia el director. La mayoría pensaba que era mi naturaleza de dragón lo que me ayudaba a ganar mis peleas. O que era un Dracul. Dejaba que asumieran ambas razones, pero yo sabía que eran mis cálculos analíticos los que en realidad me daban la ventaja.

Caesar se agachó rápidamente, evitando recibir un fogonazo en la cara, pero sonreí al ver el pequeño resplandor rojo en las puntas de su pelo castaño oscuro antes de que las chispas se extinguieran.

Con una sonrisita, logré echar un vistazo rápido a la multitud antes de lanzar mi otra bola de fuego a un punto diferente del embudo para golpear la parte trasera de las rodillas de Caesar. Esperaba un resultado similar, y tal vez incluso que se diera de bruces, como venganza por el golpe bajo de Caesar de hacía unos instantes. Pero no pude evitar que mis ojos se dirigieran hacia donde estaban Arya y Kendall, cuya mano apartaba un mechón oscuro de su bonita cara.

Gracias a la pequeña distracción, solté mi proyectil una fracción de segundo demasiado tarde. Falló la ráfaga por centímetros y fue despedido lejos de la órbita de Caesar, hacia las placas del techo, calcinando varias de ellas.

Antes de que pudiera recuperarme, la ráfaga me mandó a volar, y quedé tumbado de espaldas con una de las cintas de correr volcadas a centímetros de mi nariz antes de que Caesar la volviera a colocar en su sitio. Sus ojos pasaron de su brillante brillo púrpura a oscurecerse hasta volver a su color avellana.

El ambiente en la sala cambió y todo quedó en silencio. Nadie esperaba que yo venciera a un grifo experimentado, por no hablar del profesor de defensa y director de la academia, pero aun así parecían sorprendidos. Honestamente, si algún estudiante tenía una oportunidad de vencer a Caesar en una pelea, ese era el hijo del general Dracul.

La multitud se dispersó y comenzó a salir. Caesar me ayudó a ponerme en pie, pero no dijo una palabra, permitiéndome mantener mi dignidad mientras me reunía con mis amigos, que esperaban cerca de la puerta.

—¡Casi lo tenías! —Niko me dio una palmada en el hombro.

—Sí, no sé cuál era tu plan con la segunda —dijo Brett mientras salíamos de la sala—. ¡Pero, *tío*! ¡Usar el viento de Caesar en su contra fue una genialidad! ¡Si no se agacha, le habría hecho falta una cara nueva!

Incluso Niko se rio de eso y se pasó una mano por la nuca. —¿Qué ha pasado con la segunda?

Me encogí de hombros. No iba a admitir dónde había estado mi atención, ni siquiera a mí mismo. —He calculado mal. Intentaba darle en la parte de atrás de las rodillas.

—¡Ah! —dijo Brett—. Venganza. Genial.

—Habría sido épico —asintió Niko.

—La próxima vez —dije, listo para que se zanjara el tema.

—Oye, hay una fiesta este fin de semana —dijo Niko, concediéndome mi deseo—. Es en casa de Jackson, fuera del campus.

—¿El sabueso?

—Sep —dijo Brett—. Y vamos a ir.

No respondí, pero supuse que no tendría mucha elección en el asunto. Siempre me arrastraban a eventos sociales.

Puse la excusa de los deberes —que no era realmente una excusa, Brett simplemente siempre pensaba que lo era— y me dirigí a mi habitación.

A mitad de mis deberes de Cálculo, sonó un correo electrónico en mi portátil.

Era de Arthur. Un recordatorio de lo *«imperativo que es»* que *«me haga amigo de la sirena»*.

Puse los ojos en blanco antes de cerrar el ordenador. No había terminado mis deberes, pero sí había terminado con el correo. Aunque Arthur lo había formulado como una petición, un *favor* que yo haría al continuar con esta tarea, sabía que no lo era.

Mi instinto me decía que me opusiera, que me rebelara e hiciera lo contrario de lo que mi padre quería. Pero me importaba mi familia. Estaba orgulloso de ser un Dracul a pesar de la maldición que conllevaba. Y, de todos modos, ya había decidido hacerlo. No es que pudiera mantenerme alejado de Arya aunque lo intentara. O dejar de pensar en ella.

Y, además, con Arya poniéndose cómoda con *Ken Doll*, seguro que no había ningún mal en que yo fuera *amigo* de Arya. Si ella estaba interesada en uno de los suyos —como debería ser—, podría proteger mi corazón más fácilmente. Y ya tenía suficiente práctica como para que no fuera un problema, de todas formas.

Pero ¿realmente podría soportar verlos a los dos juntos? ¿Cuando mis entrañas ardían como un infierno embravecido solo de pensarlo? Joder, el simple hecho de estar cerca de ella hacía que, casi literalmente, saliera vapor de mí.

Es imperativo —Arthur usaba la palabra «imperativo» hasta la saciedad— *que averigüemos si es la sirena de la profecía antes que nadie*. Esas fueron las palabras de Arthur aquel día en el despacho de Caesar.

Paso uno: hacerse amigo de Arya. *Hecho.*

Paso dos: averiguar si es la sirena. Todavía no estaba muy seguro de cómo abordar esa parte.

De todos modos, no iba a hacer más deberes, así que me aparté de mi escritorio y cedí al impulso obsesivo e insistente de encontrarla, diciéndome a mí mismo que solo seguía órdenes. Eso era todo. Caminé con más determinación y propósito que en mucho tiempo.

Faltaba una hora para la cena, pero revisé el comedor, con la esperanza de encontrar a Arya antes de que todos los demás empezaran a llegar. Efectivamente, estaba sentada sola en una de las mesas, con el portátil abierto y algunos apuntes esparcidos.

Al verla, el dolor punzante en mis entrañas finalmente cesó. La atadura que parecía tirar constantemente de mí hacia ella desde la noche anterior dejó de hacerlo, y un calor me inundó, un calor tan reconfortante como destructivo.

—¿Se han olvidado de poner un escritorio en tu habitación? —pregunté mientras me acercaba.

Me miró y un rubor floreció en sus mejillas. —Ashlyn me estaba ayudando a разобраться con este programa de Biología Metamorfa, pero ha tenido que irse a ver a su padre.

Asentí. El programa de la señora Sharp tenía fama de ser complicado.

—Me alegro de saber que no soy tu único amigo —dije, sentándome frente a ella. Lo decía en serio, pero su risita y la forma en que puso los ojos en blanco me indicaron que se lo había tomado como una broma.

Me di cuenta de que probablemente era algo bueno.

El silencio se hizo mientras contemplaba la mejor manera de sonsacarle alguna pista de que pudiera ser la sirena. La sutileza no era uno de mis puntos fuertes, y se sabía tan poco sobre los dones de las sirenas que no sabía por dónde empezar.

Ella rompió el silencio primero.

—Caesar ha sido bastante duro contigo hoy —dijo, con un deje de compasión al final de la frase.

Me crispé ante un tema tan delicado.

—¿Siempre es así? —continuó. O quizás era miedo lo que oía.

—No te va a llamar así —le aseguré, inclinándome hacia delante y apoyando los codos en la mesa con los dedos entrelazados—. Reserva sus momentos para lucirse para… —me interrumpí al ver su pequeña sonrisa.

—¿Para presumidos como *tú*? —bromeó.

—¿Quién dice que soy un presumido?

¿Había visto mi rápido combate en clase? Claro, apenas le había dado una oportunidad a ese sabueso, pero supuse que estaba demasiado preocupada con su propio *combate.*

—Yo no soy el que piensa que rodear a una chica con los brazos es la mejor manera de enseñarle defensa. —No pretendía decir eso en voz alta, y cerré su portátil, que seguía abierto, para distraerme del calor que me subía por el cuello.

Enarcó una ceja bajo el pelo negro y azul que le caía sobre la cara. No parecía enfadada por la forma en que había invadido su espacio, sino más bien desafiada.

—Kendall me estaba enseñando a escapar si alguien me agarraba por detrás. En serio, era defensa personal básica. —Se encogió de hombros—. En plan, cosas de *humanos*.

—Sí, bueno, como alguien que acaba de descubrir que es una metamorfa, probablemente deberías centrarte en aprender tus medios de defensa *metamorfos* —la reprendí, con la temperatura en continuo aumento.

Entrecerró los ojos y volvió a encogerse de hombros mientras acercaba su portátil cerrado. —Sinceramente, ha sido agradable hacer algo que podría haber hecho en mi antigua vida.

—Bueno, aprender a librarte de una llave así no te salvará de un vampiro —dije, tajante.

—¿Crees que no lo sé? —El volumen de su voz subió, y de repente, esos brillantes ojos azules ardían—. ¡Así murió mi madre!

—Y los vampiros no son lo único que hay por ahí —continué, incapaz de detenerme. Me di cuenta de que era horrible por mi parte siquiera mencionarlo, pero tenía que saber la gravedad del peligro—. También hay metamorfos renegados. Licántropos que andan sueltos porque aún no hemos podido localizarlos. Nagas que no estaban de acuerdo con las políticas del ejército metamorfo y desertaron por sus propias creencias moralistas. Mi familia tiene… —dudé.

Arya no sabía nada sobre la historia de mi familia ni sobre el hecho de que todavía se les consideraba de la realeza. Era la única chica que no me trataba como a un príncipe que había que conquistar, y no quería estropear eso todavía.

—También hay enemigos de los dragones por ahí —terminé vagamente.

Asintió, entrecerrando los ojos aún más, como si me estuviera escudriñando. Como si estuviera determinando si decía la verdad o no.

La temperatura en mi sangre subió y apreté los puños para evitar que saltaran chispas de fuego accidentalmente. El escrutinio de una mujer nunca me había hecho sentir así. Tan vulnerable. Tan expuesto. Y tan abrumadoramente excitado.

—¡Por no hablar de los cazadores! —espeté, tratando de distraerla —y a mí mismo— de la forma en que me estaba haciendo sentir. Su ignorancia de los peligros era exasperante—. Claro, son humanos, ¡pero te pilla una bala de mercurio y *puf*! —hice un gesto de explosión con las manos.

—¿Intentas asustarme? —preguntó, con un tono extrañamente tranquilo.

—No, yo…

—No voy a fingir que lo que has dicho no es real o no importa —interrumpió—. *Sé* que es real. Mi mundo se hizo añicos por algo que nunca pensé que existiera hasta que sucedió. Pero es un poco abrumador enterarme de que me crece una cola cuando toco agua salada.

Se rio, pero sonó sin humor y áspero.

—¡La primera vez que me sumergí, me salieron branquias! Es realmente abrumador y Ken… —hizo una pausa—. Es agradable que *algunas* personas me estén ayudando a adaptarme a esto. Y a asimilarlo.

Comenzó a meter sus apuntes y su ordenador en la mochila con movimientos firmes y bruscos.

Mierda, se iba. La había cabreado de verdad. Tenía que controlar esta situación.

—Sabes, la primera vez que conjuré fuego, prendí fuego a la alfombra favorita de mi madre —dije, haciendo un esfuerzo consciente por suavizar mi tono. Recé para que fuera suficiente para que se quedara. Ni siquiera había descubierto nada útil aún.

Y, sinceramente, no quería que se fuera.

Se levantó para irse.

Me levanté yo también. —Lo que intento decir es que lo entiendo. Descubrir tus poderes y dónde encajas en el mundo metamorfo puede ser abrumador.

—Tú no lo entiendes —dijo y se alejó de la mesa.

—Sé que no lo entiendo. —Rodeé la mesa y corrí tras ella—. Yo nací sabiendo lo que era, pero aun así me costó. No puedo imaginar por lo que estás pasando. Me aterrorizó la primera vez que salieron chispas de mis dedos. Mi padre tuvo que desactivar la alarma de incendios durante unos tres meses hasta que tuve más control.

Esperaba recibir al menos una sonrisa, pero solo obtuve un ceño fruncido y molesto.

Sin embargo, sí que dejó de caminar para mirarme.

—¿Cómo conseguiste controlarlo finalmente? —preguntó, mirándome con cautela.

Debería haber sabido que preguntaría, pero ya me había abierto mucho más de lo que pretendía, así que la pregunta me pilló por sorpresa. —Yo… aprendí a tocar el piano.

—¿El piano? —Ahí estaba esa mirada escéptica de nuevo.

—Sí, quiero decir, tocar no fue lo que me enseñó a controlarlo —rectifiqué—. La práctica hizo eso. Pero aprender a tocar el piano fue lo que finalmente me calmó lo suficiente como para lidiar con todo el miedo que causaba que mis poderes estuvieran tan descontrolados.

Eso le arrancó una pequeña sonrisa.

Y me di cuenta de que, sin querer, había llevado la conversación a la línea de preguntas perfecta. —¿Tocas? —pregunté.

Negó con la cabeza.

—¿Tú… *cantas?* —Intenté sonar indiferente, pero oí el énfasis en mi voz.

—No, mi talento musical se limita a las listas de reproducción de Spotify —dijo—. Nos vemos luego, Tobias.

No quería que se fuera. La había molestado y, aunque me exasperaba por un montón de razones, ansiaba su compañía. En el fondo, sabía que esta necesidad no se debía solo a mis obligaciones familiares, pero no había manera de que fuera a analizar eso, no en un futuro próximo. Simplemente… *necesitaba* evitar que se marchara; de esta conversación, de mí.

Me esforcé por pensar en cualquier cosa que la hiciera quedarse un segundo más. —Hay una fiesta este fin de semana —solté de sopetón.

Eso funcionó. Se volvió hacia mí con esa ceja enarcada bajo ese mechón de pelo azul rebelde que insistía en cubrirle parte de la frente.

—Es en casa de Jackson, fuera del campus. Un licántropo.

—Yo, eh…

—Deberías venir conmigo. —No tenía la intención de añadir la parte de *conmigo*. Pero ya era demasiado tarde. Me preparé para el rechazo.

La sorpresa borró el ceño frustrado y suavizó sus bonitos rasgos.

—Vale —dijo Arya con una sonrisa y encogiéndose de hombros, apartándose ese mechón de pelo detrás de la oreja—. Me encantaría ir.

Luego se dio la vuelta y se marchó.

Y mientras yo fallaba en mi intento de no mirarla como un lobo hambriento mientras lo hacía, me maldije internamente. Acababa de pedirle a Arya Walker una cita. ¿En qué me había metido?

Capítulo 15

Shea

Jugueteaba con el lápiz en la mano mientras miraba sin ver la extraña mezcla de fantasía infantil y angustia adolescente que era mi habitación. Dejé el lápiz y empecé a tamborilear con mis uñas de color morado oscuro sobre el cuaderno en blanco que había encima de mi colcha de Rainbow Bright. El libro de texto estaba abierto, pero aún sin leer, a pesar de las múltiples veces que había repasado el mismo párrafo.

No podía quitarme de la cabeza a Arya, el instituto o mis poderes desaprovechados. Mi propio instituto se había vuelto insoportablemente aburrido desde que perdí a mi única amiga en favor del instituto más guay que podía imaginar. Y dicho instituto me había rechazado… dos veces.

Pero regodearme en la autocompasión no iba a arreglar nada; ya lo había hecho bastante y era un ejercicio deprimente. No, necesitaba un plan.

La cabeza de la abuela se asomó por la puerta. —Hora de ir terminando. La cena estará lista en diez minutos.

Asentí, con la mirada aún perdida por tanto pensar.

—¿Va todo bien? —preguntó la abuela con el ceño fruncido. Entró del todo y se sentó en el borde de la cama.

Me incorporé y me froté la cara. —Supongo. Es solo que…

La miré fijamente un momento, intentando decidir si quería arriesgarme a meterme en otro lío. La vida en esta casa acababa de volver a la normalidad después de nuestra última pelea. Pero no tenía a nadie más con quien hablar de estas cosas, y si tenía que guardármelo todo dentro por más tiempo, iba a explotar.

—¿Los cambiantes nos odian? —Las palabras salieron de mi boca antes de que pudiera detenerlas.

La boca de la abuela se contrajo en una fina línea. Genial. Hice una mueca mientras me preparaba para otro sermón.

En lugar de eso, la abuela suspiró. —Oh, Shea, ¿de dónde has sacado una idea así?

Me aparté, sintiendo cómo la culpa me invadía. Odiaba mentirle, pero odiaba aún más que me excluyeran. Quería ocupar mi lugar en el mundo sobrenatural y encontrar la magia que le habían robado a nuestra familia. Estar tan cerca, pero no formar parte de ello, casi me mataba.

—No sé. Me mantienes alejada de todo esto. Pensé que, ya sabes, quizá los cambiantes nos odiaban o algo así. —Era lo más cerca de la verdad que estaba dispuesta a llegar.

Los brazos de la abuela me envolvieron y me acurruqué, dejando escapar un suspiro de satisfacción. De pequeña, me preguntaba si los abrazos de una madre estaban impregnados de magia.

—No, odio no, la verdad. Desconfianza, desde luego, pero no odio.

Yo sí que había percibido el odio en Celeste. Me preguntaba qué tendría aquella mujer en contra de las brujas.

Me aparté del abrazo de la abuela para mirarla a los ojos. —¿Por qué? ¿Por qué iba nadie a odiarnos o a que no le gustáramos?

La abuela miró al techo. —¿Recuerdas las historias sobre nuestros orígenes que solía contarte?

Asentí. Eran historias de guerra y odio. Sobre cómo crearon a los vampiros para dominar a las otras razas y luego a los cambiantes para combatir a los vampiros. Nunca entendí por qué los humanos se volvieron contra los cambiantes después, pero algo los había obligado a esconderse. Por supuesto, los Cazadores podrían tener algo que ver con eso.

—Lo que nunca te conté fue que las brujas fueron las que ayudaron a convertir ejércitos en los cambiantes y vampiros que tenemos hoy en día.

Mis cejas se dispararon hasta la raíz del pelo. Aquella era una magia realmente poderosa.

La abuela asintió. —Muchas de las nuestras se apoyaron en la magia de transformación para mezclarse con los cambiantes, pero no es exactamente lo mismo. —Se pasó una mano por su largo pelo plateado y, de repente, pareció cansada, más allá de sus sesenta y tantos años—. Pero toda magia tiene un precio. Y sin el grimorio…

Me incliné hacia delante, conteniendo la respiración. ¿Sería hoy el día en que por fin se sinceraría?

El débil sonido del temporizador del horno repiqueteó, rompiendo el momento con más eficacia que un grito.

La abuela se levantó. —Cierto. La cena. Termina esto y ven —dijo, señalando mis deberes.

Me dejé caer, desanimada. —Claro.

La abuela se detuvo en la puerta. —Me dirías si algún cambiante o vampiro te estuviera acosando, ¿verdad? Después de lo que le pasó a tu amiga Arya y a su pobre madre…

Esbocé una sonrisa forzada. —Sí, abuela. Claro.

Se quedó allí, escrutando mi rostro. El temporizador del horno volvió a sonar.

Mi teléfono empezó a sonar, vibrando hacia el borde de mi mesilla de noche. Aliviada por la distracción, lo cogí y mis ojos se iluminaron al ver la pantalla. Arya.

—Tengo que cogerlo.

La abuela frunció los labios, pero asintió y cerró la puerta.

—¡Ahhh, te he echado de menos! —chillé en el teléfono al deslizar el dedo para responder.

Arya se rio. —Y yo a ti, más. De hecho, por eso te llamo. Va a haber una fiesta de cambiantes mañana por la noche.

—¿En El Domo? —No estaba segura de si debía tentar a la suerte otra vez tan pronto.

—No, en casa de un licántropo. Vamos a ir todos a la superficie para la fiesta. Deberías venir. Tenemos que ponernos al día.

Mi sonrisa empezó a desvanecerse al recordar a la abuela, a Caesar y a Celeste.

—¿Crees que…? Quiero decir, ¿estará bien que vaya, no siendo yo alumna y todo eso? —*Y soy una bruja, cosa que a nadie parece gustarle*, quise añadir.

Arya dudó un momento. —No veo por qué no iba a estar bien. Y no es como si fuéramos a estar todos por ahí en nuestra forma de cambiante. Creo. De todos modos, si alguien pregunta, diles que eres nueva y que aún no le has pillado el tranquillo a transformarte. Tengo una amiga nueva, Ashlyn. Es un fénix que no puede transformarse y lleva aquí unos meses.

Mi sonrisa regresó con toda su fuerza. —Huy, fuego. —Una idea estaba tomando forma. Anoté los detalles mientras Arya los recitaba de carrerilla. Nos despedimos y colgamos.

Revisé mi armario en busca de algo que ponerme. Vaqueros y camisetas —por muy peculiares que fueran— no me parecían lo más adecuado. Pero no quería ponerme un vestido. Y nada me parecía nuevo o emocionante. ¿Qué se pondrían exactamente los cambiantes en una fiesta? Me reí de mí misma. *Sí, claro, como si hubiera un código de vestimenta para gente que parece un animal a tiempo parcial.*

Repasé con los dedos mis conjuntos demasiado familiares y luego me rendí con un suspiro. Quizá me daría tiempo a comprarme algo nuevo antes del fin de semana. Aunque, por otro lado, no quería parecer una tía desesperada por llamar la atención.

—¡Shea, vamos! ¡La cena! —llegó la voz de la abuela desde el pasillo.

Suspiré. Había otra cosa que tenía que hacer antes de poder hacerme pasar oficialmente por un fénix. Fuego. El hechizo era bastante simple —y uno de los pocos que conocía—, pero no podía recordar la palabra. Algo como…

—Encender —murmuré, aunque sabía que no era correcto. El fuego no era uno de mis trucos habituales, no después de aquel incidente en primero. Me limitaba a abrir cerraduras y a mover cosas. Lo de mover cosas era especialmente útil para gastar bromas, siempre y cuando no pudieran verme los ojos cuando lo hacía.

A pesar de la insistencia de la abuela en que no jugara con la magia, mi madre había exigido que al menos supiera algunos hechizos para defenderme. Antes de que ella… En fin, no era muy de velas, así que rara vez tenía motivos u oportunidades para quemar algo.

Chasqueé los dedos repetidamente, intentando refrescar mi memoria. —¿Kat? No. ¿Kit? Uf, no. Mmm…

—¿Shea? —volvió a llamar la abuela.

—¡Un minuto! —respondí. Siempre podía preguntarle, aunque no quería levantar sospechas—. ¡Oooh! Khet… ¡Ay! —Me sacudí las manos mientras la sensación de quemazón se disipaba de mis dedos. Iba por buen camino.

—¡La comida se enfría!

Gruñí, encogiéndome de hombros. —Voy —refunfuñé para mis adentros. Quizá era hora de un curso de repaso.

Fui por el pasillo hasta el comedor; nuestra pequeña mesa y cuatro sillas casi llenaban el espacio. Estaba justo al lado de una cocina estrecha y alargada, y se abría directamente al salón, todo decorado con un estilo rústico y hortera. La abuela estaba sentada a la mesa del comedor, dando buena cuenta de la deliciosa comida que había preparado sin esperarme.

Me dejé caer en el asiento de enfrente, inhalando el cálido y reconfortante aroma de los espaguetis. —Ah, abuela, te has superado.

Ella se rio y negó con la cabeza. —Hago pastel de carne y no te inmutas. ¿Pero echo unos fideos en agua?

—Y no te olvides de las albóndigas congeladas que has cocinado en el horno.

Sorbi los fideos y cogí una servilleta para limpiarme la cara. —Ya que estamos con el tema de la magia y esas cosas… —empecé.

—Uh oh —dijo la abuela, dejando el tenedor.

—¿Cuál era el hechizo para el fuego?

La abuela me inquisicionó con la mirada. —¿Por qué necesitas saberlo?

—Ya sabes, por si los vampiros que iban detrás de Arya vienen a husmear por aquí —dije, buscando una excusa. No era una mentira total. Podía pasar perfectamente, y abrir cerraduras o mover objetos no me ayudaría mucho en ese caso—. Son sensibles al fuego y solo quiero asegurarme de que puedo protegerme.

La abuela dudó un momento, y una sombra cruzó su rostro. No le había contado toda la verdad sobre Arya. Nada de que fuera una cambiante y fuera a un instituto para los de su especie. Solo lo del ataque de los vampiros.

—Kapet-khet —dijo finalmente la abuela, y mi servilleta se prendió fuego.

Grité y la tiré a mi vaso de agua. La abuela se rio y murmuró algo más en voz baja que extinguió la llama.

—¿No te lo había dicho? —inquirió la abuela con un tono irónico—. La magia tiene un precio.

—Eso no es justo del todo —repliqué, conteniendo una risita—. Has sido *tú* la que ha usado la magia y *yo* he tenido que pagar el precio.

—La magia no siempre funciona como esperas. Por eso debes tener el máximo respeto al usarla. Solo espero haberte criado para que seas lo bastante responsable como para no abusar de esos poderes.

Enrollé los espaguetis en el tenedor; la diversión del momento se desvanecía. Odiaba que me ocultara tantas cosas, odiaba que ni siquiera hubiera *intentado* reconstruir lo que se había perdido. Pero no podía decir nada de eso, al menos, no esta vez. Necesitaba portarme lo mejor posible si quería permiso para ir a la fiesta.

—¿Cómo está Arya? —preguntó la abuela.

Tragué agua por el camino equivocado y acabé tosiendo.

—Bien —grazné. Una tos más fue suficiente y me aclaré la garganta —. Perdón. Sí, ha tenido que cambiarse de instituto desde que su madre, ya sabes… Así que no puedo verla tanto.

La abuela se reclinó. —Oh, no. Pobre chica. Lo siento, cariño. Sé que te caía muy bien.

Esbocé una media sonrisa. —Sí, pero no es como si hubiera desaparecido de la faz de la tierra. De hecho, está en Chicago. Seguiremos en contacto. —Casi todo verdad—. Y, de hecho, hay una fiesta este fin de semana y Arya me ha invitado.

La abuela se quedó con la mandíbula paralizada a medio masticar.

—No lo sé, cariño. Es muy pronto. —Se refería a lo de los vampiros. Tenía la sensación de que sería un obstáculo difícil de sortear.

—Tendré mucho cuidado, sobre todo porque me has enseñado el hechizo de fuego. Y a lo mejoooor, ¿podrías enseñarme un hechizo para protegerme de cualquier ser de otro mundo? —Pestañeé con dramatismo.

La abuela gimió y negó con la cabeza. —No lo sé. Es que…

—Lo sé —dije—. El hechizo es de nivel superior. Pero es solo esta cosa. Podemos practicar esta noche y todo el día de mañana.

La abuela suspiró, mirándome. —Está bien. Si le pillas el tranquillo a ese hechizo, te dejaré ir a la fiesta. —Levantó un dedo y me mordí el

labio para no chillar de alegría—. *Solo* si me prometes estar en casa antes de medianoche.

—Ay, abuela. ¿Qué soy, la Cenicienta?

—Prométemelo.

Puse los ojos en blanco. —Vale. Te lo prometo.

—Bien —dijo la abuela, con un brillo en los ojos—. Termina la cena y nos ponemos a ello.

Capítulo 16

Arya

Vale, tenía que admitir que estaba un poco nerviosa por ir a la fiesta. Por un lado, no era una fiesta cualquiera de adolescentes humanos. Iba a estar llena únicamente de cambiantes y era en casa de un hombre lobo..., bueno, de un sabueso. ¿Iba todo el mundo a transformarse en su forma de cambiante? ¿A aullar a la luna? ¿A compartir tradiciones de cambiantes de las que yo no tenía ni idea y con las que quedaría como una tonta por no pillar la broma?

En segundo lugar, solo había ido a otra fiesta en mi vida, hacía apenas unos días, y fue por haber asistido a esa fiesta por lo que no estuve allí para proteger a mi madre del ataque de los vampiros. No es que yo hubiera podido hacer nada para repelerlos, y lo más probable es que hubiera muerto con ella, pero aun así me dejó con un enorme sentimiento de culpa del superviviente con el que no sabía qué hacer. Y, por lo visto, un estigma con las fiestas.

Pero no podía pasarme la vida evitando los eventos sociales. Y, sin duda, necesitaba aprovechar cualquier oportunidad para hacer amigos aquí.

También estaba el pequeño detalle de que fue el capullo del dragón buenorro el que me invitó a ir. *Con* él. ¿Era una cita? Desde luego, nunca había tenido una cita. Claro, había usado lo de estudiar después de clase como excusa para enrollarme con tíos un puñado de veces, pero nunca había habido ningún tipo de protocolo más allá de encontrar un rincón tranquilo para liarnos mientras nos metíamos mano.

¿Qué se esperaba que hiciera en una cita? ¿Y si no era una cita en absoluto y solo me había invitado por lástima? Por otro lado, Tobias

no era de los que expresan, y mucho menos sienten, ningún tipo de emoción fuerte, especialmente la lástima.

Tras una ducha caliente que me relajó todo lo humanamente posible, casi se me sale el corazón por la boca cuando alguien llamó a mi puerta.

Entorné la puerta lo justo para ver que era Ashlyn.

—Oye, ¿qué te trae por este barrio? —abrí la puerta del todo y procedí a escurrirme el pelo mojado con la toalla.

Con una naturalidad forzada, se acercó a mi cama y se sentó en el borde. —Ah, he oído que te han invitado a la fiesta de esta noche. —Por la forma en que lo dijo, deduje que a ella no la habían invitado.

—Sí, y Tobias, nada menos —dije—. La verdad es que estoy dudando si ir. Ni siquiera tengo nada que ponerme.

La única ropa que tenía era el uniforme y la que me había puesto para la última fiesta. Como esa había sido la peor noche de mi vida, no tenía ningún interés en volver a ponérmela.

—¡Oh, vamos, tienes que ir! —me animó Ashlyn, y su pelo corto, rubio fresa, pareció de repente más naranja—. Si el problema es el armario, estaré encantada de prestarte algo mono. Tenemos la misma talla. Te puedo traer algunas opciones.

—¿En serio? —pregunté, sorprendida por el ofrecimiento—. Sería genial. Te lo agradezco mucho. —Me mordí el labio ante la proposición que estaba a punto de hacer—. ¿Quieres venir con nosotros?

Una sonrisa le iluminó los ojos ambarinos, pero no llegó a sus labios. —¿Estás segura? No quiero ser una entrometida. Es muy fuerte que Tobias te haya invitado. Nunca sale con nadie. Bueno, en realidad no.

Resoplé y me senté a su lado encogiéndome de hombros. —No sé. En realidad, ni siquiera sé si esto *es* una cita. O sea, probablemente me ha invitado por lástima o para compensar por haber sido un capullo conmigo antes.

Ashlyn finalmente sonrió y se rio. —Eh, Tobias no se disculpa por nada. Y no siente lástima. Si te ha pedido que vayas con él, es porque quiere que vayas. Sinceramente, es probable que espere liarse contigo. Ese es más bien su *modus operandi*.

—Ah. —Sentí un ardor entre las piernas, pero no sabía qué pensar de esa información. Mi atracción por él era, bueno, innegable. Liarme con él no sería lo peor del mundo, y ese pensamiento me trajo a la mente todo tipo de imágenes deliciosamente sucias.

Pero no iba a ser una muesca más en el cabecero de su cama. Aunque podría verlo de otra manera y dejar que él fuera una muesca en el mío. Tenía un montón de travesuras de adolescente con las que ponerme al día, y al cabecero de mi cama le faltaban muescas lamentablemente.

Negué con la cabeza. —Bueno, de cualquier forma, seguro que no hay problema si vienes con nosotros. Estaría bien tener allí una amiga que *no* quiera acostarse conmigo.

Ashlyn soltó una risita. —Bueno, yo no iría tan lejos. Eres un bombón. Dame unas cuantas copas y quién sabe lo que podría pasar.

Me guiñó un ojo y ambas estallamos en carcajadas.

—Vale, déjame ir a por algo mono y nos arreglamos juntas —dijo antes de salir de mi habitación saltando.

Viendo las ganas que tenía de ir, ¿cómo no iba a invitarla? Llevaba en la academia un poco más que yo, y estaba segura de que nadie la había invitado nunca a ningún acto social. Sabía lo que se sentía, tanto en mis anteriores colegios como, sin duda, en este.

No solo era lo correcto, sino que de verdad quería que estuviera allí. Había muchas posibilidades de que a Shea no le dieran permiso para venir, y necesitaba una buena aliada femenina que me proporcionara una vía de escape si Tobias resultaba ser tan idiota como sospechaba.

Pasados unos minutos, Ashlyn regresó con un montón de ropa en los brazos. Pasamos bastante tiempo probándonos cosas diferentes antes de decidirnos. Ella eligió un vestido rojo fuego que la hacía lucir espectacular, y yo escogí un top sencillo y mono con unos vaqueros ajustados. Mi objetivo era no destacar, pero aun así estaba guapísima. Sin embargo, no había forma de que Ashlyn pasara desapercibida.

—Entonces, ¿hay alguien en particular que esperes que esté allí? —pregunté con tono casual.

Ashlyn detuvo la aplicación de su rímel y me lanzó una mirada en el espejo. —¿Eh, por qué lo preguntas?

Me encogí de hombros. —Llevas unos meses en esta academia y hay una cantidad casi absurda de tíos buenos. Seguro que al menos uno de ellos te ha llamado la atención. ¿A no ser que te vayan las chicas?

Se rio. —Sabes, ese comentario sobre acostarme contigo... vamos, que necesitaría *mucho* alcohol para llegar a eso. Eres un pibón y todo eso, pero prefiero muchos más músculos y muchas menos tetas. Y una polla. Y, por lo visto, mi tipo son los capullos inalcanzables.

—Ah, así que hay alguien —dije emocionada.

Puso los ojos en blanco. —Sí. Me mola un poco Niko.

—Ah. —Levanté las cejas sorprendida, pero asentí—. Sí que es mono. Y un fénix, ¿no?

—Sip —dijo Ashlyn, aplicándose brillo en los labios—. Pero ni aunque prenda fuego a una pared detrás de él consigo que me mire.

Me acerqué por detrás de ella y le pasé un brazo por el hombro. —Es que los tíos son lo peor.

Suspiró y asintió. —Ya, lo son. Sinceramente, ojalá *me* fueran las chicas. ¿No sería la vida mucho más fácil si pudiéramos salir entre nosotras?

Fruncí los labios para reprimir una sonrisa. —Desde luego que sí. Quién sabe, a lo mejor si ninguna de las dos pilla, podríamos intentarlo en serio.

Nos reímos de nuevo, y el aplicador de su brillo de labios resbaló, dejando una raya en su mejilla.

—Oh, mierda —dijo entre risitas mientras hacía lo que podía por limpiárselo—. Vale, creo que estamos todo lo presentables que vamos a estar. ¿Dónde se supone que has quedado con él?

—En la entrada del metro —dije, echándome el bolso pequeño al hombro y dirigiéndome a la puerta.

Cuando llegamos a la entrada del metro, Tobias ya estaba esperando allí.

También Niko y Brett.

Vale, así que no era una cita. La vergüenza y la decepción me hicieron un nudo en las tripas, pero me acerqué contoneándome como si tuviera toda la confianza del mundo. Menos mal que había invitado a Ashlyn. De lo contrario, esto habría sido aún más incómodo.

—Hola —dijo Tobias, con la mirada clavada repetidamente en Ashlyn —. Has traído a una amiga.

—Sip —dije, agitando torpemente los brazos a los costados como un pingüino—. Tú también.

Ashlyn los saludó a todos con timidez, con los ojos fijos en Niko.

—¡Pido copi! —gritó Brett, subiendo al tren antes que nadie.

Tobias puso los ojos en blanco mientras lo seguíamos. —En un tren no hay asiento delantero. No puedes pedir copi.

—Claro que puedo —dijo Brett, pasándose una mano por su pelo rubio de surfista—. Quiero el mejor asiento.

El ceño de Tobias se frunció aún más. —Son todos iguales.

—Qué va, este es el que tiene más acolchado —dijo, dejándose caer en el que aparentemente era el asiento más cómodo del tren.

Reprimí una risita ante su discusión. Brett era todo un personaje, y me hacía gracia lo mucho que sacaba de quicio a Tobias.

Tobias se sentó en su propio asiento, aparentemente decidiendo no discutir más aquel punto ridículo, y me dio una palmadita en el asiento de al lado, dejando que Ashlyn se sentara con aprensión junto a Niko.

Los chicos se pasaron los diez minutos de trayecto hablando del matrimonio del señor y la señora Sharp, permitiéndonos intervenir de vez en cuando. No tenía ni idea de que la señora Sharp era humana. Introducida en el mundo de los cambiantes por casarse con uno. Eso me hizo respetarla mucho más y me dio esperanzas de que Shea fuera bienvenida algún día.

Justo antes de bajar del tren, Shea me envió un mensaje para decirme que se reuniría con nosotros allí, y una nueva oleada de alivio me invadió. Ahora tendría dos confidentes para reforzar mi autoestima.

Afortunadamente, la casa de los licántropos estaba cerca y pudimos ir andando. Supe que nos acercábamos cuando las casas empezaron a hacerse más grandes.

Cuando llegamos a la mansión frente al lago, podía oír la música a todo volumen desde la calle. Los grandes pilares, todos blancos, estaban abarrotados de estudiantes que no me entusiasmaba ver, pero subí por el camino de entrada como si me importara una mierda. Vi cómo se acercaban esas caderas curvilíneas y mi corazón dio un vuelco con la llegada de Shea.

Inmediatamente, corrí hacia ella y nos dimos el más fuerte de los abrazos. Los chicos se quedaron a un metro de distancia, en su propia conversación.

Cuando Shea se separó, me miró de arriba abajo. —Joder, tía. ¡Debes de ser un fénix, porque estás que ardes!

Me reí. —En realidad, mi nueva amiga Ashlyn *es* un fénix. Ashlyn, esta es mi amiga Shea.

Ashlyn extendió la mano, pero Shea la atrajo para darle un abrazo. Los ojos de Ashlyn casi se salieron de sus órbitas ante el inesperado contacto físico, pero se relajó y aceptó el abrazo.

—Gracias por estar ahí para Arya. Me alegra saber que tiene una amiga en la academia. —La sonrisa de Shea era tan grande que resultaba contagiosa.

—De nada. Ella también está ahí para mí. —Ashlyn me dio un suave codazo.

Shea se metió las manos en los bolsillos traseros de los vaqueros, balanceándose sobre los talones. —Entonces, ¿alguien sabe qué pasa en una fiesta de cambiantes?

Y mientras ambas nos encogíamos de hombros, Shea solo pudo negar con la cabeza. De pie entre las dos, nos cogió del brazo y enderezó la espalda.

—Las tres inadaptadas. ¿Qué mejor manera de hacer una entrada? —Shea nos guio al interior con la confianza de una actriz ganadora de un Emmy, con los chicos siguiéndonos.

—Allá vamos —mascullé, esperando que esta noche no tuviera consecuencias desastrosas como mi última fiesta.

Capítulo 17

Arya

—¡Esta es la mejor. Noche. De mi vida!

Shea prácticamente saltaba al ritmo de la música atronadora mientras me arrastraba a la barra a por unas bebidas. Pero la sonrisa en su cara y la energía en sus pasos tenían más que ver con las buenas vibraciones que recibía de la multitud que con el ritmo en sí.

Se había pasado la hora anterior socializando, haciendo interesantes trucos con fuego y contando chistes que hacían que todo el mundo se partiera de risa. Era el alma de la fiesta. De momento, mi plan estaba saliendo a pedir de boca.

Bueno, al menos uno de mis planes.

Cuando Tobias me había invitado a esta fiesta, esperaba que fuera un punto de inflexión en nuestra relación de tira y afloja. Había parecido casi desesperado porque viniera con él esta noche. Había sido muy adorable, la verdad.

Pero ahora que estábamos aquí, me estaba tratando como si fuera su hermana pequeña llena de piojos a la que se había visto obligado a llevar a rastras. Era lo bastante educado como para mantenerme la copa llena, como un caballero, pero rechazaba cualquier oportunidad que tuviéramos para intimar.

Y me estaba cansando. ¿Qué coño le pasaba? No paraba de alejarme para luego volver a atraerme cuando me hartaba de sus gilipolleces.

Le di un trago a mi vaso de plástico rojo mientras Shea volvía con su público, que la adoraba. Tobias estaba de pie contra la pared, con un

aspecto oscuro y melancólico con sus vaqueros de corte perfecto y su camiseta negra lo bastante ajustada.

Estaba de infarto.

Después de ver su pelea con Caesar ayer, esa era la frase que ahora siempre me vendría a la mente cada vez que lo viera. ¿Por qué tenía que ser tan atractivo y a la vez tan distante?

Quizá no estaba siendo lo bastante obvia. Estaba claro que no había pretendido que esta salida fuera una cita, ya que había invitado a sus amigos, y la verdad es que nunca habíamos hablado de nada romántico. Necesitaba seguir el ejemplo de Shea e ir a por lo que quería, no fuera a ser que acabara como la pobre Ashlyn, suspirando en silencio por un chico que quizá nunca sabría lo que sentía por él.

Vacié el vaso y, tras golpearlo con determinación contra la barra, me acerqué a Tobias contoneando las caderas al ritmo del hip-hop y le cogí las manos.

—Baila conmigo —ronroneé de forma seductora, dedicándole mi mejor pestañeo.

—Oh, no, yo no bailo —objetó él, negando con la cabeza y retirando las manos.

—Claro que bailas —dije, tirando de él suave y juguetonamente hacia la pista de baile—. Venga, yo te enseño.

—En serio, Arya, no soy de los que bailan —dijo, soltándose por completo de mi agarre.

Su rechazo me dolió como una quemadura. Fue como si una de esas bolas de fuego hubiera encontrado el camino hasta mi pecho. Y me cabreó de verdad. Abrí la boca para soltarle una respuesta ingeniosa producto del alcohol, pero me interrumpieron.

—No es muy noble por su parte, Dracul —dijo Kendall, apareciendo a mi lado—. Rechazar la invitación de una dama para bailar. Yo, por mi parte, me sentiría honrado si bailara conmigo.

La atractiva sonrisa de Kendall y su atención sin reparos fueron como agua fresca sobre mi ego chamuscado. Por no mencionar que restregarme con el sireno más bueno del instituto podría enseñarle a Tobias lo que se estaba perdiendo.

—Sí, bailemos —dije, mirando mal a Tobias mientras hablaba.

Dejé que Kendall me cogiera de la mano y me guiara hasta el centro del salón, donde la gente estaba bailando. Nos pusimos a bailar al mismo ritmo que todos a nuestro alrededor.

—¿Qué haces con el *Príncipe*, por cierto? —preguntó Kendall mientras giraba a mi alrededor.

—¿El Príncipe? —. ¿De qué hablaba?

Kendall señaló a Tobias con la barbilla, con una expresión de desdén en el rostro. —Todas las chicas de este instituto suspiran por él porque desciende de la realeza de los dragones. Les da igual que sea de una especie diferente. Creía que tú eras distinta.

Fruncí el ceño ante aquello y negué con la cabeza. —No tenía ni idea de que Tobias fuera de la realeza. Y yo no estaba suspirando por él. Me invitó a esta fiesta. De hecho, fue el primer estudiante que se dio cuenta de que existía. Somos… amigos, supongo.

—¡Ja! Ninguna chica es *amiga* de Tobias Dracul —resopló Kendall—. No diría que es un ligón, exactamente, pero ha dejado tirada a más de una chica en este instituto.

Se me endureció el corazón. Ya eran dos las personas que me decían lo mujeriego que era Tobias. Estaba a favor de que nos usáramos mutuamente, pero no iba a permitir que me mareara y jugara conmigo.

—¿Y qué hay de ti? —pregunté, ansiosa por cambiar de tema y olvidarme de Tobias por completo—. He oído que tú y Letti tenéis algo.

—*Teníais* es la palabra correcta —dijo Kendall—. Créeme, toda esa pesadilla ha terminado al cien por cien. Ahora le he echado el ojo a otra persona.

Me guiñó un ojo y, maldita sea, mi corazón enfadado y abatido revoloteó como una mariposa que se recupera después de que un viento violento la derribara. Kendall me gustaba. Podía imaginarme acabando con él. Era divertido y dulce, y tenía unos abdominales que podían cortar diamantes.

Y, sin embargo, mientras me apretaba contra él con todos los trucos sexis de mi repertorio de baile, sabía que no estaba bailando para Kendall, sino para Tobias, intentando ponerlo celoso. Sabía que me estaba mirando. Podía sentir su ardiente mirada sobre mí, como el calor de una bombilla vieja, y se volvía más y más intensa con cada giro de mis caderas.

Después de un rato, mi cuerpo se rindió al baile y la música tomó el control. Pronto, estaba bailando por el puro placer de hacerlo. La música siempre había sido mi vía de escape, y esta noche me alejó de mis sentimientos contradictorios hacia Tobias.

—¿Lista para una copa? —preguntó Kendall cuando una de las canciones terminó.

Asentí y fuimos a la cocina a buscar algo, preferiblemente sin alcohol. Ahora que sabía que era una sirena, era mucho más consciente del hecho de que necesitaba beber tres veces más agua que una persona normal, y se notaba mucho cuando hacía un esfuerzo. Y aunque de verdad quería ahogar mis frustraciones en alcohol, necesitaba desesperadamente rehidratarme primero.

Kendall encontró unas botellas de agua en una de las muchas neveras portátiles y me lanzó una. Ambos desenroscamos los tapones y bebimos el líquido helado a tragos.

—Bueno, sé que estás teniendo algunos problemas para encajar con las otras sirenas —dijo Kendall mientras tiraba su botella vacía a la basura—. La mayor parte de eso se debe a que Cora es simplemente una zorra asquerosa. Pero si llegaran a conocerte, verían que de verdad eres una de los nuestros. Sencillamente, has estado desaparecida.

Sus palabras despertaron en mí un deseo tan antiguo como el tiempo: el deseo de encajar. Siendo sincera, nunca me había esforzado demasiado antes. Con cada nuevo instituto, sabía que solo era cuestión de tiempo que tuviera que irme de nuevo y renunciar a cualquier progreso.

Pero esto era diferente. Mamá no iba a desarraigar mi vida y arrastrarme a otro lugar. Este instituto era donde me iba a quedar durante mucho tiempo, y no tenía a nadie más. Encajar era ahora una necesidad, de lo contrario no sabía cuánto tiempo sobreviviría.

Hacerme amiga de dragones y fénix estaba bien, pero ¿por qué no iba a querer que los de mi propia especie me aceptaran y me dieran la bienvenida?

—Me encantaría —admití, volviendo a enroscar el tapón de mi botella—. Pero no consigo ni que se den cuenta de que existo. ¿Cómo puedo mostrarles quién soy si no quieren *verme*?

—Porque voy a ayudarte —. Me tendió la mano—. Venga, vamos a presentarte de nuevo a algunos miembros del pueblo sireno.

Con una burbuja de alegría en el estómago, le cogí la mano y prácticamente fui dando saltitos tras él hacia un grupo de sirenas que en ese momento se reían de uno de los chistes de Shea.

—Lenore, Trevor, Helena —saludó Kendall al trío cuando nos acercamos, y Trevor y él chocaron los puños—. Puede que la hayáis visto adornando tímidamente los pasillos de nuestra sala común, pero no creo que ninguno de vosotros haya conocido formalmente a Arya.

Sus sonrisas se desvanecieron lentamente mientras me examinaban y me miraban por encima del hombro.

—Vamos, chicos. Es una sirena, como el resto de nosotros —dijo él.

La chica con el pelo castaño oscuro y corte bob le lanzó una mirada fulminante. —Es una forastera —le susurró como si yo no estuviera allí.

—Lenore, que no se haya criado en nuestra tribu no significa que no pertenezca a ella —argumentó Kendall, pasando un brazo por los hombros de Lenore—. Todos nuestros antepasados fueron forasteros entre sí, pero aprendieron a unirse por el bien de la especie. Honrad su memoria haciendo lo mismo.

—Pero Cora dijo… —empezó a decir la rubia de pelo rizado, que debía de ser Helena.

—¡Que le den a Cora! —la interrumpió Kendall—. De todas formas, ¿por qué demonios ibais a creer una palabra de lo que dice Cora? Recuerda ese rumor asqueroso que difundió sobre ti hace dos veranos.

Helena bajó la mirada y se encogió de vergüenza. Me pregunté cuál habría sido el rumor y, lo que es más importante, qué rumores estaría difundiendo Cora sobre mí.

—Tú has traído a Shea, ¿verdad? —preguntó Trevor, señalando con su vaso a Shea, que intentaba dar forma de pájaro a las llamas. ¿O era una mariposa?

Asentí.

Trevor se encogió de hombros. —Bueno, sea sirena o no, Shea es bastante guay, así que cualquiera que sea su amiga también debe de serlo.

Sentí que una sonrisa se extendía por mis labios.

—Y por cierto, nunca me creí una palabra de lo que dijo Cora —insinuó con una sonrisa.

—Está bien —dijo Lenore—. Supongo que podemos darle una oportunidad a esta vagabunda.

—Puedes empezar por llamarla por su nombre de verdad —dijo Kendall.

—Oh, claro —dijo ella con una sonrisa falsa—. Arya, ¿verdad?

Asentí, luchando contra la tentación de responderle verbalmente por el insulto.

—¿Por qué te pusieron tus padres un nombre sireno? —preguntó Helena.

—¿Qué? —. Estaba totalmente perpleja.

—Tu nombre. Es un nombre sireno. Las sirenas ya no usan mucho el idioma antiguo, especialmente para los nombres. Cuando salimos a la superficie, empezamos a usar nombres coloquiales para mezclarnos con los humanos. Me parece raro que tengas un nombre sireno —. Helena parecía ligeramente irritada mientras lo explicaba, como si yo fuera estúpida por no saber nada de esto.

Siempre había sabido que mi nombre era raro, pero incluso después de llegar a este instituto, nunca imaginé que fuera de otro idioma, y mucho menos del idioma de mi gente. Ni siquiera sabía que *tuvieran* su propio idioma, aunque ahora que lo pensaba, tenía sentido.

—Perdona, pero ¿qué significa en… sireno? —. No quería parecer tan ignorante como ya pensaban que era, pero no pude resistir la oportunidad de aprender este dato de repente vital.

—Tesoro —respondió Helena, poniendo los ojos en blanco, y Lenore se rio—. Sinceramente, con un nombre tan pretencioso, ¿puedes culparnos por odiarte un poquito?

Sabía que este era el intento de Helena de hacer una broma, pero no pude reírme con ellas. A pesar de todas las formas en que mi madre me había ocultado el mundo de los cambiantes, me había bendecido con lo más preciado de todo: un nombre sireno. Y no un nombre sireno cualquiera, sino uno que realmente significaba algo.

Se me llenaron los ojos de lágrimas, pero me negué a que las chicas sirena me vieran llorar.

—¿Me disculpan un momento? —logré decir con voz firme antes de darme la vuelta y correr hacia el patio trasero.

Tenía la vista borrosa cuando salí al porche trasero, pero pude ver que todos los que estaban fuera estaban ocupados; al parecer, esta era la sección de la fiesta para enrollarse. Al menos ninguno

presenciaría mi lucha por no desmoronarme. No quería que me conocieran como la tía emo que llora en las fiestas.

—¿Arya? —. La sombra de Kendall se proyectó sobre mí desde la puerta abierta de la cocina—. ¿Estás bien? No les hagas caso a Lenore y a Helena. A veces pueden ser unas zorras.

—No, no es eso —. Negué con la cabeza y miré hacia arriba en un intento de contener las lágrimas.

Kendall se puso frente a mí, con el ceño fruncido.

—Entonces, ¿qué es? —. Toda su atención estaba centrada en mí, como si de verdad le importara.

—No lo entenderías —dije, con la respiración entrecortada.

—Inténtalo —. Puso una mano suavemente en mi hombro.

Inhalé profundamente para intentar estabilizar mi respiración.

—No sabía nada sobre sirenas hasta que llegué a este instituto hace unos días. Mi madre me lo había ocultado toda mi vida. La noche que Caesar me trajo aquí, me rescató justo después de que unos vampiros la mataran. Así que ahora estoy aprendiendo todas estas cosas increíbles y aterradoras sobre mí misma, y ni siquiera puedo preguntarle a ella sobre nada de esto. Y saber que me puso un nombre sireno… No sé nada sobre quién era ella en realidad, y ahora se ha ido, y nunca podré escuchar su versión y…

Me esforcé mucho por contener las lágrimas, por encerrar mis emociones en lo más profundo, pero se desbordaron por encima de la presa mental que había construido y se abrieron paso de la única manera que sabían. Pequeños ríos corrían por mi cara, y todo lo que podía sentir en ese momento era el abrumador remordimiento que rodeaba a mi madre.

La otra mano de Kendall se posó en mi otro hombro, sus pulgares amasando suavemente ambos. —Lo siento mucho. No tenía ni idea. Tienes razón, no lo entiendo. No entiendo por qué una sirena le impediría a su hija encontrar su cola. Parece casi cruel.

Lloré aún más fuerte, mis hombros sacudiéndose bajo las manos de Kendall.

—¡Oh, lo siento! No quería insinuar… solo quería decir… no puedo imaginar por lo que estás pasando, pero haré todo lo que esté en mi mano para hacerte esta transición más fácil. Te lo prometo. Te daré clases particulares yo mismo todos los días si es necesario.

Asentí, incapaz de dar las gracias todavía.

De repente, las manos de Kendall fueron arrancadas de mis hombros, y unas manos fuertes empujaron a Kendall hacia atrás.

—¿Qué le ha hecho usted? —ladró Tobias, apretando los puños mientras se acercaba a Kendall.

—¿De qué habla? —replicó Kendall, alisándose la camisa con las manos.

—¡Está llorando! —espetó Tobias—. ¿Qué te ha hecho? —exigió, volviéndose hacia mí.

—Qu… eh —tartamudeé.

—No le he hecho nada —replicó Kendall—. De todas formas, ¿qué le importa? La trajo aquí y luego prácticamente fingió que no existía.

—Eso no es asunto suyo —. La mandíbula de Tobias se tensó mientras volvía sus ojos azules y brillantes hacia Kendall.

Solo había visto brillar los ojos de los cambiantes cuando estaban a punto de usar sus poderes, y esa constatación hizo que mi corazón diera un vuelco. Por mucho que la parte de adolescente despechada que había en mí se deleitara en silencio con el hecho de que Tobias al menos creía que venía a rescatarme, no quería ver a ninguno de estos chicos hacerse daño, y menos por mí.

—Tobias, está bien, de verdad —. Puse las manos en su pecho, observando atentamente sus ojos con la esperanza de que el brillo se desvaneciera—. Solo estaba teniendo un momento sensible por mi madre, y Kendall me estaba ayudando a superarlo.

Con un aspecto aterrador mientras me sacaba al menos medio pie de altura, me miró, sus ojos calculadores escrutándome, supuse que en busca de marcas de abuso. Cuando no encontró ninguna, la tensión se relajó lentamente por todo su cuerpo, y el brillo se disipó, dejando solo esos cálidos ojos ámbar que por fin me prestaban toda su atención.

—Entonces, ¿él no… te ha hecho daño?

Negué con la cabeza, increíblemente aliviada.

—¿Con qué derecho cree que puede acusar*me* de hacerle daño a una chica? —preguntó Kendall, acercándose a Tobias.

Quizá no había evitado la pelea después de todo.

—Yo no soy el que las trata como basura antes de tirarlas —continuó Kendall—. El que se lía con ellas detrás de los invernaderos y luego no las vuelve a llamar. Cora es la tía más dura que conozco, y aun así lloró durante días después de que usted la utilizara.

Me quedé boquiabierta. *¿Tobias se había liado con Cora?* Se me revolvió el estómago con asco y pensé que iba a vomitar.

—¡Cállese! —gritó Tobias, con el orgullo claramente herido.

—Por qué no se mantienen ustedes los dragones alejados de nuestras sirenas —dijo Kendall, hinchándose como un pez globo.

Los dos chicos estaban prácticamente pecho con pecho y, aunque admito que todo este episodio me excitaba un poco, necesitaba encontrar alguna manera de evitar que la situación se intensificara.

Me deslicé entre ellos y puse una mano en el pecho de cada uno para separarlos. Pero cuando mi vista pasó por la puerta trasera abierta, vislumbré a Cora y su pandilla rodeando a Shea, cuyas manos estaban apretadas en puños, su barbilla sobresaliendo obstinadamente.

—Oh, no, esto no puede ser bueno —. Aparté a los dos tíos llenos de testosterona y corrí en ayuda de mi amiga antes de que los buitres pudieran descender. Shea era más importante.

—Sabía que había algo raro en usted en cuanto la vi entrar con esa escoria —oí decir a Cora cuando entré en el salón—. Usted no es un fénix. Es una *bruja* —. Cora dijo la palabra como si le dejara un mal sabor de boca.

Shea se mantuvo erguida, lista para machacar a esa zorra contra el suelo.

—¿Cuál es su problema, Cora? —entré de un pisotón en su círculo para ponerme al lado de Shea—. ¿Por qué tiene que esforzarse tanto en hundir a los demás? ¿De verdad cree que eso la hace parecer mejor?

Cora entrecerró los ojos hacia mí. —Yo *soy* mejor. Soy de la nobleza sirena, no es que usted sepa nada de eso.

—¡Menuda mierda! —espeté—. ¿Cree que el estatus de su sangre le da derecho a tratar a los demás como basura? Si ese es el caso, sospecho que ha habido bastante endogamia.

Una ronda de «ohs» se elevó mientras me subía al sofá para que todos en la fiesta pudieran verme.

—Puede que Shea no sea una cambiante, pero tiene tanto derecho a estudiar su arte como nosotros. Creo que pertenece a nuestra escuela. Todos y cada uno de ustedes han disfrutado de su compañía esta noche. Está claro que encaja en nuestro mundo. Si nos unimos, estoy segura de que podemos conseguir que la acepten en El Domo.

Aunque unos pocos dispersos asentían con la cabeza, la mayoría de los asistentes a la fiesta apartaban la mirada, o la ponían en blanco. Shea los miraba a todos, probablemente haciendo un recuento de la respuesta, con la mandíbula crispada y la esperanza desvaneciéndose de sus ojos.

Helena dio un paso adelante. —No se puede confiar en las brujas.

—Usted nos dijo que era un fénix —añadió Lenore, lanzando dagas con la mirada a Shea—. Les mintió a todos.

—Nunca dije que fuera un fénix —argumentó Shea, cruzándose de brazos—. Alguien lo supuso y yo omití corregirlo.

—Pero dejó que lo creyéramos, y una omisión es lo mismo que una mentira —dijo Helena.

—Apunte mis palabras, bruja, *nunca* será una estudiante en El Domo —siseó Cora, pareciendo más serpiente que sirena. Luego dirigió su venenosa mirada hacia mí—. Y usted es una traidora solo por estar con ella, pero ¿contarle lo de El Domo? ¿El secreto mejor guardado de nuestra especie? Menuda sirena está hecha.

Todas las sirenas me fulminaron con la mirada.

—Nunca serás una de nosotras —dijo Lenore, clavando el último clavo en mi ataúd de forastera.

La punzada del rechazo a una escala tan grande era casi más de lo que podía soportar, pero mi fracaso con Shea me dolía aún más. Me bajé del sofá y miré a Shea.

—Shea… —empecé, sin saber qué más decir.

—Esto ha sido un error —. Shea negó con la cabeza, pasándose los dedos por el pelo—. No debería haber venido esta noche.

Luego se dio la vuelta y corrió hacia la puerta principal.

Corrí tras ella, agarrándola del brazo cuando salimos. —Esto no es el final.

—No —me detuvo Shea, mirando al suelo—. Yo no pertenezco a este lugar, y nadie en mi mundo me enseñará nada. Quizá simplemente no estoy hecha para esto. Quizá no estoy hecha para nada.

Nunca la había visto tan deprimida. Shea tenía una actitud de nunca rendirse, un fuego interior que no se podía apagar. Pero esta noche, la luz de ese fuego apenas era visible. Y sabía que era culpa mía. ¿Cómo había podido salir todo tan horriblemente mal esta noche?

—Shea, no puede creer eso —dije.

—Lo siento. Me voy a casa —dijo ella con rotundidad—. Ya hablaré con usted más tarde.

Se soltó de mi suave agarre y se marchó en la noche.

Genial, Arya. En una sola noche, no solo había enfrentado a mis dos únicos amigos varones, sino que había humillado a mi mejor amiga y conseguido que las sirenas me repudiaran por completo. ¿Cómo iba a arreglar todo esto?

Capítulo 18

Tobias

—¿Por qué no os quedáis los dragones con los de vuestra propia especie? —dijo Kendall, hinchando el pecho como un pez globo.

Cuando Arya desapareció en la casa, le di un codazo en las costillas a Kendall, que seguía invadiendo mi espacio personal.

—¿Y quién eres *tú* para decirme a *mí* lo que tengo que hacer? —gruñí en un tono bajo y hostil.

Vi el más mínimo destello de miedo en sus ojos, pero se evaporó rápidamente, reemplazado por una sonrisa de suficiencia.

—¿Qué? ¿Crees que tu apellido Dracul te da derecho a hacer lo que te da la gana?

Le enseñé los dientes y resistí el impulso de darle un puñetazo en la cara a ese capullo.

—Por si lo has olvidado, yo también soy de la realeza. —Kendall retrocedió con las manos en alto como si se dirigiera al público que habíamos congregado, pero no me quitó los ojos de encima.

Saqué la barbilla de forma amenazante hacia el grupo de mirones, haciendo que dieran un respingo y se dispersaran como cucarachas.

—No solo eso, sino que soy un *tritón* —enfatizó Kendall.

No se me escapó la forma en que encubría su cobarde retirada dirigiéndose a la multitud.

—Como Arya —continuó—. Y los de nuestra especie nos mantenemos unidos. Así que, si crees que tienes la más mínima oportunidad con esa chica…

—Eso suena un poco a desafío, chico pez —gruñí, mi naturaleza competitiva de dragón alimentando mi posesividad sobre ella. Me

acerqué acechante—. ¿De verdad crees que te elegiría a ti antes que a mí? Como has dicho, soy de la realeza dragón. Y tú solo eres un pez que ha picado el anzuelo y al que va a devolver al agua.

Sus ojos se entrecerraron hasta convertirse en rendijas, la rabia le infló el pecho hasta el punto de que estuve seguro de que estallaría como una burbuja. Pero con un rápido vistazo, pareció recordar a su preciado público y se enderezó.

—Está claro que la lealtad a la especie no significa nada para ti, pero para los tritones lo es todo —declaró Kendall—. Arya no es una excepción. Estoy seguro de que elegirá al mejor.

Le dediqué una mueca de desprecio y mis labios se curvaron en una sonrisa maliciosa.

—Sí, estoy seguro de que lo hará.

Me fulminó con la mirada durante varios segundos más antes de girar sobre sus talones y regresar a la fiesta pavoneándose como una estrella de una *boy band*, fingiendo que no le afectaba el hecho de que yo hubiera tenido la última palabra.

Me hice crujir los nudillos, que todavía me picaban por golpear algo. No podía volver a entrar, todavía no. Primero necesitaba enfriarme.

No había sido mi intención desafiarlo por Arya, pero la naturaleza de los dragones era responder cuando se les provocaba. No la deseaba. O, al menos, no *quería* desearla.

Odiaba lo mucho que me molestaba verla bailar con Kendall. Odiaba lo mucho que me había enfadado al verla llorar a su lado y pensar que él le había hecho daño. Pero cada vez más, parecía que era incapaz de controlar mis reacciones quando ella estaba de por medio. Y cada vez más, la estaba apartando, cuando era mi deber —y mi deseo secreto— acercarme.

¿Qué demonios estaba haciendo?

Cuando el vapor dejó de salirme por las fosas nasales, me aventuré a volver adentro. Encontré a Niko y a Brett en la sala de juegos. Estaba claro que era el sitio donde había que estar, y aunque

normalmente evitaba ser el centro de atención en las fiestas porque todo el mundo esperaba que brillara, decidí entrar y soltarme un poco. Lo necesitaba.

Al menos Kendall no estaba aquí. Probablemente andaría por ahí, lamiéndose las heridas.

Jackson, el anfitrión de esta velada de cambiantes, me entregó un taco —sin que se lo pidiera— y volvió a preparar la mesa de billar, aunque parecía que no habían terminado su partida. Otros dos chicos que habían estado jugando entregaron sus tacos a Niko y a Brett, y aunque Niko hizo un gesto con la mano para declinar, el ursa insistió en que ya había terminado de todos modos y se apoyó en la pared para mirar.

Odiaba cuando a mí —y a mis amigos por extensión— nos trataban así. No quería el trato especial, y ciertamente no quería que estos chicos terminaran su partida por mí cuando no había mostrado ningún interés en jugar. Pero decidí seguirles la corriente y le puse tiza a la punta del taco antes de ponerme en posición para romper.

La sala estaba en silencio al principio, pero cuando los observadores se hicieron a la idea de que *Tobias Dracul* había salido de su caparazón para socializar, la cháchara se reanudó, con conversaciones paralelas y el ocasional consejo sobre la mejor manera de meter la bola en una tronera. Era obvio, por la falta de susurros y miradas de reojo, que nadie en esta sala se había enterado del incidente de fuera.

—¿Qué ha pasado ahí fuera? —preguntó Niko en voz baja cuando la mayor parte de la atención de la multitud se había desviado de nosotros.

Me encogí de hombros y luego golpeé la bola blanca, metiendo la tres en la tronera lateral.

—Sí, ¿no había venido la chica nueva *contigo*? —preguntó Brett. Su volumen no fue tan sutil, y algunas de las chicas de la esquina dejaron de conversar para escuchar a hurtadillas.

—Se llama Arya —corregí con irritación.

Brett la había conocido, varias veces. No había razón para que no pudiera referirse a ella por su nombre.

—¿Por qué estaba bailando con Ken Doll? —continuó Brett, justo cuando Niko hizo una falta.

Brett rodeó la mesa para coger la bola blanca, alineándola para meter la bola nueve en la tronera de la esquina más cercana a mí.

Me encogí de hombros.

—No vino *conmigo*. La invité por ser amable, y es libre de bailar con quien quiera.

Brett metió su bola y se apoyó en la mesa, observándome de una manera que dejaba claro que no se tragaba mi historia.

Estaba harto de esta conversación. Y de esta fiesta. Agarré mi taco y apunté.

—El que pierda paga los nachos en The Hub antes de que volvamos a La Cúpula —declaré, justo antes de que la bola cuatro se colara en la tronera.

Niko agachó la cabeza, derrotado.

—Vale.

Brett aplaudió ruidosamente.

—¡Genial!

Dejé mi taco de nuevo sobre la mesa, ansioso por salir de allí, pero cuando levanté la vista, ahí estaba ella, caminando directamente hacia mí.

—Eh —dijo mientras se acercaba, y por mucho que quisiera negarlo, la ira candente en su mirada me hizo sentir diminuto—. ¿Puedo hablar contigo un segundo?

Miré a Niko y a Brett, pero ambos se encogieron de hombros y se alejaron con muecas de culpabilidad en sus caras. Capullos.

Me crucé de brazos sobre el pecho mientras la miraba desde arriba, ignorando por completo la sangre que se me precipitaba hacia el sur

ante el fuego de su mirada. ¿Por qué se veía tan seductora cuando estaba enfadada?

—¿Qué? —gruñí.

Mi tono displicente hizo que se le dilataran las fosas nasales y entrecerrara los ojos, y joder si no podía dejar de mirar sus bonitos labios rosados apretados en una línea tensa.

—¿A qué coño ha venido todo eso? —espetó, imitando mi postura con los brazos cruzados y mirándome directamente a los ojos.

Aparté la vista de ella y dejé caer los brazos mientras pasaba a su lado, necesitando desesperadamente salir de debajo de su penetrante mirada azul.

—¿De qué estás hablando?

Sacó una cadera hacia un lado y soltó un gruñido que era demasiado adorable.

—¡Con Kendall! ¡Con toda esa mierda de ahora sí, ahora no! —gritó, y me di cuenta de que el resto de la sala también se había vaciado. Estaba solo para sufrir su ira—. Primero, te enfadas por cómo me ayudó en Defensa… Como si fuera asunto tuyo.

Solté una risa despectiva y me encogí de hombros.

—Simplemente, no creo que Kendall sea la persona adecuada para enseñar defensa a nadie.

La sangre empezó a hervirme al recordarlo. Las manos de Kendall en sus caderas, su cuerpo presionado contra el de él.

La ira se me escapó en forma de palabras amargas antes de que pudiera reprimirla.

—Pero, claro, no creo que esa fuera la razón por la que dejabas que te pusiera las manos encima.

Sus ojos azules se abrieron de par en par con rabia, y se acercó más, invadiendo mi espacio personal. Por alguna razón inexplicable, mi corazón se aceleró con verdadero miedo, pero me negué a inmutarme.

—¿Por qué coño te importa de quién son las manos que me tocan? —exigió—. Me tratas como si fuera la última persona del mundo a la que mearías encima aunque estuviera en llamas.

Me reí de su colorida analogía, pero por dentro, discutía conmigo mismo sobre lo mismo. ¿Por qué me importaba si Kendall usaba la excusa de enseñarle una maniobra de defensa para restregarle la polla? ¿Por qué la idea de que él se la restregara por cualquier parte cerca de ella me daba ganas de despedazarlo con mis propias manos?

No *quería* desearla. Odiaba que la forma en que me miraba me hiciera querer doblarla sobre esta mesa de billar y hacer que se olvidara por completo del chico pez. Si fuera inteligente, simplemente se la dejaría. Si fuera inteligente, simplemente me iría.

Pero tampoco podía hacer eso.

—¿Te parece gracioso? —espetó.

—Es que no sabía que te iba la lluvia dorada —bromeé encogiéndome de hombros—. Seguro que a Ken Doll también le va eso.

Cambió el peso a la otra cadera, mordiéndose el labio con frustración mientras negaba con la cabeza.

—Si tan poco te importa, ¿por qué interrumpiste a Kendall y a mí afuera?

Su pregunta me pilló por sorpresa, especialmente cuando sus dientes rozando su labio inferior me hicieron preguntarme si sería tan suave como parecía.

Mis ojos volvieron a los suyos de golpe, y mi tono se enfrió.

—Estabas llorando. Pensé que te había hecho daño. Cualquier chico se preocuparía si su amiga estuviera llorando. No soy un capullo integral.

—Permíteme que lo dude —murmuró—. ¿Así que ahora soy tu amiga?

—¿Sí? —respondí, mi tono volviéndose interrogativo porque no sabía si eso era lo que quería oír o no—. ¿Por qué crees que te invité a esta fiesta?

Se le enrojecieron las mejillas y bajó la mirada, frunciendo el ceño, y se me retorcieron las tripas de una culpa que intenté desterrar a toda costa.

—Mira, da igual —dijo, echándose el pelo hacia atrás por encima del hombro—. La cuestión es que puedo cuidar de mí misma, *amigo*.

Auch, esa palabra dolió.

—No necesito que vengas a rescatarme, ni que me digas con quién pasar el tiempo —continuó, tan cerca de mí ahora que podía sentir su aliento dulce y fresco en mi cara—. Así que la próxima vez que quieras hacerte el machote y defender a alguien, búscate otra damisela a la que importunar.

Nos miramos fijamente durante lo que pareció una eternidad, ninguno de los dos capaz de romper la conexión de nuestras miradas. La tensión entre nosotros era tan fuerte, como un muelle estirado al límite, a punto de saltar.

Antes de darme cuenta de lo que hacía, la agarré por las caderas y aniquilé el espacio entre nosotros con un firme tirón. Estampé mis labios contra los suyos, su aroma, su calor, llenando cada uno de mis sentidos y haciendo que el resto del mundo se desvaneciera.

Sus pequeñas manos empujaron mi pecho por un brevísimo instante hasta que, finalmente, se derritió contra mí, rindiéndose al ardiente infierno que amenazaba con engullirnos a ambos. Sus labios se separaron con un suave gemido, invitándome a entrar, y aproveché con avidez la oportunidad de saborearla de todas las formas posibles. Hundí mi lengua en su deliciosa boca, conquistando la suya con cada gramo de pasión que ya no podía contener.

Me devolvió el beso con la misma fuerza, sus labios presionando, sus dientes rozando, su lengua saboreando en largas y lánguidas caricias. Y cuando sus manos se deslizaron por mi pecho y arañaron

mi cintura para presionarme aún más fuerte contra ella, *joder*, perdí todo sentido del autocontrol.

—Tobias —susurró ella, una súplica, una oración.

Restregué mi polla dolorida contra su pelvis mientras devoraba su boca, y ella separó los muslos para dejarme presionar contra su vértice. La deseaba tanto, quería arrancarle la ropa aquí mismo y follármela hasta que mi nombre fuera el único que pudiera volver a decir.

Un estruendo en la parte delantera de la sala nos sobresaltó a ambos, destrozando nuestro frenesí mientras los dos girábamos la cabeza en esa dirección.

—Uy, perdón —masculló uno de los maos mientras tropezaba borracho contra el umbral—. Seguid.

El idiota se apartó del marco de la puerta y se fue.

Bajé la mirada al rostro de Arya, a sus labios hinchados por el beso, y la realidad volvió a estrellarse contra mí con una venganza.

Me aparté de ella de un empujón, reconstruyendo el muro invisible entre nosotros con una velocidad impecable. Observé cómo el deseo salvaje de sus facciones se transformaba en una furia silenciosa y, por un momento, pensé que iba a abofetearme.

En lugar de eso, frunció los labios y se irguió.

—Buenas noches, Tobias —dijo como si fuera un insulto, luego se dio la vuelta y salió de la habitación sin mirar atrás.

Me quedé allí un momento, luchando por contener la tormenta de emociones que me había dejado mientras la miraba marcharse. Nadie me había hablado así nunca, excepto mi madre. Me hacía sentir pequeño y poderoso al mismo tiempo. Me desafiaba de una manera que no sabía cómo manejar, y me frustraba hasta el infinito.

Y yo era un absoluto gilipollas por haberme lanzado sobre ella de esa manera.

¿Qué demonios me pasaba? Jamás en toda mi vida había perdido el control de esa forma. Me enorgullecía de mi autodisciplina y del dominio sobre mis emociones que Arthur me había inculcado desde que nací. Y, sin embargo, había besado a la única chica que estaba completamente fuera de mi alcance. Joder, qué digo besar, la había asaltado con mi boca.

Y ella me había devuelto el beso. Solo el recuerdo de la sensación de sus labios sobre los míos, de sus delicados dedos arañándome las costillas, hizo que mi polla, dolorosamente dura, palpitara con mi necesidad insatisfecha.

Aparté esos recuerdos. No podía permitir que las cosas se volvieran físicas con Arya.

Tenía razón. No tenía ningún derecho a meterme en sus asuntos. No era su novio. Gracias a la estúpida maldición Dracul, nunca sería el novio de nadie. Mientras la maldición no se rompiera, no podía permitirme enamorarme de nadie ni que nadie se enamorara de mí.

Por eso planeaba unirme al ejército con mi padre tan pronto como me graduara, porque me negaba a hacerle a alguien lo que mi padre le hacía a mi madre todos los días.

Hace más de cien años, una mujer Dracul cabreó a la bruja equivocada, quien lanzó un hechizo sobre ella y todo el linaje Dracul y cualquiera conectado a él por matrimonio, para que fueran maldecidos con un amor no correspondido.

Mi madre amaba profundamente a mi padre. Y por eso, él *no podía* corresponderle.

Pero Arthur tampoco había salido indemne, porque claramente amaba a la madre de mi hermanastro, y ella nunca le había pedido a Arthur que dejara a Octavia.

Nosotros, los Dracul, nos veíamos obligados a concertar nuestros matrimonios para evitar que el linaje se extinguiera. Pero cualquiera que aceptara el matrimonio conocía el riesgo. Cualquier Dracul que se enamorara estaba destinado a no ser amado nunca a cambio.

Así que… nada de novias. Nada de enredos románticos. Nunca.

Odiaba admitirlo, pero que Arya saliera con el chico pez era lo mejor para todos. Si ella salía con otra persona, sería mucho más fácil mantener esta *amistad* como algo estrictamente profesional. Me vería obligado a centrarme en la tarea y conseguir la información que mi padre quería sin… complicaciones.

Era lo suficientemente fuerte para luchar contra esta necesidad por ella. Tenía que serlo, por mi familia, por mi madre. Por Arya. Y mientras salía de la sala para encontrar a mis amigos traidores que me habían abandonado, estaba decidido a asegurarme de que nada como esto volviera a suceder jamás.

Capítulo 19

Julian

Pellizqué el extremo de la pajita y la removí en mi vaso de agua con hielo. Los cubitos daban vueltas y vueltas, atrapados en la corriente que había creado. Qué metáfora tan acertada de la vida.

Me pasé la otra mano por el pelo y suspiré profundamente. Recordaba una época en la que el agua era el único líquido que anhelaba. Había sido hacía más de cien años. Desde entonces, solo la sangre podía saciar esta sed infinita que me atormentaba. Era la corriente en la que estaba atrapado. Y en esta cafetería había una docena de humanos rebosantes de ella.

Me había bebido varias bolsas de sangre que cogí prestadas del hospital antes de venir para aplacar la tentación. Ayudó. El intenso aroma de la sangre que bombeaba en las venas mortales a mi alrededor tentaba mis fosas nasales y me provocaba un dolor sordo e incesante en la garganta, pero tenía el control absoluto de mí mismo.

El sol de última hora de la tarde se colaba por las ventanas del reservado en el que estaba sentado y, aunque la mayoría de las veces seguía prefiriendo la oscuridad, me llenaba de humildad saber que era el único vampiro conocido que podía sobrevivir a los poderosos rayos del sol.

La joven camarera de pelo castaño rojizo trenzado se acercó a mi mesa.

—Señor, lleva aquí más de media hora —dijo con dulzura, sosteniendo una cafetera de la que salía vapor por el pitorro—. ¿Está seguro de que no quiere pedir nada más mientras espera a su amigo?

Amigo. La palabra rebotó en mi cabeza como una pelota de ping-pong. A duras penas llamaría amigo a Caesar. Claro, nos llevábamos bien, pero nuestra relación era estrictamente profesional. Yo arrastraba mucho resentimiento en lo que respecta a los cambiaformas, y sabía de sobra lo mucho que Caesar odiaba a los vampiros. Aún esperaba a medias que Caesar me matara algún día, solo por principios. O al menos que lo intentara.

Eché un vistazo a la placa con el nombre de la camarera. —No, gracias, Vicky. No tengo hambre.

Señaló la cafetera que sostenía. —¿Un café?

Insistente, ¿eh?

Fingí una sonrisa, intentando ser educado al rechazarla. —No, gracias. No tomo café. Quizá vuelva cuando llegue mi *amigo*. Seguro que a él le encantará un poco de café.

Vicky frunció ligeramente el ceño mientras pasaba a la siguiente mesa, a pocos metros de distancia.

Realmente odiaba estar en público, sobre todo durante el día. Pero Caesar no se fiaba de quedar conmigo en privado o de noche, así que aquí estaba.

La campanilla de la puerta de entrada tintineó, atrayendo mi atención hacia el recién llegado.

—Por fin —refunfuñé, viendo cómo Vicky se acercaba a Caesar. El pelo castaño del hombre estaba desaliñado, semejante a un revuelo de plumas como las que lucía en su forma de cambiaformas.

Durante su breve interacción, Vicky me miró con incertidumbre y un poco de aprensión, y luego me señaló.

Oí a Caesar decir: «Gracias», antes de dirigirse a mi mesa.

—Ya veo que todavía se te da bien la gente, Julian —dijo mientras se sentaba frente a mí.

Resoplé. —Ya veo que sigues sin mejorar tu puntualidad. Llegas quince minutos tarde.

—Lo siento. No es como si pudiera venir volando tranquilamente hasta el centro de Chicago.

—Supongo —admití, y luego bajé la voz para susurrar—: Pero tampoco es como si yo pudiera pedir comida humana y fingir que me gusta. ¡Me han molestado cinco veces, Caesar! ¡Cinco camareras distintas!

—Ha sido un día largo en la academia —dijo Caesar con un suspiro —. En realidad, ha sido una racha de días largos.

Vicky se acercó con su humeante cafetera, fingiendo que yo no estaba sentado a la mesa. Le devolví el gesto.

—¿Le apetece un café? —preguntó ella con un tono excesivamente dulce.

Caesar deslizó rápidamente la taza que había sobre la mesa, y ella sirvió el café oscuro. —Muchas gracias.

Ella sonrió de oreja a oreja, pareciendo encantada de ser útil.

Me arriesgué a mirar de reojo y la encontré observándome. —En cuanto a usted…

—Estoy bien —dije con un gesto de la mano.

Vicky volvió a mirar a Caesar. —Volveré en unos minutos para ver qué tal, ¿vale? Es la hora de la cena, y tenemos un plato del día que está para chuparse los dedos.

—Gracias, Vicky, ha sido usted de gran ayuda —respondió Caesar—. Con el café es más que suficiente por ahora.

—De nada —dijo ella, mirándome una vez más antes de marcharse para atender a una familia que acababa de entrar.

En realidad, no era culpa suya. Los humanos siempre podían percibir lo que yo era. Incluso con una tonelada de maquillaje para dar color a mi pálida piel, era imposible ocultar al monstruo que había debajo.

—¿De verdad es tan difícil mostrar un poco de amabilidad? —bromeó Caesar mientras tomaba un sorbo de café. El olor me dio una pequeña arcada.

Apreté la mandíbula. —El mundo no ha sido demasiado amable conmigo, así que sí, a veces lo es.

Caesar me estudió durante unos segundos y luego se encogió de hombros. —Es justo.

—Bueno, ¿qué era tan importante como para que tuviéramos que quedar en este tugurio? —pregunté, ansioso por ir al grano y poder marcharme de esta guarida de tentaciones—. Tu mensaje parecía bastante urgente.

Caesar volvió a dejar la taza sobre la mesa, jugueteando con los lados de forma inquieta. Sus ojos castaños se veían cargados, y las arrugas de su frente parecían más profundas que la última vez que nos vimos. Parecía mayor de sus veintiséis años, lo cual era irónico, porque yo siempre parecería más joven que mis cien años.

El cambiaformas suspiró. —Necesito pedirte otro favor.

Arqueé una ceja. —¿Tiene esto algo que ver con que yo rastree la actividad vampírica en la ciudad? Caesar, te juro que la academia está a salvo. No ha habido nada inusual que reportar.

Caesar negó con la cabeza. —No, estás haciendo un gran trabajo con la vigilancia de los vampiros. Esto sería… una responsabilidad añadida.

Fruncí el ceño, mirando a Caesar con recelo. —No me gusta cómo suena eso. ¿Qué implicaría esa responsabilidad añadida?

Tras tomar otro sorbo de su taza, Caesar se recostó en el reservado. —En el pasado, hemos hablado de la profecía. La sirena.

Asentí, esperando el remate del chiste. —La sirena que supuestamente está destinada a acabar con Hadrian y poner fin a la guerra entre cambiaformas y vampiros.

—Sí —confirmó Caesar, con tono grave.

Ladeé la cabeza. —¿Sabes que no tengo mucha fe en esa profecía, verdad? Nunca he conocido a *ninguna* sirena que fuera lo bastante fuerte como para hacerle frente a Hadrian, y mucho menos matarlo.

Si me permites que te lo señale, hasta tú fracasaste en esa misma tarea.

Un fuego se encendió en los ojos de Caesar que hizo que su taza de café humeante pareciera tibia.

—Cuidado, chupasangre —advirtió el grifo con un gruñido peligroso.

Levanté las manos a la defensiva. —No pretendía que fuera un ataque personal. Estás hablando con un tipo que ni siquiera pudo plantarle cara a Hadrian. Solo digo que es difícil imaginar a la Sirenita enfrentándose al dictador vampiro cuando alguien como tú —a quien respeto como un guerrero capaz— perdió haciendo justamente eso.

El infierno en los ojos de Caesar se redujo a brasas bajas, una advertencia de que el grifo seguía siendo una amenaza si se le provocaba más.

—Piensa lo que quieras —dijo Caesar—. Pero creo que hemos encontrado a la sirena.

No me esperaba eso. —¿Qué?

—Hace varias noches, fui a su casa para recogerla, solo para encontrar a su madre muerta —continuó Caesar—. La chica, por suerte, había salido durante el ataque. De lo contrario, habría corrido la misma suerte que su madre.

—¿Y a la madre de esta sirena la mataron vampiros? —pregunté, preguntándome cómo habían podido los vampiros burlar mi vigilancia para atacar en la ciudad.

Caesar asintió.

—¿Dónde ocurrió?

—En Short Grove —dijo Caesar.

Asentí, dejando que mis hombros se relajaran de nuevo. —Sí, detecté cierta actividad vampírica dispersa en Short Grove, pero nada que hiciera sonar las alarmas.

—Este ataque en particular me tiene extremadamente preocupado. ¿Crees que es posible que Hadrian sepa lo de la profecía?

Me encogí de hombros. —¿Cómo demonios iba a saber Hadrian lo de la sirena?

Caesar suspiró y se inclinó más, su mirada se estrechó penetrantemente. —Necesito saber si le has contado algo.

Mi interior se ampolló con una ira ardiente, no por mi compañero grifo, sino por el líder vampiro que había convertido mi vida después de la muerte en un infierno. —Caesar, te juro que no he visto a Hadrian desde que me autoexilié de los vampiros.

Caesar asintió lentamente. —Bien.

—¿Más café? —dijo Vicky, apareciendo de la nada.

—Claro, claro —respondió Caesar rápidamente—. Rellénemela, por favor.

—¿Le traigo algo más? —preguntó ella con dulzura. Esta vez ni siquiera me miró. Menos mal.

—No, gracias —respondió Caesar—. La dejaremos en paz en un momento.

—Es usted un encanto —dijo Vicky con entusiasmo, dando saltitos—. Su café invita la casa.

—¿Está segura? —preguntó Caesar, echando mano a la cartera.

—Por supuesto —gorjeó ella en un tono irritantemente agudo que hirió mis sensibles oídos. Luego se alejó dando brinquitos sin siquiera dedicarme una mirada.

Caesar me dedicó una sonrisa de suficiencia. —Me encanta este sitio.

—¿Podemos volver a nuestra conversación ya? —solté, sin molestarme en ocultar mi irritación—. Si lo que supones es cierto y Hadrian sabe de la existencia de esta sirena y la profecía, entonces solo hay dos opciones que explicarían que se enterara de algo así.

—¿Y son? —inquirió Caesar, echando nata en su taza de café recién servida.

—Bueno, el escenario más probable es que, de alguna manera, espías vampiros se hayan infiltrado en la academia y hayan podido oír hablar de la profecía.

Caesar se frotó la barbilla dubitativo, su orgullo por la seguridad de la academia sin duda lo hacía escéptico ante esa posibilidad. —¿Y la otra opción?

Me encogí de hombros con aire de suficiencia. —Tienes a alguien trabajando para Hadrian delante de tus propias narices.

Caesar negó inmediatamente con la cabeza, sacudiéndose contra el respaldo del reservado. —Eso es imposible.

No pude evitar sonreír. La clásica arrogancia de los cambiaformas. —¿Y por qué?

—Porque la academia no ha sufrido ningún ataque de vampiros —argumentó Caesar como si la conclusión fuera obvia—. Si realmente hubiera alguien pasándole información a Hadrian, los vampiros entrarían a sangre y fuego.

Mi sonrisa de medio lado se convirtió en una sonrisa de oreja a oreja, y negué con la cabeza ante su lógica. —Los informantes nunca lo cuentan todo. Si son listos, saben lo que vale su información y solo la comparten a cambio de una recompensa equivalente. Creo que cualquier cambiaformas sería lo bastante inteligente como para saber que vender la ubicación de su único refugio significaría una muerte segura también para él.

Caesar siguió negando con la cabeza. —No puedo imaginar ese tipo de lógica. Si así es como la gente funcionara de verdad, ¿cómo podrías fiarte de alguien?

—Por eso *no* me fío de nadie —comenté.

Caesar me estudió un momento, pareciendo sopesar sus siguientes palabras. —¿Te fías de mí?

Exhalé por la nariz y me crucé de brazos mientras me recostaba en el reservado. —No. Pero *quiero* fiarme de ti.

Caesar frunció el ceño. —*Necesito* que te fíes de mí.

—Y por fin hemos llegado al motivo de esta reunión: tu favor.

Caesar asintió. Inspiró profundamente, levantando la vista de su taza para clavar sus ojos en los míos. —Necesito que vuelvas a unirte a Hadrian y a los vampiros.

Me le quedé mirando un momento, esperando el chiste. Cuando la expresión seria de Caesar no se quebró, estallé en carcajadas. —¿Que necesitas que haga *qué*?

Caesar se aclaró la garganta. —Necesito a alguien dentro de las filas de Hadrian para averiguar si realmente está buscando a la sirena. Eres el único vampiro que conozco y en el que confío. Eres la única persona que puede hacer esto.

Mi diversión se convirtió rápidamente en furia. —Déjame dejar una cosa perfectamente clara, Caesar: *nunca* volveré con Hadrian, ni por nadie ni por nada.

—¿Ni siquiera si eso significara asegurar la destrucción final de Hadrian? —preguntó Caesar.

Me pellizqué el puente de la nariz, intentando recuperar el control de mi temperamento, que se disparaba radicalmente. —Escucha, me caéis bien los cambiaformas. Vais a lo vuestro y rara vez hacéis daño a nadie intencionadamente. Pero no creo que te des cuenta de la magnitud de lo que estás pidiendo. Sería preferible que me lanzara a una trituradora de madera, porque sería mejor que lo que Hadrian me haría si volviera arrastrándome.

Caesar me miró directamente a los ojos y se inclinó hacia delante. —Si haces esto por mí, te ayudaré en tu búsqueda para traer de vuelta al amor de tu vida.

Alice.

Su hermoso rostro sonriente atravesó mi memoria, tan vívido ahora como lo había sido hacía un siglo. Esos salvajes ojos esmeralda que podían disipar toda la ira en un instante, y esa ondulante melena pelirroja que brillaba como llamas alrededor de sus tempestuosos rasgos.

El pensamiento de ella se clavó en mí, con más precisión y letalidad que cualquier cuchilla jamás podría.

Era el amor de mi vida, una poderosa bruja asesinada por un cambiaformas rebelde hacía más de cien años. Era la razón por la que podía caminar bajo el sol. Y su recuerdo era la única razón por la que seguía andando.

La mera posibilidad de que la magia para devolver a Alice a la vida estuviera en algún lugar del mundo me mantenía en pie, por muy tonto que fuera. Y Caesar sabía que sería el cebo perfecto para ponerme delante.

Entrecerré los ojos y me incliné hacia delante, apoyando los codos en la mesa que nos separaba. —Si hago esto, debes jurar que no te detendrás hasta que cumplas tu parte del trato.

Caesar le sostuvo la mirada. —Tienes mi palabra de que una vez que Hadrian esté muerto, iré hasta los confines de la tierra para reunirte con tu compañera.

Ya ni siquiera era una opción. La red de cambiaformas de Caesar era la más extensa del mundo, y no hacía más que crecer cada día. Si alguien podía encontrar a un cambiaformas o a una bruja con el poder de resucitar a Alice, era él.

No había nada en esta tierra que no hiciera por volver a ver a mi amor, y si eso significaba ofrecerme a Hadrian en bandeja de plata, pagaría gustosamente ese precio.

Extendí mi mano derecha hacia Caesar. —Tenemos un trato.

El grifo la estrechó con firmeza, y yo la sujeté con fuerza y tiré ligeramente de ella hacia mí. —Pero si no cumples tu palabra, que sepas que me pondré en plan vampiro y te machacaré.

Caesar asintió, sin poder reprimir una sonrisa de medio lado. —No esperaría menos.

Satisfecho con esa respuesta, solté su mano. —Bueno, supongo que debería irme. Tengo un megalómano psicótico al que venderle mi alma.

Caesar soltó una risa sombría mientras ambos nos levantábamos. —Mantenme informado de tus progresos con Hadrian. Cualquier información que consigas sobre sus planes con las sirenas o los cambiaformas podría ser suficiente para inclinar la balanza a nuestro favor.

Asentí mientras enganchaba los pulgares en los bolsillos delanteros de mis vaqueros. —Puede que me lleve algún tiempo. Hadrian no perdona fácilmente, y hay muchas posibilidades de que simplemente me mate en cuanto me vea. Así que quizá empieza a trabajar en tu parte del trato ahora, porque puede que tengas que traer a dos personas de entre los muertos.

—Empezaré a buscar de inmediato —me aseguró Caesar mientras caminábamos hacia la puerta principal—. Y trata de que no te maten —bromeó, dándome una palmada en el hombro.

—No prometo nada.

Salimos de la cafetería, sin duda para gran alivio de la pobre Vicky, y nos separamos.

Caminando por la acera, decidí tomar el camino más rápido a casa. Cuanto menos tuviera que estar cerca de los humanos, mejor para todos. Tenía que llegar a un callejón, fuera del tráfico habitual, para poder usar mi velocidad de vampiro sin ser detectado. Solo tenía que cruzar unas pocas manzanas antes de poder llegar a un lugar seguro.

Parándome en la siguiente intersección, miré al otro lado de la calle.

Y mi corazón se congeló por completo en mi pecho.

Allí, esperando en el paso de peatones, estaba el rostro con el que había estado soñando durante más de cien años. Esos mismos ojos

esmeralda que habían esclavizado mi alma.

—¡Alice! —grité, mientras el resto del mundo se desvanecía dejando solo a la mujer.

No me oyó, no se detuvo mientras cruzaba la calle y se apresuraba por la acera. Mis instintos de vampiro tomaron las riendas y corrí tras ella, sin importarme quién fuera testigo de mi velocidad sobrenatural. Ni el mismísimo diablo podría detenerme.

Finalmente, al acercarme lo suficiente, mis ojos detectaron lo que mi alma temía. No era Alice. Tenía el pelo castaño y parecía unos centímetros más baja.

Pero el parecido de su rostro, esos ojos verdes, era sorprendente. Inconfundible. Y el aura de magia que la rodeaba era claramente familiar. Podía sentirla con la misma intensidad con la que podía sentir la sangre caliente que corría por sus venas. Se sentía casi idéntica a la magia de Alice.

Puede que esta chica no fuera mi amor perdido, pero era indudablemente una bruja. Quizá no necesitara a Caesar, después de todo.

Todas mis preocupaciones sobre Caesar y Hadrian se desvanecieron, y me convertí en un hombre impulsado por una sola misión. Tenía que saber más sobre esta chica.

Capítulo 20

Shea

Arrastré los pies por la calle hacia la entrada del metro, maldiciendo mi suerte. De todas las estupideces que podía haber hecho, tenía que haberme hecho la chula y conseguir que me pillaran. Había estado rodeada de gente guapa —gente cambiante, gente con la que sentía una profunda afinidad— y, en mi afán por impresionarlos, la había cagado por completo.

Bueno, al menos esta vez nadie me había visto desnuda.

Me detuve y cerré los ojos, deseando poder rebobinar y cambiar lo que había pasado. ¿Por qué no habría un hechizo para eso? Tampoco es que nadie fuera a enseñármelo si lo hubiera.

El fuego se había sentido tan cerca, tan caliente. Me asusté a mí misma y abrí los ojos para asegurarme de que estaba bien. Debería haber deshecho el hechizo sin más. Pero cuando abrí los ojos, las caras a mi alrededor habían pasado de la alegría al horror.

Porque yo no era una de ellos.

Las calles de Chicago empezaban a cobrar vida, las farolas parpadeaban al caer la noche sobre la ciudad. Me llegó el olor a comida grasienta y el estómago me rugió, recordándome que no había comido en la fiesta. Vale, y sí, había bebido unas cuantas cervezas de más. Claramente, había sido un error.

Seguí avanzando, deseando tener cualquier otro sitio al que ir que no fuera a casa. Vaya mierda de espectáculo. No quería que la noche acabara así. Giré sobre mis talones y volví por donde había venido.

Quizá pudiera hacerles cambiar de opinión y arreglar parte del desastre que había causado. Y ni siquiera había llegado a pasar

tiempo de verdad con Arya. En menuda amiga de mierda me estaba convirtiendo. Quizá…

Espera. ¿Qué es eso?

Me detuve y miré la acera, frunciendo el ceño. ¿Por qué tenía un aspecto tan extraño? En serio, ¿de verdad había bebido tanto?

Varias personas pasaron a mi lado, algunas murmurando que no debería estar parada en medio de la acera. Y, finalmente, me di cuenta de por qué todo parecía extraño.

No había sombras.

Con la luz moribunda del atardecer, era difícil saberlo, pero estaba justo al lado de una farola. Eso, al menos, debería haber proyectado una sombra.

Mi mente se aceleró barajando posibles causas, pero solo una podía explicar este fenómeno antinatural.

Había un vampiro cerca.

En realidad, sabía más de vampiros que de cambiantes, gracias a la paranoia de la abuela sobre el tema. La señal más segura de la presencia de un vampiro era la ausencia de sombras. Solo los vampiros más viejos tenían esta habilidad, la de usar las sombras para ocultarse. *Si alguna vez ves desaparecer las sombras, corre*, me advertía siempre la abuela.

Se me erizó el vello de la nuca; sentí como si tuviera cien dagas en miniatura en la piel, implorándome que hiciera precisamente eso. Me resistí al impulso de mirar a mi alrededor.

¡Mierda, mierda, mierda! De verdad que tenía la peor suerte del mundo. Por supuesto, tenían que darme caza justo esta noche. *Esto no hace más que mejorar.*

Me tranquilicé, ralentizando la respiración y apretando las manos en puños. Estaba en la calle, y estaba relativamente concurrida. Ningún vampiro en su sano juicio y con instinto de supervivencia me

atacaría delante de docenas de personas. ¿Verdad? Tenía que ser lista.

Claro que siempre existía la remota posibilidad de que yo no fuera el objetivo. Pero después de lo que le pasó a la madre de Arya, no iba a arriesgarme.

Arya.

Olfateé mi camiseta, preguntándome si el olor de Arya se me habría pegado. No es que yo pudiera saberlo: *yo* no era un vampiro.

Puse los ojos en blanco y negué con la cabeza. Estaba siendo ridícula.

Me di la vuelta de nuevo, intentando parecer despreocupada mientras caminaba a paso ligero en dirección a casa. No dejaba de mirar de reojo, escudriñando los escaparates en busca de reflejos de alguien que me siguiera para evitar mirar por encima del hombro.

Esperaba no estar siendo demasiado obvia. Mantener la calma y la distancia solía ser lo mío, pero nunca me había seguido un vampiro. ¿Podría oler mi miedo? ¿Oír mi pulso acelerado?

Empecé a flexionar la muñeca como si la estuviera estirando. El hechizo que la abuela me había enseñado era el más complicado que había aprendido nunca. No solo la invocación tenía más de una palabra, sino que también iba acompañada de gestos con las manos. Si me saltaba un solo paso del proceso, más me valdría llevar un cartel que dijera «barra libre».

Miré el pavimento y mi sombra seguía espeluznantemente ausente. Definitivamente, me estaban siguiendo. Continué girando la muñeca mientras susurraba las palabras en voz baja: «Wi di sa».

Al ver un callejón vacío, me metí en él, enderezando la espalda y manteniendo la cabeza alta. No pensaba acobardarme ante un maldito chupasangre. El aislamiento del callejón hizo que mi ritmo cardíaco se disparara, pero tenía que asegurarme de estar lo bastante lejos. Ya había causado suficientes daños con exhibiciones públicas de magia por esa noche.

—Ma'at sheut asfet.

Me lancé detrás de un contenedor de basura, pegando la espalda a la pared de ladrillo. La basura apestaba a rayos y arrugué la nariz mientras terminaba el hechizo, esta vez a todo volumen. —Hekah meh.

Lancé las manos hacia delante, hacia la parte del callejón que estaba más envuelta en sombras que el resto. Una ráfaga de viento me alborotó el pelo y un destello de luz me cegó momentáneamente antes de que la noche volviera.

Pero en lugar de la oscuridad había un hombre.

No. Un vampiro.

El pánico recorrió mis venas, pero se entremezcló con otra cosa. Algo… desconcertante.

No parecía ni de lejos tan monstruoso como esperaba. Ni ojos inyectados en sangre ni colmillos al descubierto. De hecho, era bastante guapo, de una manera totalmente prohibida.

¡Joder, algo muy grave me pasaba si estaba fichando al vampiro que me estaba acosando y que probablemente estaba a punto de matarme! Pero, vamos, ¿es que todas las criaturas no humanas estaban bendecidas con una belleza estúpida?

Aunque no parecía que fuera a matarme. En todo caso, parecía más sorprendido que yo.

Nos quedamos mirándonos un largo rato, midiéndonos. El hechizo funcionaba en tres partes: disipar las sombras que usaba para cubrirse, ralentizar su sangre para debilitarlo y atarlo al lugar donde se encontraba. La parte de la oscuridad obviamente funcionó —*gracias, abuela*—, pero de las otras dos no estaba tan segura. Aunque, siendo el hechizo tan complejo, lo más probable es que funcionara todo o nada.

¿Qué se le pregunta a un vampiro atado? No había pensado tan lejos con todo el asunto de intentar que no me comieran. Pero ahora que lo tenía a mi merced, no pude evitar mi curiosidad. Quizá tenía

algún tipo de deseo de muerte morboso después del rechazo que acababa de sufrir a manos de los cambiantes, pero todavía no estaba lista para marcharme.

—¿Por qué me sigue? —pregunté, con la voz mostrando más confianza de la que realmente sentía. Parecía un buen punto de partida. Tenía que asegurarme de que no buscaba a Arya.

Sus ojos relucientes me dejaron casi hipnotizada mientras me escrutaban. —Es usted una bruja. —Fue más una afirmación que una pregunta, y retrocedí instintivamente como si fuera una acusación.

—¡Espere, no se vaya! —suplicó él y algo en la pura desesperación de su voz bajó mis defensas.

Me crucé de brazos y saqué una cadera, admitiendo que disfrutaba del subidón de poder al haber atrapado a una criatura tan poderosa. —¿Por qué? ¿Tiene miedo de que se le escape la cena?

El vampiro se estremeció. —No bebo sangre fresca. No si puedo evitarlo.

Ladeé la cabeza, debatiendo si creerle o no.

—Además, si hubiera querido matarla, ya estaría muerta. No es una jugada muy inteligente atraer a un vampiro a un callejón.

Me irrité por el insulto, pero esbocé una sonrisa de suficiencia. —Y, sin embargo, es usted el que está pegado a una pared como una mosca en una telaraña.

Sus rasgos se suavizaron. —Lo siento. No salgo mucho y, claramente, mis modales se han resentido. Me llamo Julian.

Agitó los dedos a modo de saludo, ya que su mano era incapaz de moverse. Y, ¿eso era un intento de sonrisa?

—Va-le. —No pensaba darle mi nombre a cambio, por muy sorprendentemente encantador que estuviera resultando ser.

—Es que ya no se ven muchas brujas. Sobre todo, no tan poderosas como usted. Me recuerda a alguien que conocí… —Su mirada se

apartó de mi rostro por primera vez desde que comenzó nuestro encuentro—. …hace mucho tiempo.

Entrecerré los ojos, intentando descifrarlo. La mirada atormentada en sus ojos mientras me estudiaba, como si yo fuera un fantasma, hizo que casi le creyera. Casi.

—¿Es usted amiga de los cambiantes? —continuó Julian—. Su olor está por todas partes. ¿Quizá va a esa escuela?

Me mordí los labios, intentando no responder. No me fiaba de este vampiro. Si no fuera por el hechizo de atadura, estaba segura de que sería la cena. Y aunque los cambiantes me odiaran, no había forma de que los traicionara ante un vampiro.

Pero debí de negar con la cabeza.

—Pero quiere ir a la escuela. —Sus ojos sabios se clavaron en mi mayor debilidad.

Siseé entre dientes. —Agradezco la cháchara y todo eso, pero se me ha pasado la hora de queda y mi carroza está a punto de convertirse en calabaza. Y si solo está ganando tiempo para que sus amiguitos vampiros vengan a rescatarlo, tengo mucha más magia de donde ha salido esa.

—No. Estoy… solo. Y la creo. Su magia, puedo sentirla.

Aquello captó mi atención. ¿Podía sentir mi magia? ¿Tenía idea de lo poderosa que era yo? Joder, ni siquiera yo lo sabía.

Julian se lamió los labios y su voz adquirió un tono más desesperado. —Esa… *amiga* mía, murió. Hace muchos años. He estado buscando una forma de… traerla de vuelta.

—¿De entre los muertos? —solté. ¿Este tipo se había metido alguna droga de vampiros de la que yo no estaba al tanto?—. ¿Cómo se llamaba? ¿Bella?

—Alice.

Cerré la boca, observando al vampiro un poco más de cerca. Se me daba bastante bien oler las trolas y la sinceridad en su rostro era

genuina. —No podría resucitar a los muertos aunque quisiera.

—Puede que yo tenga una forma.

Le lancé una mirada de reojo. —¿Ah, sí? ¿Y cómo es eso?

—Tengo un grimorio.

Me mofé. —¿Cómo consigue un vampiro un grimorio?

—…y es muy antiguo. Puede que contenga un hechizo que ayude. Mi amiga, lo usó para ayudarme una vez.

La tensión en mi cuerpo se relajó y mi sarcasmo se desvaneció mientras consideraba de verdad sus palabras. Una bruja había ayudado a un vampiro. —¿No la mató, verdad? Esto no es para que se sienta culpable o por venganza o algo así, ¿no?

—¡No! Yo no… nunca podría hacerle daño. Es una larga historia. Pero si le doy el grimorio, quizá usted podría…

—No. —Negué con la cabeza, incapaz de creer lo que me estaba pidiendo—. Es un vampiro. Y está mintiendo.

Había terminado con este juego, terminado de escuchar su triste historia o lo que fuera. No tenía ni idea de cuánto duraría mi hechizo. Me había asegurado de que no buscaba a Arya, y no tenía más motivos para estar aquí.

—Khet —dijo Julian, pero no había poder en la palabra—. No puedo hacer magia, no como una bruja, pero he visto parte del grimorio.

Di otro paso atrás. —¿Solo una parte?

—El libro en sí está hechizado, lo que hace que gran parte de su contenido sea ilegible para cualquiera… para aquellos sin magia.

Eso sonaba lógico. Las brujas eran conocidas por su secretismo, así que tenía sentido que bloquearan la magia, especialmente los hechizos de nivel superior, para asegurarse de que no cayera en las manos equivocadas.

—Puedo conseguir que entre en esa escuela —continuó Julian, y su mirada se iluminó con algo, ¿quizá determinación?—. Conozco al

director.

Solté una carcajada. —Lo he conocido. Un verdadero encanto.

—Caesar puede ser brusco. Y terco. Pero me debe una.

Cambié mi peso a un pie, metiendo las manos en los bolsillos traseros de mis vaqueros. El mero hecho de que estuviera entreteniendo a este vampiro era increíble. Ya debería haberme ido.

Negué con la cabeza, girándome para irme. —No. Lo siento. No puedo confiar en usted.

Un tintineo en el pavimento llamó mi atención y me volví de inmediato. Me esperaba cualquier cosa: una pistola, un cuchillo, quizá unos puños americanos. En su lugar, una joya brilló bajo la tenue luz de la calle. Una especie de alfiler o broche o algo así.

Los dedos de Julian estaban extendidos como si un imán los atrajera hacia el alfiler. —Es lo único que me queda de ella. Por favor. Tiene que creerme.

Lo miré fijamente, durante un buen rato. Quizá se había librado del hechizo. Quizá estaba tratando de atraerme para darme un mordisco. Quería creerle, quería desesperadamente tener a alguien —a quien fuera— de mi lado. Pero ese era un salto de fe que no podía dar. No esa noche. No después de tantos errores. Y, desde luego, no con un vampiro.

—Quédeselo —grité, retrocediendo.

—Por favor.

La mirada en sus ojos era tan desesperada, tan desgarrada, que mi propio corazón empezó a romperse por él. Tragué saliva. —No puedo. Se ha equivocado de chica.

—Si cambia de parecer…

—Me cortaré una muñeca o algo. Seguro que viene corriendo.

Julian palideció, si es que eso era posible. —No. No haga eso. Alice tenía un hechizo que podía usar para hablar conmigo a larga distancia. Sedjed ka.

Repetí las palabras en mi cabeza mientras me alejaba, no queriendo olvidarlas. Estaba casi en la calle de nuevo, pero dudé, dividida entre huir y volver corriendo hacia él.

Opté por la primera opción, probablemente la decisión más inteligente que había tomado en toda la semana.

Sabía que la gente me miraba mientras corría por la acera, preguntándose a qué venían las prisas. Pero no me importaba. Quería estar lejos, fuera de su vista, lo suficientemente lejos como para que no me acosara o siguiera con una velocidad sobrehumana. A mi corazón le costaba seguir mi ritmo, e incluso si no estuviera todavía muerta de miedo, necesitaba sacar toda esa energía de mi sistema.

Sedjed ka. Sedjed ka. Sedjed ka, pensaba con cada paso atronador, grabando la frase en mi memoria. Si el hechizo funcionaba, podría ser útil. Podría probarlo alguna vez cuando la curiosidad me pudiera, lo que solía ocurrir.

Empecé a cantar suavemente entre jadeos, la canción que la abuela me había enseñado para enmascarar mi olor de los vampiros. La melodía funcionó para calmar mis nervios mientras las palabras del hechizo borraban mi olor para cualquier vampiro cercano. Era solo una precaución. No tenía sentido dejar un rastro de migas de pan hasta mi puerta, sin importar lo bueno que estuviera o lo sincero que pareciera.

—Yemen sen, yemen sen, wab ka, yemen sen. —Respiré tranquila mientras repetía las palabras del hechizo, que afortunadamente era más permisivo que el hechizo de atadura que había usado en Julian.

Reduje el paso a una caminata, satisfecha de que la canción estuviera haciendo su trabajo; al menos, hasta donde yo sabía.

Encontré la entrada del metro y bajé los escalones saltando, lanzando miradas furtivas a las sombras que acechaban detrás de mí. Ninguna parecía lo suficientemente profunda como para albergar a un vampiro.

Capítulo 21

Arya

La Cúpula estaba en silencio mientras volvía de la sala de entrenamiento después de mi práctica de combate con Ashlyn. Había tenido la amabilidad de ayudarme a ponerme al día, ya que ella también estaba atrapada aquí hoy. Y después de todo lo que había pasado anoche, tenía bastante agresividad que sacarme de encima.

Necesitaba sacarme a *Tobias* de encima.

Era sábado. Probablemente todos los demás estudiantes se estaban relajando en sus habitaciones y disfrutando de un día de pereza. O quizá algunos se habían ido a casa con sus familias a pasar el fin de semana. Ese pensamiento hizo que se me encogiera el corazón de anhelo, pero rechacé la emoción antes de que pudiera apoderarse de mí.

No me gustaba este día vacío. Odiaba saber que lo único que me esperaba era una habitación vacía donde no tendría distracción de mi pena por mamá o mis sentimientos contradictorios por cierto dragón gilipollas.

Decidiendo que no quería oscuridad ni soledad, me desvié y tomé un sendero que se alejaba del edificio principal. No había explorado nada desde que llegué, solo había ido a los lugares donde se esperaba que estuviera, pero hoy parecía la oportunidad perfecta para hacerlo. Seguí el camino, mirando sin rumbo fijo la cúpula de cristal sobre mi cabeza y el precioso azul intenso que lo rodeaba todo.

Al volver a bajar la vista, vi que había un jardín más adelante. Grandes rosas de color rosa y sorbete de naranja se sonrojaban ante mí mientras se asomaban por encima de sus arbustos. Aunque

nunca habría imaginado que pudiera crecer algo en el fondo de este lago, de alguna manera, no me sorprendió descubrir este pequeño tesoro.

A medida que me acercaba, el aroma dulce y embriagador llenó el aire. Sin el movimiento de una brisa, el olor flotaba en el jardín como si estuviera pegado a esa porción de oxígeno.

Entré en el círculo de flores e inhalé el intenso perfume, disfrutando del sonido tintineante del agua que caía por la gran fuente en el centro del jardín. Me senté en uno de los bancos de piedra que rodeaban la fuente y la admiré. Como toda la demás decoración de esta escuela, la fuente estaba formada por diferentes cambiantes, todos trepando unos sobre otros como si quisieran escapar del mármol del que estaban tallados.

—Bonito, ¿eh?

Me giré a mi derecha y vi a Kendall entrando en el círculo interior del jardín.

Después de cómo terminó la fiesta anoche, me sentía bastante incómoda a su lado. Todas las demás sirenas habían dejado claro que yo no era bienvenida en su presencia. No me había quedado para averiguar si Kendall sentía lo mismo.

—Sí —dije, volviendo la mirada a la fuente, sin saber qué más decir.

Kendall se sentó a mi lado. —¿Te estuve buscando en la sala común. ¿Qué has estado haciendo en todo el día?

Me encogí de hombros, sinceramente un poco sorprendida.

—Estaba entrenando un poco más con Ashlyn. Tengo mucho que recuperar. —Me miré la mano, que descansaba sobre la superficie de piedra—. Sé que los sirenos no aprueban que seamos amigos de otros cambiantes, pero ha quedado bastante claro que no soy la típica sirena.

Dejé que la amargura por el fiasco de la fiesta se colara en mi voz, para ver cómo reaccionaba.

—Quizá eso sea lo que me gusta de ti. —Kendall puso su mano sobre la mía, y me sorprendió lo agradablemente cálido que fue el contacto—. Nuestra gente tiene muy arraigado no fiarse de los forasteros. Los sirenos hemos sido cazados desde el principio de los tiempos, primero por grandes depredadores acuáticos, luego por hombres y vampiros, e incluso por otros cambiantes. Somos un pueblo orgulloso y reservado, y ese orgullo tiende a agriar nuestros corazones y a convertirse en prejuicio.

Su mirada se posó en la mano que había puesto sobre la mía.

—Pero tú… Tu corazón está abierto a todos y a todo. No he visto ni una pizca de juicio en ti. Le das a todo el mundo una oportunidad, sin importar su origen o raza. Admiro eso, aunque personalmente no esté de acuerdo con aquellos a quienes eliges abrir tu corazón.

Me quedé desconcertada. Visto desde esa perspectiva, quizá podía entender la mentalidad de mi especie. No hacía que me pareciera mejor, pero al menos sabía de dónde venía. Y saber que Kendall no compartía la opinión de los otros sirenos sobre mí hizo que me gustara mucho más de lo que ya lo hacía. Deseaba desesperadamente confiar en alguien.

—Gracias por eso —dije, dándome cuenta de que su mano seguía sobre la mía.

Asintió. —¿Te gustaría venir a nadar conmigo?

Sonreí ampliamente, incapaz de ocultar mi alegría por su invitación. —Me encantaría. ¿Pero la sala de entrenamiento no está cerrada los fines de semana? ¿Hay otra piscina en la sala de recreo? —Solo había podido entrar antes con Ashlyn porque ella le había conseguido la llave a su padre, que también era el profesor de Maestría Fénix. Pobre chica.

—En realidad, tenía otra cosa en mente —dijo, con la comisura de los labios curvada en una sonrisa misteriosa—. Ven conmigo.

Su mano se cerró sobre la mía y tiró de mí para que lo siguiera. Salimos del jardín y nos dirigimos a la esquina del edificio principal, donde se unía con la base de la Cúpula.

Me preguntaba adónde podría llevarme. No es que me hubiera memorizado el mapa, pero no recordaba haber visto ninguna otra piscina en el campus.

Mientras Kendall me llevaba más hacia la esquina, vi que había una puerta, algo camuflada, justo donde la pared tocaba el grueso cristal. Kendall levantó una solapa metálica oculta en la pared para revelar el mismo tipo de escáner de retina que había en la entrada de la academia. Se inclinó para que el dispositivo le escaneara el ojo, y la puerta se desbloqueó y se abrió un par de centímetros.

Kendall me miró mientras la abría del todo. —Solo los sirenos pueden entrar aquí. —Me sujetó la puerta para que entrara, pero dudé.

—¿Qué es? —pregunté, asomándome y sin ver nada más que oscuridad. Una parte cínica de mí desconfiaba de que pudiera ser una especie de trampa.

—Es una salida secreta que lleva directamente al lago —dijo, sin inmutarse por mi recelo—. Solo la conocen unos pocos estudiantes sirenos. Y ahora tú también.

Mi recelo se disipó al instante, reemplazado por un humilde sentimiento de honor. En el mapa, la única forma de entrar o salir de la academia era la entrada principal desde el metro. Pero como la Cúpula fue construida y financiada por sirenos, tenía sentido que hubiera una vía de escape a la que solo ellos pudieran acceder. Si algo le pasara a la Cúpula, por supuesto, los sirenos se preocuparían solo de salvarse a sí mismos.

Reprimí las ganas de poner los ojos en blanco ante ese pensamiento y entré en el pequeño espacio. Kendall me siguió y cerró la puerta detrás de nosotros.

A medida que mis ojos se acostumbraban a la oscuridad, pude ver que estábamos en una pequeña habitación, de unos dos metros de ancho por dos de fondo. Había una escalera justo delante de nosotros que conducía a una habitación de aproximadamente el mismo tamaño. Un tenue resplandor azulado provenía del suelo de

la habitación en lo alto de las escaleras, dando a este momento una sensación aún mayor de magia.

Kendall me animó a subir las escaleras, donde vi que el resplandor provenía de un portal redondo en el suelo que estaba completamente abierto al agua del lago.

Se quitó la camiseta por la cabeza, revelando ese pecho deliciosamente cincelado. Cuando procedió a quitarse los pantalones, como si desnudarse delante de una chica no fuera nada del otro mundo, no pude evitar admirar su, hay que admitirlo, impresionante paquete; mi sorpresa hizo que mi única reacción fuera quedarme mirando. Me dedicó una sonrisa arrogante y seductora mientras se sentaba al borde del portal.

Metió las piernas en el agua y me di cuenta de que no se transformaban. Sus piernas seguían siendo piernas humanas: musculosas, gruesas y bien bronceadas. Y su polla seguía firmemente anidada entre ellas.

Me di cuenta de dos cosas. Una, que el lago era de agua dulce, no salada. Y dos, que no llevaba la parte de arriba del bikini, así que, si entraba, estaría tan desnuda como él.

Solté un grito ahogado. —No puedo entrar ahí —objeté con una ferviente sacudida de cabeza—. No sé cómo transformarme sin agua salada. ¡Y no tengo ni la más remota idea de cómo nadar sin la cola! —Por no hablar de lo de estar desnuda.

—Tranquila, vine preparado. —Metió la mano en el bolsillo de sus pantalones tirados, sacó algo y me lo lanzó.

Lo cogí por instinto, esperando totalmente que fuera un condón y preparándome para regañarle por pensar que era tan fácil; aunque, en realidad, ¿a quién pretendía engañar?

Miré mis manos y vi que era un pequeño vial lleno de un líquido transparente.

—Es agua salada —dijo con una risita que indicaba que sabía exactamente por dónde iban mis pensamientos. Pero aún había un

desafío en sus ojos de olas de playa.

Lo entendí todo y solté una risa autocomplaciente, todavía insegura sobre este experimento. La piscina en la sala de entrenamiento era todo agua salada, así que no tenía problemas para mantener mi forma de sirena allí. ¿Pero esta pequeña cantidad de agua salada?

—¿Cuánto durará? —pregunté, con el pulso acelerado al pensar en volver a mi forma humana demasiado lejos del portal.

—Estarás bien —me tranquilizó Kendall con una risita—. Una vez transformada y en el agua, tu cuerpo no tendrá ninguna razón para volver a su forma humana hasta que tu piel comience a secarse. De hecho, a muchas sirenas les cuesta volver a su forma humana en el agua, sea salada o no.

—¿En serio? —pregunté, un poco más confiada—. ¿Y por qué querrían?

—En público, con humanos, ¿te imaginas dejar que tu cola salga accidentalmente porque te ha salpicado un poco de agua? Eso te expondría a ti y a toda nuestra especie. De hecho, ese es el propósito de nuestra clase de Transformación. Todas las demás especies de esta academia dedican ese tiempo a aprender a cambiar de forma. Nosotros lo usamos para aprender a *no* hacerlo.

Asentí. Eso tenía sentido.

—Así que pensaste en traerme un tubo de agua salada, ¿pero no me has traído la parte de arriba del bikini? —pregunté, poniendo las manos en las caderas en una pose juguetonamente acusadora.

Kendall sonrió con falsa inocencia y se encogió de hombros. —Supongo que se me olvidó. —Su tono era sensual, y ese desafío todavía ardía en su mirada.

Una emoción recorrió mi interior. Rara vez me echaba atrás ante un desafío. Así que, pensé que era hora de subir la apuesta.

Me quité la camiseta y la tiré al suelo, cerca de su ropa. Luego me deslicé fuera de mis pantalones y bragas, manteniendo el contacto visual con él todo el tiempo. No pude evitar sonreír con suficiencia

cuando sus ojos rompieron el contacto para mirarme fugazmente, con la apreciación dilatando sus pupilas.

Lo único que no me quité fue mi sujetador de encaje negro. No tenía sentido desvelar todos mis secretos todavía. Tenía que hacerle trabajar por *algo*.

Con una ceja arqueada irónicamente, dio una palmadita en el suelo a su lado, al borde del portal, y me acerqué contoneándome para sentarme. Abrí el vial y froté el agua salada sobre mis muslos desnudos como si fuera una loción.

La reacción fue instantánea, mis piernas se fusionaron y escamas rosas cubrieron mi carne.

—Realmente tienes una cola preciosa —comentó, y pude sentir su intensa mirada ardiendo en mis escamas desde la cadera hasta la punta mientras la bajaba por el borde.

El agua fría del lago se sentía increíblemente bien en mi cola, y me deleité con la sensación de mis aletas ondeando en la suave corriente.

Respondiendo a la inmersión parcial, la mitad superior de mi cuerpo continuó la transformación, y el dolor agudo en mi cuello significaba que mis branquias habían salido. Intenté respirar, pero mi garganta y pulmones me escocían como si estuvieran en llamas.

—Rápido. Entra del todo para que puedas respirar —advirtió Kendall.

Me solté de los bordes del portal y me dejé caer. La siguiente vez que inhalé, el agua llenó mi boca abierta, aliviando el dolor ardiente. Podía respirar. El alivio me inundó.

Kendall estuvo a mi lado poco después. El agua estaba tan limpia que podía ver toda su figura con una claridad cristalina. Su cola ya había salido, y me sentí aliviada y triste a la vez por ello.

—¿Cómo te sientes? —Sus palabras salieron amortiguadas y amplificadas a la vez mientras flotábamos en el agua, y pude entender claramente cada sílaba.

Me moví para que las sensaciones se asentaran. —¡Me siento genial!

La conmoción reverberó a través de mí al oír y sentir mi propia voz en el agua. Era la cosa más extraña que había experimentado hasta ahora, y eso era mucho decir después de todo lo que había pasado en esta academia.

—Bien, vamos a nadar. —Kendall señaló hacia el agua abierta, aparentemente interminable.

Sin más palabras entre nosotros, nadamos uno al lado del otro por el lago. Esto era completamente diferente a nadar en la piscina. Aquí no había límites, no había fronteras. Podía moverme como quisiera sin preocuparme por chocar contra la pared o una sirena cabreada. Y a Kendall no pareció importarle en absoluto cuando de vez en cuando lo rozaba.

Nadamos por todas partes, y me quedé asombrada por la libertad que sentía. Bancos de peces se arremolinaban a nuestro alrededor de vez en cuando, y era increíble verlos acercarse tanto. Sentí que no era una intrusa extraña, como si perteneciera a estas aguas que ellos llamaban su hogar.

Un pez nadó directamente hacia mi cara, y junté mis manos debajo de él, invitándolo a acercarse tanto como quisiera. El pececillo aceptó mi invitación y se frotó suavemente contra mi mejilla antes de volver a unirse a su banco y desaparecer en las profundidades.

—Quiero enseñarte algo —dijo Kendall.

Asentí, ansiosa por seguirlo.

Nadé detrás de él, dejando que las corrientes de sus aletas me guiaran. Era extraño lo fácil que era estar en sintonía con él.

Nos sumergimos más profundo. La temperatura del agua comenzó a bajar, aunque no lo suficiente como para molestarme. Me preguntaba hasta dónde podría bucear y qué limitaciones tenía mi cuerpo de sirena. ¿A qué profundidad la presión se volvería demasiado grande? ¿O nuestros cuerpos estaban simplemente hechos para recorrer todo el fondo del océano?

Una gran forma apareció delante, y mis ojos se abrieron de par en par. —¿Dónde estamos?

—Es un naufragio. Hay montones de estas cosas aquí abajo.

El cuerpo del barco todavía estaba intacto, una gran rueda de agua descansaba a su lado como si la hubieran apoyado contra un costado. Había algo pintoresco en la construcción de madera, la cubierta con barandillas, las altas chimeneas que sobresalían de la parte superior, aunque todo estaba cubierto por una gruesa capa de mugre y algas.

—¿Montones de naufragios?

—Te sorprendería la cantidad de cosas que hay en el fondo del lago. Vamos. —Kendall se deslizó por una ventana en el costado del barco.

Lo seguí, curioseando por el oscuro interior. Era tan impresionante como espeluznante. Un viejo piano estaba en una esquina, y lo que debieron ser candelabros de cristal colgaban del techo, torcidos en un ángulo extraño mientras cedían a la gravedad y al empuje del agua. Las sillas yacían desordenadamente por el suelo, todo cubierto por un manto verde.

—Este es uno de los mejores pecios. No se perdieron demasiadas vidas. En otros, prácticamente estás escarbando entre huesos.

Reprimí un escalofrío. —¿No hay cadáveres aquí, verdad?

—No. Creo que todos fueron arrastrados por la corriente. Pero dejaron algunas cosas bastante chulas. De hecho, es parte de cómo financiamos la academia. Los sirenos son excelentes cazadores de tesoros de aguas profundas.

Limpié la baba de una de las gotas del candelabro, liberando una nube de porquería. Tosí, el agua saliendo a borbotones de mis branquias. Pero un poco del cristal brilló a través.

—Oh, ten cuidado. No queremos enturbiar demasiado las aguas con algas.

Asentí de acuerdo.

—Toma. —Kendall envolvió su mano alrededor de la gota de cristal, maniobrándola con cuidado para sacarla del candelabro—. Un recuerdo de nuestra pequeña aventura.

—¿Qué, no hay flores? —bromeé, cerrando mi mano alrededor de la pequeña baratija.

Se encogió de hombros juguetonamente, retrocediendo unos centímetros. —Somos sirenos. Supongo que nuestras costumbres de cortejo son un poco diferentes.

—¿Es eso lo que es esto? —pregunté, manteniendo mi tono coqueto y ligero—. ¿Me estás cortejando?

—Eso espero. —La mirada sincera en su rostro hizo que todas mis barreras se desintegraran.

Kendall se inclinó más cerca. Podía sentir el calor de su cuerpo irradiando a través de la pequeña cantidad de agua entre nosotros, y se hacía cada vez más pequeño.

Mi pulso se aceleró en anticipación mientras su rostro se acercaba, su nariz rozando la punta de la mía. Era tan diferente a cómo habían ido las cosas con Tobias anoche, tan gentil y paciente, pero el mismo deseo ardiente que ese incidente había encendido no me había abandonado, y ardía de nuevo ahora.

Cerré la distancia, encontrando suavemente sus labios suaves con los míos. Sus labios se separaron y se cerraron de nuevo sobre mi labio inferior con una gracia seductora que hizo que mi cuerpo se derritiera contra su firme pecho.

Olvídate de Tobias. Olvídate de Tobias.

Lentamente, nos enredamos el uno en el otro, sus manos deslizándose por mis caderas e haciendo que mis escamas se erizaran de deseo. El beso se profundizó, su lengua se deslizó y acarició suavemente mis labios al principio, luego entró en mi boca mientras se me escapaba un gemido.

Me agarró las caderas y me atrajo hacia él mientras nos deleitábamos con nuestras bocas. La necesidad ardiente creció con una exigencia que no tenía idea de cómo satisfacer en esta forma, y todo lo que podía hacer era restregar mi pelvis contra la suya en vano.

Rio entre dientes con voz grave y oscura contra mi cuello mientras sus labios se movían para mordisquear mi oreja. —Sé lo que quieres —ronroneó—. ¿Quieres que te enseñe?

En una nebulosa de necesidad y deseo, jadeé: —¿Qué?

Su mano se deslizó sobre la curva de mi culo, apretándola brevemente para hacerme soltar un grito ahogado, luego deslizó sus dedos aún más abajo para rodear una abertura increíblemente sensible que ni siquiera sabía que existía.

Antes de que pudiera registrar el cambio en mi estructura corporal, deslizó su dedo dentro de mí. Solté un grito ahogado y me agarré a sus hombros, estremeciéndome ante el placer inesperado. Su dedo se movía hacia adentro y hacia afuera con un ritmo lento y rítmico que me mareaba mientras me perdía en la abrumadora sensación.

Con su mano libre, inclinó mi barbilla hacia arriba para poder besarme mientras me tocaba, su lengua jugando en mi boca mientras la punta de su dedo jugaba con mi coño. Como si sintiera mi tensión y deseo aumentados, incrementó el ritmo de sus caricias, penetrándome cada vez más profundo, empujándome al límite.

De repente, me estaba corriendo, el placer cayendo sobre mí como una tormenta turbulenta. Mi cuerpo temblaba con cada ola, y él continuó besándome hasta que las olas amainaron, y quedé lánguida contra él.

Cuando terminó, lo miré a los ojos durante un largo momento.

—Eso ha sido… increíble —respiré, dándome cuenta con casi desesperación de que quería más.

Nunca se me había ocurrido siquiera preguntarme cómo era posible el sexo en nuestra forma cambiada, y ahora que lo había probado,

estaba inflamada con la idea de experimentarlo. Aquí, en este lugar mágico, con él… ya sabes, por la ciencia.

—Puedo enseñarte todo tipo de cosas —ronroneó, robándome un último pico de mis labios hinchados.

Luego, con una expresión de dolor, se apartó. —Pero por ahora, deberíamos volver a la academia. Se está haciendo tarde, y no queremos estar fuera cuando se vaya la luz.

Ligeramente decepcionada y un poco alterada por nuestra escapada, acepté a regañadientes.

Salimos nadando del barco, y lo seguí de nuevo, sin darme cuenta de que habíamos subido en ángulo hasta que la presión a mi alrededor comenzó a aliviarse, y la Cúpula se cernía grande y redonda bajo nosotros. Podía ver toda la academia desde esta vista de pájaro, o más bien, de pez. Parecía tan pequeña desde aquí arriba. La gente que caminaba por las aceras parecía hormigas arrastrándose por una granja de hormigas supertecnológica.

Kendall extendió la mano para coger la mía, y le dejé. No había palabras para describir el sentimiento que me recorría. Estaba más que agradecida de que me hubiera elegido para compartir este increíble secreto, y más que emocionada por lo que acabábamos de hacer. Nunca me había sentido más en casa en ningún lugar de mi vida que flotando en este lago, y me entristecía tener que dejarlo.

Nadamos de vuelta al portal bajo el borde de la cúpula y él salió primero para ayudarme a salir del agua.

A pesar de nuestro momento apasionado en el barco naufragado, y la dulzura íntima en los ojos de Kendall mientras me miraba ahora, no me sentía terriblemente cercana a él. Me gustaba, y absolutamente quería explorar más de la sexualidad sirena con él, pero había algo que me impedía querer algo más allá de lo físico con él.

Debería querer estar con él. De todos los chicos que había conocido, era el que mejor encajaba conmigo. Era un sireno y podía enseñarme sobre nuestra especie, podía sumergirme en la cultura y

las tradiciones, hacerme una verdadera parte de ellos. Y era agradable, listo, tremendamente sexy, y parecía tener estatus y un futuro brillante en el mundo de los cambiantes.

—¿Puedo acompañarte a tu dormitorio? —preguntó cuando ambos nos vestimos. ¿Era eso un sonrojo juvenil lo que coloreaba sus mejillas?

—Bueno, ambos vamos al mismo sitio, así que claro —dije con una risita.

Me cogió la mano de nuevo, e intenté abrirle mi corazón mientras le devolvía el apretón. Salimos de la habitación oculta y paseamos de nuevo por el jardín para volver al edificio principal.

Y justo cuando atravesamos las enormes puertas principales, vi la razón por la que no sentía nada por Kendall. La persona a la que quería más a pesar de todas las gilipolleces por las que me había hecho pasar.

Tobias. Y estaba… que echaba humo.

Capítulo 22

Tobias

Apreté con fuerza la bolsa de papel en mi mano derecha mientras me colaba en la cafetería. Seguro que las patatas fritas se estaban enfriando. Esperaba volver a subir a hurtadillas sin que me vieran, pero por los pelos no me pillaron dos miembros del profesorado nada más volver a The Dome y entré en pánico.

Mi altura era sin duda un obstáculo para las misiones de sigilo. Medir un metro ochenta no me dejaba muchos sitios donde esconderme, y mi complexión grande y musculosa podía ser útil en una pelea, pero me dejaba poca maña para pasar desapercibido.

Aunque mis escamas de dragón tenían la rara habilidad del camuflaje, mi piel sin transformar no poseía la misma destreza, y no era plan de transformarme ahora mismo, ya que sería un desperdicio de ropa en perfecto estado.

Así que mi única opción era meterme en la cafetería y esperar como un cobarde.

Eran casi las siete y se suponía que no debía estar fuera de mi dormitorio, y mucho menos fuera del recinto del centro. Todos los demás estudiantes podían entrar y salir a su antojo, pero el General me había prohibido salir sin permiso, y que me pillaran escapándome para comprar comida basura resultaría en lo que estaba seguro de que sería un castigo ingenioso y retorcido.

No debería haber salido, pero después del fiasco de la fiesta de anoche, necesitaba desesperadamente salir de allí. Por no mencionar que se lo debía a Niko y a Brett. Habíamos perdido la oportunidad de ir a por patatas con chili y queso, y me habían estado dando la tabarra con eso todo el día.

Las patatas se estaban enfriando, pero unas inofensivas llamas lo arreglarían si lograba volver a la sala común sin ser visto. Solo tenía que esperar a que el personal abandonara el Gran Salón y regresara a sus aposentos.

Tras unos minutos que parecieron eternos, las voces cesaron y el sonido de sus pasos se desvaneció en el silencio. Pasaron varios minutos sin rastro de nadie, así que rodeé la entrada de la cafetería, listo para subir corriendo las escaleras, pero las puertas principales se abrieron y volví a esconderme en el umbral. Había otros dos estudiantes que entraban desde el jardín.

¿Qué hacían fuera tan tarde?

Espera.

Tras parpadear varias veces, me dije a mí mismo que el espeso pelo oscuro de la chica pertenecía a una de las secuaces de Cora, Letti, porque reconocí la onda de pelo castaño claro del muñeco de Mattel con el que iba.

Ken.

Pero después de la fiesta, y después del *incidente* con el chico pez, sabía que Kendall ya no salía con Letti porque estaba interesado en…

Arya se rio de algo que dijo Kendall, y la sangre me hirvió. Después de lo que compartimos anoche, el momento tórrido que robamos en la fiesta, ¿estaba con *él*? Así que íbamos a actuar como si nunca hubiera pasado. Como si no hubiéramos estado aferrándonos el uno al otro para salvar la vida, como si no hubiéramos parado justo antes de follar como locos solo porque nos interrumpieron.

Sentí que mis escamas se erizaban ligeramente y luché por recuperar el control de mi respiración. Cerré los ojos con fuerza y reprimí a mi dragón interior. Nunca antes me había costado tanto. Un cambiante que no podía controlar su transformación era un débil. Pero claro, nunca antes me había exasperado tanto algo o alguien.

Ya sin importarme que me pillaran los profesores, me erguí en toda mi estatura y me planté justo delante de ellos.

Kendall se estremeció ante mi avance, y me alegró saber que el pez me temía. Arya entornó los ojos, con una sonrisa pícara oculta en ellos, como si pudiera ver a través de mí. Y tenía el pelo chorreando.

—¿Qué hacéis fuera tan tarde y, además, mojados? —pregunté, mi voz sonando como un ladrido al no poder mantener un tono casual.

Arya se limitó a enarcar una ceja.

Kendall frunció el ceño, claramente recuperado de su reacción inicial. —¿Por qué no te metes en tus asuntos y nosotros haremos lo mismo? ¿A menos que quieras que tu padre se entere de que te has escapado?

Agarró a Arya del codo para llevársela.

Me moví hacia un lado para bloquearles el paso, viéndolo todo rojo. ¿Qué estaba haciendo? ¿Por qué no podía simplemente dejarlo pasar? ¿Por qué me importaba lo que ella estuviera haciendo o con quién?

—Por si te interesa, Kendall me ha llevado a nadar —dijo Arya secamente, clavándome su intensa mirada azul.

—La piscina cierra los fines de semana —dije, provocándola.

Sus ojos se desviaron hacia el techo, esquivando mi insinuación, y caí en la cuenta de que había dicho: «me ha llevado».

—Los tritones tienen que nadar —dijo Kendall, encogiéndose de hombros—. No eres el único que tiene privilegios especiales.

El pánico recorrió mi pecho ardiente. Kendall, de algún modo, la había sacado *fuera* de The Dome y la había llevado al lago. Conocía una salida que yo no. Y si los vampiros los hubieran seguido de alguna manera…

Iba a hacer algo peor que meter a Arya en un lío. Iba a conseguir que la mataran.

—¿En qué demonios estabas pensando, dejando que te sacara de The Dome al atardecer? —le espeté.

Sus mejillas se arrebolaron ante la acusación, pero su ceño se frunció aún más. —¿Y a ti qué te importa? ¿Qué más da que hayamos ido a darnos un baño inofensivo?

Imaginé a un vampiro cortándole el cuello en el fondo del lago, su sangre tiñendo el agua a su alrededor, y un miedo verdadero se apoderó de mí.

—Importa que te hayas escapado de The Dome, como sea que lo hayas conseguido —dije furioso—. Importa que lo hayas hecho mientras se ponía el sol. Los vampiros llevan años buscando nuestro centro, y podrías haberlos conducido directamente hasta él, directamente hasta ti. ¿O es que quieres acabar igual que tu madre?

Sus ojos se abrieron de par en par, sus fosas nasales se ensancharon y su boca formó una O perfecta de indignación.

Antes de que me diera cuenta de lo que estaba pasando, su mano me abofeteó la mejilla con la fuerza suficiente para girarme la cabeza.

Mierda. ¿Por qué coño he dicho eso?

De repente, deseé no haberme acercado a ellos, no haber salido de la seguridad de mi habitación en todo el día.

Volví a mirarla, sintiéndome pequeño y frágil bajo el odio que encontré en sus ojos.

—¡Que te jodan! —escupió entre dientes, luego se soltó del agarre de Kendall y subió las escaleras pisando fuerte sin siquiera mirar atrás.

La risa sombría de Kendall me llegó a través del zumbido en mis oídos.

—Buena esa. Parece que voy a ganar nuestra apuesta. Por cierto, sabe a caramelo. —Se llevó el dedo índice a los labios y se lo metió

en la boca, luego me dedicó una sonrisa maliciosa al sacarlo con un chasquido.

Estaba demasiado aturdido por mi propia idiotez para sentir rabia ante su insinuación.

—Ta, ta, Tobias —dijo Kendall con un gesto de sus dedos chupados antes de subir corriendo las escaleras tras Arya.

¿Qué demonios me pasaba? ¿Cómo había dejado que esta situación se me fuera tanto de las manos? Se suponía que debía acercarme a Arya, hacerme su amigo, y sin embargo, todo lo que parecía estar logrando era que odiara mis escamosas y achicharradas entrañas.

Y empujarla directamente a los brazos del chico pez, al parecer. Estaba claro que los dos habían estado haciendo algo más que nadar ahí fuera, y cuanto más lo pensaba, más me saturaban los venenosos celos.

Agarré la bolsa de patatas fritas, el papel crujiendo en mi puño cerrado, y subí corriendo las escaleras hacia mi propio dormitorio, intentando con todas mis fuerzas fingir que esta noche nunca había ocurrido y ansioso por ahogar mi orgullo herido en chili con queso.

Capítulo 23

Caesar

—Tienes suerte, ¿lo sabes? —dijo Kai mientras me seguía el paso. Era lunes por la mañana, cosa de una hora antes de que empezaran las clases, e íbamos del Gran Salón a nuestras aulas.

—¿Y qué te hace decir eso? —pregunté.

Kai resopló. —Como grifo, puedes escaparte sin más como hiciste hace dos noches y volar por el cielo todo el tiempo que quieras, alejándote de la claustrofobia de la Cúpula.

Fruncí el ceño. No es que hubiera estado volando por diversión hacía dos noches. Me había reunido con Julian Asher. Y si se corría la voz de que me había estado comunicando y conspirando con un vampiro —incluso con uno que se había aliado a la causa de los cambiantes —, no podía ni imaginarme las consecuencias que acarrearía.

Cualquier vampiro era una amenaza a ojos de los militares, así como de todos los demás cambiantes que conocía, aunque afirmaran estar ayudando a los de nuestra especie.

—Claro, puedo subir a la superficie y pasear por las calles de las ciudades de alrededor —continuó Kai—. Pero no puedo hacerlo en mi forma de kitsune sin que me vean como un bicho raro.

—Tú inventaste este lugar, Kai —dije—. Cogiste la posibilidad de esta escuela submarina y la hiciste realidad. ¿Y ahora sientes que sus muros se te echan encima?

Kai enarcó una ceja. —Oh, he inventado un montón de cosas que no me han gustado.

—¿Ah, sí? —dije—. Dime una.

—Fácil. El dispositivo de sellado dental.

Le dediqué una mirada de confusión. —En todos los dormitorios hay uno de esos. Todos nuestros alumnos lo usan dos veces al año y has eliminado por completo la necesidad de la odontología en la escuela, lo que permite a los sanadores centrarse en otras cosas. Es una de las mejores máquinas de salud preventiva que has creado jamás.

Kai echó un vistazo furtivo por el pasillo vacío que se extendía entre la Sala de Entrenamiento Militar y el Laboratorio de Investigación, como para asegurarse de que estábamos solos. —¿Quieres saber un secreto? Llevo años sin usarlo.

Solté una risita. —Seguro que tienes la boca llena de caries.

—Prefiero tener caries a que *todo* lo que mastico parezca que está hecho de goma.

Me encogí de hombros, negando con la cabeza. —Cuesta unos días acostumbrarse a la elasticidad extra. Pero ahora ya ni lo noto.

—Es maravilloso saber que eres tan bueno…, adaptándote —dijo Kai, tropezando con el trabalenguas improvisado—. Pero ¿yo? Nunca pude acostumbrarme a esa sensación de goma. Y no voy a mentirte, Caesar. Me está costando mucho permanecer confinado en la Cúpula. Llevo aquí años. No me malinterpretes, esta alianza de cambiantes es necesaria y estoy agradecido por ella.

—¿Quieres marcharte? —discerní.

El kitsune ladeó la cabeza. —No *marcharme* del todo. Más bien un cambio de aires.

—¿Cómo cuál?

Kai se detuvo en seco, haciendo que yo hiciera lo mismo. Me di la vuelta para mirarlo.

—Soy un maestro inventor —dijo, como si el título fuera algo tan fácil de llevar como un par de zapatos—. Y doy clases de matemáticas.

—Eres un recurso inestimable en ambas capacidades —convine.

Kai negó con la cabeza, con un anhelo en los ojos mientras miraba al suelo. —No es suficiente. Quiero más.

Lo estudié durante unos instantes.

—¿Quieres mi puesto? —pregunté, medio en broma, medio en serio —. Porque es todo tuyo.

Kai frunció el ceño. —No, no, no. No quiero tu puesto. Apenas puedo dirigirme a mí mismo, como para dirigir una escuela entera.

—¿Qué es lo que quieres? —pregunté, aparcando las bromas.

Vacilante, Kai echó un vistazo nervioso a sus espaldas. El pasillo seguía vacío. —¿Nunca lo echas de menos?

Parpadeé. —¿Echar de menos el qué?

—La primera línea, Caesar. ¿De verdad vas a hacerme deletrearlo? Echo de menos las peleas contra vampiros. La necesidad de proteger a nuestra gente.

De repente, me sentí cansado y viejo. —Kai, esos días quedaron muy atrás.

—Quizá para ti —replicó Kai—. Y entiendo tu razonamiento y tu culpa.

¿Culpa?

Apreté la mandíbula. Kai se refería a la promesa que rompí hacía siete años. La promesa que les hice a mis padres de no unirme a las fuerzas militares. Una promesa que, al romperse, había resultado en sus muertes. Aquel día había abandonado las armas y juré encontrar una forma diferente de derrotar a Hadrian que no requiriera mi sudor y mi sangre en el campo de batalla. Y heme aquí. Director de la escuela.

Y, al parecer, coordinador de espías vampíricos.

—Mira, lo único que te pido es que consideres trasladarme a las fuerzas militares. Mi equipo de ingenieros es más que capaz de hacerse cargo de los proyectos de la escuela. Y si encuentras tiempo para echar un vistazo a los esquemas que te envié hace un par de

días, verás que soy el candidato perfecto para gestionar el sistema de rastreo de vampiros para los militares.

Exhalé lentamente, con los dientes apretados y las mejillas hinchadas. Sabía que la intención de Kai no era irritarme. Pero las heridas producidas por la pérdida de mis padres se reabrían con facilidad.

—Repasé anoche los esquemas —dije al fin—. Tienen buena pinta y creo que Celeste estará dispuesta a financiar los prototipos. Pero que apruebe esto no significa que vaya a aprobar un traslado a las fuerzas militares.

Kai frunció el ceño; era evidente que se le habían bajado los humos.

—Eres demasiado valioso para enviarte a la lucha —expliqué, suavizando el tono—. Y tus proyectos de ingeniería están haciendo mucho más por nuestra causa de lo que probablemente crees. Confía en mí, estás apoyando a los militares solo con quedarte aquí y darles cualquier ventaja tecnológica posible.

—Supongo que me pongo nostálgico con los días en que tú, yo y Jade éramos el ejército de los cambiantes —dijo, con una media sonrisa.

La mención de Jade trajo consigo otra oleada de tristeza. Había sido nuestra amiga en la antigua escuela; una naga. Habíamos estudiado juntos durante años, al ser de la misma edad y cursar las mismas clases. Incluso nos habíamos graduado al mismo tiempo. Pero Jade había muerto en una de nuestras peleas contra los vampiros. Hadrian había tomado su cola como trofeo.

—En aquel entonces, éramos los únicos dispuestos a luchar —dije—. Y ahora, hemos sido capaces de entrenar a muchos otros para que continúen lo que empezamos.

—Tampoco tengo ya dieciocho años —añadió Kai—. Por mucho que odie admitirlo, estar encerrado detrás de una mesa de laboratorio durante siete años me ha vuelto fofo y lento.

Me reí entre dientes. —Eso nos pasa a uno de los dos.

Kai me lanzó una mirada fulminante, lo que me hizo reír aún más fuerte.

Le puse una mano en el hombro. —El fin de Hadrian está cerca. Puedo sentirlo. Quédate aquí e inventa. Te necesitamos. Pronto, ninguno de nosotros será necesario en primera línea nunca más y podré hacerme viejo y gordo contigo.

Mi reloj inteligente sonó, alertándome de que una reunión estaba a punto de comenzar.

—Tengo una cita con Arya Walker. Probablemente esté en la puerta de mi aula esperándome.

Los ojos oscuros de Kai se abrieron de par en par. —¿*La* Arya?

Asentí, luego me di la vuelta y me dirigí a la puerta cercana que conducía al pasillo de las aulas.

—¿Aún crees? —me gritó Kai.

—Sí —respondí sin darme la vuelta—. Hablamos luego.

Atravesé la gran entrada, con los zapatos repiqueteando en el suelo liso. Siguiendo la curva de la Cúpula, pasé por delante de las cuatro primeras aulas. Efectivamente, encontré a Arya apoyada en la puerta cerrada. Estaba ocupada charlando con otra alumna: Ashlyn Summers, una de las cambiantes fénix e hija de Ignacius Summers, uno de los mayores protectores de la escuela.

—Siento llegar tarde, señorita Walker —dije, interrumpiendo su tranquila conversación—. Estaba ocupado hablando con otro profesor.

Ashlyn me sonrió y luego le guiñó un ojo a Arya. —Te veo en clase.

Arya asintió y la despidió con la mano, apartándose de la puerta. —Hasta luego.

Toqué mi reloj y abrí la puerta de mi aula.

—Gracias por venir, Arya —dije—. Me alegro de ver que ha podido hacer algunas amistades aquí en la escuela.

Entramos, activando el sensor que encendía las luces.

—Ashlyn es genial —respondió—. Y no ha sido fácil, pero he conseguido hacer algunos otros amigos.

Asentí mientras me sentaba en la silla detrás de mi escritorio. Encendí la tableta integrada en el escritorio e hice un gesto hacia las sillas frente a mí. —Por favor, tome asiento.

Arya apartó una de las sillas de debajo de la mesa y se sentó rápidamente.

—¿Con quién más ha hecho amistad aquí en la escuela?

Se encogió de hombros, mirando hacia su regazo. —No con muchos más, la verdad. El único tritón que está dispuesto a ser mi amigo hasta ahora ha sido Kendall. Los demás alumnos tritones han mantenido las distancias conmigo, excepto los que parecen odiarme especialmente.

Fruncí el ceño. No me esperaba el ostracismo que estaba ocurriendo y realmente no sabía qué podía hacer al respecto. Resulta que, ya fueran humanos o cambiantes, los adolescentes podían seguir siendo unos capullos entre ellos.

—Siento que esté teniendo problemas con los otros tritones de aquí. Ojalá la hubiéramos encontrado antes. Habría ayudado en muchos sentidos. Pero, por otro lado, sus experiencias al crecer entre humanos la han convertido en la persona que es hoy. Si hubiera venido antes, podría no ser la señorita en la que se ha convertido.

Esperaba que esas palabras le dieran algo en qué pensar.

—¿Ha hecho alguna otra amistad con alumnos que no sean tritones?

Arya asintió, señalando con el pulgar por encima del hombro. —Ashlyn ha sido una muy buena amiga. Es… muy parecida a mí. Nos hemos llevado bien desde que nos conocimos la semana pasada.

Estaba bastante al tanto de los problemas por los que había pasado Ashlyn. Su padre, Ignacius, me había confiado varias veces la dura

crianza de Ashlyn entre humanos. A ella también le había costado bastante encajar aquí.

—Parece que Ashlyn es una buena amiga. Y lo más probable es que ella la necesite tanto como usted a ella.

—He oído que por aquí, la gente tiende a juntarse con los de su propia especie —dijo, con un deje de resentimiento en la voz—. Ya sabe, ¿las sirenas con las sirenas, los dragones con los dragones?

Esbocé una sonrisa. —Yo no diría que todo el mundo sigue esa tendencia. Si lo hiciera, sería una persona muy solitaria. Soy el último grifo que queda, al menos que yo sepa. Mi mejor amigo es un kitsune: Kai Inari, su profesor de matemáticas. Y también considero a Celeste una buena amiga.

—¿Y qué hay de mi amiga Shea? —preguntó Arya.

La mención de ese nombre me produjo una ráfaga de calor que me recorrió el pecho. ¿Cómo iba a olvidarme de la enérgica morena, sobre todo después de que su debut desnuda se me hubiera grabado en las retinas?

—¿Se refiere a su amiga que vino con usted la noche que la traje a la Cúpula? —pregunté, esperando que no pudiera ver a través de mi fingido desdén.

Arya asintió.

—Hay una larga historia de hostilidad entre brujas y cambiantes —le advertí, aunque de repente deseé que no fuera cierto—. Como su uso de la magia no tiene límites ni gobierno, suponen una amenaza considerable para nuestra especie. Y le puedo asegurar que ellas confían en nosotros tan poco como nosotros en ellas.

—¿Quiere que deje de hablar con ella por completo? —preguntó, con la angustia y la ira agudizando su tono.

Apoyé ambas manos en la mesa y me incliné hacia delante. —Usted es libre de elegir quiénes son sus amigos. Nadie más tiene derecho a tomar esa decisión por usted, y menos yo. Y quién sabe, quizá su amistad con Shea conduzca a futuras alianzas entre cambiantes y

brujas. ¿Quién puede decirlo? Solo le animaría a que fomente también la amistad con otros cambiantes.

Arya asintió, moviéndose un poco en su silla y luchando por mantener el contacto visual.

Sinceramente, yo también. Ya era bastante difícil no pensar en Shea en general, pero ahora que estábamos hablando de ella, era casi imposible sacármela de mis pensamientos inmediatos. Después de la forma en que se había colado en la escuela, que sinceramente fue muy impresionante, no podía evitar preguntarme —con expectación — si podía esperar otro intento de allanamiento.

—Por cierto, ¿cómo está su amiga Shea? —solté antes de poder contenerme.

Arya ladeó la cabeza hacia mí, obviamente sorprendida por la pregunta.

—Es solo que ya se ha colado una vez —añadí, tratando de cubrir mis huellas—. Y tengo curiosidad por saber si podemos esperar que lo intente de nuevo.

Arya suspiró y negó con la cabeza. —No lo creo. Ehm… —Su mirada se alzó hacia mí antes de desviarse mientras continuaba—. Hubo una fiesta la otra noche en casa de Jackson, y Shea fue conmigo con la esperanza de ganarse a algunos de los otros estudiantes.

Me incliné hacia delante de repente. —¿De verdad? ¿Qué ocurrió?

Había oído hablar de esa fiesta, y Kai había intentado convencerme de que la chafáramos. Pero lo último que un puñado de adolescentes alborotados querría es que sus profesores, una década mayores, se presentaran en su fiesta, y, sinceramente, beber con mis alumnos no entraba en mi lista de actividades favoritas para el fin de semana.

Si hubiera tenido la menor idea de que Shea iba a aparecer, no estoy seguro de que hubiera podido mantenerme alejado…

El ceño de Arya se frunció aún más. —Bueno, empezó muy bien. A todo el mundo le encantó. Hizo una demostración de magia de fuego

muy vistosa, y todos supusieron que era un fénix, así que ella simplemente les siguió la corriente.

Me reí entre dientes, imaginando la escena que Arya describía. No era difícil imaginar a la tenaz bruja encantando incluso a mis tercos estudiantes.

—Pero todo se fue al garete cuando descubrieron que en realidad era una bruja —continuó Arya con una mueca—. Después de cómo la echaron, prácticamente a patadas, no sé si va a seguir intentándolo.

Parecía triste por ese hecho, y no podía distinguir su pesar del mío. Sinceramente, no sabía cómo sentirme respecto a lo que le pasó a Shea. Había rabia porque mi propia gente la había tratado tan horriblemente, confusión por qué me importaba y esperanza de que la pequeña bruja no se rindiera tan fácilmente.

Maldita sea, realmente necesitaba dejar el tema de Shea antes de ceder más a la exigencia de mi propio interés creciente en ella.

Me aclaré la garganta. —La verdadera razón por la que le pedí que nos reuniéramos esta mañana era para saber cómo le va en general. ¿Cómo van sus clases?

—En su mayor parte, van bien —dijo—. Hay tanto que aprender, todo es tan nuevo. A veces puede ser abrumador.

—Me lo imagino —respondí, apartando los pensamientos sobre Shea de mi mente para centrarme en la chica que tenía delante—. Me gustaría poder decir que pronto será más fácil, pero no sé cuán honesta sería esa afirmación. Tiene años que recuperar.

Probablemente no sea lo mejor que podría decirle.

—Pero —enmendé rápidamente—, creo que de todos los estudiantes de la escuela, *usted* es la más capaz de asimilarlo todo rápidamente. Siga esforzándose. Le prometo que valdrá la pena.

Dudó y luego dijo: —Me está costando mucho transformarme a voluntad.

Me reí entre dientes de nuevo. —Hay un buen número de cambiantes que tienen dificultades con la transformación al principio. Tome a su amiga Ashlyn, por ejemplo. Todavía no se ha transformado en su forma de fénix. Y otros, como los licántropos, luchan por no transformarse durante la luna llena. A veces, estas cosas llevan tiempo. Intente ser un grifo con un padre que trata de enseñar la transformación llevándote a más de un kilómetro y medio de altura y dejándote caer.

Levanté una mano y la bajé lentamente, acompañándola con un silbido que fue de agudo a grave hasta que mi mano golpeó la mesa.

Los ojos de Arya se abrieron de par en par, más por humor que por sorpresa. —¿De verdad hizo eso?

Sonreí. —Varias veces. Mi madre siempre estaba allí para atraparme.

El recuerdo de mis cariñosos padres amenazó con hacer que mis emociones resurgieran de nuevo. Seguí hablando para mantenerlas a raya.

—A lo que voy es que siga intentándolo. Lo conseguirá y, pronto, será algo natural para usted.

La confianza se instaló en sus ojos azules y, al mirarlos, me sentí aún más seguro de que esta chica era la elegida. Esta era la sirena. Acabaría por entender las cosas a su debido tiempo. Y yo también.

—Las clases empezarán en breve —dije—. Será mejor que se vaya yendo.

—Gracias. Muchísimas gracias —dijo Arya con una sonrisa.

—De nada —respondí—. Y recuerde que mi puerta siempre está abierta. Si alguna vez necesita hablar, aquí estoy.

Asintió, se puso en pie y salió del aula.

Suspiré profundamente, tocando mi tableta para prepararme para la clase. Entre las reticencias de Kai, el potencial desconocido de Arya y

la frustrante presencia de Shea en mi mundo, iba a necesitar mucho más que suerte para superar este día.

Capítulo 24

Arya

—¿Arya? ¿Está prestando atención?

Al oír mi nombre, levanté la vista y vi a la señora Sharp observándome con expectación y marcando el ritmo con el pie donde estaba, de pie, frente a la clase.

Oh, mierda. Me había perdido tanto en mis pensamientos que no había estado prestando atención a la lección desde… quién sabe cuánto tiempo.

—Lo siento, señora Sharp —logré decir con una mueca de disculpa.

La señora Sharp frunció el ceño y sacudió la cabeza con desaprobación. —Por favor, trate de concentrarse mientras esté en mi clase, señorita Walker. Usted, más que nadie, lo necesita.

Los estudiantes a mi alrededor se rieron por lo bajo, haciendo que me hundiera en mi silla de pura vergüenza.

Pero, en serio, ¿cómo podía concentrarme después de todo lo que había pasado este fin de semana? ¿Qué demonios le pasaba a Tobias? O me ignoraba, o me besaba con rabia, o amenazaba con dar una paliza a cualquier chico que se atreviera a mirarme. Incluso cuando intentaba olvidarme de él y acercarme a otra persona, él estaba ahí, ya fuera en mi cabeza o delante de mis narices.

¿Por qué no podía sentir esto por Kendall? Ayer habíamos compartido una experiencia tan mágica en el lago. Era guapo, divertido y amable, y, joder, un tritón. Él era exactamente lo adecuado para mí y Tobias era todo lo que no me convenía.

Maldita sea, ya estoy otra vez. ¡Presta atención a la clase!

Me erguí en la silla y agucé el oído a lo que decía la señora Sharp, ignorando con determinación cualquier otro pensamiento sobre

cierto capullo de dragón.

—Se llama impronta —explicó la señora Sharp—. Cuando el cambiante en cuestión entra en contacto con su pareja por primera vez, se desencadena una profunda respuesta feromonal que lo vincula esencialmente a esa persona de por vida. Es básicamente amor a primera vista, una atracción instantánea e innegable como ninguna otra. Se obsesionan con la necesidad de estar cerca de esa persona tanto como sea posible, hasta el punto de que, si pasan demasiado tiempo separados de ella, pueden sufrir graves riesgos para la salud.

Alguien debió de levantar la mano mientras yo escribía notas en mi tableta, porque la señora Sharp le dio la palabra. —¿Sí?

—¿Solo ocurre cuando encuentras a tu pareja perfecta? —fue Jackson, el anfitrión de la fiesta, quien hizo la pregunta—. Por ejemplo, mis padres llevan juntos desde siempre, y no creo que ninguno de los dos se improntara del otro. ¿Significa eso que no son el uno para el otro?

La señora Sharp negó con la cabeza. —No, no es necesariamente el caso. La verdad es que no sabemos lo suficiente sobre lo que desencadena la impronta como para hacer ese tipo de afirmaciones. Ocurre tan raramente que no se han recopilado muchas pruebas. Solo sabemos que puede ocurrir en cualquier especie de cambiante, y que incluso podría ser aleatorio.

Pareció ponerse nerviosa mientras se apoyaba en su escritorio, se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja y miró al suelo. Como si se sintiera insegura por algo, pero no podía imaginar por qué.

Otro estudiante levantó la mano y ella lo señaló.

—¿Es verdad que el señor Sharp, el profesor de Dominio Ursa —y su marido—, se improntó de usted? —preguntó una chica que no conocía.

Las mejillas de la señora Sharp enrojecieron al instante y, de repente, su aparente inseguridad cobró sentido.

—Sí, se improntó de mí —respondió.

—Entonces, ¿los cambiantes también pueden improntarse de humanos, no solo de otros cambiantes? —preguntó otro chico.

—Así parece —respondió la señora Sharp—. Nuestro caso fue el primero en ser estudiado exhaustivamente con técnicas médicas modernas. Desde entonces, solo unas pocas parejas más han declarado haberse improntado, y solo una fracción de ellas resultaron ser casos reales.

»La verdad es que no sabemos por qué alguien se impronta de otra persona. Podría ser que sus feromonas tengan una estructura química similar o que su ADN prometa la mejor combinación para una descendencia óptima. O podría ser completamente aleatorio. Simplemente no lo sabemos —se encogió de hombros.

Apunté todo esto. El tema era fascinante, pero, sinceramente, esperaba no improntarme nunca de nadie. ¿Y si te enamorabas perdidamente de alguien que ya estaba en una relación feliz con otra persona? ¿O que no te considerara atractivo en absoluto? ¿O que te odiara por la razón que fuera?

Por lo que decía la lección, parecía que la impronta era unidireccional, y no podía imaginar nada más patético que necesitar físicamente estar cerca de alguien para el resto de tu vida que nunca podría corresponderte. Ya tenía suficientes problemas con los chicos por el momento.

Sonó el timbre y los estudiantes empezaron a cerrar sus tabletas y a meterlas en sus mochilas.

—Muy bien, eso es todo por hoy. Vuestra tarea para las próximas dos semanas es una redacción de diez páginas sobre una pareja de cambiantes de la historia que creáis que compartieron una impronta y por qué —anunció la señora Sharp, provocando un gemido colectivo de los estudiantes, especialmente de mí. No conocía a ninguna pareja de cambiantes famosa de la historia, así que me esperaba un buen trabajo de investigación.

Mis otras clases pasaron como un borrón mientras mis propios pensamientos obsesivos sobre Tobias y Kendall seguían atormentándome. Me sentí tan aliviada de que llegara la hora del almuerzo, de tener la oportunidad de salir de mi cabeza.

—¿En qué piensas tan intensamente? —preguntó Ashlyn mientras caminábamos de regreso al edificio principal.

—Oh, eh, en lo mal que se me da ser una sirena —mentí rápidamente—. La clase de Dominio de esta mañana ha sido un fracaso épico. No consigo que el agua haga nada, aparte de salpicar mientras chapoteo desesperadamente en ella.

Esa parte no era mentira. Gracias a cierto imbécil de dragón, la clase de Dominio había sido un esfuerzo inútil, y supuse que lo sería en el futuro previsible. Por muy conectada que me sintiera al agua cuando nadaba en ella, al parecer el agua no sentía lo mismo por mí. Los sentimientos no correspondidos parecían ser el tema del día.

Llegamos al edificio principal y Ashlyn me sujetó la puerta. —Bah, no te machaques mucho por eso. A mí se me da fatal ser un fénix. No puedo controlar el fuego dentro de mí ni de coña. Al menos tú puedes transformarte. Yo todavía no he podido hacerlo.

—Pero solo puedo transformarme como reacción al agua salada —corregí mientras entrábamos en el Gran Salón—. Tampoco puedo cambiar a voluntad.

—Y por eso, amiga mía, somos la pareja perfecta —Ashlyn guiñó un ojo.

—El pez fuera del agua y la chica de fuego sin plumas —resumí.

Ambas nos reímos y nos pusimos en la cola del bufé.

Después de coger la comida, busqué con la mirada un par de asientos vacíos en las mesas. Vi a Kendall haciéndonos señas para que nos acercáramos a su mesa, que estaba ocupada por algunos de sus amigos sirénidos.

Esbocé una media sonrisa como respuesta. Aunque apreciaba su invitación, lo último que me apetecía en ese momento era

interactuar con un montón de sirenas que me odiaban a muerte.

Ashlyn, por otro lado, no compartía el mismo dilema, y se dirigió con entusiasmo a su mesa. La seguí a regañadientes, sin tener otra opción.

—Hola, chicas —saludó Kendall mientras nos sentábamos.

Lenore y Helena me miraron una vez y se levantaron. Lenore le dio un manotazo en el hombro a Trevor para que la siguiera.

—Todavía estoy comiendo —dijo él con la boca llena, quitándosela de encima de un encogimiento de hombros.

Lenore lo fulminó con la mirada por un momento, una acusación de «traidor» en sus ojos. Luego ella y Helena se marcharon.

Trevor me dedicó un seco asentimiento y siguió comiendo. Agradecí que al menos uno de los amigos de Kendall no me odiara, o al menos no lo suficiente como para interrumpir su comida.

—Lo siento —dijo Kendall—. Ya entrarán en razón. Dales tiempo.

Asentí y suspiré, luego cogí el tenedor para empezar a comer. Al levantar la vista, vi a Tobias entrar en el comedor con Niko y Brett, y mi estúpido corazón dio un vuelco. Maldije para mis adentros. ¿Por qué Kendall no podía tener ese mismo efecto en mí?

Lo observé mientras se ponía en la cola del bufé y ladeé la cabeza al ver cómo todos los que habían estado delante de él se apartaban en silencio para dejarle pasar.

No era lo mismo que el trato que me acababan de dar las sirenas en esta mesa. Aquellos estudiantes no se apartaban de él por asco, sino por respeto. Aunque Tobias parecía irritado por su acción, siguió adelante de todos modos y cogió su comida.

—¿A qué demonios ha venido eso? —no pude evitar preguntar, sin dejar de mirarlo. Miré a Kendall y a Ashlyn—. Tobias, quiero decir. ¿Por qué todo el mundo lo trata como si fuera…?

—¿Un príncipe? —terminó Kendall con una mueca de desdén.

Mi atención hacia Tobias, al parecer, no le había pasado desapercibida, y una punzada de culpa me retorció las entrañas.

Me encogí de hombros, fingiendo inocencia. —Sí. Dijiste que descendía de la realeza de los dragones, pero ¿qué importa eso? No es el heredero de ningún trono, ¿o sí?

Kendall soltó una risa sarcástica. —No, gracias a Dios. La familia Dracul perdió su trono hace siglos.

Ese nombre me sonaba. —¿Dracul? ¿Por qué me suena ese nombre?

Ashlyn se rio por lo bajo tras un bocado de pizza. —Vale, hasta yo sé quién era Drácula.

—¿Drácula? —solté un poco demasiado alto, y luego bajé notablemente la voz para continuar—. ¿Tobias es pariente de Drácula? ¿Drácula era un dragón? Pensaba que era un vampiro.

Ashlyn volvió a reír y negó con la cabeza. —No, ese fue un rumor que extendieron los vampiros. Vlad Dracul era un rey dragón, y su familia luchó contra los vampiros durante décadas antes de que él subiera al trono. ¿Todo eso de empalar cuerpos en estacas? Todos eran vampiros. Empalar es una de las mejores formas de matar vampiros, siempre que les claves la estaca en el corazón.

—Vaya, nunca habría imaginado que Drácula fuera un dragón —reflexioné, pellizcando la corteza de mi sándwich de atún.

—Sabes que la palabra «Dracul» significa «dragón», ¿verdad? —preguntó Trevor en un tono mordaz—. No es que sea tan rebuscado.

Kendall le siseó a Trevor; una advertencia para que fuera amable, supuse. Trevor puso los ojos en blanco, pero asintió en señal de aceptación. Al parecer, que no se hubiera ido no significaba que le cayera menos mal que los demás.

Intenté que su negatividad me resbalara. —Vale, entonces si Drácula era un cambiante, ¿por qué los vampiros extendieron el rumor de que era uno de ellos?

—Les declaró la guerra —respondió Kendall—. Sin embargo, no se hizo público que sus enemigos eran vampiros. En aquella época, los humanos eran muy supersticiosos, y supongo que quería proteger a su gente de la verdad sobre los vampiros; de lo contrario, se volverían locos. Así que los vampiros usaron eso en su contra. Extendieron el rumor de que era un vampiro para que su propio pueblo se volviera contra él, y funcionó. Ese respeto por él se convirtió en miedo, y sus campañas en tierras infestadas de vampiros fracasaron. Su familia tuvo que huir y perdió todo el respeto de los humanos a los que habían jurado proteger.

—Pero incluso después de perder la corona, su familia siguió luchando por los cambiantes —dijo Ashlyn, con los rasgos animados mientras explicaba—. Y no solo por los dragones, sino por todo tipo de cambiantes. Por eso, a día de hoy, siguen siendo respetados por encima de todos los demás. El padre de Tobias es el general del ejército de los cambiantes, con un rango incluso superior al de mi padre. Si quisiera declararse una especie de rey de los cambiantes, dudo que hubiera alguien que se opusiera demasiado.

Le tocó a Trevor resoplar. —No seguiría a ninguna realeza que no fuera la mía —le dio una palmada en la espalda a Kendall.

Fruncí el ceño ante aquello, con un signo de interrogación en la cara mientras miraba a Kendall.

—¿No lo sabías, Arya? Kendall es un príncipe tritón —dijo Trevor—. Oh, claro, no podías saberlo. Tienes ojos de enamorada para ese dragón.

—Trevor, es suficiente —advirtió Kendall con una nota de autoridad, y la postura de Trevor se tensó.

—Lo siento —dijo Trevor, con todo rastro de desdén desaparecido de su voz—. Solo quería decir que mi lealtad es para con su realeza si alguna vez tuviera que elegir.

—Espera, ¿eres un príncipe tritón? —le pregunté a Kendall—. ¿Por qué no me lo dijiste?

Kendall se encogió de hombros como si no le importara, pero no pudo evitar que se le escapara una sonrisa de orgullo. —Simplemente no es algo de lo que presuma, eso es todo. Y… supongo que quería que te gustara por mí, no por mi estatus.

Sonreí. ¿Hablaba en serio? No solo era un chico atractivo al que le gustaba y que *no ocultaba su interés en mí*, sino que, ¡ahora descubría que era un príncipe!

—Bueno, misión cumplida —dije, haciéndole sonreír de una manera que de algún modo lo hacía parecer aún más guapo.

—Entiendo que vosotros los sirénidos os hayáis unido recientemente al resto de los cambiantes —le dijo Ashlyn a Trevor—, pero ¿por qué estáis todos tan en contra de los dragones? Quiero decir, los Dracul luchan por todos, sirenas incluidas. Lo menos que podríais hacer es mostrar un poco de respeto.

—¿Y qué sabrás tú de todo esto? —replicó Trevor—. Ninguna de las dos. Ambas os acabáis de enterar de lo de los cambiantes, como quien dice, ayer. No nacisteis en el mundo que el resto de nosotros conocemos. Así que, ¿por qué no os guardáis vuestras opiniones?

—¿Cuál es tu problema, tío? —espetó Ashlyn, a la que claramente se le estaban hinchando las plumas—. No es culpa mía ni de Arya que no nos criáramos en este mundo. Las dos estamos haciendo todo lo posible por ponernos al día. Pero al menos yo sé respetar a quienes hicieron posible esta vida, a quienes hicieron posible esta escuela. Si no fuera por los Dracul, vosotros, los sirénidos, no habríais tenido un refugio tan acogedor al que venir en la superficie.

—Para tu información, pajarita, fueron las *sirenas* quienes financiaron esta escuela —dijo Trevor, con aspecto de disfrutar poniéndola de los nervios—. Si no fuera por *mi* gente, ninguno de vosotros los demás cambiantes tendría refugio alguno. Estaríais todos corriendo asustados mientras los vampiros y los cazadores os exterminan a todos.

Los ojos de Ashlyn empezaban a brillar con un amenazador color azul. Si no hacía algo para detener esta discusión ya, todos

estaríamos en peligro por su fuego incontrolable. Aunque no creo que me hubiera importado demasiado que Trevor se chamuscara un poco.

—¿Qué tal si todos estamos de acuerdo en que les debemos mucho a todos los que nos precedieron y simplemente agradecemos tener esta escuela? —sugerí en el tono más neutral que pude encontrar.

—Muy bien dicho, Arya —dijo Kendall—. Trevor, ¿por qué no da un paseo? Le alcanzaremos más tarde.

Trevor frunció el ceño, pero claramente respetaba demasiado a Kendall como para discutir más. Sin mediar palabra, se levantó de la silla y se marchó.

Ashlyn seguía respirando agitadamente mientras veía a Trevor salir del comedor. —Sin faltar al respeto a tu gente, Kendall, pero algunos de tus amigos son unos auténticos gilipollas.

Kendall suspiró y se frotó la nuca.

Antes de que pudiera decir nada para calmar su frustración, Ashlyn se puso en pie. —Creo que también voy a dar un paseo, antes de que explote encima de vosotros —luego se fue dando un pisotón.

Y Kendall y yo nos quedamos solos en la mesa. Un tenso silencio se instaló entre nosotros.

—De verdad que lo siento por mis amigos —frunció los labios, con aspecto de estar en conflicto—. Nada me haría más feliz que verlos acogerte como lo he hecho yo. No es que tenga nada en contra de otros cambiantes, pero las sirenas podrían estar más dispuestas a darte una oportunidad si te tomaras un descanso de Ashlyn. Sé que es tu amiga, pero no es muy popular entre nadie. No solo entre las sirenas. Incluso los fénix mantienen las distancias con ella.

Me quedé boquiabierta, cualquier respeto incipiente que hubiera estado creciendo por Kendall fue aplastado bajo la bota de su comentario.

—¿En serio estás intentando decirme que me aleje de la única persona en esta escuela que nunca me ha juzgado? Es mi única

amiga, Kendall.

—Mira, quizá no lo he dicho bien —dijo, negando con la cabeza y levantando las manos—. No quise decir que no seáis amigas. Solo quería decir que deberías abrirte a más gente, eso es todo. Simplemente no es la persona más fácil con la que llevarse bien. Si otros estudiantes te ven saliendo con gente más sociable, cambiarán de opinión sobre ti. Deja que te vean con la gente *adecuada*. La persona adecuada.

—A lo mejor a las sirenas os enseñan a elegir a vuestros amigos basándoos en el estatus, pero yo no soy ese tipo de persona —espeté, con la ira a flor de piel—. No voy a hacerle un feo a alguien solo porque no sea popular. Y si tú eres ese tipo de persona, entonces no deberías pasar tanto tiempo conmigo.

Me levanté y cogí mi bandeja, lista para correr tras Ashlyn.

Kendall me agarró del brazo. —Por favor, no te enfades conmigo. De verdad que solo miro por tu bien. Joder, ¿cómo ha podido torcerse tanto esta conversación? De hecho, esperaba que tú y yo pudiéramos… salir alguna vez. Como en una… cita.

¿De verdad me estaba pidiendo salir después de haber insultado a mi única amiga, y a mí por asociación? Desde luego, tenía la arrogancia de un príncipe.

—¿Qué es lo que te gusta de mí? —exigí—. Tú eres un príncipe, y yo una marginada. Probablemente podrías tener a la sirena que quisieras. ¿Qué me hace tan especial?

—Ya te lo he dicho —dijo, con una entrañable vulnerabilidad en sus ojos azul cielo—. Eres diferente.

—Y, sin embargo, me estás diciendo que sea como los demás —le retiré el brazo de su agarre—. No puedo tener esta conversación ahora mismo. Tengo que ir a ver cómo está Ashlyn.

Se levantó y me siguió mientras salía del comedor. —Arya, espera.

Me detuve en seco y me di la vuelta.

—¿Te lo pensarías? —preguntó—. Lo nuestro, quiero decir. Sé que mis palabras han sonado mal ahí dentro, pero de verdad creo que tú y yo podríamos encajar bien. Solo una cita.

Lo miré durante un largo momento mientras estábamos de pie fuera del arco del comedor. Estaba hasta las narices del drama con los chicos. Primero dejé que Tobias jugara al yoyó con mis sentimientos, y ahora Kendall estaba demostrando ser un capullo tan arrogante y especista como los demás sirénidos.

Me había dejado atrapar en su extraña guerra de tira y afloja porque no quería enfrentarme a la pérdida de mi madre. Pero no podía poner una tirita a esos sentimientos con chicos, sobre todo cuando eso solo llevaría a una herida más profunda.

—¿Sabes qué, Kendall? Que te den.

Me di la vuelta sobre mis talones y salí corriendo en busca de mi única amiga de verdad en este puto lugar.

Capítulo 25

Julian

El alivio me inundó al bajar del avión. Estaba convencido de que los humanos y los vampiros debían permanecer en tierra. El cielo era para los pájaros… y los cambiantes con forma de pájaro.

Caesar había utilizado los fondos de la escuela para mi billete, y todo el vuelo había sido un auténtico suplicio. No sabía por qué estaba tan aterrorizado. Si el avión se estrellara, las posibilidades de que muriera de verdad eran extremadamente escasas. Mientras no me cortaran la cabeza de cuajo, me curaría rápidamente de cualquier herida. Pero aun así, dolería como un demonio y me quitaría un tiempo valioso para mi misión.

No era solo la posibilidad de un accidente. Era un vampiro confinado en un espacio reducido lleno de humanos. Como una serpiente en una caja de ratones, solo que la serpiente fingía ser un ratón.

—Las cosas que hago por los cambiantes —murmuré mientras bajaba la pasarela de embarque casi a saltitos.

Apenas podía creer que estuviera de vuelta en el estado de Washington. Había cogido un vuelo directo a Wenatchee, y lo había hecho a propósito por la tarde.

Solo había metido ropa en el equipaje de mano. No había forma de que la seguridad del aeropuerto me hubiera permitido subir bolsas de sangre al avión, así que fue fácil viajar ligero de equipaje. Además, sabía que habría muchas opciones de sangre en Heritage Prep y, sinceramente, la sangre era la menor de mis preocupaciones en este momento.

Mi principal preocupación era averiguar cómo iba a convencer a Hadrian para que me readmitiera en sus filas.

Había pasado buena parte del vuelo repasando diferentes situaciones hipotéticas. En cada una de ellas, solo conseguía verme desatando la ira del líder vampiro.

Y cuando no estaba pensando en mi misión, mi mente volvía una y otra vez a la chica del callejón de Chicago. La bruja.

No había sido mi Alice, pero parecía que podría ser su hermana. Y lo sabía todo sobre la magia antigua; demonios, la había usado contra mí.

Había hecho todo lo posible por ser amable, pero la había pifiado en nuestro encuentro. Incluso con la oferta de ayudarla a entrar en la escuela de Caesar, de darle el grimorio de Alice, me había rechazado.

—Hola, señor —dijo un empleado del aeropuerto amablemente al entrar en la terminal de llegadas—. Bienvenido al Aeropuerto Pangborn Memorial. ¿Necesita que le lleven a algún lado? Tenemos varias lanzaderas que pueden llevarle a la ciudad, así como un servicio de taxis.

—No necesito que me lleven, gracias —repliqué—. Puedo caminar perfectamente.

—Disculpe —dijo el hombre de uniforme—. No pretendía insinuar que no pudiera caminar. La comodidad de un vehículo es algo que nos complace ofrecer.

—Créame, caminar es mucho más cómodo para mí —dije, arrastrando mi equipaje de mano y pasando de largo al hombre.

—Por… por supuesto —tartamudeó el hombre—. Gracias por volar con nosotros.

No respondí mientras me dirigía a las puertas automáticas de cristal que daban a la fresca noche de Washington.

Fuera del aeropuerto, me alegró ver lo vacío que estaba el lugar. Solo había unos pocos coches fuera, ya fuera dejando o esperando para recoger pasajeros.

Wenatchee me dejaba relativamente cerca de mi destino. Heritage Prep estaba situada dentro de los límites de la ciudad de Cle Elum, pero un poco al norte, en un afloramiento de las montañas a lo largo del río Teanaway.

Eso significaba que tendría que atravesar un terreno más accidentado en dirección suroeste. Sería una caminata difícil sobre el río Columbia y a través de las montañas Wenatchee; al menos, para un humano.

Para mí, sería como un paseo por el parque. Mi velocidad vampírica me llevaría a Heritage Prep mucho más rápido que cualquier coche.

Avanzando, di largas zancadas en la dirección adecuada. Técnicamente, estaba en una ciudad vecina a Wenatchee, pero solo tardaría una media hora más o menos a máxima velocidad vampírica en llegar a Cle Elum.

Consideré la posibilidad de bajar a Vancouver; habían pasado años desde que visité los restos de la Pensión Skye. Ese era el único lugar en el que me había sentido realmente como en casa.

Me había escapado de casa en California a los quince años, y los Skye me habían acogido, dándome alojamiento y comida a cambio de que me ocupara de su huerto. Se habían convertido en mi familia, y me había hecho-muy amigo de su hija, Camilla. Era como una hermana para mí y la echaba mucho de menos. Ojalá pudiera confiarle-mis problemas ahora mismo.

Pero Vancouver estaba lejos de mi camino, y Caesar no vería con buenos ojos tal excursión. Quizá después de arrastrarme a los pies de Hadrian, podría hacer un viaje al pasado. Si es que seguía vivo.

Saqué las correas de mi equipaje de mano y me eché la bolsa a la espalda. Era lo suficientemente tarde como para que no me preocupara que me vieran. Me mantendría en las sombras de la ciudad y, una vez que llegara a las montañas, estaría a salvo.

Cuanto antes llegara a Hadrian, antes podría por fin reunirme con Alice. Eso era lo único que importaba.

* * *

Treinta minutos más tarde, descendía por las montañas, y las imponentes torretas góticas de Heritage Prep se alzaban en el aire como lanzas. Había una docena, todas negras, que parecían conectadas a una gran sombra en la noche.

Me detuve a unos cientos de metros del castillo, y todos los músculos de mi cuerpo se tensaron. Este era el último lugar de la tierra en el que quería estar. Jugueteé con el broche de Alice en mi bolsillo.

«¿Es esto lo que debería estar haciendo?», le pregunté en silencio.

A veces, oía la voz de Alice en mi cabeza, respondiendo a mis preguntas y guiándome. Sabía que esos pensamientos probablemente eran míos, una máscara que les ponía para sentir que ella todavía existía de alguna manera. Nunca creería que se había ido por completo.

Pero la voz de Alice no llenó mi mente. Solo lo hizo la promesa de Caesar. El grifo había demostrado ser un hombre de palabra en el pasado. Nuestra alianza había durado quince años, y en ese tiempo, habíamos llegado a confiar el uno en el otro.

Bajé la mirada y di una patada a unas cuantas piedras sueltas, que rodaron montaña abajo.

—Hago esto por ti —susurré, asintiendo—. Te traeré de vuelta. Lo prometo.

Continué mi descenso, mi equilibrio perfecto y mi velocidad sobrehumana me llevaron rápidamente a la base de la montaña.

Al encontrarme al pie de la gran escalinata, incliné la cabeza hacia arriba. Cincuenta y cuatro escalones subían hasta una enorme puerta, como una lengua oscura que colgaba de las fauces de una bestia descomunal. Y yo estaba a punto de entrar, sabiendo que podría engullirme y no escupirme jamás.

Comencé a subir los escalones y, a medida que me acercaba a la puerta, encontré una figura solitaria de pie en lo alto, con los brazos cruzados, aparentemente esperándome.

Marguerite Morton. La mujer responsable de convertirme en vampiro hacía más de cien años. Y hacía solo veinte años, habíamos trabajado en equipo para buscar la escuela de cambiantes que se había ubicado en Dakota del Sur. Conocía a Marguerite desde mi primer día en la Pensión Skye, donde residió durante un tiempo.

Era como si me hubieran atado pesas a las piernas mientras seguía acercándome a ella.

—Vaya, vaya, vaya, mira lo que ha traído el gato licántropo —dijo a medida que me acercaba.

—Buenas noches, Marguerite —dije con calma.

Llevaba una pulsera en la muñeca, y la vi tocar la pequeña pantalla con sus uñas pintadas de negro. Llevaba sus habituales vaqueros negros y su sudadera negra con capucha, con su pelo rubio platino extendiéndose como una flor en ciernes; una venenosa.

—Julian Asher, no puedo creer que hayas vuelto —dijo, negando con la cabeza—. ¿La vida por tu cuenta te ha resultado demasiado difícil?

—Sigues tan encantadora como siempre —repliqué sin responder a su pregunta. Mis mentiras empezarían pronto. Por ahora, solo quería alejarme de ella—. Necesito hablar con Hadrian.

Ella sonrió con picardía. —Vaya, qué casualidad. Está bajando para recibirte personalmente. —El rostro de Marguerite se puso serio—. Sabes que Hadrian juró que te arrancaría la cabeza personalmente si volvía a verte, ¿verdad?

Asentí una vez. —Estoy seguro de que a él no le alegrará tanto verme como a ti.

Acortó la distancia entre nosotros, levantó la mano hasta mi mejilla y deslizó sus delicados dedos por mi cara en una caricia engañosamente suave. Me quedé de piedra, receloso de cada uno de sus movimientos.

—De hecho, me alegro de verte —ronroneó, con un ligero puchero en sus labios pintados de rojo—. Te he echado de menos, Julian. La vida no ha sido la misma sin ti.

Luego se inclinó hacia mí y me plantó un beso en la mejilla.

Tuve el repentino impulso de apartarla, pero me rodeó el cuello con sus brazos y acercó sus labios rojos a mi oreja. —Espero que por fin hayas olvidado a esa bruja y hayas vuelto para estar conmigo.

Con suavidad, quité los brazos de Marguerite de mi cuello y los mantuve entre los dos. Luego, tan rápido como pude, la agarré por los hombros e hice ademán de tirarla por las escaleras.

Pero ella era tan rápida como yo e igual de fuerte. Me apartó los brazos de un manotazo y su pierna se lanzó en una patada borrosa dirigida a mi pecho.

La bloqueé con los antebrazos, empleando toda mi fuerza para empujar. Ella giró por la velocidad y la fuerza de mi contraataque, y aproveché su desequilibrio para barrer su pierna con la mía.

Marguerite cayó de espaldas y la agarré en el aire para lanzarla escaleras abajo. Pero me clavó las uñas en los brazos cuando fui a arrojarla, aferrándose con fuerza. Perdí el equilibrio y acabamos rodando por las escaleras como ropa mojada en una secadora.

Impacté en la parte inferior de las escaleras con un fuerte *golpe*, pero no sentí dolor. Marguerite estaba tumbada encima de mí, sonriéndome como si estuviéramos jugando.

—Gracias por el baile, Julian. —Me dio un beso rápido en los labios antes de saltar de encima de mí.

La vil sensación de sus labios sobre los míos hizo que mis venas se retorcieran de asco. Me puse en pie de un salto, escupiendo y limpiándome la boca. Le lancé a Marguerite una mirada fulminante y vi que sonreía con picardía.

—¿Habéis terminado ya, niños?

Alcé la vista para ver la oscura figura del líder vampiro de pie, ominoso, en lo alto de las escaleras.

—Estábamos poniéndonos al día —dijo Marguerite, con la capucha bajada y su pelo rubio rebotando mientras subía la escalinata con aire juguetón—. Julian me robó el corazón hace un siglo. Solo esperaba recuperarlo.

Comencé un lento y cauteloso ascenso, dejando tanto espacio entre Marguerite y yo como fuera posible.

—Ella nunca ha tenido uno —dije lo bastante alto para que me oyeran.

Ella se mofó. —Me *robó* el corazón, y a día de hoy, sigue *rompiéndomelo*.

—Vuestra relación es de lo más extraña —reflexionó Hadrian.

Podía sentir sus ojos despectivos y burlones sobre mí mientras subía los escalones como un perro con el rabo entre las piernas. Sabía que volvería a encontrarme con Marguerite en algún momento; solo deseaba que hubiera sido después de reunirme con Hadrian. Esta noche no estaba saliendo como esperaba, y eso ya era mucho decir.

Por fin, llegué hasta Hadrian. El líder de los vampiros llevaba pantalones oscuros y una camisa de botones planchada de color lavanda, con zapatos de punta y pulidos que remataban su atuendo. Su pelo negro estaba perfectamente peinado, y su barba de un día meticulosamente cuidada enmarcaba su rostro. Parecía como si estuviera a punto de irse al pub local de Cle Elum.

Su mirada escrutadora me recorrió de arriba abajo. —¿Cuánto tiempo ha pasado, Julian? ¿Cinco años?

Le sostuve la mirada. —Siete. Pero, ¿quién lleva la cuenta?

Hadrian resopló. —¿Quién, en efecto? —Agitó un dedo—. Te diré una cosa, eres un vampiro de lo más escurridizo. Nunca he conocido a nadie que haya sido capaz de pasar tan desapercibido como tú.

Me encogí de hombros, manteniendo un tono distante. —Todos tenemos nuestros talentos.

Hadrian asintió, frunciendo los labios. —Desde luego. Entra, ¿quieres? Hay mucho de lo que tenemos que hablar.

El líder vampiro se dio la vuelta y atravesó el enorme umbral.

Marguerite asintió con la cabeza hacia la entrada. —Será mejor que no te quedes atrás. A pesar de su actitud relajada, está furioso contigo. Mejor no le hagas esperar.

La miré con recelo mientras entraba en la fortaleza vampírica. El lugar tenía el mismo aspecto que siete años atrás. La entrada era amplia, con grandes estandartes de color rojo sangre que sostenían el contorno oscuro de una gota de sangre colgando cerca del techo. Debajo de cada gota estaba escrito *Heritage Prep.*

La fortaleza vampírica era también una escuela y un centro de reclutamiento para posibles futuros vampiros llamados Potenciales. Hace mucho tiempo, a los vampiros no les importaba necesariamente a *quién* mordían para aumentar su número. Pero Hadrian se había interesado particularmente por las mentes más brillantes del mundo. Después de todo, ¿qué persona inteligente no querría vivir para siempre?

Reprimí un escalofrío. Odiaba la oscura sensación que rebotaba en las paredes negras, albergando sombras que danzaban a la luz de las velas. No se me ocurría ningún otro lugar en el mundo que pudiera inquietarme más… excepto quizás en los brazos de Marguerite.

—Cuántos recuerdos, ¿eh? —dijo Marguerite—. No puedo creer que te marcharas voluntariamente de este extraordinario lugar.

Me mordí el labio, no queriendo expresar lo que realmente pensaba.

Señaló a la izquierda. —Por si no te has dado cuenta, Hadrian ha entrado en la sala de trofeos. Te está esperando allí.

Sin siquiera un gesto de asentimiento para reconocerla, caminé hacia las puertas abiertas. La sala de trofeos era una gran cámara

utilizada únicamente para exhibir una colección de objetos raros, incluyendo fascinantes partes del cuerpo de cambiantes que Hadrian había matado.

Atravesé la gran puerta arqueada. Hadrian estaba sentado detrás de un escritorio, con las piernas apoyadas en el borde y los brazos reclinados detrás de la cabeza.

—Eche un vistazo, amigo mío —dijo, admirando sus paredes ornamentadas—. Mi colección ha crecido mientras usted ha estado fuera.

Examiné los apéndices montados que estaban agrupados por especies de cambiantes, apretando la mandíbula para no delatar el asco que se acumulaba en mi interior. Una sección consistía en las largas colas de lagarto de varias nagas. Tenían una gran variedad de colores, al igual que las secciones con colas de sirena y kitsune montadas.

En la pared, justo encima del escritorio de Hadrian, estaban expuestos los dos pares de alas de grifo que más apreciaba. Había un espacio vacío encima de ellas: un lugar para montar las alas del último grifo que quedaba con vida, Caesar.

—Impresionante —dije, la primera de las muchas mentiras que diría antes de que acabara la noche.

Hadrian se puso en pie. —Está lejos de estar completa. A lo largo de los años, hemos tenido éxito en la caza de cambiantes que se han unido en escuelas y milicias. Pero esta academia oculta de la que no dejamos de oír hablar ha sido de lo más escurridiza.

—Deben de estar volviéndose más listos —repliqué.

Hadrian me miró fijamente con ojos penetrantes, pero me negué a retroceder apartando la mirada.

Comenzó a pasearse lentamente por la habitación, mirando con admiración sus trofeos.

—En efecto. —Dejó de caminar y me miró con los ojos entrecerrados —. ¿Qué noticias de cambiantes trae de Illinois?

Ahí estaba. Me imaginaba que la red de espías de Hadrian me habría descubierto con el tiempo. Pero, ¿cuánto tiempo llevaba Hadrian sabiendo mi paradero en Chicago?

Me encogí de hombros, haciendo todo lo posible por parecer aburrido. —Ya me conoce. Dejé de cazar cambiantes hace mucho tiempo.

Con una media sonrisa, Hadrian me señaló con el dedo. —Tan escurridizo con las palabras como con su lugar de residencia. Quizás una pregunta más directa proporcione respuestas más directas. ¿Se ha encontrado con algún cambiante en Chicago?

—Las posibilidades de *encontrarse* con cambiantes en cualquier sitio son altas —repliqué—. Están por todas partes. Pero no los he buscado activamente. Permítame preguntarle algo: ¿cuánto tiempo hace que sabe que he estado escondido en Illinois?

Hadrian resopló. —El hijo pródigo vuelve a casa y empieza a hacer preguntas. —Negó con la cabeza y chasqueó la lengua—. No tiene ese privilegio, Julian. Dígame. ¿Por qué ha vuelto?

La pregunta quedó suspendida en el aire como humo. Era la que más había temido.

Mantuve una expresión solemne. —Usted sabe precisamente por qué he regresado. Para serle sincero, pensé que volvería a estar bien en soledad. Me equivoqué.

Hadrian se cruzó de brazos y se llevó un dedo a los labios. —Desea volver a unirse a nosotros y, sin embargo, odia la idea de cazar cambiantes. Me parece extrañamente paradójico, ¿no cree?

Elegí mis palabras con mucho cuidado antes de hablar. —No me regodeo en sus muertes como la mayoría de los vampiros, pero he llegado a creer que, aunque nuestros objetivos puedan ser diferentes, sí que coinciden.

Hadrian me miró como si pudiera ver a través de mí, como si hubiera encontrado algún fallo en mis respuestas, y por un instante, me aterrorizó haber dejado escapar algo.

—¿Todavía espera traer a su bruja de entre los muertos? —Fue más una afirmación que una pregunta.

Me relajé por dentro, pero me irritó igualmente la mención condescendiente de Alice.

—Tiene que dejar de vivir en el pasado, Julian. La gente muere, todos los días, de hecho. Y ninguno de ellos vuelve jamás. El poder mágico para resucitar a la gente es una fábula para mantener a tontos como usted aferrados a un hilo de esperanza.

—No puedo soltarlo, ya sea una soga o un hilo —declaré—. Le ayudaré en su caza si eso significa que podría encontrarme con otras brujas.

Una risa oscura brotó de la boca de Hadrian. —¿Y las matará si se niegan a ayudarle? ¿Actuará como debe hacerlo un vampiro?

No dudé. —Haré lo que sea necesario.

Nuestros ojos se encontraron, y Hadrian se acercó lentamente a mí hasta que nuestras narices casi se tocaron.

—No —murmuró Hadrian.

Julian parpadeó. —¿No, qué?

—No, no puede volver a unirse a nosotros. Nos abandonó cuando le necesitábamos. Debería matarle ahora mismo por su traición.

Quise arremeter, matar a Hadrian y hacerle un favor a Caesar… y al mundo. Pero sabía que sería un intento inútil. La breve pelea con Marguerite en el exterior era prueba suficiente de que una lucha entre vampiros era una tarea larga, y Hadrian era mucho más poderoso que ella. Sin mencionar que todos los vampiros de la escuela serían alertados. Mi vida se acabaría en minutos.

Así que, en lugar de eso, dejé que la pena que siempre guardaba en mi interior se filtrara en mis rasgos habitualmente pétreos. —Entonces me estaría haciendo un favor.

Hadrian echó la cabeza hacia atrás, apretando la lengua contra la mejilla mientras me estudiaba como si no pudiera creer lo que oía.

—¿Usted… aceptaría la muerte con los brazos abiertos?

Suspiré, cediendo a la aflicción que llevaba tanto tiempo esforzándome por reprimir. —He vivido media vida durante más de cien años. La muerte me traería una libertad que he esperado durante mucho tiempo.

Los ojos de Hadrian se entrecerraron. —¿Y ha venido aquí por razones puramente egoístas? ¿Para cazar a un cambiante o a una bruja con el poder de ayudarle en su búsqueda para resucitar a su amor perdido hace mucho tiempo?

Sabía que esto no sería suficiente para Hadrian, pero era un comienzo. —Tengo… otros objetivos también.

Las cejas de Hadrian se alzaron. —¿Como cuáles?

—Busco cazar y eliminar el linaje de cambiantes dragón Dracul.

El odio por el linaje real de los dragones era un fuego lento y constante en mi pecho, a pesar de que había pasado los últimos siete años ayudando a los cambiantes. Me di cuenta de que esa última afirmación contenía más verdad de lo que esperaba.

Sentí que mis manos se apretaban a los costados, los músculos de mis brazos se tensaban y mis fosas nasales se dilataban. De todas las cosas por las que había pasado, la peor fue por culpa de Claudette Dracul.

—Ahora sí que veo el fuego que necesitaba ver —elogió Hadrian, retrocediendo unos pasos—. La pasión y la ira que vigorizan el alma. Si puede mantener eso, puede que recupere su lugar en Heritage Prep después de todo.

Parpadeé, desorientado, mientras salía del pasado y volvía al presente.

—¿Eso es todo? —pregunté, mi sorpresa convirtiéndose en escepticismo—. ¿Estoy de vuelta?

Hadrian me lanzó una mirada dura. —Ese es el primer paso. Pero como no voy a matarle, usted requiere *otro* castigo por abandonar a

sus hermanos y hermanas de aquí. Será una forma de probar su lealtad hacia mí y hacia la causa vampírica.

Ah, ahí está. Sabía que no sería tan fácil, que Hadrian exigiría su libra de carne. Pero después de haber sufrido tanta agonía emocional durante tanto tiempo, no tenía miedo de nada que pudiera hacerme físicamente.

—¿Qué clase de castigo tengo que soportar? —pregunté.

Un brillo malicioso centelleó en los ojos de Hadrian mientras se cruzaba de brazos y se apoyaba en su escritorio. —Reúnase conmigo en las mazmorras al amanecer. Su castigo será analizado por los Potenciales, así como por otros vampiros que parecen tener… problemas para ser un vampiro. ¿En cuanto a lo que soportará? Bueno, lo mantendré como una sorpresa. Tal vez quiera *llenar el depósito* con algo de sangre humana esta noche. Y tal vez quiera tomar todo el aire fresco posible.

Hadrian aludía obviamente a cualquier forma de tortura que tuviera en mente, y la sonrisa burlona en su rostro me dijo que disfrutaba viéndome, en sentido figurado, romperme la cabeza con las pistas. La sed estaba obviamente involucrada. Pero, ¿la necesidad de aire fresco? Fuera como fuese, no me entusiasmaban las posibilidades.

—Si decide huir —añadió Hadrian—, enviaré un equipo tras usted, y se asegurarán de que su cabeza y su corazón sean arrancados de su cuerpo. ¿Lo entiende?

Incliné la cabeza. —Sí.

—Bien. —Hadrian hizo un gesto hacia la puerta—. Es hora de que se vaya. Nos vemos por la mañana.

Asentí una vez más antes de retirarme amablemente. Había entrado en esa habitación esperando a medias no salir nunca con vida.

Sentí un alivio inmenso al ver que el pasillo estaba vacío. Lo último que quería era tener que lidiar más con Marguerite esta noche. Y aunque no tenía ni una pizca de sed después de esa tumultuosa discusión, decidí tomarme a pecho las indirectas de Hadrian y me

dirigí al almacén. Luego cogería un montón de bolsas de sangre, las llevaría fuera y saborearía todo el aire fresco posible.

Si había algo que sabía sobre Hadrian era que tenía un don para la tortura. Y si no iba a matarme, este castigo prometía ser peor que la muerte.

Capítulo 26

Shea

Estaba tumbada en la cama, incapaz de dormir mientras hacía balance de mi vida.

Echaba de menos a Arya y me preguntaba cómo estaría, qué estaría haciendo y si habría hecho más amigos. Apenas habíamos hablado desde la fiesta. Supuse que estaría ocupada, probablemente con todo tipo de emocionantes asuntos de cambiantes.

Y yo también estaba ocupada, pero, si he de ser sincera, en cierto modo agradecía que Arya no se hubiera puesto en contacto. La envidia es una bestia muy fea y, por mucho que quisiera a Arya, estar cerca de ella ahora mismo me dolía. Además, Arya tenía amigos en el instituto. Estaría bien sin mí.

Y luego estaba el vampiro que había atrapado, Julian, que también me rondaba por la cabeza. No tenía sentido que un vampiro tuviera un grimorio, a menos que fuera suyo. ¿Podría haber sido un brujo antes de ser convertido? Eran raros, pero no era algo inaudito.

Convertirse en vampiro destruiría su magia y le impediría abrir partes del libro. Aun así, ¿no debería conocer más que un par de hechizos de bajo nivel si ese fuera el caso? Y, sin embargo, yo ni siquiera había oído hablar de ese hechizo de comunicación. ¿Para qué molestarse en tener un móvil si tienes eso?

Por supuesto, siempre existía la posibilidad de que hubiera matado a una bruja para conseguir el grimorio. Me estremecí al pensarlo.

De alguna manera, no creía que ese fuera el caso de Julian. Tenía un buen detector de mentiras y no me pareció que mintiera en nada de lo que había dicho. Parecía sincero, y triste, y… guapísimo.

Puse los ojos en blanco. *¡Deja de babear por tíos sobrenaturales que están claramente prohibidos!*

El sonido de la puerta principal al abrirse y cerrarse llamó mi atención. Toqué la pantalla de mi móvil, que descansaba sobre mi vientre, para que se iluminara. Era más de la una de la madrugada.

Aguceé el oído para escuchar las voces, con el cuerpo tenso. Pero me relajé cuando reconocí el tono cálido de la abuela.

La curiosidad me atrapó en sus garras. Ya era imposible que pudiera dormir. Me deslicé hasta la puerta y la entreabrí lo justo para ver, agradecida de que las bisagras no chirriaran.

Las voces llegaban por el pasillo, pero no lo suficiente como para entender las palabras. Reconocí la otra voz como la de mi tía June, que vivía en la casa de al lado. Se rieron.

Abrí la puerta con cuidado y caminé de puntillas por el pasillo, deteniéndome en cuanto su conversación se oyó con claridad. Me pegué a la pared, esperando no haber activado ninguno de los hechizos de la abuela. Aunque, tal vez no se había molestado en ponerlos, siendo tan tarde en una noche de diario.

—¡Otra vez no! Es la tercera vez esta semana —la regañó la voz de la abuela.

—No podemos permitirnos ser quisquillosas. Además, paga bien —suspiró la tía June. Parecía agotada.

—Pero es un vampiro —siseó la abuela.

—Y he tomado todas las precauciones. El dinero de los vampiros es tan valioso como el de los cambiantes.

¿Vampiros? Pensaba que mi familia no tenía tratos con el otro bando, viendo lo protegidas que estaban nuestras casas. Pero explicaría las altas horas de la noche. Y el cansancio en la voz de la tía June.

—No todos los vampiros son conversos por voluntad propia —continuó la tía June—. A algunos los obligan, dejando atrás hogares

y familias. Alguien tiene que ayudarlos.

—¿Reuniéndote con ellos en la oscuridad, a solas? —la reprendió la abuela—. No sabes lo que podría pasar.

—Sé que la magia es una moneda poderosa. Hay pocas brujas, y menos aún de un linaje tan fuerte como el nuestro. A nadie le interesa matarme.

La abuela emitió un sonido de exasperación. —¿Al menos has conseguido los ingredientes para la cataplasma? Se acerca la luna llena y quiero estar preparada.

Me acerqué un poco más, estirando el cuello todo lo que pude hacia la esquina sin que me vieran.

No tenía sentido que todavía me ocultaran cosas. Tenía casi dieciocho años, era prácticamente una adulta. Me habían negado cualquier conocimiento de la magia que poseía, diciendo que era por mi propia seguridad. Y, sin embargo, ahí estaban ellas, jugándose el cuello, reuniéndose con vampiros y licántropos, y quién sabe qué más.

Si les pasara algo, estaría perdida. Y destrozada. Me tragué ese pensamiento, no estaba dispuesta a enfrentarme a él ahora mismo.

Un momento, ¿era por eso que la abuela sabía tanto sobre vampiros? ¿No por miedo, sino por experiencia? Estuve tentada de irrumpir en la cocina y acusarlas de hipócritas, exigiendo que me dieran el lugar que me correspondía. Pero no me sentía con fuerzas para empezar esa pelea. Otra vez no.

Suspiré y luego me tensé cuando se me ocurrió una segunda opción.

Julian me había ofrecido un grimorio.

La electricidad chisporroteó en mi cuerpo como un cable pelado al pensarlo. Si no mentía, si de verdad solo quería mi ayuda, ¿había alguna razón por la que no debiera decir que sí?

A ver, vale, resucitar a alguien era una locura imposible. E incluso si existiera alguna magia que pudiera hacerlo, probablemente lo traería

de vuelta como un zombi o algo malvado.

Fruncí el ceño ante eso. Bueno, como mínimo, podría aprender todo lo posible del grimorio mientras buscaba dicho hechizo. Julian no tenía por qué conocer la oscura realidad todavía.

El grimorio era la clave, en realidad. Una bruja era tan poderosa como los hechizos que podía lanzar, y los hechizos eran difíciles de dominar. Algunos simplemente fallaban, mientras que otros podían volverse en tu contra si se hacían mal.

La abuela me había hablado de una prima que intentó lanzar un hechizo de protección y acabó asfixiándose. Probablemente era cierto, aunque se me había pasado por la cabeza que la abuela se lo había inventado para que no experimentara.

La magia de nuestro linaje se estaba muriendo, o al menos agarrotándose como las articulaciones artríticas de la abuela, y ella simplemente lo estaba permitiendo. Pero yo no podía darle la espalda sin más.

El sonido de un movimiento me hizo retroceder a toda prisa. No iba a dejar que me pillaran. No había cometido ese error en años.

Me deslicé de nuevo en mi habitación y cerré la puerta en silencio. La abuela y la tía June seguían hablando, aunque sus voces habían adoptado un tono susurrante. Más cháchara sobre cambiantes, o tal vez vampiros, o magia, o cualquiera de las cosas que me ocultaban.

No era justo.

Y, así sin más, tomé una decisión.

Me metí bajo las sábanas, con el corazón amenazando con salírseme del pecho, y susurré el hechizo.

—Sedjed ka.

El hechizo reverberó en mi cráneo como el tañido de una campana. Me imaginé a Julian en mi mente, sin saber si necesitaba decir su nombre para que el hechizo estableciera la conexión.

—¿Quién es?

Prácticamente salté de la cama ante la extraña sensación de oír la voz de Julian *en mi cabeza*.

Sonreía como una tonta. El hechizo había funcionado. ¡Había funcionado de verdad!

Estaba tan emocionada que no pude resistir el impulso de ser sarcástica. —¿Conoce a muchas otras brujas tenaces que serían tan insensatas como para hablar mágicamente con un vampiro?

Hubo una pausa y por un momento me pregunté si lo había perdido. ¿Podía la magia tener mala cobertura?

—¿Shea? —preguntó finalmente, con una incertidumbre casi tímida en su voz que era bastante adorable—. No pensé que volvería a saber de usted.

—Sí, bueno, he reconsiderado su oferta. Le echaré un vistazo a su grimorio.

Hubo otro silencio.

—Es decir, si la oferta sigue en pie —añadí con cautela.

—No, sigue en pie —respondió al instante—. Es solo que estoy… fuera de la ciudad por negocios, y no sé cuándo volveré.

¿Negocios? ¿Qué clase de negocios podía tener un vampiro? No es que supiera mucho sobre ellos aparte de su dieta. Y no iba a preguntar por miedo a que su respuesta me hiciera echarme atrás en esta decisión.

—El grimorio está en mi apartamento de Chicago —dijo al cabo de un momento—. ¿Puede llegar hasta allí?

Vale, estaba en serio peligro de sufrir un paro cardíaco, pero me hice la dura. —¿Quizá este fin de semana? Tengo clase.

—Probablemente sea lo mejor. Estaré… indispuesto unos días. Tendrá que usar su magia para entrar en el apartamento. No dejo llaves de repuesto por ahí.

—Puedo hacerlo. ¿Cuál es su dirección?

Me recitó la dirección y la introduje en mi móvil, marcándola en el mapa.

—Debería volver pronto. ¿Dónde vive usted? —preguntó.

—¿Por qué? —espeté, con los pelos erizándose por todo el cuerpo. Quizá esto era un error.

—Querré ponerme en contacto con usted cuando vuelva.

—Ah —mis nervios se calmaron, pero luego me encogí. No me entusiasmaba la idea de traerlo hasta aquí—. No se… comerá a nadie, ¿verdad?

Casi pude sentir a Julian poniendo los ojos en blanco. —No, pequeña bruja. Tengo unas cuantas bolsas de san…

—Vale. Menos mal. Me fío de su palabra.

Solo pensar en sangre hizo que mi cena amenazara con volver a subir. No quería tener imágenes de Julian bebiéndose bolsas como si fueran Kool-Aid danzando en mi cabeza.

—Puedo darle mi dirección, pero no podrá venir aquí. Mi casa está bastante protegida contra… los de su especie.

—No pasa nada. Le enviaré una carta cuando esté de vuelta para quedar en un lugar más discreto.

Le di mi dirección y luego cerré la conexión, relajándome en la cama. Una alegría furtiva me inundó y sentí que había burlado el sistema que se había vuelto en mi contra desde que nací. A pesar de todos los «no» que me habían cortado el paso a cada momento, por fin había encontrado un «sí». Una puerta que no estaba cerrada con cadenas y candados.

Rechacé la pequeña punzada de culpabilidad que se me revolvió en el estómago por actuar a espaldas de la abuela. El vampiro tenía un grimorio que no podía usar, y yo era una bruja sin grimorio. Ya no practicaría hechizos a ciegas. En realidad, era la opción más segura.

Además, la tía June dijo que no todos los vampiros son malos. Quizá Julian era uno de los buenos.

La idea me hizo sonreír. Quizá, después de todo, no era un simple desperdicio de cara bonita.

Solo esperaba de verdad que esta decisión no acabara mordiéndome en el culo… o en el cuello, más bien. Mis últimas decisiones audaces habían salido bastante mal. *Necesitaba* que esta mereciera la pena.

Capítulo 27

Julian

—Shea —susurré.

La conexión mágica acababa de terminar, dejándome una extraña sensación de frío en su ausencia. O quizá era la brisa nocturna que no dejaba de soplar donde yo estaba, de pie, apoyado en uno de los muros de la torre.

Su voz me había pillado totalmente por sorpresa. Aunque había esperado que lo hiciera, en realidad no contaba con que la joven bruja contactara conmigo tan pronto; de hecho, ni siquiera contaba con que lo hiciera. Desde luego, no me esperaba que me llamara estando delante de las narices de Hadrian.

Hacía un siglo que no tenía una conversación así. Con Alice.

Pero Shea no era Alice, y odiaba tener que recordármelo constantemente.

Incluso suena como Alice.

Pero podría ser solo mi mente jugándome una mala pasada. Porque estaba desesperado por volver a oír su voz, por encontrar cualquier cosa tangible de mi amor perdido.

Me pregunté por un momento si existía alguna posibilidad de que Shea y Alice fuesen parientes. No tenía ni idea de cuántas familias de brujas existían en el mundo. Alice era originaria de Nueva York y había huido a Vancouver, Washington, por culpa de una mala vida familiar. Allí fue donde nos conocimos, en la pensión Skye. ¿Era posible que parte de su familia hubiera emigrado a Illinois?

Tendría que averiguar el apellido de Shea y ver si era algo más que una simple coincidencia.

Nos habíamos intercambiado las direcciones, y me tomé muy en serio su advertencia de que su casa estaba protegida. Las brujas eran precavidas. ¿Hacía lo correcto al confiarle una de mis posesiones más preciadas a una de ellas?

El grimorio era una de las dos pertenencias de Alice que conservé después de su muerte. El otro objeto era el broche que llevaba todos los días. Noté su contorno en el bolsillo. Siempre lo llevaba encima para que una parte de ella siguiera conmigo.

Pero su grimorio era otra historia. El libro era voluminoso, estaba hecho jirones y olía a zapato viejo. Rara vez lo miraba. No había muchas razones para hacerlo, ya que no podía usar los hechizos que contenía. Sobre todo, no quería arriesgarme a dañar ninguna de las páginas por pura curiosidad. Aquel enorme libro bien podría albergar el secreto para traer de vuelta a Alice.

Así que lo guardaba escondido en una caja de seguridad en el armario de mi pequeño apartamento de Chicago, y pronto volvería a estar en manos de otra bruja. ¿Era una estupidez esperar que Shea cumpliera su parte? Era joven, y no tenía ni idea de cuánta experiencia tenía con sus poderes.

Sabía que sus motivaciones no se centraban en ayudarme. No directamente, al menos. Quería el grimorio, probablemente para aprender hechizos antiguos. Sin embargo, si al intercambiar el grimorio Shea encontraba un encantamiento de resurrección que devolviera a Alice de entre los muertos, el trueque habría merecido la pena con creces.

¿Y si al final no podía ayudarme?

Por eso estaba de vuelta en Heritage Prep, bebiéndome mi tercera bolsa de sangre como preparación para cualquier retorcido plan que Hadrian me tuviera reservado.

Inhalé una última bocanada del aire de la madrugada antes de entrar. El tenue resplandor del alba se abría paso por las cumbres de las montañas y el sol no tardaría en salir.

Para cualquier otro vampiro, los primeros rayos del sol quemarían cualquier trozo de piel expuesta. Pero a mí no. El encantamiento que Alice me había lanzado hacía más de cien años era eterno e irrompible.

Aquel día, los primeros rayos de sol significaban que era hora de reunirme con Hadrian y enfrentarme al destino que hubiera decidido para mí. Emprendí la larga caminata por las escaleras que ascendían hasta la fortaleza de Heritage Prep.

Esta vez no tardé tanto en subir, probablemente porque la presencia repelente de Marguerite no flotaba en lo alto. El recuerdo de la noche anterior me vino a la mente y me encontré limpiándome la boca de nuevo, como si su beso me hubiera dejado una mancha en los labios. Desde luego, me había dejado una mancha en el alma.

Las enormes y oscuras puertas de hierro forjado estaban cerradas para impedir la entrada del sol. Sin duda, todas las ventanas de la academia también lo estarían. Excepto, quizá, las de las habitaciones donde esperaban los humanos. Humanos que servían de alimento para los vampiros, así como aquellos que intentaban demostrar su valía a Hadrian.

Conocía la entrada lo suficiente como para saber cómo acceder. Se formó una puerta dentro de la puerta. Era lo bastante ancha y alta para dejarme pasar. No era más que otra baratija tecnológica que Hadrian había conseguido poseer a lo largo de los años, pero cumplía su función: solo permitía que una cantidad mínima de luz entrara en la fortaleza.

Al entrar, mis ojos tuvieron dificultades para adaptarse a la oscuridad. Una vez lo hicieron, la figura familiar de Marguerite apareció ante mí. Apreté las manos en puños y tensé la mandíbula. No pude evitar que un gesto de desprecio se dibujara en mi rostro. Era la última persona a la que quería ver a primera hora de la mañana.

Apoyaba el peso en un pie, con los hombros ligeramente encorvados y una mano en la cadera, y vestía completamente de negro, como

de costumbre.

—¿Has pasado buena noche? —preguntó cálidamente, pero sus palabras resultaron gélidas.

Asentí con brusquedad. —De hecho, una de las mejores noches que he tenido en mucho tiempo.

Marguerite sonrió con malicia, pasándose la lengua por la punta afilada de uno de sus colmillos. —Habrá sido por nuestro baile.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo. —Te aseguro que no ha tenido nada que ver.

Me puso la mano libre en el pecho. —Oh, Julian, eso duele.

—Lo he dicho antes y lo volveré a decir. —Señalé varias veces y muy rápido el espacio entre Marguerite y yo—. Tú y yo. Lo que sea que tuviéramos, antes de convertirnos en vampiros, lleva mucho tiempo muerto. Cualquier fantasía romántica que tengas conmigo *jamás* se hará realidad. No después de los acontecimientos que pusiste en marcha al convertirme.

Su sonrisa no hizo más que ensancharse. —Puedo ofrecerte una eternidad de amor. Tu bruja esa habría muerto de todas formas, tarde o temprano.

La ira burbujeó en mi pecho como agua hirviendo, amenazando con desbordarse.

Cálmate, los pensamientos de Alice afloraron justo antes de que estuviera a punto de arremeter contra Marguerite, enfriando la tempestad de rabia que se gestaba. *Está desesperada por obtener cualquier tipo de emoción de ti. Más allá de la sangre, alimentarse de las emociones es la pasión de los vampiros. Ya viste lo que pasó la última vez. No vuelvas a darle ese control.*

Mi respiración se ralentizó al oír el sonido de su voz en mi cabeza. Era tan claro, tan tangible, como si estuviera justo a mi lado. Y tenía toda la razón.

—Si no te importa, tengo que ir a recibir un castigo —dije, pasando a su lado.

En el último momento, me agarró el brazo con firmeza, deteniendo mi avance hacia las escaleras que conducían a las mazmorras.

Se acercó, llevando sus fríos labios a mi oído.

—No quiero ver lo que Hadrian le vaya a hacer ahí abajo —susurró, con un tono serio por una vez—. Pero sea cual sea el tormento al que le someta, quiero que sepa que no estoy de acuerdo. Si sobrevive, estaré aquí para ayudarle a recuperarse.

Me zafé de su agarre y seguí mi camino.

—No te preocupes por mí —le grité mientras me dirigía a lo alto de las escaleras—. Si vivo, me recuperaré solo. ¿Y si muero? Bueno, ya puedes empezar a buscar a otros a quienes prometerles tu amor eterno e imperecedero. —*En realidad, deberías hacerlo tanto si vivo como si muero.*

Bajé las escaleras de dos en dos. No es que me entusiasmara lo que estaba a punto de pasar, sino que estaba más que ansioso por alejarme de Marguerite. Y solo quería acabar con este suplicio de una vez.

La oscura escalera de piedra estaba flanqueada por tenues luces empotradas en las paredes. Hacía mucho tiempo, cuando se construyó la fortaleza, los vampiros originarios habían dependido de antorchas. Hacía tiempo que habían sido reemplazadas. Hadrian era un firme creyente en encontrar y utilizar las nuevas tecnologías tanto como fuera posible.

Siguiendo el semicírculo, pasé corriendo por la abertura que conducía al primer nivel inferior. Heritage Prep era un lugar enorme y mucho más que una simple academia. La legión de vampiros de Hadrian se alojaba en el mismo lugar, y cuanto más alto era el rango de un vampiro, más arriba residía en las torres.

Los niveles inferiores eran las viviendas y aulas para los Iniciados: humanos que deseaban convertirse en vampiros. Algunos eran hijos

de los vampiros que vivían aquí, esperando a ser convertidos, y otros eran voluntarios. El propio Hadrian había sido un Iniciado humano —al menos hasta que alcanzó la mayoría de edad—, pero había sido criado con un propósito mucho más grandioso.

El linaje de Hadrian era el más antiguo de la nobleza vampírica, con miles de años de antigüedad. Cada vampiro varón sucesivo de su estirpe se apareaba con una humana cada cincuenta años para producir un heredero varón. La fuerza y las habilidades, que se acumulaban con cada generación, otorgaban a Hadrian poderes distintos a los de cualquier otro vampiro.

Mis zapatos repiquetearon contra los escalones mientras continuaba mi descenso, resonando en mis oídos y rebotando en las paredes en ambas direcciones. Me sorprendió no cruzarme con ningún humano o vampiro por el camino.

Cinco niveles más abajo, la escalera terminó por fin, abriéndose a una amplia cámara que desprendía un olor húmedo y a moho. Rara vez me había aventurado a bajar a las mazmorras durante mi época trabajando con Hadrian, y ahora recordaba por qué.

Había jaulas sucias que recubrían las paredes, con sus barrotes de hierro pintados de negro. La mayoría estaban vacías, pero descubrí que algunas albergaban a humanos que sufrían sus propios castigos. No emitían ningún sonido. Había varios guardias vampiros alrededor cuya única función era detener cualquier gemido o súplica.

Uno de los guardias me vio y se me acercó.

—Vaya, vaya, vaya —dijo el vampiro bajo y fornido con desdén, mirándome con aires de superioridad, lo que, en realidad, resultaba absurdo—. Mirad, muchachos. Julian Asher ha vuelto de verdad.

Los otros guardias centraron su atención en mí, y reconocí a algunos de ellos. Desde luego, conocía al que ahora gesticulaba frente a mí, golpeándose la mano con una porra de metal. El carcelero tenía las entradas pronunciadas, y su pelo blanco, erizado con gomina, se disparaba en varias direcciones.

—Hola, Rory —dije—. Veo que algunas cosas nunca cambian. Como tu estatus.

La mueca de desdén del guardia desapareció, reemplazada por una mirada malévola que ya había visto en múltiples ocasiones.

Rory me apuntó con su porra. —Ya veremos qué tan chulo te pones después de que Hadrian acabe contigo.

—Me muero de ganas de que empiece la fiesta —respondí con sorna —. ¿Dónde está Hadrian?

Con el ceño fruncido, Rory se giró y señaló en la dirección opuesta. —Por ahí. Pasada la siguiente sala de jaulas. La Cámara de la Locura.

Una sacudida de inquietud me hizo estremecer al oír el nombre de la sala de torturas; el apodo me trajo recuerdos. Era una sala en la que nunca había estado, pero había oído los gritos que provenían de ella más veces de las que me gustaría recordar.

—¿Tan emocionado estás?

Me armé de valor. —Simplemente me preocupaba que mi castigo fuera mucho peor: tener que presentarme ante ti aquí abajo durante el próximo mes. Preferiría que me clavaran un poste de cobre en el pecho.

Rory se movió a una velocidad sobrehumana, lanzando la porra directamente hacia mi cara. Mis rápidos reflejos actuaron por instinto y atrapé la punta del arma contundente con la mano, igualando la fuerza del carcelero, manteniendo la porra por encima de nuestras cabezas.

Rory apretó los dientes por el esfuerzo. —Nunca fuiste uno de los nuestros. Y nunca lo serás.

Quise darle la razón. En lugar de eso, no dije nada; solo mantuve mis ojos fijos en los de Rory con audaz determinación.

—Rory, Rory, Rory —dijo la voz de Hadrian a mi espalda con un chasquido de lengua—. ¿Quieres explicarme, por favor, por qué

estás entreteniendo a Julian de sus obligaciones?

Obligaciones. Contuve un bufido de desdén mientras mantenía mi postura, sin querer ceder hasta que Rory lo hiciera.

—El proscrito ha empezado —se quejó Rory, relajando el brazo.

Solté la porra y me giré para mirar a Hadrian.

—No hay necesidad de insultos —corrigió Hadrian con suavidad, desviando su mirada de Rory hacia mí—. Ha vuelto a casa. Y los proscritos no vuelven a casa, ¿verdad?

Sabía que la pregunta no iba dirigida a Rory.

—No, señor, no vuelven —respondí.

Inclinando la cabeza, el líder vampiro volvió a mirar a Rory. —¿Lo ve? Aquí todos formamos parte del mismo equipo. —Posó de nuevo sus ojos azul pálido sobre mí—. Es la hora.

—Nos vemos —dije con un gesto de cabeza a Rory. Luego, pasé por delante de las filas de jaulas, sintiendo cómo me seguían las miradas temerosas de los cautivos humanos.

—Lamento que se haya visto retenido por él —dijo Hadrian mientras caminábamos juntos por la siguiente sala de jaulas. La disculpa era falsa, utilizada solo como una formalidad.

Mantuve la mirada al frente, sin querer ver las miradas atormentadas de los humanos enjaulados. —No esperaba menos. Rory siempre ha sido un idiota.

—Un idiota leal —añadió Hadrian.

Un breve e incómodo silencio nos envolvió. Para un observador, podríamos parecer amigos, quizá yendo a compartir una comida juntos.

Entramos en la siguiente sala, con más jaulas incrustadas en las paredes. Mis pasos parecían volverse más pesados a medida que nos acercábamos a la Cámara de la Locura.

—Debo admitir que todavía estoy sorprendido de que haya vuelto —dijo Hadrian, rompiendo el silencio.

—Tenía que hacerse —fue todo lo que dije.

—En efecto.

Entramos en una zona de la fortaleza que me resultaba completamente desconocida.

—Probablemente debería prepararle un poco para lo que está a punto de suceder —prefirió decir Hadrian. De nuevo, la falsedad de su tono no se disimulaba. Parecía como si se estuviera regodeando.

Debemos de estar acercándonos a la Cámara de la Locura.

Aclarándose la garganta, Hadrian continuó: —Normalmente, en casos similares, el castigo por deserción tiene lugar en lo alto de la torre central: mis aposentos personales. Se coloca al traidor en una celda de cristal tintado que bloquea la *mayor parte* del sol. Pero no todo. El techo de la torre se abre, y el traidor sufre entonces una lenta quemadura que puede durar varios días. Es atroz, por lo que he oído. Si el desertor desea volver a jurarme lealtad, se le recompensa con la salvación justo antes de la muerte.

Me estremecí. Era una tortura creada específicamente para los vampiros. El hechizo de Alice me protegería de ese tipo de tortura, y Hadrian lo sabía. Ser un caminante diurno me había otorgado un gran privilegio durante mi primera etapa en las filas de Hadrian.

—Nadie me ha traicionado dos veces —continuó Hadrian—. Es una lección difícil de aprender, pero es eficaz.

Más adelante, pude ver una pequeña puerta de la que manaba una luz roja. Me obligué a tragar saliva.

—Como ese método de castigo no surtiría ningún efecto en usted, he tenido que buscar una solución original.

Al llegar a la puerta, Hadrian me hizo un gesto para que entrara primero. Lo miré, no buscando el perdón ni una salida, sino exudando determinación.

—Sea lo que sea lo que haya preparado, le demostraré mi lealtad. —*Por Alice.*

Al cruzar el umbral, vi que la habitación roja era casi tan pequeña como mi estudio. Y estaba llena de vampiros que me miraban con curiosidad. Se apartaron hacia los lados de la sala, revelando un recipiente de plexiglás de al menos tres metros de alto por tres de ancho. Contenía algún tipo de líquido; no quise adivinar cuál. Pero todo aquello parecía algo que se encontraría en un acuario.

Excepto que carecía de peces.

—Quizá se pregunte por qué hay tanta multitud aquí —dijo Hadrian mientras se dirigía hacia el tanque—. Estos son hermanos y hermanas que han expresado dudas sobre la causa vampírica. Tenga en cuenta que no han desertado. Está a punto de convertirse en su mayor maestro.

La puerta se cerró tras nosotros y una barra de acero cayó en su lugar, encerrándonos dentro. Me alegré de que Rory no pudiera mirar desde la puerta. Fuera lo que fuera a soportar, no quería que ese capullo tuviera la oportunidad de regodearse más tarde.

Miré el tanque de arriba abajo. —¿Ácido? ¿Productos químicos?

Hadrian frunció el ceño. —No, nada tan intenso.

Tocó una pantalla que estaba incrustada en la pared, activando un sistema de poleas que bajó una gran losa redonda de metal que en un principio había confundido con parte del techo.

—¿Supongo que eso es cobre?

Hadrian puso los ojos en blanco. —No somos monstruos, Julian.

Permítame que lo dude.

Unos cuantos toques más en el panel junto a la puerta hicieron que la pared del fondo, justo detrás del tanque, se abriera en dos escaleras que lo rodeaban.

Miré a Hadrian confundido.

—Venga —dijo Hadrian, caminando hacia la escalera de la izquierda y haciéndome un gesto para que subiera por la de la derecha.

Hice lo que me indicó.

La parte superior de las escaleras se unía, creando un rellano. Desde esa altura, podía ver el otro lado de la lámina plana de metal. Tal y como había dicho Hadrian, no era cobre, sino un acero macizo, lo que parecía ser un tema común en la fortaleza. Nunca antes me había fijado en ese detalle.

No había cadenas ni mecanismos de cierre. Solo una gran pieza redonda de metal.

Era una tapa.

La comprensión me sobrevino, como el sol que había visto salir por encima de las montañas esa mañana.

—Ahogamiento —murmuré con un nudo en la garganta.

Hadrian asintió. —Muy perspicaz, viejo amigo.

Lo consideré. En todos mis años, nunca antes había experimentado el ahogamiento. Un vampiro no podía morir realmente por una inmersión prolongada, pero su cuerpo seguía necesitando aire. Una experiencia así no sería agradable.

—Este es Julian Asher —anunció Hadrian, dirigiéndose al grupo de vampiros de la sala—. Nació a finales del siglo XIX y fue convertido cerca del cambio de siglo. Hace siete años, desertó deliberadamente de Heritage Prep y de la causa vampírica, autoexiliándose al aislamiento.

Se levantaron murmullos entre los observadores, lo que hizo que Hadrian levantara la mano. Se callaron al instante.

Los recorrí con la mirada, dándome cuenta de que aquellos vampiros albergaban una chispa de rebelión que estaba a punto de ser extinguida. *Y ahora mismo, si se unieran, su fuerza numérica sería demasiada para Hadrian. Podríamos matarlo. Ha dejado fuera cualquier ayuda.*

El pensamiento era inútil. Aquellos vampiros seguían en la academia, lo que significaba que aún guardaban lealtades —por débiles que fueran— a Hadrian. Pero quizá, con el tiempo, podría plantar suficientes semillas para formar una rebelión. Un grupo de vampiros dispuestos a enfrentarse a Hadrian. Grabé sus rostros en mi memoria.

Hadrian continuó: —Anoche, Julian regresó pidiendo el perdón y deseando reincorporarse a nuestra familia. Tras algunas deliberaciones, se acordó que se le permitiría la readmisión a nuestra causa y se le perdonaría su deserción después de que se le hubiera impuesto un castigo apropiado. Solo entonces se hará borrón y cuenta nueva. Que esto sirva de lección para aquellos de entre vosotros que tengáis dudas sobre lo que estamos tratando de construir en este mundo y cómo intentar *ir por libre* no funciona.

La sala se quedó en silencio mientras todos los ojos se clavaban en mí.

—¿Cuánto tiempo? —pregunté; la repentina sequedad de mi garganta fue una ironía que no se me escapó.

Hadrian señaló de nuevo la pantalla táctil junto a la puerta. —Después de que comience su castigo, su cuenta atrás aparecerá ahí.

Asentí.

Genial.

—Adelante —dijo Hadrian, posando una mano fría en mi hombro.

Inhalé y exhalé un par de veces, sabiendo que no tendría la oportunidad de volver a hacerlo en mucho tiempo.

Alice, quédate conmigo, supliqué. *Te necesito ahora más que nunca.*

—Nos vemos al otro lado. —Tomé una última bocanada de aire antes de saltar al agua.

Estaba fresca contra mi piel; unas luces rojas en el fondo se encendieron e hicieron que el agua pareciera sangre.

Observé a través de los cristales cómo Hadrian bajaba corriendo las escaleras y tecleaba la orden para que la tapa cayera en su sitio. Mientras lo hacía, de repente me sentí arrastrado hacia el fondo, cerca de las luces brillantes. La tapa, de alguna manera, tenía la capacidad de hacerme hundir; más de la extraña tecnología de Hadrian.

Ya sentía la necesidad de otra bocanada de aire. El aire de mis pulmones amenazaba con escaparse en cualquier momento.

El tanque vibró cuando la pesada tapa se selló en su lugar.

Hadrian se apartó del panel, y los dígitos que aparecieron en la pantalla me dejaron sin aliento, provocando que una estela de burbujas danzara bajo la luz roja.

24:00:00.

Un día entero.

Alice, te necesito.

El pensamiento llegó mientras mis pulmones se llenaban de agua y mi mente farfullaba.

Alice…

Capítulo 28

Arya

Entré en la clase de Transformación decidida y concentrada. Solo llevaba unos días en el Domo y, en lugar de centrarme en ponerme al día con el temario, cosa que necesitaba desesperadamente, me había dejado distraer por los dos tíos buenos que se peleaban por mí para no tener que afrontar mis sentimientos por mamá.

Bueno, ya me lo había quitado de encima y ahora estaba lista para centrar mi atención donde debía estar: en los estudios.

Entré en el vestuario, decidida a ignorar todas y cada una de las miradas de las demás sirenas. No les caía bien y no pasaba nada, porque no necesitaba que me aceptaran para aprender a ser una sirena. Preocuparme por lo que pensaran era una completa pérdida de tiempo, y yo tenía cosas más importantes que hacer.

Abrí mi taquilla y saqué el top de baño justo cuando tres personas pasaban detrás de mí en plena conversación. Las miré por curiosidad, pero al instante puse los ojos en blanco y volví a lo mío cuando me di cuenta de que las chicas eran Cora, Adina y Letti.

—Venga ya, Cora, eso no es justo —se quejaba Adina con un lloriqueo demasiado alto como para que yo pudiera ignorarlo mientras me cambiaba—. No lo decía en serio, lo siento muchísimo.

—Con un «lo siento» no basta —replicó Cora con desdén—. Por lo que a mí respecta, hemos terminado. No me hables.

Oí dos pares de pisadas salir furiosamente del vestuario, seguidas de lo que habría jurado que eran sollozos. ¿Había problemas en el paraíso de las arpías sirenas?

Me ajusté el top por debajo de las caderas y eché un vistazo a la fila de taquillas. Adina estaba desplomada en un banco, llorando en voz

baja con la cabeza entre las manos.

¿A qué venía todo eso?

No sabía mucho de Adina, dentro de lo que era el trío de arpías sirenas. Cora era la abeja reina y Letti su descarada segunda al mando. Pero Adina siempre había sido bastante callada, siguiendo a Cora a todas partes como si fuera su sombra. No pude evitar preguntarme qué tipo de pelea podría haber hecho que Cora la apartara de esa manera.

Adina volvió a sorber por la nariz ruidosamente y, antes de que mi creciente compasión se apoderara de mí, cerré la taquilla y salí de la sala a grandes zancadas. No necesitaba meterme en sus líos. Tenía mis propios problemas de los que ocuparme y, en ese momento, dominar la transformación era mi máxima prioridad.

Vi a Celeste y fui directa hacia ella. Me había dicho que hoy trabajaría conmigo individualmente, y yo estaba agradecida por la oportunidad de mejorar.

—Hola, Celeste —dije al acercarme.

Se me hacía superraro llamar a una profesora por su nombre de pila, pero todo el mundo lo hacía. Lo mismo con Caesar. Supongo que era porque querían que nos sintiéramos como iguales. Eso hacía que los respetara, pero el propio acto me parecía una falta de respeto hacia ellos. Era confuso.

—Hola, Arya —saludó la despampanante pelirroja—. Ahora que ha tenido tiempo de acostumbrarse a sus nuevas piernas, por así decirlo, me gustaría que practicara el control del cambio. A ver lo rápido que puede volver a su forma humana después de salir del agua, y luego intente que sus piernas no se transformen al volver a entrar.

—Vale, puedo con esto —dije con confianza.

Me metí en la piscina y las escamas bajo mi piel reaccionaron al instante al agua salada. Me resultaba difícil imaginar que pudiera

detener la transformación. La cola me salió en segundos; la aguda agonía de la transformación fue, por suerte, breve.

Celeste se quedó al borde de la piscina, balanceando sus pies perfectamente cremosos y sin transformar en el agua para demostrarme que era posible.

Todavía no había descubierto cómo mantener las branquias cerradas, y tuve que sumergir la cara después de solo unos segundos para no asfixiarme. Tomé una bocanada de aire bajo el agua y la contuve, para poder salir a la superficie y esperar más instrucciones.

—¿Problemas para respirar? —adivinó Celeste al ver mis labios apretados.

Asentí con rigidez.

—Entonces, dejaremos que esa sea la primera lección: mantener las branquias cerradas cuando quiera respirar fuera del agua. La clase no será muy productiva si su cerebro sufre de falta de oxígeno.

Se rio de una manera que decía *me-río-contigo-no-de-ti*, pero aun así me sentí un poco avergonzada.

—Primero, exhale y expulse todo el agua de la tráquea —me indicó Celeste.

Exhalé, sintiendo el agua salir de mis branquias.

—Bien, ahora concéntrese en el cuello y ordene a sus branquias que se cierren. Al principio puede parecer que intenta mover las orejas, como un músculo que simplemente no está destinado a moverse voluntariamente, pero una vez que haya encontrado esos pequeños músculos, podrá controlarlos con facilidad.

Asentí y, aún conteniendo la respiración, cerré los ojos y me concentré en mis branquias. Me concentré en el cuello, volviéndome muy consciente del punto exacto donde estaban las hendiduras branquiales. Las sentía secas y resecas, como labios agrietados que necesitaran ser humedecidos constantemente. Me escocían por el aire.

Tensé casi todos los músculos del cuello intentando cerrarlas, hasta que finalmente tuve que tomar aire y me sumergí bajo el agua para inhalar bruscamente. Tosí por la corriente ardiente en mi garganta y branquias, agradecida de que el agua fresca con la que me llené lo aliviara rápidamente. Después de recuperar el aliento, inspiré profundamente para salir a la superficie e intentarlo de nuevo.

No sé cuántas veces repetimos este ejercicio, pero al final, logré localizar esos diminutos músculos y conseguí que cerraran mis branquias. Solté el aire que había estado conteniendo y dejé que el aire desnudo llenara mis pulmones. El aire sin filtrar me quemaba la garganta, haciéndome tragar varias veces para calmarla. Era incómodo pero tolerable.

—¡Muy bien, Arya! —me elogió Celeste—. Tendrá que acostumbrarse al escozor, pero, después de un tiempo, ni siquiera lo notará.

Me aclaré la garganta en vano. —Es como si tuviera anginas. —Hice una mueca cuando otro trago me hizo doler la garganta.

—Le prometo que se volverá más fácil —dijo Celeste—. Haremos una pequeña pausa y dejaremos que se adapte antes de empezar a controlar el cambio.

Asentí y dejé que mi respiración volviera a la normalidad. Me dolía tanto la garganta que quería beberme la piscina entera, pero temía que, si dejaba que mis branquias se abrieran, no pudiera volver a cerrarlas.

Miré a mi alrededor, tratando de distraerme de la incomodidad. Los otros alumnos sirena simplemente holgazaneaban, reunidos en grupos, y charlaban mientras flotaban. Era un duro recordatorio de lo atrasada que estaba. Todos ellos habían estado en el agua toda su vida. Habían aprendido en la cuna todas estas cosas que yo me esforzaba por descubrir.

Me había esforzado mucho por no culpar a mamá por impedir que creciera como una sirena, pero en este momento, no pude evitar sentir resentimiento, lo que solo hizo que la culpa fuera mucho más fuerte.

¿Por qué mamá no me había dicho al menos lo que era? Fuera lo que fuese de lo que estaba huyendo, podría haberlo entendido si me hubieran dado la oportunidad. ¿Por qué ocultarme a mí toda esta parte de lo que éramos? ¿A ella misma? Al mantenerme en la ignorancia, también renunció a transformarse. Ahora que sabía lo liberador que era, no podía imaginarme renunciar a ello, especialmente durante dos décadas.

¿De qué te escondías, mamá? ¿Qué era tan malo como para que estuvieras dispuesta a renunciar a esto?

—¿Se siente mejor? —preguntó Celeste cuando regresó a mi lado.

No, ni un poco.

—Sí —mentí—. Manos a la obra.

—¡Bien! Vale, iremos despacio. Primero, solo quiero que practique cambiar a sus piernas lo más rápido que pueda cuando salga. Una vez que haya acortado ese tiempo, trabajaremos en evitar que se transformen.

Asentí y salí de la piscina, apartando una vez más mis pensamientos.

* * *

Sin contar mi escaso logro de cerrar las branquias, el resto de la clase de Transformación continuó con pocos progresos en el control de mi cambio.

Intenté recordarme que esta era solo mi segunda vez en la clase de Transformación, y que esperar de mí misma aprender estas cosas más rápido era simplemente prepararme para el fracaso. Pero era difícil mantener las cosas en perspectiva cuando deseaba con tanta fuerza dominarlo todo. Me daba cuenta de que Celeste y Caesar esperaban que destacara como sirena, y esas expectativas también pesaban mucho sobre mí.

Cuando la hora terminó, me senté en el borde de la piscina, esperando que mi cola se secara lo suficiente como para recuperar mis piernas. Mi fracaso hacía que estuviera ansiosa por irme, y la maldita agua salada no se evaporaba lo bastante rápido.

—Oye, ¿qué tal?

Apreté los dientes ante la otra razón por la que no quería quedarme.

Kendall se sentó a mi lado en el suelo de baldosas brillantes, aparentemente impasible ante mi falta de entusiasmo cuando levanté la vista hacia él.

—Como si no hubieras visto el desastre que he sido aprendiendo a ser una sirena —dije sin rodeos.

—No ha estado tan mal —dijo encogiéndose de hombros—. Todos hemos tenido dificultades en algún momento. Solo vas un poco por detrás, eso es todo. Te pondrás al día en nada de tiempo. Y entonces te aburrirás en esta clase como el resto de nosotros.

—Incluso si eso ocurre, seguiré siendo la marginada con la que nadie quiere nadar. —No pretendía que eso se me escapara. Estaba intentando activamente que no me importara lo que pensaran, pero a raíz de mi fracaso en controlar mi cambio, mi resentimiento ardía como una vieja herida.

—Eso no es verdad. Nadaré contigo cuando quieras. Así que date prisa y aprende estas cosas para que podamos relajarnos y flotar. —Soltó una risita de ánimo, pero yo no lo acompañé—. Sabes que era una broma, ¿verdad?

—Sí, solo que no estoy de humor para reírme —dije, bajando la mirada hacia mis aletas rosas que se secaban lentamente.

—Bueno, pues deja que te anime —dijo—. Escápate conmigo esta noche y vemos una película en el pueblo.

Apreté los labios. Al parecer, no podía ver el cartel gigante de «que te jodan» que tenía estampado en la frente. Y tal vez no era justo. Ya ni siquiera estaba enfadada con él por lo que había dicho ayer.

Él no tenía la culpa de los prejuicios con los que había crecido, especialmente cuando todos en su mundo los compartían. Y él había superado la mayoría de ellos, lo que decía mucho de su carácter. Así que no era exactamente justo que le echara en cara sus valores. Además, ¿de verdad quería rechazar a uno de mis pocos amigos en este lugar?

—No puedo, esta noche no —dije, bajando mi nivel de hostilidad—. Tengo que estudiar un poco más para mi ensayo de Biología de Cambiaformas.

—Vale. Bueno, ¿te gustaría tener un compañero de estudio? Yo convalidé esa asignatura. —Su caballerosidad estaba haciendo su efecto en mí, pero estaba decidida a establecer algunos límites.

—Ya he quedado para estudiar con Ashlyn hoy, pero ¿quizá en otro momento? —No era una mentira del todo. De verdad que había quedado con Ashlyn para más tarde. Solo que probablemente no íbamos a pasar mucho tiempo estudiando.

—Está bien —dijo con un seco asentimiento.

Empezó a levantarse, luego se detuvo y se quedó en una posición arrodillada. —Mira, lo que dije sobre Ashlyn, por favor, olvídalo por completo. Es una chica genial y me alegro de que sea una buena amiga para ti. Ayer me pasé de la raya y lo siento.

Sonrió con una sonrisa que podría derretir bragas, y me obligué a apartar la mirada para no dejarme atrapar más por ella. Kendall se iba a quedar en la zona de amigos, al menos hasta que yo aclarara mis movidas.

—Gracias —dije—. Quizá los tres podamos ir a ver una película este fin de semana.

—Claro, suena divertido. Y mientras tanto, si necesitas más ayuda para estudiar, ya sabes dónde encontrarme.

Me levanté y él me saludó con la mano antes de desaparecer en el vestuario.

Finalmente, mi cola se secó lo suficiente como para replegar mis escamas y comenzar el cambio de vuelta a piernas. Los huesos se ajustaron, se desplazaron y se separaron, la piel color melocotón reemplazó las brillantes escamas rosas hasta que recuperé mis pálidas piernas.

Me puse de pie y entré en el vestuario para terminar de secarme y vestirme con mi uniforme.

Antes de que pudiera abrir mi taquilla, una mano agresiva me empujó contra el metal pintado de azul.

—Aléjate de Kendall. —Conocía esa voz. El tono egocéntrico del elitismo, y con solo la mitad del veneno de Cora. Era Letti.

Me di la vuelta para encarar a la sirena de pelo negro azabache. Letti me miraba con tanta ferocidad que casi temí que pudiera estallar en llamas. Por suerte, solo los fénix y los dragones tenían ese poder.

—No es que sea asunto tuyo, pero Kendall y yo solo somos amigos —dije con una voz igual de firme—. De todas formas, ¿qué te importa? Ya no salís juntos. Espera, ¿te dejó él? —Le hice un mohín burlón.

—Eso no es asunto tuyo —espetó Letti.

Claramente, había tocado una fibra sensible.

—¿Ah, sí? Y lo que tu ex y yo hacemos no es asunto tuyo. Así que déjame en paz. Hoy no estoy de humor para tus tonterías. —Le di la espalda a la sirena privilegiada, casi desafiándola a que viniera a por mí.

—No me des la espalda. —Letti me agarró del hombro y tiró de él para hacerme volver a mirarla—. No eres digna de él. Ni siquiera puedes transformarte como el resto de nosotras. No eres una sirena de verdad y nunca lo serás.

El insulto me hirió más de lo que esperaba, pero solo consiguió enfadarme más.

—Como vuelvas a tocarme así, te voy a enseñar cómo dan puñetazos los de la superficie.

—Chicas, ¿tenemos algún problema aquí?

Celeste entró en el vestuario y se acercó pavoneándose con los brazos cruzados sobre el pecho, su larga melena roja pareciendo un halo de fuego alrededor de su cabeza. Por muy agradable que pudiera ser Celeste, también podía ser una disciplinaria estricta, y estaba viendo ese lado de ella muy claramente en este momento.

—No, señora —dijo Letti, enderezando la espalda al instante y poniendo los brazos a los lados—. Arya y yo solo estábamos llegando a un entendimiento sobre los límites, ¿verdad?

Me lanzó una mirada despectiva, luego giró sobre sus talones y se alejó, echándose su melena negra sobre el hombro.

Mantuve mis facciones neutrales mientras la veía alejarse, medio tentada de ir tras ella y poner en práctica mis nuevas habilidades de defensa.

Celeste me lanzó una mirada preocupada. —Por favor, dígame si alguna de las chicas le está haciendo pasar un mal rato. No toleraré el acoso.

—No, nada de eso. —Agité la mano con desdén—. Solo el típico drama adolescente. Todo bien.

No lo estaba en absoluto, pero ni de coña iba a ser una chivata. Mi popularidad ya era lo suficientemente baja sin añadir eso. Además, podía manejar esta mierda yo sola.

—Vale —dijo Celeste, con un tono y un ceño fruncido que decían que no me creía—. Bueno, que tenga una buena tarde, Arya.

Salió de la sala y yo volví a la tarea de cambiarme.

—Solo está celosa —dijo una suave voz femenina detrás de mí.

Miré por encima del hombro. Adina estaba sentada en el banco frente a la fila opuesta de taquillas, abrazándose los hombros, con las marcas delatoras de las lágrimas en las mejillas.

—Kendall la dejó justo después de que tú aparecieras —continuó Adina—. Está convencida de que fue por tu culpa, aunque ya tenían problemas desde mucho antes. —Se limpió la nariz con la mano.

Quería ignorarla, terminar de cambiarme y seguir con mi día. Pero me estaba hablando sin nada del veneno habitual, y estaba claramente angustiada. *¡Maldita sea mi naturaleza compasiva!*

—¿Estás bien? —pregunté.

Sorbió ruidosamente por la nariz. —La verdad es que no.

No lo hagas. No lo hagas.

Pero no pude evitarlo. —¿Qué ha pasado? Os he oído a ti y a Cora discutir antes.

Su cara se arrugó, y parecía estar luchando contra la reacción de su cuerpo a cualquier emoción que estuviera sintiendo. Luego inclinó la cabeza hacia el techo y respiró hondo.

—Cora se ha enterado de que llevo unas semanas saliendo con Jackson —admitió como si estuviera confesando algo horrible.

—¿El sabueso? —pregunté. No estaba segura de si había otro Jackson. Y nunca los había visto a los dos en la misma habitación.

—Sí —dijo Adina con otro sollozo—. Piensa que soy una traidora por salir con un chico que no es un sireno.

Fruncí el ceño. —¿Y solo por eso te ha dado la espalda?

Negó con la cabeza y apartó la vista. —No lo entenderías.

Debería haber aprovechado esa oportunidad para volver a mis asuntos y marcharme. Pero sabía lo que se sentía al ser rechazada por esas arpías, aunque Adina hubiera sido una de ellas hasta hacía muy poco. Y la propia Adina no me había acosado como lo habían hecho Cora y Letti. Si tenía la mente lo suficientemente abierta como para salir con alguien de una especie diferente, quizá no era tan mala.

Y nadie merecía ser tratado así.

Cerré mi taquilla y fui a sentarme a su lado. —Puede que no entienda todo sobre la cultura sirena, pero sí entiendo que les gusta mantener todo entre los suyos. Probablemente mejor que nadie.

Asintió, pero no me miró.

—Yo, por mi parte, no creo que sea malo que sientas algo por alguien que no es un sireno —dije—. No siempre puedes controlar de quién te enamoras.

Tobias apareció en mi cabeza, pero lo expulsé de inmediato.

—Como en Biología de Cambiaformas, hemos aprendido sobre la impronta —continué—. Seguro que eso también ocurre con las sirenas. La señora Sharp dijo que no tiene nada que ver con la especie, que puede ocurrir entre especies. Si una sirena se imprimara de un sabueso, ¿no tendría la comunidad sirena que respetar la pareja?

Adina soltó una risa triste. —Probablemente no. Los ancianos seguramente realizarían experimentos para eliminarla.

La forma en que lo dijo me hizo reír a mí también. Probablemente tenía razón. Lo cual era espeluznante.

—Mira, no tengo nada que hacer en un par de horas hasta la cena. ¿Quieres que pasemos el rato?

Adina me miró y de repente me sentí muy tonta por ser tan amable. Estaba segura de que estaba a punto de mandarme a la mierda.

—¿Quieres pasar el rato conmigo? ¿Después de cómo te hemos tratado? —preguntó.

Me encogí de hombros. —Claro. Todo el mundo necesita a una amiga.

Y entonces, sonrió de verdad. —Vale. Me gustaría. Sabes, eres mucho más maja de lo que pensábamos.

—Gracias, supongo. —Solo esperaba que mi amabilidad no se volviera en mi contra más tarde.

Capítulo 29

Tobias

Volví a cambiar de postura en el asiento de polipiel del reservado de la esquina, lo que provocó un embarazoso chirrido que atrajo las miradas de reojo de todas las personas de las mesas cercanas.

Ignoré su atención mientras removía con la cuchara mi taza de chocolate caliente, demasiado espeso. En realidad, me gustaba el cambio de sitio. Normalmente, Arthur me convocaba en un selecto club privado de la zona vip, o en una mesa privada del restaurante Oriole, lo que significaba que tenía que vestirme de punta en blanco para una conversación con mi padre que duraría menos de cinco minutos.

Mi chocolate se había enfriado, pero tampoco es que hubiese estado muy apetecible desde el principio. Ojalá me hubiera traído a Niko *или* a Brett, al menos para matar el tiempo, ya que el General *siempre* me hacía esperar. Las instrucciones de Arthur habían sido muy específicas en que viniera solo a esta cafetería de tres al cuarto.

Siendo un alto cargo del ejército, cabría pensar que Arthur siempre sería puntual en sus reuniones. Y estaba seguro de que lo era para todos los demás. Yo, simplemente, no era lo bastante importante como para merecer el mismo trato, y Arthur nunca perdía la oportunidad de recordarme cuál era mi lugar.

Cuando el tintineo de la puerta anunció la llegada de otro cliente, ni siquiera necesité levantar la vista para saber que por fin había llegado, pues las cabezas de todos los maîtres, camareras y clientes del local gravitaron hacia su imponente presencia.

Si no estuviera tan nervioso, podría haber puesto los ojos en blanco. Tenía una idea de sobre qué podría tratar esta reunión.

—Tobias —dijo Arthur con su voz autoritaria mientras se deslizaba en el asiento frente a mí.

Dos de sus subordinados ocuparon una mesa a dos puestos de la nuestra, a la vista pero fuera del alcance del oído. Como si Arthur de verdad necesitara su propia escolta.

—Padre —dije, mirándolo a los ojos—. ¿Ha venido mamá con usted?

—Está de compras.

Mi humor se ensombreció aún más. Aunque sabía la razón por la que quería verme, albergaba la esperanza de que mi progenitora preferida estuviera aquí para hacer de barrera.

Pero ella no estaba al tanto de la tarea que Arthur me había encomendado. No aprobaría que otro varón Dracul tratara a una chica como la habían tratado a ella toda su vida. Octavia nunca admitiría que era casi lo mismo, solo que era cruel.

Arthur cogió la taza con la que yo seguía jugueteando y la deslizó a un lado de la mesa, luego entrelazó los dedos y se apoyó en los antebrazos. —Te manda recuerdos —dijo.

Si no supiera que sus palabras eran ciertas, no me lo habría creído por el tono de su voz.

—Entonces, ¿el despacho de Caesar no estaba disponible esta mañana? —pregunté, ansioso por ir al grano.

—No me pareció prudente arriesgarse a que otro estudiante escuchara a escondidas.

Eso nunca le ha importado antes. Reprimí el impulso de entrecerrar los ojos. Sabía cuándo Arthur no decía toda la verdad.

—Además, estaba por la zona por otra reunión.

Y ahí estaba. No había necesidad de molestarse en ir hasta la academia cuando podía convocar a su hijo, de día o de noche, a cualquier lugar del área metropolitana de Chicago.

—¿Ya se ha enamorado de ti la nueva sirena?

El asco se me filtró hasta los huesos, tanto por sus palabras como por la crudeza con la que las pronunció.

—No —dije lentamente, y luego me incliné hacia delante—. Usted me dijo que me *hiciera amigo* de ella. Y lo he hecho. Somos amigos.

—Un *amigo* no va a divulgar la misma información que una chica perdidamente enamorada —dijo Arthur con una media sonrisa que rara vez era amistosa—. Eres un *Dracul*, hijo. Somos de la realeza. Y con eso, una buena cabeza sobre los hombros y una cara por la que cualquier chica se pirraría, no veo el problema. —Se echó hacia atrás con los brazos cruzados—. ¿Qué tipo de *complicaciones*?

La cara de engreído de Kendall apareció en mi mente. Me encogí de hombros. —No importa. Puedo apañármelas.

—Bien. —Arthur descruzó los brazos y tamborileó los dedos de la mano derecha sobre la mesa—. Porque como me vengas con alguna excusa sobre relaciones tabú entre dragones y sirenas, te sacaré de esa academia de un tirón y te meteré de cabeza en el ejército, que es donde perteneces.

Mi corazón dio un vuelco antes de acelerarse. —Pero la academia…

—¡Tonterías! —dijo Arthur—. Tienes diecisiete años. Estás en edad. Y la coronel Candida ha estado preguntando por ti.

Había mil cosas diferentes que quería decir, pero sabía que era mejor no pronunciar ni una palabra más.

—Haz lo que te he pedido y no tendremos ningún problema. Podrás quedarte en tu pequeña *academia* hasta la graduación. Ahora… —sonrió, otra media sonrisa forzada—. Para que quede claro, ¿qué se espera de ti, hijo?

Quise señalar que en realidad solo me había pedido que me hiciera amigo de Arya. Pero era inútil discutirlo ahora. Si antes había sonado como una insinuación o sugerencia, ahora estaba claro. Y si не hacía lo que me ordenaba, me quitaría el último resquicio de libertad que me quedaba.

—Hacer que Arya sea mi novia.

Para contentarlo y conseguir la información que quería, era innegociable que *saliera* con ella. Seducirla. *Hacer que fuera mi novia.* Era la única forma de asegurarme de que podría pasar el tiempo suficiente con ella como para averiguar si de verdad era la sirena de la profecía.

Arthur enarcó una ceja. No era suficiente.

—Hacer que Arya sea mi novia y que se enamore de mí.

Las palabras me dejaron sin aliento, haciéndome sentir vacío. Para lograr lo segundo, mi corazón corría un grave peligro.

Porque ya me gustaba demasiado, a pesar de lo mucho que había intentado distanciar mis emociones de ella. Porque mis instintos sabían algo que yo no estaba listo para aceptar. Y que quizá nunca lo estaría.

Arthur sonrió. Ahora sí era suficiente.

El peso de lo que el General quería que hiciera me aplastaba, destrozando mi espíritu poco a poco. Lo que se me pedía que arriesgara, mezclado con el chocolate azucarado que me pesaba en el estómago como una piedra, me provocaba náuseas.

Satisfecho con la destrucción total de mi voluntad, mi padre se levantó. —Espero un informe detallado sobre una cita en condiciones en el plazo de una semana. Y, por favor, tráela a casa a cenar alguna vez. A tu madre le encantará conocer a tu nueva novia.

Estaba demasiado abatido como para fruncirle el ceño a su espalda mientras salía del restaurante, o siquiera para musitar para mis adentros que a mi madre le rompería el corazón una presentación así.

Con pesados grilletes arrastrándome los pies, hice el largo camino de vuelta al metro en piloto automático. ¿Cómo podía Arthur estar tan ciego ante la dificultad de la tarea que me había ordenado? O quizá pensaba que yo había heredado su incapacidad para amar a nadie. A él no le importaba cuántos corazones rotos dejara a su paso.

Y me estaba pidiendo que le hiciera lo mismo a Arya.

Pero, ¿qué otra opción tenía? Puede que solo me quedaran unos pocos meses de academia antes de graduarme y de que me reclutaran en el ejército de todos modos. Pero esos eran los últimos y preciosos meses de libertad del control total de mi padre que volvería a tener. No estaba dispuesto a renunciar a ellos.

Estaba entrando en la academia cuando me di cuenta de cuánto tiempo y espacio había recorrido perdido en mis turbulentos pensamientos. Y había tomado una decisión.

Llevaría a cabo los deseos de Arthur. Desplegaría todos mis encantos con Arya, dejaría de alejarla, haría que confiara en mí. No tenía por qué enamorarse de mí, y me aseguraría de que no lo hiciera. Podríamos llegar a algún acuerdo, algo físico pero solo como amigos. Y encerraría mi corazón tan a cal y canto que ella nunca podría alcanzarlo.

Pero antes de que nada de eso pudiera ser siquiera una posibilidad, primero tenía que disculparme por lo gilipollas que había sido con ella. No me había dirigido la palabra desde que me abofeteó en el pasillo hacía unos días. Puede que ni siquiera quisiera saber nada de mí, y si ese era el caso, no había razón para preocuparse por nada de esto, porque Arthur me enviaría tan lejos que nunca volvería a verla.

Entré en el Gran Salón, examinando los rostros de los estudiantes que holgazaneaban por allí, pero sin avistar sus características mechas azules. Era última hora de la tarde y la mayoría de las clases ya habían terminado, excepto las de los cursos superiores, pero como alumna nueva, era seguro que no estaría en ninguna de esas.

Dudaba que estuviera en la sala común de las sirenas, ya que la mayoría también eran unos gilipollas con ella. Y de todos modos, no había forma de que yo pisara ese lugar, no después de cómo habían terminado las cosas con Cora. Un escalofrío me recorrió los hombros solo de pensarlo.

No, tenía el presentimiento de que no estaba allí. Seguí ese presentimiento fuera del edificio principal, hacia el césped.

¿Y si estaba con Kendall? Estaban juntos la última vez que la vi, y parecían mucho más que amigos. ¿Y si había decidido que él era la mejor opción? No se equivocaba, pero, joder, la idea de los dos juntos, besándose, tocándose…

¡Basta!

Apreté los puños y me detuve en mitad de la acera mientras luchaba por controlar las furiosas emociones que intentaban desesperadamente incinerar una salida de mi pecho. Respiré hondo varias veces para calmarme, tratando de que mi fuego interior amainara.

Cuando por fin estuve tranquilo, continué por el sendero. Independientemente de con quién la encontrara, sería el caballero respetuoso que siempre debería haber sido y le offriría la disculpa que se merecía.

Al doblar hacia el gimnasio, vi a Arya salir por la entrada trasera, y la persona que caminaba a su lado era la última que habría esperado ver: Adina, la sombra de Cora.

¿Qué demonios hacían las dos caminando juntas? ¿De verdad se estaban riendo?

Algo en todo esto olía a chamusquina.

Me acerqué a las dos, intentando no parecer la bestia protectora que sentía merodear bajo mi piel. Tenía que ser amable. Tenía que ser respetuoso.

Arya levantó la vista, sus ojos se clavaron en los míos, y su belleza me golpeó como un puñetazo en la boca del estómago, impidiéndome respirar por un instante.

Adina siguió la mirada de Arya, frunciendo el ceño.

—Arya, ¿puedo hablar contigo un momento? —pregunté, deteniéndome a unos pasos frente a ellas.

Arya se detuvo un momento y luego miró a Adina. —Nos vemos luego.

Adina no parecía contenta, pero asintió a Arya y siguió su camino, dejándonos a los dos solos para hablar.

Se cruzó de brazos y sacó una cadera en lo que era una postura de evidente fastidio.

—¿Qué? —preguntó, con un tono más frío y brusco del que le había oído nunca.

Me lo merecía.

Me metí las manos en los bolsillos delanteros; su mirada despreciativa me hacía sentir de nuevo joven y pequeño.

—Solo quería disculparme —dije.

Enarcó una de sus cejas oscuras. —¿Ah, sí? ¿Por qué?

Suspiré, encogiendo los hombros una vez y luego dejándolos caer. —Pues, por todo. Por la fiesta, por flipar con lo de Kendall. He sido un auténtico capullo contigo. Y aunque no era mi intención, lo siento.

Esperaba que se mofara y me diera la espalda, pero no lo hizo. Me evaluó durante un largo momento, la tensión de su postura se relajó lentamente, el ceño fruncido que pesaba en su frente se suavizó.

Así que continué. —No se me da muy bien la gente.

—Me he dado cuenta —intervino.

Se me escapó una risita nerviosa. —Los hechos y los números los entiendo. Son blanco o negro, fáciles de comprender, de encontrarles el sentido. Pero la gente es más difícil para mí. Toda mi vida me han tratado como a un príncipe solo por quién es mi padre, y nunca sé a quién le gusto de verdad por ser yo mismo y quién solo me está haciendo la pelota.

»Hace mucho tiempo que me cerré a las emociones, encerrando las mías en una caja en lo más profundo de mi ser, donde nadie puede encontrarlas, y eso me hace más difícil leer las emociones de los demás. Así que la mayor parte del tiempo, ni siquiera me molesto.

Tragué saliva, ya que esta parte era difícil de decir. —Tú haces que quiera molestarme.

Sus bonitos rasgos se suavizaron a medida que hablaba, y se quedó sin aliento ante mi última declaración. Ahora que había terminado de hablar, se me quedó mirando, y no pude discernir la expresión de su rostro, principalmente por las razones que acababa de explicar.

Finalmente, sonrió.

—Gracias por tu disculpa, Tobias. Sé que debe de haber sido difícil para ti abrirte así. —Se mordisqueó el labio un momento y luego suspiró—. Solo llevo una semana aquí y me he estado centrando en todas las cosas equivocadas. Estoy lista para centrarme en las correctas, como controlar mis poderes de sirena y escribir mi redacción para Biología Cambiante. Así que, ¿por qué no empezamos de cero, como amigos?

Me tendió la mano, pero bien podría haberme clavado una daga en el pecho.

Esperaba algo peor, después de todo lo que había pasado entre nosotros. Esperaba que me mandara a la mierda y que no volviera a hablarme. Pero aun así, que dijera la palabra que empieza por «a» me desgarró mi calcinado corazón.

Le estreché la mano, saboreando por un instante lo pequeña y cálida que se sentía en la mía. Quería atraerla hacia mí y rodearla con mis brazos, tanto como quería alejarme de ella y correr en dirección contraria. Pero me limité a soltarle la mano y devolver la mía a su hogar en mi bolsillo.

—Amigos —repetí la palabra tras una sonrisa que no sentía, odiando el sabor que dejaba en mi boca—. ¿Te acompaño a tu dormitorio? Quizá pueda ayudarte con tu redacción de Biología.

—Claro, la verdad es que me vendría bien —dijo.

«Amigos» no era lo que Arthur había ordenado, pero al menos era un paso adelante desde donde Arya y yo estábamos ayer, y le pediría salir antes de que acabara la semana.

Solo tenía que proceder con la máxima cautela. No podía permitirme enamorarme de ella, y nunca me perdonaría si ella se enamoraba de mí. Tenía que manejar esto de la forma correcta, por el bien de ambos.

Capítulo 30

Arya

El jueves, una semana exacta desde que había empezado las clases en el Domo, la vida por fin empezaba a parecer una versión de lo normal.

No había dramas con chicos, ya que Tobias y Kendall estaban de lleno en la *friend zone*, y me relacionaba con ellos por separado para que no chocaran. Shea parecía haberse recuperado de la decepción de la fiesta y me escribía con regularidad.

Y había hecho una especie de paces con que las otras sirenas me condenaran al ostracismo. Ayudaba que Adina no resultara ser tan horrible. De hecho, era hasta agradable estar con ella.

Al igual que con Tobias y Kendall, también tenía que disfrutar de su compañía por separado de mis otros amigos, ya que ni se me pasaba por la cabeza intentar juntarla con mis amigos fénix y dragón. Al menos, no todavía. Puede que saliera con un sabueso, pero su intolerancia tenía un límite. Pasito a pasito.

En ese momento, Cora y Letti nos lanzaban miradas asesinas desde el otro lado del gimnasio mientras ayudaba a Adina a quitarse las vendas de las manos al final de Defensa. Ashlyn había aprovechado el último asalto de práctica para intentar ligar con Niko, así que yo aproveché la oportunidad para acercarme a mi única amiga sirena. Y, sinceramente, me venía bien practicar con gente distinta para aprender nuevas técnicas.

—Ojalá dejaran de mirarme —se quejó Adina, apartando la vista de esas pescadillas.

—¿Y por qué iban a hacerlo? Ahora eres mi amiga. Eso te convierte en una doble traidora —bromeé, aunque probablemente también fuera la pura verdad.

Ella se limitó a negar con la cabeza mientras flexionaba las manos ya sin vendas. —Oye, tengo que hablar con Caesar. ¿Me esperas después de clase? No quiero ir sola a los dormitorios.

Se me encogió el corazón, pero intenté que no se me notara la lástima. Estaba aprendiendo muy deprisa que las sirenas odiaban ser objeto de compasión. Quizá por eso a mí tampoco me hacía mucha gracia.

—Por supuesto. Voy a darme una ducha rápida, entonces.

Entré en las duchas de las chicas y me quedé bajo el chorro de agua caliente hasta que se fueron todas, imaginando que Adina necesitaría algo más de tiempo con Caesar. Cuando calculé que ya había pasado suficiente, y sentí que me había quitado hasta la última gota de sudor, me sequé con la toalla y me vestí.

Cuando volví al gimnasio, ya no quedaba nadie en la enorme sala. Miré a mi alrededor, pero no vi a Adina ni a Caesar por ninguna parte. Me pregunté si estarían hablando en una de las salas más pequeñas, así que me aventuré hacia ellas.

La puerta de la Sala de Simulación estaba abierta. Pasé por delante y me asomé al interior. Era imposible que estuvieran hablando ahí dentro.

La sala estaba vacía, igual que el resto del gimnasio.

Contemplé la estancia un momento. Era la sala de la que había oído hablar con pavor, pero de la que sabía muy poco.

No parecía tan intimidante. Nada más que una caja muy grande con cuatro paredes blancas, un techo blanco y un suelo blanco. El blanco que brillaba en cada superficie desnuda contrastaba bruscamente con el gris oscuro que cubría todo lo demás en el campus, haciendo que la sala pareciera incómodamente luminosa.

¿Cómo podía alguien entrenar en esta sala? No había nada. No sabía qué me esperaba, pero desde luego esperaba algo más que *nada*. Al menos, algunos cables y artilugios colgando del techo. Si no, ¿cómo podía funcionar una simulación?

—No parece dar mucho miedo, ¿verdad? —preguntó Adina de repente a mi espalda.

Me di la vuelta para soltar una réplica ingeniosa, pero se me cerró la boca al ver que estaba flanqueada por Cora y Letti, y que las tres me sonreían con malicia.

Antes de que pudiera decir o hacer algo, Letti me empujó hacia atrás, al interior de la sala. Caí de culo con fuerza y el impacto me dejó aturdida unos segundos que no me podía permitir. Cuando por fin pude empezar a incorporarme, Letti cerró la puerta de un portazo, y el clic que sonó tuvo un carácter tan definitivo que el corazón se me desbocó contra el pecho.

—Que de verdad pensaras que alguna vez sería tu amiga es realmente insultante —me llegó la voz ahogada de Adina a través de la puerta cerrada cuando llegué hasta ella.

aporreé la puerta con los puños.

—Déjame salir. Esto no tiene gracia. —No podía creer lo fuerte y firme que sonaba mi voz porque, por dentro, estaba aterrorizada. No diría que era claustrofóbica, pero desde luego no quería que me encerraran en una habitación.

No pareció que se creyeran la autoridad de mi tono tampoco, pues se rieron entre dientes e ignoraron por completo mis exigencias.

—¿Qué os parece, chicas? Creo que va a disfrutar de *este* nivel —comentó Cora, y pude ver cómo se acercaba al panel de botones de la pared a través de la ventanilla de la puerta.

¿Qué nivel? Y no estaba conectada a ningunas gafas ni a ningún tipo de equipo. ¿Cómo demonios iba a funcionar una simulación?

Cora retrocedió con una sonrisa diabólica en la cara. —Diviértete —dijo con un gesto de la mano, y luego las tres chicas se alejaron dando saltitos, muertas de risa.

¡Cuando saliera de aquí, les iba a arrancar la maldita cabeza de verdad!

—¡Volved aquí y abrid esta puta puerta! —grité a pleno pulmón, pero ya las había perdido de vista por completo, y seguro que ya no podían oírme.

¡Se habían ido de verdad! ¿Cuánto tiempo iba a estar aquí encerrada? Podría pasar un día entero antes de que alguien volviera al gimnasio. Y aun así, podría costarme llamar la atención de alguien.

¿De verdad iban a dejarme en esta sala vacía hasta entonces? Tenía hambre y sed, y el solo hecho de saber lo largo que sería mi cautiverio hizo que mi necesidad de mear se volviera de repente muy urgente. Ni de coña iba a mear en una esquina.

Las luces empezaron a atenuarse de repente, y cuando me di la vuelta para ver qué estaba pasando, puede que se me escapara un poco de pis.

Las paredes blancas que me rodeaban se pixelaron hasta ser reemplazadas por una oscura maleza de color verde. Cada centímetro de la sala se transformó como si la pared estuviera formada por millones de píxeles. Pequeño cuadrado a pequeño cuadrado, los píxeles cambiaron, el suelo blanco se convirtió en tierra cubierta de maleza bajo mis pies, y el techo se transformó en un cielo nocturno salpicado de estrellas.

Los límites de la sala cúbica en la que había estado de pie hacía solo unos segundos habían desaparecido, y ahora me encontraba abandonada en medio de un bosque oscuro.

Entré en pánico; mi corazón latía sin control y la desorientación amenazaba mi cordura. ¿Cómo podía estar viendo lo que estaba viendo?

Pero entonces recordé el propósito de esta sala. *Simulación*. Al parecer, no se necesitaban gafas para estar en una simulación.

Me dije a mí misma que nada de esto era real. No era más que una proyección. Aunque, eso sí, una proyección increíblemente realista.

El olor a pino era fresco y potente, tan fuerte que casi podía saborearlo en el fondo de la boca. El canto de los grillos llegaba desde todas las direcciones, lo cual era impresionante porque, desde luego, no había visto ningún altavoz antes.

A pesar de lo auténtico que parecía el bosque, tenía que seguir en la sala, lo que significaba que las paredes y la puerta estaban aquí en alguna parte. Solo tenía que encontrarlas.

Hacía un segundo que estaba aporreando la puerta, así que tenía que estar cerca. Di un paso hacia atrás, en la dirección en la que creía que estaba.

Las hojas secas y las agujas de pino crujieron bajo mis zapatillas. *Vaya, todo esto parece muy real.* Si no estuviera tan sorprendida (y furiosa), probablemente estaría muy impresionada.

Me di la vuelta y extendí las manos, buscando a ciegas el pomo de la puerta que sabía que tenía que estar por esa zona, pero mis manos no tocaron más que aire.

Di otro paso adelante. Y otro. Y otro más.

Según toda lógica, ya debería haberme chocado con la puerta. La sala medía, como mucho, tres metros por tres metros. Puse ambas manos delante de mí y caminé hacia adelante; cuando mis manos no hicieron contacto con la pared, eché a correr, esquivando árboles.

¿Cómo era posible? ¿Cómo podía estar corriendo en la misma habitación y no haberme estrellado aún contra la pared? ¡No tenía ningún sentido!

¿Podría haberme confundido de alguna manera y haber corrido en la dirección equivocada? Incluso si así fuera, había corrido al menos el doble de la distancia del ancho de la sala. No era posible que no hubiera encontrado ninguno de los límites de la estancia. ¿Acaso el suelo era una especie de cinta transportadora?

Si ese era el caso, entonces sí que estaba atrapada. Me negué a aceptar esa posibilidad.

Me di la vuelta y levanté un pie para esprintar en dirección contraria, esperando haberme confundido de alguna manera y que la puerta estuviera en el otro lado, que todo esto tuviera que ser algún truco mental, una ilusión óptica.

Mi pie tropezó con la parte trasera de mi otro tobillo y caí de bruces al suelo. Mis manos se adelantaron para amortiguar la caída y se encontraron con el suelo cubierto de hojas.

El corazón me martilleaba en la garganta. Podía sentir la maleza quebradiza bajo mis palmas. Me puse de rodillas e inspeccioné mis manos abiertas. Trozos de hojas y puñados de tierra húmeda se aferraban a mi piel. Podía *sentirlo* todo. Cogí una hoja del suelo y la levanté; su tallo era sólido entre mi índice y mi pulgar.

Con la ansiedad creciendo, me tambaleé hacia un árbol cercano y di una palmada en su tronco. Efectivamente, la corteza áspera me raspó la piel sensible. *«¿Es esto real?».*

—Vale, Cora, ya te has divertido bastante —grité, y mi voz resonó en el vasto bosque—. ¡Sácame de aquí!

Nada cambió. Era como si estuviera hablando con los árboles.

Algo silbó junto a mi cabeza y se clavó en el árbol que tenía delante. Una flecha.

—¿Pero qué…?

Luego, otra se clavó en el suelo justo al lado de mi pie, rozando mi zapatilla.

—¡Oh, no! —jadeé. Me puse en pie de un salto y me adentré en el bosque a toda prisa mientras una lluvia de flechas caía detrás de mí, persiguiéndome.

Las hojas, el suelo y los árboles parecían reales. ¿Significaba eso que si me alcanzaba una de estas flechas simuladas, sentiría un dolor real?

No quería averiguarlo. Mis piernas se movieron tan rápido como pudieron, saltando y brincando sobre raíces desenterradas y rocas

colocadas al azar, absolutamente aterrorizada de que me alcanzaran.

—Puedes correr, pero no puedes esconderte, pececillo —gritó una voz masculina desde la oscuridad del bosque.

¡Mierda!

Ya no importaba que todo esto se supusiera que era una ilusión. Esas flechas parecían muy reales. Esa voz sonaba muy real. Así que solo me quedaba una opción: correr.

Capítulo 31

Tobias

Normalmente, me sentía renovado después de entrenar en Defensa. Llevarme al límite físico era mi terapia personal, una forma sana de desahogar las emociones negativas que solían acumularse por mi padre, Arya y las frustraciones generales de la vida.

Pero hoy no me sentía mejor. Poco después de salir del gimnasio y dirigirme a mi habitación para ducharme antes de cenar, una angustia persistente empezó a corroerme las entrañas. Había esperado que estar bajo el agua abrasadora aliviara lo que fuera, que calmara lo que quedaba de mis nervios, pero, si acaso, la inquietud aumentó.

Salí de la ducha y me sequé, dándole vueltas a la cabeza sobre qué problema podría estar molestándome. Por supuesto, estaba nervioso por el trato de mi padre, sabiendo que no estaba mucho más cerca de formalizar lo nuestro con Arya. Habíamos acordado ser amigos y habíamos estado disfrutando de nuestra mutua compañía pacíficamente, pero me daba cuenta de que era demasiado pronto para presionar por algo más.

Quizá mi padre se alegraría de que hubiera progresado algo. De que Arya y yo fuéramos amigos y, al menos, estuviéramos trabajando para estrechar lazos. Si no era así, entonces el asunto escapaba a mi control. Estaba haciendo todo lo posible para lograr este objetivo y aun así mantener el equilibrio sano entre Arya y yo que era necesario para la seguridad emocional de ambos.

Tras considerarlo un momento, supe que no era eso. El asunto de la novia era una constante pesada que me había estado atormentando desde mi reunión con Arthur; nunca aumentaba ni disminuía, simplemente *estaba ahí*.

Este sentimiento actual, este impulso, era agudo y me obligaba a hacer… ni puta idea de qué.

Solo sabía que no podía quedarme quieto. Aunque tenía hambre, la idea de sentarme en la cafetería con mis amigos deseando que esta agitación desapareciera hacía que me quisiera subir por las paredes, y no en el buen sentido. Joder, ni siquiera transformarme sonaba apetecible.

Así que me puse ropa limpia y salí de mi habitación. No sabía realmente adónde iba, simplemente me movía por instinto. Bajé las escaleras de dos en dos, apartando a los estudiantes como si fueran meros obstáculos en mi camino, y salí por las puertas principales hacia el césped.

Me dolían las piernas por la necesidad de correr, de *moverme*, así que empecé a trotar. No era mi rutina correr por el campus. Los días de pierna, o usaba las cintas del gimnasio o iba a un parque de la ciudad donde podía sentir la brisa. Y aunque no era demasiado tarde para subir a la superficie, mis sentidos repelían la idea de abandonar el campus.

Necesitaba quedarme aquí. Pero ¿por qué? ¿Qué era esta molesta e incesante aflicción que me hacía sentir ganas de arrancarme el pelo mechón a mechón?

Pasé corriendo al lado de los invernaderos, bordeando la cúpula de cristal, y mi piel crepitaba aún más con esta urgencia desconocida. Especialmente al acercarme al gimnasio. Quizá después de todo sí que necesitaba la cinta de correr.

Reduje el paso a medida que me acercaba, con la puerta del edificio a la vista, y el suave tintineo de risitas y cháchara llegó hasta mí en el aire estancado. Agucé el oído y giré la cabeza en esa dirección, como un animal que responde al más mínimo sonido.

Cora, Letti y Adina pasaban junto a un árbol, apiñadas de una manera que parecía claramente conspiradora. Estaba tan acostumbrado a ver a las tres de esa forma que casi lo pasé por alto, pero mi instinto supo que algo andaba mal antes que yo.

Me detuve por completo y las observé durante unos segundos. Y entonces me di cuenta de por qué era extraño.

Se suponía que Adina había sido «desterrada» por Cora. Había estado pasando tiempo con Arya, haciéndose su amiguita. Y ahora caminaba con las chicas sirénidas como si volvieran a ser el trío de brujas del mar.

¿Dónde estaba Arya?

Antes de darme cuenta de lo que hacía, marché hacia ellas con paso decidido, mi sangre empezando a bullir de sospecha.

—¿Qué tramáis vosotras tres? —exigí, apenas consciente de las leves volutas de vapor que se escapaban de mis labios mientras hablaba.

El trío interrumpió sus susurros furtivos y se volvió hacia mí con expresiones felinas.

Cora se puso una mano en la cadera y me sonrió con una inocencia mal fingida. —¿Mis amigas y yo? Solo nos ocupamos de nuestros asuntos, disfrutando del último resplandor vespertino de la superficie. ¿Por qué supones que tenemos que estar tramando algo?

Me acerqué más, con las escamas erizándoseme bajo la piel. —Porque te conozco, Cora, y lo único que disfrutas es haciendo desgraciados a los demás.

La ira y el dolor centellearon en sus ojos azules, pero se recuperó rápidamente, con su sonrisa burlona de nuevo en pleno apogeo. —No parecías muy desgraciado cuando hacías que gritara mi nombre. Creo que sabes de primera mano cuánto disfrutaba dándote placer.

La vergüenza y la culpa atenuaron el creciente ardor de mi sangre, haciéndome vacilar en mis acusaciones.

—En todo caso, tú eres el que disfruta de una forma retorcida jodiendo a la gente, y no en el buen sentido —soltó Cora, con un tono venenoso—. Si acaso, le hice un favor a Arya, salvándola de tu vil tentación.

La temperatura de mi núcleo se disparó al oír su nombre. —¿Qué le habéis hecho a Arya? —gruñí, y mi dragón hizo que mi voz resonara peligrosamente.

Adina dio un paso adelante, encogiéndose ligeramente de hombros como si estuviéramos discutiendo el menú de la cena de la academia. —Solo le estamos dando una pequeña lección, eso es todo. La ayudamos a aprender cuál es su lugar en nuestro mundo.

Mi pulso se desbocó, amenazando con estallar en mi pecho. Debería haber sabido que Adina no tramaba nada bueno cuando la vi con Arya hacía unos días. Joder, lo *sabía*, pero decidí no interferir, respetar las decisiones de Arya.

Claramente, se había equivocado.

—¿Dónde está? —siseé, mi mente repasando a toda velocidad las mil posibilidades macabras de lo que podrían haberle hecho.

—Está donde debe estar —comentó Letti, cruzándose de brazos obstinadamente.

Mis labios se crisparon con la furia que rugía en mi interior. Quería ceder a las exigencias de mi dragón, liberarlo y dejar que quemara a estas zorras malvadas y pisoteara sus restos carbonizados. Requirió hasta la última gota de contención que poseía mantenerlo a raya, encerrado firmemente dentro de mi carne.

—¿Qué os ha hecho Arya, a alguna de vosotras? —ladré, luchando por mantener el control—. Vino aquí inocente y ansiosa por aprender, y la habéis rechazado en cada oportunidad posible. Sois una deshonra para la estirpe de los sirénidos.

Aparentemente, no estaba controlando muy bien a mi bestia porque estaban retrocediendo, y el depredador en mi interior no pudo evitar acercarse a ellas.

—La deshonra es ella —replicó Cora, aunque su tono era tembloroso y perdía rápidamente su veneno—. Apareció aquí como un cordero descarriado e instantáneamente os metió a ti y a Kendall en el bolsillo. Es una hechicera, es malvada.

Se me escapó una risa, pero fue un sonido oscuro y sin humor. —¿De eso se trata? ¿De celos?

Se estremecieron ante el sonido agudo de mi voz.

—Para tu información, no quiere tener nada que ver ni conmigo ni con Kendall —dije, y la verdad de aquello dolió un poco—. Lo único que quiere es aprender sobre lo que es y cómo encaja en nuestro mundo, igual que el resto de nosotros.

—Bueno, pues está a punto de descubrir exactamente dónde encaja —murmuró Cora, incitando risitas superficiales y desganadas de las otras dos, y yo estallé.

Mi furia y mi miedo tomaron el control total de mi cuerpo, y usaron mis manos para agarrarla por los hombros y estamparla contra la áspera corteza del árbol.

Mi garganta vibró mientras dejaba escapar un lento aliento.

—Voy a darte una última oportunidad —dije en voz baja, que era más de monstruo que de hombre—. ¿Dónde. Está. Arya?

El cuerpo esbelto de Cora temblaba en mi agarre, y el miedo en sus ojos mientras me miraba era penetrante. Y tan satisfactorio.

Miró apresuradamente a sus amigas, que estaban a ambos lados, y ambas asintieron con insistencia, suplicantes. Como si supieran lo cerca que estaba de destrozarla si no respondía.

—Vale, vale, de acuerdo —espetó, pero su voz no tenía la acritud que sus palabras pretendían—. Está en la Sala de Simulación, ¿vale?

Mis ojos se abrieron de par en par, y la estampé involuntariamente contra el árbol de nuevo. —¿Qué?

Cora se encogió y chilló de dolor, haciendo que Letti y Adina gimotearan y temblaran a nuestro lado.

—L-lo pusimos en el nivel m-más bajo de vampiros —continuó Cora, como si ese hecho fuera a ayudar a su causa.

Le apreté los hombros dolorosamente, con mi dragón tan tentado de aplastar sus frágiles huesos. —¿La encerrasteis ahí con vampiros? A

su madre la mataron unos vampiros, zorra infame.

Su falta de respuesta y su mirada baja me dijeron que lo sabía. Había configurado la simulación de vampiros intencionadamente, para herir a Arya de la peor manera imaginable.

Bramé un rugido de dragón tan fuerte que sacudió el árbol, haciendo que las hojas llovieran a nuestro alrededor. La arrojé al suelo.

Sus esbirras se arrodillaron para ayudarla mientras ella se escabullía lejos de mí.

—Es solo el nivel más bajo —dijo Cora a la defensiva—. Probablemente estará bien.

Me acerqué a ella hasta que mi sombra se cernió sobre el trío en el menguante resplandor azul.

—Si le pasa algo en esa sala, te haré sufrir diez veces más —prometí con un gruñido bajo.

Se atrevió a sonreírme, un destello de malicia brillando a través del pánico en sus ojos. —Bueno, pues más te vale correr. Si te das prisa, puede que llegues a ella antes que ellos.

El corazón me dio un vuelco en la garganta, y la urgencia que me había estado atormentando durante la última hora se disparó. Me di la vuelta, alejándome de las zorras sirénidas sin pensarlo dos veces, y corrí por el césped hacia la puerta del gimnasio con toda la velocidad de la que mi forma humana era capaz.

Arya nunca había estado en una simulación. No sabría que podía salir herida de verdad o cómo terminar la simulación si no podía superarla, y tenía poco entrenamiento para defenderse. Especialmente contra vampiros.

Estaba en grave peligro. Y mi única razón de ser en ese momento era llegar a ella antes de que fuera demasiado tarde.

Capítulo 32

Arya

Otro silbido rasgó el aire, tropecé con algo y me di de bruces contra el follaje. Mi mirada se clavó al instante en mi pie. Una flecha había aterrizado justo delante. Me alegré de que la flecha no me hubiera alcanzado, pero ahora había perdido todo el impulso.

—¡Te pillé!

Unos dedos fuertes me agarraron del pelo por la nuca y me levantaron del suelo de un tirón. Grité y arañé los dedos que me quemaban el cuero cabelludo mientras mi captor me giraba para que lo mirara.

Su rostro era hermoso. Una piel pálida de porcelana que parecía brillar en la oscuridad, con unos rasgos suaves que buscaban atraerte. Pero no había luz en sus ojos. Vestía un sencillo pero elegante traje negro, que hacía resaltar aún más la blancura de su piel.

—¿A que eres un bocado delicioso? —dijo con desdén, y el destello de los colmillos que asomaban bajo sus labios confirmó mis sospechas.

Era un vampiro.

Mi terror se disparó, inundando cada centímetro de mi piel con un pánico candente. Mi corazón latía tan deprisa que su cadencia en mis oídos retumbaba como un rugido continuo, y estaba segura de que iba a pararse.

Ya no importaba que se supusiera que esto era una simulación. El agarre férreo que me sostenía por el pelo era tan real como cualquier otra cosa, y estaba convencida de que este monstruo iba a matarme.

—La canción de tu corazón latiendo frenéticamente es hermosísima —ronroneó el demonio, mientras la punta de su lengua recorría su labio superior y rozaba las puntas de sus afilados dientes—. Me encanta saborear su melodía ralentizándose mientras bebo.

No podía apartar la mirada de aquel hermoso monstruo, ni siquiera mientras hablaba con tanta ligereza sobre matarme. Era tan hipnótico como aterrador.

No podía rendirme a su hechizo. Tenía que luchar.

Esas eran las criaturas que mataron a mi madre. Imágenes de su cuerpo sin vida aparecieron en mi mente. Las marcas de los dientes en su cuello. El vacío en sus ojos abiertos. El dolor de no volver a oír su voz nunca más, de no volver a ver su sonrisa. De no descubrir jamás lo que sabía de nuestro mundo, o por qué la habían matado.

Esta criatura me la había arrebatado. Su especie había robado todos sus secretos y su amor, y yo nunca recuperaría nada de ello. Por su culpa, todo lo que era ella había desaparecido para siempre. Y los *despreciaba* por ello.

Me aferré desesperadamente a ese odio, alimentándolo con mi miedo y mi ira. Me *negaba* a que me tuvieran a mí también. Estaba decidida a superar esta jodida pesadilla de videojuego y a hacer que los verdaderos cabrones pagaran por lo que le habían hecho a mi madre, a mí.

Una fuerza familiar creció en mi interior, acumulándose en mis entrañas, como un poder sin explotar para el que no tenía nombre. Intensificó mi voluntad, y la energía que me proporcionaba zumbó por mi cuerpo como electricidad, dándome la fuerza para contraatacar.

—¡Suél-ta-me! —ordené, con unas palabras que sonaron profundas y retumbantes, como la melodía de un violonchelo.

Los ojos del vampiro se abrieron de par en par y la alegría maliciosa desapareció de su rostro mientras sus rasgos se allanaban hasta mostrar una expresión completamente vacía. De repente, sus dedos se abrieron de golpe, soltándome el pelo, y caí al suelo de culo.

El trasero me escocía por el impacto, y mi cuero cabelludo aún gritaba por el dolor que me había infligido su tirón, pero ignoré ambas cosas y gateé hacia atrás, sin dejar de mirar a mi agresor. Me detuve cuando me di con la cabeza contra un árbol, y utilicé el robusto tronco a mi espalda para ayudarme a levantarme a lo largo de él.

El vampiro no se movió, no reaccionó a mis movimientos en absoluto. Era como si estuviera bajo algún tipo de hechizo. ¿Funcionaba mal su programación? ¿Había dicho unas palabras mágicas para detener la simulación?

Eché un vistazo a mi izquierda y a mi derecha, y comprobé que el bosque seguía rodeándome por completo. La simulación no había terminado, aún no estaba libre. Entonces, ¿qué había pasado para que me soltara y se quedara ahí parado de esa manera? ¿Había descubierto algún truco para hacer que me soltara, para congelarlo?

No iba a perder el tiempo quedándome aquí para averiguarlo. Si se trataba de algún fallo, podría salir de él en cualquier momento y volver a agarrarme.

Arranqué la flecha que estaba clavada en el suelo a pocos metros de mí y salí disparada en dirección opuesta al vampiro escultural, corriendo tan rápido y con tanta fuerza como pude a través del bosque.

Mi mente iba a toda velocidad mientras me abría paso entre los árboles y alrededor de los arbustos. Si esto era como un videojuego, significaba que tenía que haber una forma de superarlo. ¿Significaba eso que tenía que matar al vampiro? ¿Matarlo de verdad?

¿Y cómo coño iba a hacer eso? Solo llevaba una semana entrenando habilidades de combate, y las técnicas que había aprendido no servirían de nada contra un vampiro. Aunque pudiera transformarme a voluntad, mi cola de sirena no me serviría de nada aquí. E incluso si tuviera algún tipo de control sobre mis poderes acuáticos, no veía la forma de usarlos contra él.

Maldita sea, ¿por qué no podía ser un fénix e iniciar fuegos accidentalmente como Ashlyn? Ella habría achicharrado a ese capullo en un abrir y cerrar de ojos.

Así que, si no podía usar mis habilidades de cambiante ni la fuerza bruta —que, seamos sinceros, no tenía—, tendría que derrotar a este vampiro de otra manera. Quizás podría idear algún tipo de trampa y acercarme a él sigilosamente.

Mis pulmones se esforzaban por el agotamiento, y me vi obligada a agacharme junto a un arbusto para tragar ávidas bocanadas de aire. Bajé la vista a mi mano derecha y vi que todavía sujetaba la flecha. No era del tipo de fibra de vidrio que había visto antes. Su astil era de un metal oscuro y rígido, y su punta era de cobre.

Recordé de alguna clase de Historia Cambiante, ¿o fue de Biología Cambiante?, que a los vampiros los debilitaba el cobre. Podía usar esta flecha para apuñalarlo, y podría hacerle daño de verdad.

Pero ¿cómo demonios iba a acercarme lo suficiente para hacerlo? Lo vería venir, con esos malditos sentidos agudizados.

—Así que estamos jugando al escondite, ¿no? —Su voz etérea resonó por el bosque, y no pude distinguir de qué dirección venía, solo que estaba a bastante distancia.

¿Debería correr? Seguro que oiría mis pesadas pisadas crujiendo en la maldita maleza y me atraparía en un instante.

—Oigo tu hermoso corazón llamándome —canturreó, con su voz sonando más cerca.

Podría intentar esconderme, ¿pero por cuánto tiempo? Podría subirme a un árbol o algo y esperar que no me encontrara, pero no podría hacer eso toda la noche. La única forma de terminar esta estúpida simulación era superarla, y no podía hacerlo evitando a mi atacante.

Volví a mirar la flecha en mi mano, y una idea demencial se apoderó de mí. Antes de que pudiera dejar que la aprensión me detuviera, alcancé la punta afilada con mi mano izquierda y me corté la palma.

El dolor punzante fue instantáneo, y ahogué un siseo cuando la sangre comenzó a manar de la herida abierta. Apreté mi mano palpitante contra el suelo y unté mi sangre en las hojas desmenuzadas.

Cuando estuve segura de que había derramado suficiente sangre, corrí hacia la izquierda, tan rápido como pude, hasta el árbol más cercano, donde una vez más dejé una mancha carmesí en el tronco. La áspera corteza hurgó en mi corte, abriendo más mi carne, y tuve que contener la respiración para mantener el gemido de dolor encerrado. La sangre manaba más deprisa, y me dije a mí misma que merecía la pena.

Tan rápido como pude, unté mi sangre en árboles y rocas en lo que esperaba que fuera un círculo, aunque a estas alturas, ya no podía saberlo realmente. Pero no importaba.

Finalmente satisfecha, me agaché contra un árbol mirando hacia el exterior de mi círculo improvisado y usé la punta de la flecha para rasgar una tira de tela del dobladillo inferior de mi camisa. Envolví el fino jirón alrededor de mi palma derecha y lo até con la ayuda de mis dientes, esperando que fuera suficiente para enmascarar mi verdadero olor.

—¿Te has hecho daño, amor? —llamó la voz del vampiro, y sonó como si estuviera a solo unos metros detrás de mí.

Me tapé la boca y la nariz con la mano sana para amortiguar mi respiración agitada mientras oía sus pasos crujir en la maleza, rezando para que el olor de mi sangre esparcida por el espacio anulara el sonido de mi pulso martilleante.

Hubo un movimiento repentino en la zona detrás del árbol, y el vampiro gritó: «¡Te pillé!», mientras sacudía el primer arbusto tras el que me había escondido.

Aunque en realidad no me había encontrado, el miedo me atravesó con tanta fuerza que apenas podía sentir otra cosa.

Su risa resonó, rebotando en el dosel arbóreo que nos rodeaba. —Astuta la ratoncita, ¿eh?

Cerré los ojos y me concentré en mi respiración, obligándome a calmarme para que mi pulso se ralentizara. Necesitaba ser capaz de pensar racionalmente, y no podía hacerlo con la cantidad de cortisol que actualmente inundaba mi sistema.

—Puede que hayas dejado un caótico rastro de migas de pan para despistarme, pero no durará mucho —gritó—. Te encontraré. Tarde o temprano. Y serás aún más dulce cuando lo haga.

Solté una larga y lenta bocanada de aire, con cuidado de no hacer demasiado ruido al hacerlo. Tenía razón. Mi sangre solo lo distraería por un tiempo. No podía esperar a que pasara. Si tenía alguna posibilidad de ganar este juego psicótico, tenía que atacar mientras sus sentidos estuvieran nublados.

Con todo el sigilo que pude reunir, me deslicé lentamente por la parte trasera del árbol hasta ponerme de pie, agarrando la flecha con fuerza. Agudicé mi sentido auditivo, escuchando cada uno de sus movimientos. Se estaba acercando a mi segundo punto.

¿En cuántos sitios había untado mi sangre? Ya ni siquiera me acordaba. No quería esperar a que viniera a por mí. Era hora de enfrentarme a él, pero bajo mis condiciones.

Dirigí la mirada al suelo a mis pies y escudriñé rápidamente la zona hasta que encontré un guijarro de tamaño decente. Me agaché silenciosamente para cogerlo, y luego lo lancé justo al otro lado del árbol contra el que me apoyaba.

En un destello de movimiento tan veloz que hizo que los arbustos se agitaran con la brisa que provocó, el vampiro apareció de repente allí.

—¿Dónde estás, zorrita? —ladró el vampiro.

Con la flecha levantada en posición de ataque, giré alrededor del árbol tan rápida y enérgicamente como pude. Estaba de espaldas a mí, y la punta de mi flecha descendía sobre su cuello. Mi corazón dio un brinco de expectación mientras una victoria prematura cantaba en mi pecho.

Pero mucho más rápido de lo que yo podría aspirar a moverme, se giró para mirarme, y su mano blanca de porcelana de repente me agarró la muñeca.

—Ah, ahí estás —ronroneó, mientras una lenta sonrisa separaba sus labios de color rosa oscuro durante un largo momento mientras me sujetaba allí.

Lo siguiente que supe fue que me tenía inmovilizada contra el tronco del árbol, con los dientes clavados en mi cuello. Intenté arañarlo y quitármelo de encima, pero su agarre de hierro tenía mis dos brazos completamente inmovilizados. Me retorcí y me revolví, pero su cuerpo presionaba tan cerca del mío que no había forma de ceder por ninguna parte. Ni siquiera podía sacar mi pierna de debajo de la suya.

Estaba completamente atrapada y totalmente a su merced.

Chillé de frustración cuando todos mis intentos por siquiera moverme resultaron inútiles. Mis gruñidos se convirtieron rápidamente en gritos de desesperación mientras las lágrimas nublaban mi visión. No había escapatoria. Nadie iba a venir a por mí.

Mis sentidos comenzaron a embotarse, mi visión se fue cerrando a medida que mi conciencia se alejaba más y más de mí. Mi pulso se ralentizó contra su voluntad, haciendo que mis extremidades se sintieran pesadas y perezosas. Supe, en algún lugar de la neblina de mi conciencia desvanecida, que me estaba desangrando.

Había perdido. Esto era el fin de la partida.

Capítulo 33

Arya

—¡Arya! ¡Arya, despierta! —me llegó una voz familiar desde la espesa niebla de mi frágil consciencia—. ¡Por favor, despierta!

Como si esa voz fuera un ancla tangible, me aferré a ella con la mente y dejé que me arrastrara hacia arriba, fuera del mar de la nada que había sido mi realidad durante lo que pareció mucho tiempo.

Casi al instante, volví a sentir mi cuerpo y me esforcé por abrir los ojos.

Tenía la vista borrosa y desenfocada, pero pude ver el hermoso rostro de Tobias sobre mí, con los rasgos grabados por el pánico. Detrás de él, todo era de un blanco impoluto, tan brillante que me hizo bizquear.

Quería cerrar los ojos y volver a caer en mi estupor, donde todo era fácil y estaba bien. Aquí había demasiada luz. Aquí, el cuerpo me dolía en tantos sitios que no quería sentirlo.

—No, mantén los ojos abiertos —me animó Tobias. La súplica desesperada en su tono se me clavó en el corazón y me impidió hundirme, sin importar lo que yo quisiera.

Lo sentí levantarme en sus brazos y, débil como estaba, dejé que me acunara contra su pecho. A pesar del dolor punzante en el cuello, que me acunara así se sentía tan bien, tan reconfortante, que casi podía tolerar el dolor. Y no era como si tuviera fuerza o energía para apartarme o buscar ayuda, así que estaba más que contenta con solo fundirme en su cálido abrazo.

Se sentía tan fuerte, tan seguro. Si fuera a desaparecer de nuevo en el abismo ahora, aquí en sus brazos, ¿podría llevarme su consuelo

conmigo? No tendría ninguna razón para volver a despertar.

De repente me di cuenta de que estaba hablando mientras me daba palmaditas en un lado de la cabeza, pero no podía prestar atención a lo que decía. La forma en que me tocaba me hacía sentir tan cuidada. Preciada, incluso. Era en lo único que podía concentrarme.

Sus dedos encontraron mi barbilla e inclinaron mi cabeza para que lo mirara.

—¿Estás muy herida? —preguntó.

No entendí bien su pregunta. Sabía que me moría de dolor en el cuello y me sentía débil, pero no recordaba por qué. En realidad, no podía recordar nada de antes de la nada de la que me había sacado.

Abrí la boca, sin saber qué responder por un momento.

—Yo… no lo sé —murmuré finalmente.

Con mi barbilla suavemente sujeta entre sus dedos, giró mi cabeza para inspeccionar el lado de mi cuello que tanto me dolía, y le oí contener la respiración.

—Tenemos que llevarte a la enfermería inmediatamente —dijo—. Has perdido mucha sangre.

¿Sangre…?

Como una avalancha, los acontecimientos anteriores se me vinieron encima con tal violencia que me sacudí contra él y casi salté de sus brazos. La simulación. El vampiro. Las zorras sirenas que me habían encerrado allí.

—¡No, a la enfermería no! —insistí.

La habitación a nuestro alrededor se volvió nítida. Las paredes, el suelo y el techo volvían a ser de un blanco deslumbrante. La simulación había terminado, aunque después de haber sobrevivido, ya no estaba tan segura de que nada de aquello hubiera sido real. Porque estaba fuera, y el dolor en mi cuello seguía siendo muy real. La debilidad en mis extremidades era muy real. ¿Cómo podía una ilusión computarizada hacer eso?

—¿Qué? ¿Y por qué demonios no?

La ira burbujeó dentro de mí, mezclada con una buena dosis de vergüenza.

—Cora, Letti y Adina fueron las que me encerraron aquí —admití, con la mirada fija en mi regazo—. Si vamos a la enfermería, tendré que contarle a Caesar lo que ha pasado.

Tobias me miró con confusión, como si nada de lo que decía tuviera sentido. Sacudió la cabeza de una manera casi irritada. —No veo el problema. Deberían ser castigadas por lo que te han hecho.

—No. No quiero darles la satisfacción de saber lo mucho que me ha dolido su pequeña jugarreta. —Mi voz se quebró, y de repente sentí que estaba a punto de desmoronarme. El impacto de lo que esas chicas hicieron, lo que pretendían, apenas empezaba a afectarme, y no quería procesarlo en este momento.

Respiré hondo para tranquilizarme antes de continuar, reuniendo mis fuerzas. —Y tampoco quiero ser una chivata. Las sirenas ya tienen suficientes razones para odiarme. No quiero que piensen que necesito que Caesar me proteja. Si voy a vengarme de ellas, será bajo mis propias condiciones.

Me miró durante un largo momento, con diferentes emociones arremolinándose en sus ojos ambarinos mientras consideraba mi argumento. Finalmente, dejó escapar un suspiro de resignación.

—Vale. Conozco a una arpía que me debe un favor. Te llevaremos con él y nadie tendrá por qué enterarse de lo que ha pasado esta noche.

El alivio me invadió, mezclándose con una creciente oleada de gratitud por su rescate. Agarré con los dedos la tela de su camisa y me aferré a él.

—Gracias. —*Por todo.*

Me devolvió un suave apretón y luego me dio un beso rápido en la coronilla.

—Le enviaré un mensaje —dijo, moviendo nuestro peso combinado para poder alcanzar el móvil en su bolsillo trasero con la mano libre.

Lo escuché teclear un mensaje de texto, saboreando su presencia mientras un torbellino de pensamientos y emociones se agitaba en mi cabeza.

No tenía ninguna duda de que casi había muerto en esta habitación. Si Tobias no hubiera aparecido cuando lo hizo, lo habría hecho. ¿Habían pretendido Cora y sus secuaces deshacerse de mí? ¿De verdad me odiaban tanto como para desear mi muerte?

Y Tobias. ¿Cómo? ¿Fue solo un feliz accidente que me encontrara aquí? ¿Cómo detuvo la simulación?

Me relajé contra su pecho, inhalando su oscuro y ahumado aroma. Realmente no importaba cómo o por qué había llegado aquí, pero sí importaba que fuera *él* quien vino. No podría haber sido nadie más. Y le estaba tan increíblemente agradecida que no podía ni empezar a expresarlo con palabras.

El móvil de Tobias emitió un sonido silbante y lo guardó de nuevo en su bolsillo.

—Está en camino. No debería tardar en llegar.

Asentí, acurrucándome contra él con el gesto.

—¿Cómo me has encontrado? —no pude evitar preguntar.

Su cuerpo se puso rígido a mi alrededor, sus músculos se tensaron y el calor irradió de él.

—Salí a correr cuando vi a esas tres zorras riéndose de algo —masculló—. Cuando me enfrenté a ellas, me contaron lo que te habían hecho y vine corriendo. Debería haber sabido que Adina tramaba algo por la forma en que se estaba haciendo amiga tuya.

La rabia y la traición hervían en mis venas, justo por debajo de la vergüenza y el dolor. Realmente había pensado que Adina se estaba convirtiendo en una verdadera amiga. Había caído en su trampa con anzuelo, sedal y plomo. Qué idiota más grande.

—En realidad querían que muriera —lamenté en voz baja.

Tobias dejó escapar un suspiro, cuyo gesto sonó de algún modo conflictivo.

—Las simulaciones no están hechas para matar —dijo—. Están programadas para detenerse cuando te rindes o ya no puedes seguir luchando. Quizá pensaban que lo sabías.

Fruncí el ceño, echando la cabeza hacia atrás para poder mirarle a la cara. —¿Y cómo demonios te rindes? Si hubiera sabido que era una opción, la habría tomado inmediatamente.

Se encogió de hombros, evasivo. —Básicamente, dices en voz alta que te rindes. Entonces la simulación termina.

Cerré los ojos en un momento de irritación conmigo misma. Había pensado alguna forma de esas palabras una docena de veces cuando estaba en la simulación, ¿y ahora me estaba diciendo que si las hubiera dicho, habría estado bien? *Joder con mi vida*.

Solté un resoplido. —Vale, y si no, ¿se habría detenido justo antes de matarme?

Su mandíbula se tensó a ambos lados, y la pena oscureció sus ojos llameantes. —Cuando llegué aquí, el vampiro acababa de morderte, y tardé unos segundos en abortar el maldito programa. Creo que si hubiera llegado unos segundos más tarde, habría terminado cuando te desmayaste.

Algo brilló en sus ojos, algo peligroso y doloroso, y no estaba segura de que se creyera lo que había dicho.

—Solo he oído hablar de dos muertes en la historia de la simulación, y fueron en los niveles más altos, y fueron el resultado de complicaciones posteriores, no en la simulación en sí.

Me tomé un momento para asimilar esa información.

—¿Cómo es posible? —pregunté, una cuestión que me había atormentado desde el momento en que la habitación se convirtió en un bosque—. ¿Cómo podía una proyección parecer y oler tan real?

Joder, ¿cómo podía un programa de ordenador morderme y succionarme la sangre? ¿Hay algún tipo de magia en ello?

Sacudió la cabeza. —No, ni magia ni tampoco una proyección. Por lo que tengo entendido, es nanotecnología. Puedes verlo, olerlo y sentirlo porque, en cierto sentido, es real. Los nanitos de esta sala pueden formar cualquier objeto y están controlados completamente por la programación del panel de control.

Intenté concentrarme en su explicación, pero mi creciente consciencia significaba que la mordedura en mi cuello me dolía mucho más. Siseé y me llevé la mano a ella, pero la sensación de la carne húmeda y destrozada me hizo estremecer y jadear.

Tobias cogió mi mano temblorosa y la sostuvo contra su pecho, frotando su pulgar ligeramente sobre el dorso de la misma.

—Espera, Ajax debería estar aquí en cualquier momento. Siento no haber llegado antes. Debería haber estado aquí.

Pude oír la ira en su voz, y no quería que se enfadara consigo mismo. No se lo merecía. Esto no era culpa suya.

—Me alegro de que hayas llegado y punto —dije—. Si no hubieras venido y la simulación se hubiera detenido cuando me desmayé… habría muerto por la mañana, ¿verdad? Me habría desangrado antes de que nadie me encontrara. Habría parecido un estúpido accidente.

Tobias me abrazó más fuerte. —No sé qué haría si…

Segundos después de que unos pasos resonaran por el pasillo, un chico rubio e hiperactivo irrumpió en la habitación. Parecía unos años más joven que Tobias.

—Tío, lo siento, he venido tan rápido como he… —Sus ojos se abrieron de par en par al verme por fin—. ¡Joder, se está desangrando! ¡No bromeabas!

—No me digas, Sherlock. Así que cierra el pico y cúrala —ordenó Tobias.

—Sep. —El chico, Ajax al parecer, se acercó a mi lado y se arrodilló para examinarme más de cerca. Después de unas rápidas miradas sobre mi cuerpo, preguntó—. ¿Solo el cuello?

—No estoy seguro, pero podemos buscar otras heridas después de que le cierres el cuello —dijo Tobias.

—Bien. —Ajax asintió y, obediente, presionó una mano sobre la marca de la mordedura en mi cuello.

—¡Ahh! —grazné ante el brusco contacto con mi carne herida.

—Lo siento, pero no hay otra manera —dijo Ajax con el ceño fruncido—. Pero después de unos segundos, estarás bien.

Quería arrancarle el maldito brazo de un mordisco por presionar con tanta insensibilidad mi cuello agonizante. Para empezar, ¿por qué demonios tenía que hacer eso? De hecho, ¿cómo se suponía que una arpía iba a curarme? Escruté a Ajax, y claramente no había traído ningún material médico con él. Ni siquiera una tirita. ¿Cómo demonios…?

Un suave brillo dorado iluminó la esquina de mi visión hacia el lado que estaba tocando, al mismo tiempo que un calor potente pero calmante comenzó bajo su palma. Se sentía tan agradable, como el beso del sol en un cálido día de primavera, el tipo de calor que te hace querer disfrutarlo en lugar de huir de él.

Era como si solo mi cuello estuviera en el jacuzzi más relajante jamás creado, y ya no me importaba en absoluto que me estuviera tocando.

—Vale, eso tiene buena pinta. —Ajax retiró de repente su mano del lado de mi cuello, haciéndome sentir extrañamente la pérdida de esa sensación.

—Déjame ver —dijo Tobias, estirando su propio cuello para inspeccionar el mío.

Y me di cuenta de que, aunque el increíble calor se había ido, también lo había hecho el dolor punzante. Levanté tentativamente mi mano hacia él y toqué mi piel con la punta de un dedo a modo de

prueba. No había bultos ni hendiduras, ni líquido húmedo. Nada más que piel lisa e intacta. No es que pudiera verlo, pero ni siquiera sentía que tuviera cicatrices de las perforaciones de los dientes.

Levanté la cabeza bruscamente hacia Ajax con sorpresa y asombro. —¿Puedes curar a la gente? ¿Es eso un poder de las arpías?

Ajax parpadeó, luego miró a Tobias. —Será mejor que le revisemos la cabeza. Parece que se la ha podido golpear bastante fuerte.

Aparté su mano de un manotazo mientras se movía para escudriñar mi cuero cabelludo. —No me he golpeado la cabeza. Es que soy nueva con los cambiantes, y no sabía que las arpías podían hacer eso.

Ajax miró inquisitivamente a Tobias de nuevo, y Tobias asintió. —Vale, bueno, ¿sabes si te has herido en algún otro sitio?

Fruncí los labios, haciendo un inventario mental de todas las sensaciones en mi cuerpo. Por lo que podía decir, nada más me dolía.

—No, no lo creo —concluí.

—Bueno, deberíamos hacer un examen de cuerpo completo de todos modos —dijo Ajax, asintiendo con entusiasmo—. Quitémosle esta camiseta.

Alcanzó la parte inferior de mi camiseta, y la mano libre de Tobias se disparó para agarrarle la muñeca con una velocidad y ferocidad que me sorprendieron.

—¿Quieres perder esa mano? —gruñó Tobias peligrosamente, y casi podría jurar que vi volutas de humo salir de sus fosas nasales dilatadas.

—Huy, tranquilo. —Ajax se liberó el antebrazo del agarre mortal de Tobias y levantó ambas manos en un gesto de sumisión—. Solo estoy haciendo lo que me has pedido.

Aunque tenía que admitir que era un poco excitante que Tobias hubiera defendido mi honor de esa manera, o lo que fuera, tampoco

quería que nadie más saliera herido esta noche.

—Ah, es verdad, mi mano —dije cuando el recuerdo me vino a la mente.

Saqué mi mano derecha de donde estaba aplastada entre Tobias y yo y la abrí frente a mí. El corte que me había hecho con la flecha todavía estaba allí, manchado de mi sangre. Curioso que solo doliera una vez que recordé que estaba ahí, y ahora que no tenía el dolor abrasador en mi cuello anulando mis sentidos, definitivamente dolía. Algo así como un corte con papel, pero multiplicado por diez.

—Toma. —Le ofrecí mi mano a Ajax, y esta vez, no me estremecí por su trato brusco mientras la sujetaba con su mano.

Llegó el calor, y no pude evitar sonreír mientras me maravillaba con la ya familiar sensación de hormigueo. Al igual que antes, se acabó demasiado rápido, y eché de menos el calor cuando me soltó.

—¿Hay algo más? —preguntó Ajax, algo impaciente ahora.

Tobias me miró evaluadoramente.

Sacudí la cabeza, segura de que no había sufrido más heridas. Y si las tenía, bueno, no serían más que rasguños y sobreviviría.

—Muy bien, entonces… ¿estamos listos? —preguntó Ajax, mirando a Tobias con expectación. Me hizo preguntarme qué tipo de favor le debía a Tobias, pero no iba a meterme en eso ahora mismo.

—Estamos listos —le dijo Tobias con brusquedad.

—Genial. —Ajax se puso de pie de un salto—. En ese caso, la próxima vez que necesites mis servicios, será mi tarifa habitual. Hasta luego.

Nos hizo un saludo con dos dedos antes de salir por la puerta con un paso elástico.

—Vale, bueno, eso ha sido raro —dije tras un breve silencio cuando nos quedamos solos de nuevo—. Pero, um, gracias por hacer eso.

Sacudió la cabeza, con el ceño fruncido. —Debería haber hecho mucho más. Debería…

Le presioné un dedo en los labios. —Tobias, no había nada más que pudieras haber hecho. Y el simple hecho de que vinieras, de que me salvaras…

Mis emociones ante ese hecho se desbordaban dentro de mí, de repente demasiado para poder manejarlas. Quería besarlo y no parar nunca. Quería abrazarlo fuerte y no soltarlo jamás.

—Significa más para mí de lo que nunca sabrás —admití finalmente —. Así que, por favor, no te machaques por lo que podría haber pasado o lo que no pasó. Me salvaste la vida. Y tengo una deuda contigo que no tengo ni idea de cómo pagar.

Su expresión todavía parecía sombría y autocrítica, su mirada decididamente apartada de la mía.

¿Cómo podía mostrarle que lo que hizo fue más que suficiente? ¿Que estaba tan agradecida de que siempre estuviera ahí, incluso cuando no necesariamente quería que lo estuviera? Casi se sentía injusto que yo tuviera toda esta gratitud brillando dentro de mí y él no estuviera dispuesto o no fuera capaz de aceptarla.

Le acuné el rostro con la mano y lo giré suavemente hacia el mío para que tuviera que mirarme.

—¿Has comido ya? Supongo que la cafetería estará cerrada, pero podríamos compartir otro tentempié fuera de horas juntos. Como en los viejos tiempos. —Sonreí con picardía, aunque los «viejos tiempos» eran de hacía solo una semana.

Me miró con esa mirada de acero por un momento, luego su hosca fachada finalmente se resquebrajó y soltó una risa. —Solo si te hinchas a pescado y algas.

—Hecho —dije con una amplia sonrisa.

Ambos nos pusimos de pie y, para mi mortificada irritación, mis piernas todavía estaban un poco temblorosas. Me agarró las caderas con ambas manos para ayudar a estabilizarme, pero su toque íntimo me calentó tanto que hizo que mis piernas parecieran todavía más de gelatina.

Arqueó una ceja hacia mí, con una expresión juguetona tirando de sus labios. —¿Necesito llevarte en brazos a la cafetería?

Rodé los ojos mientras pasaba mi brazo alrededor de su cuello para apoyarme. —No, pero hasta que consiga algo de comida, agradecería una mano amiga.

Reprimió una sonrisa. —Hecho.

Nuestras miradas se detuvieron durante largos segundos mientras me mantenía erguida, sus ojos atrayéndome como imanes. Y de repente, no pude contenerme más.

Me incliné y posé mis labios sobre los suyos. Me sujetó más fuerte, con la palma de su mano aplanada contra la parte baja de mi espalda. No fue acalorado y apasionado como nuestro beso en la fiesta. No había ira ni celos ni posesividad en este momento, sino emociones más suaves, más tiernas, que eran igualmente crudas.

Nuestras bocas no se abrieron, nuestras lenguas no se tocaron, y nos soltamos al mismo tiempo, mirándonos durante un largo momento.

—Vamos a buscarte algo de comer —dijo entrecortadamente.

Asentí, notando mi propia falta de aliento. ¿Cómo un beso tan casto nos había dejado sin aliento a los dos?

Me acompañó a través del campus y hasta el edificio principal. Había estudiantes en el gran salón, pero ninguno nos prestó atención mientras yo cojeaba con un brazo sobre los hombros de Tobias hacia la cafetería. Lo agradecí. No tenía paciencia para lidiar con el tren de los cotilleos esta noche.

Tal como sospechaba, la cafetería estaba vacía, la estación del bufé cerrada. Tobias me acompañó a la cocina, que afortunadamente estaba abierta de nuevo, y me ayudó a sentarme en una silla junto a la encimera, la misma silla en la que había estado sentada cuando nos conocimos.

Se puso a preparar varios alimentos para nosotros en platos y los metió en el microondas, luego los trajo a la encimera y se sentó

frente a mí, como aquella primera noche.

No pude evitar sonreír. No tenía ni idea entonces de cuánto llegaría a sentir por este chico hermoso y estoico. No es que entendiera realmente cómo me sentía por él ahora, pero fueran cuales fueran estos sentimientos, eran profundos. Del tipo que podían ser tan devastadores como maravillosos.

Comimos en un silencio cómodo, nuestras miradas encontrándose y fijándose durante microeternidades intermitentemente mientras masticábamos. Oí en una película una vez que una conexión real era estar contento de estar en silencio con alguien durante más de cinco minutos. Así es como se sentía esto. No me sentía ansiosa ni incómoda ni necesitaba llenar el aire entre nosotros con palabras.

Podría quedarme en este momento con él para siempre.

Finalmente, bajó la vista como si pensara profundamente en algo, luego volvió a mirarme con determinación en sus ojos.

—Viendo que *no* moriste en la sala de simulación —comenzó con una risita que pretendía ser juguetona.

Hice una mueca.

—¿Demasiado pronto? —preguntó.

Fruncí los labios. —Quizá. Pero continúa.

Dudó unos segundos antes de seguir, y fue un poco adorable lo tímido que pareció de repente. —Me preguntaba si podrías considerar tener una comida en condiciones conmigo mañana por la noche. A propósito. Fuera de la academia.

Parpadeé varias veces, con una sonrisilla curvando las comisuras de mis labios. —¿Me estás pidiendo una… cita?

Sonrió. —Sí. Sí, lo estoy haciendo.

Me mordí el labio para ocultar el hecho de que se me estaba atascando la respiración en la garganta. —¿Y no estarán tus amigos por casualidad, como en la fiesta?

Sacudió la cabeza. —Nop. Solo nosotros dos. Una cita en condiciones.

Las mariposas en mi estómago estaban dando volteretas. Joder, era un verdadero Cirque du Soleil en mis entrañas.

Incluso si no estuviera ahogándome en gratitud, e incluso si no estuviera tan inundada de alivio que quisiera coger la vida por los cuernos y exprimirla al máximo, mi respuesta siempre habría sido la misma. Cuando se trataba de Tobias, siempre fue inevitable.

Mi sonrisilla se convirtió en una sonrisa de oreja a oreja que no podría contener aunque lo intentara. —Sí.

Capítulo 34

Tobias

Uno pensaría que, después de toda una vida perfeccionando el arte de reprimir mis emociones, sería un experto en ello, pero mientras acompañaba a Arya a su habitación, actuar con calma y racionalidad fue una de las cosas más difíciles que he hecho en mi vida.

Quería dar caza a las tres brujas marinas y reducirlas a cenizas. Quería volver a la Sala de Simulación y usar mi furia de dragón para destruirla y que nunca más pudiera amenazar a Arya. Quería meter a Arya en una camisa de fuerza a prueba de balas para que nunca más pudiera pasarle nada malo.

Pero no hice nada de eso.

De algún modo, mantuve la compostura hasta que Arya estuvo a salvo en su habitación, asegurándole que la vería mañana por la noche para nuestra cita.

En realidad, no tenía intención de pedirle que saliéramos. Sinceramente, cuando lo hice, ni siquiera estaba pensando en el maldito ultimátum de Arthur. Solo pensaba en ella, en lo agradecido que estaba de que no hubiera resultado herida, en lo mucho que claramente necesitaba mi protección; en que cuanto más pudiera estar cerca de ella, más segura estaría.

Y ahora que por fin había cerrado la puerta, necesitaba encontrar una forma de desahogar mis abrumadoras emociones antes de que se abrieran paso a llamaradas y se llevaran toda la academia por delante.

Volví al gimnasio a grandes zancadas, me metí los auriculares en los oídos y puse el heavy metal más rabioso que pude encontrar a todo volumen mientras descargaba mi furia asesina contra un saco de boxeo.

Esta noche me había hecho consciente de tres problemas muy grandes, y todavía no tenía ni idea de qué hacer con ninguno de ellos.

Problema número uno: Arya no tenía ni idea de cómo defenderse.

Mis nudillos crujieron contra el cuero al lanzar un gancho, y mi sangre empezó a salpicar el saco mientras seguía golpeándolo.

He visto a docenas de sirénidos superar esa simulación a la primera. Es cierto que a la mayoría de los estudiantes no se les asigna la Sala de Simulación hasta que llevan varios meses de entrenamiento defensivo, y que todos los sirénidos que han entrado eran expertos en sus habilidades de cambiante desde que nacieron.

Arya tenía algunas desventajas, como que acababa de descubrir su verdadera naturaleza hacía una semana y no había descubierto cómo controlar su cambio, lo cual era un problema en sí mismo.

Pero observé a Arya en la pantalla durante esos segundos antes de que consiguiera apagar esa maldita cosa. El vampiro la había atrapado muy rápido. Solo en ese breve instante, yo había pensado en media docena de formas en las que podría haber evadido su ataque. Pero ella no conocía esas técnicas. No estaba ni de lejos preparada para esa situación.

Lo que me llevaba al problema número dos: si Arya *era* la sirena de la profecía, era más vulnerable de lo que yo creía.

Mi puño golpeó el saco, haciendo que trozos de cuero chamuscado y relleno salieran volando. Me detuve para mirarme la mano. De ella ascendían volutas de vapor y humo. Gruñí con frustración.

A Caesar no le iba a hacer ninguna gracia que hubiera destrozado uno de sus sacos de boxeo, y ahora que le había hecho un agujero, no podía seguir maltratándolo. No quería liarla más para tener que limpiarlo yo después.

Así que me arrastré hasta una de las cintas de correr y empecé a correr, con la energía acumulada aún amenazando con incinerarme de dentro hacia afuera.

El hecho de que unos vampiros hubieran atacado la casa de Arya y matado a su madre no podía haber sido una coincidencia. Los vampiros no se limitan a matar a la gente en sus casas. Por lo general, sus ataques son aleatorios, y siempre al aire libre, en zonas apartadas como callejones, túneles y bajo los puentes.

Podrían seguir buscándola. No sabía cómo cambiar de forma, no sabía cómo controlar sus poderes. Y por si fuera poco, no podía defenderse físicamente de un vampiro de bajo nivel, uno que técnicamente no intentaba matarla de verdad.

Y si de verdad era la sirena de la profecía, tendría que enfrentarse a Hadrian y a todo el ejército de vampiros.

Olí el humo antes de verlo. Reduje la carrera a un trote para poder mirar hacia abajo. La camisa de mi uniforme estaba ardiendo por el calor de mi piel, formándose agujeros en puntos aleatorios que se la comían mientras el tejido se convertía en ceniza.

Gruñendo, arranqué los jirones de mi camisa del todo y tiré los trozos carbonizados al suelo, al lado de la cinta, antes de ponerme a esprintar.

Quizá no era la sirena de la profecía. Tal vez el ataque de los vampiros a su madre no tenía nada que ver con Arya, sino con su madre.

Sería mejor que no lo fuera, que resultara ser solo una sirena perdida. Entonces no tendría que preocuparme de que los vampiros la persiguieran. No tendría que preocuparme por lo que mi padre haría con ella si lo fuera. La convertiría en un arma. Cogería toda su bondad, la aplastaría y la moldearía hasta convertirla en el soldado perfecto. Igual que había hecho conmigo.

De repente, una mano se agitó en un amplio arco frente a mí, haciéndome dar un respingo tal que casi me caigo de bruces sobre la veloz cinta que tenía bajo los pies.

Salté de la máquina y me quité los estridentes auriculares de los oídos.

Brett y Niko estaban de pie al otro lado de la cinta, mirándome con sonrisas burlonas en sus caras.

—¿Qué haces? ¿Y por qué vas sin camiseta? —preguntó Brett, recorriéndome el pecho desnudo con la mirada de arriba abajo.

Me guardé los auriculares en el bolsillo.

—Se me ha quemado la camisa.

Vi cómo los ojos de ambos encontraban los restos chamuscados de mi camisa en el suelo, junto a mis pies.

—Y he visto que le has hecho un agujero a uno de los sacos de boxeo —Niko señaló con el pulgar hacia atrás, hacia dicho saco—. ¿Estás bien, tío?

Me agaché para recoger la camisa y me acerqué al banco más cercano, dejándome caer en el borde. —¿Cómo sabíais que estaría aquí?

Me siguieron, quedándose de pie frente a mí mientras yo bebía de un trago una botella de agua.

—Bueno, no estabas en el comedor, ni en tu habitación, ni en la sala común de las Aves, y, la verdad, este es el único otro sitio por el que sueles andar —dijo Niko.

—Lo cual es bastante triste —comentó Brett—. Necesitas salir más.

Arqueé una ceja mientras le lanzaba una mirada de soslayo.

—Venga, suéltalo. ¿Qué te pasa que andas quemando cosas? —insistió Niko.

Dejé escapar un profundo suspiro, dándome cuenta de que no iban a dejarlo estar... y de que quizá yo ya no quería guardármelo todo.

—Cora, Adina y Letti encerraron a Arya en la Sala de Simulación esta noche —expliqué—. Apenas llegué a tiempo para detenerlo antes de que ella... —me interrumpí, incapaz de decir la última palabra.

Las expresiones despreocupadas de sus caras se borraron de golpe y se quedaron con la boca abierta.

—Hostia puta —dijo Brett.

Asentí, con los labios apretados en una línea recta.

—¿Se lo has dicho a Caesar? —preguntó Niko.

—Ni de coña —ladró Brett, dándole a Niko un manotazo en el pecho con el dorso de la mano—. Los sirénidos ya la odian. Si se chivara de ellas, le harían la vida imposible.

El ceño fruncido de Niko imitó el mío.

—Pienso exactamente lo mismo —dije con gravedad, aunque quería hacer todo lo posible para hacer daño a esas chicas por lo que habían hecho.

El silencio se apoderó de nosotros por un momento, hasta que finalmente decidí romperlo.

—Eso no es todo —empecé. Y entonces se lo conté todo. Les hablé de la profecía que Celeste tuvo sobre una sirena que destruiría a Hadrian. Les conté que Arthur estaba seguro de que Arya era esa sirena, que me había ordenado que me hiciera su amigo y que, si no la convertía en mi novia, me enviaría al ejército antes de tiempo.

—Así que esta noche, después de salvarla de la simulación, le he pedido salir oficialmente —dije—. Mañana por la noche tenemos una cita para cenar.

Ambos me miraron con expresiones más serias de las que les había visto nunca, especialmente a Brett.

—Guau, tío, eso es bastante fuerte —dijo finalmente Brett, frotándose la nuca—. Sabía que tu padre era un gilipollas de primera, pero joder, es una putada de las gordas.

—¿Qué sientes por Arya? —Los ojos de Niko tenían un brillo de complicidad. Él solía ver a través de mis máscaras—. Te gusta.

Brett chasqueó los dedos y me señaló. —Sí. Te gusta totalmente. ¿Por qué no sales con ella? Quiero decir, hay cosas mucho peores que el General podría ordenarte que hicieras.

Me mordí el interior de la mejilla y aparté la mirada. No sabían nada de la maldición de mi linaje, de que si me enamoraba de ella, ella nunca me correspondería y viceversa. Lo que me llevaba al problema número tres, y no estaba preparado para decir esas palabras en voz alta. Apenas era capaz de admitírmelas a mí mismo.

Me levanté del banco de un salto y me dirigí a la papelera para tirar mi camisa destrozada. —Volvamos a los dormitorios. Estoy agotado después de entrenar.

Salimos del gimnasio, pasando por delante del saco de boxeo destruido que tendría que pagarle a Caesar. Pero esa era la menor de mis preocupaciones.

Porque mientras seguía a mis amigos por el césped hacia el edificio principal, no podía dejar de pensar en mi mayor problema de todos.

Me había improntado de Arya.

Y de una forma u otra, los dos íbamos a acabar quemándonos.

~Fin~

¿Te mueres de ganas de saber qué ocurrirá a continuación? Continúa esta emocionante saga con , ¡*Academia de Cambiantes Oscuros: Libro 2*! Pasa a la página siguiente para consultar el apéndice y obtener más información sobre las distintas especies de cambiantes.

Apéndice

CATEGORÍA AVIAR (todos son mortalmente alérgicos al plomo)

Dragones: su forma transformada es la de un dragón de tamaño humano. El color de sus escamas puede variar según la herencia y la personalidad y, en casos excepcionales, pueden incluso poseer habilidades únicas como el camuflaje o la invisibilidad. Pueden conjurar fuego con la garganta o las manos, ya sea en su forma transformada o no. Históricamente, son conocidos por su carisma natural y sus dotes de liderazgo. Muchos de ellos son de antigua sangre noble y el linaje más antiguo se remonta a Vlad Dracul, cuya bárbara tendencia a empalar a la gente solo se empleaba con los vampiros y sus ayudantes mortales.

Arpías: su forma transformada es su forma humana, pero con la adición de alas plumadas que surgen de su espalda y garras de águila en lugar de pies humanos. El color de sus plumas puede variar según la personalidad, pero suele ser de un blanco nacarado. En su forma transformada, pueden lanzar plumas individuales como si fueran dagas contra su oponente y sus dedos pueden convertirse a voluntad en garras afiladas como cuchillas. Tienen la habilidad de canalizar la luz de cualquier fuente, ya sea como arma o con fines curativos. Históricamente, se dice que los antiguos avistamientos de ángeles eran en realidad arpías que acudían a ayudar a los necesitados.

Fénix: su forma transformada es la de una hermosa ave de tamaño humano cuyas plumas están hechas literalmente de fuego. En el momento de su primera transformación, mueren y renacen como su yo transformado. Tienen la habilidad de generar fuego o manipular cualquier fuente ígnea y, en su forma transformada, pueden estallar en un poderoso infierno que solo ataca a sus enemigos.

CATEGORÍA ARCAICA

Grifos: su forma transformada es la de una criatura parecida a un águila ligeramente más grande que un ser humano, con cuatro patas con garras, alas en la espalda y cabeza de águila. El color de sus plumas puede variar, pero el más común es el marrón. En su forma transformada, pueden agudizar su visión como si de unos prismáticos se tratara para enfocar el más mínimo detalle a kilómetros de distancia. Tienen la habilidad de manipular los iones del aire a su alrededor para conjurar el viento y, los más hábiles, pueden incluso manipular el tiempo en su totalidad. Históricamente, el líder vampiro Hadrian dirigió una campaña para erradicar a toda su especie. Que se sepa, Caesar Rex es el último superviviente conocido de su estirpe.

Kitsunes: su forma transformada es la de un zorro de tamaño humano con nueve colas. El color de su pelaje puede variar entre tonos anaranjados rojizos, marrones y grises. Tienen la habilidad de manipular la electricidad, ya sea para usarla como arma contra un oponente o para aprovecharla en proyectos tecnológicos. Las moléculas de sus cuerpos vibran a una velocidad tan rápida que, en su máximo nivel de habilidad, pueden incluso atravesar objetos físicos. Históricamente, son conocidos por sus revolucionarios inventos eléctricos, siendo Nikola Tesla el más famoso.

Nagas: su forma transformada es la de una criatura reptiliana de tamaño humano con cuatro extremidades, una cabeza parecida a la de una serpiente —a veces con una capucha similar a la de una cobra en el cuello— y una larga cola con un aguijón en la punta. Su picadura inocula un potente veneno que paraliza a sus víctimas y es especialmente mortal para los vampiros en particular. Tienen la habilidad de hipnotizar a sus oponentes con la mirada y su siseo.

CATEGORÍA LICÁNTROPA (todos son mortalmente alérgicos a la plata)

Mastines: su forma transformada es la de un lobo de tamaño humano. El color del pelaje depende del color del pelo y de la piel de su forma humana. Tienen un sentido del olfato increíblemente agudo

y a veces pueden incluso detectar emociones a partir de las feromonas que desprenden quienes los rodean.

Maos: su forma transformada es la de un felino de tamaño humano. El color y el parecido con otros grandes felinos (como tigres, leopardos, etc.) varía según la personalidad y la forma del progenitor (el mao que los mordió). Son conocidos por su agudo sentido del oído, capaz de oír conversaciones susurradas a más de un kilómetro y medio de distancia. En su máximo nivel de habilidad, pueden incluso volverse telépatas, pero es raro. Históricamente, son conocidos por su seductora apariencia física en su forma humana y su talento para la seducción.

Ursas: su forma transformada es la de un oso. El color del pelaje depende del color del pelo y de la piel de su forma humana. Aunque todos los licántropos poseen una velocidad y fuerza sobrenaturales, los ursas son más conocidos por su increíble fuerza. En su máximo nivel de habilidad, können sogar psíquische Kraftfelder erzeugen, die sie als Schilde verwenden.

CATEGORÍA OCEÁNIDA

Mers: su forma transformada es la de un humano con una cola y aleta de pez en lugar de piernas que comienza en las caderas, así como branquias a ambos lados del cuello. El color de la cola y las aletas varía, pero los más comunes son el verde y el azul. Tienen la habilidad de manipular el agua en todas sus formas, y unos pocos privilegiados reciben incluso visiones y el don de la premonición, que pueden perfeccionar para su propio beneficio. Son la única especie de cambiante que nace en su forma transformada. Históricamente, vivieron en los océanos hasta mediados del siglo XX, cuando la contaminación y la sobrepesca los obligaron a emigrar a tierra firme, aunque algunas civilizaciones aún existen en las mayores profundidades.

Sirenas: una raza increíblemente rara de mer que también posee la habilidad de controlar a otros con su voz melódica y encantadora.

Poco se sabe sobre este cambiante, y no ha habido constancia de ninguno en siglos... hasta ahora.

VAMPIROS

Por naturaleza, son inmortales, lo que significa que ni el tiempo ni las enfermedades los matan. Solo pueden morir por los rayos del sol, ciertos venenos de cambiantes, el disparo de una bala de cobre y la decapitación o una estaca en el corazón. En cuanto a poderes, tienen supervelocidad (una media de 240 km/h), superfuerza y, con práctica, la habilidad de hipnotizar; esta es temporal y limitada, aunque en los linajes de progenie, la habilidad puede combinarse para un mayor efecto. También pueden manipular las sombras para camuflarse en la oscuridad. Necesitan sangre humana para sobrevivir, pero cuanto más envejecen, con menos frecuencia necesitan alimentarse. No necesitan dormir, pero pueden permitírselo si lo desean. Ahogarse no los mata, pero los dejará inconscientes un tiempo antes de que el cuerpo se reinicie.

Los vampiros varones pueden dejar embarazadas a las mujeres humanas (el estado vampírico canibaliza cualquier intento de dejar embarazada a una vampiresa). Los hijos nacen humanos. Si son convertidos, poseen un poder mayor debido a la combinación de los genes vampíricos y el veneno. Cuanto más largo es el linaje de progenie, más poderoso es el vampiro. Para reducir la competencia, los linajes de progenie buscan tener un heredero cada 50 años. Si el heredero no tiene éxito, suelen esperar otros 30 años antes de volver a intentarlo. Si tiene éxito, el nuevo heredero asume el liderazgo y en 50 años engendra a su propio heredero. Los herederos suelen nacer varones, pero ocasionalmente nace una mujer, aunque su derecho al linaje no siempre se respeta y el progenitor puede tratar de engendrar otro heredero varón, ya que las vampiresas no pueden tener hijos.

BRUJAS Y BRUJOS

Son humanos con la habilidad de canalizar la magia de su sangre y lanzar hechizos. La mayoría de las brujas y brujos nacen en familias ya existentes de brujos, aunque se sabe que han aparecido aleatoriamente en linajes sin magia. El idioma que usan para acceder a su magia es el *Medu Netyeru*, la lengua de los antiguos egipcios que fueron los primeros en dominar las artes arcanas. Aunque se pueden encontrar unos pocos grimorios (libros de hechizos) en texto jeroglífico, la mayoría —especialmente en el mundo moderno— están escritos usando las veintiséis letras del alfabeto latino. Poco se sabe de los límites de la magia de un brujo o bruja, pero toda magia tiene un precio, y si uno es sabio, nunca lo olvida.